

A young woman with long black hair, wearing a light blue school shirt, a dark green pleated skirt, black knee-high socks, and brown shoes, is lying on her back on a large, dark log. She is wearing a white graduation cap. The log is positioned over a river with brown, muddy water. The background shows dark, bare tree branches against a reddish-brown sky. The overall mood is somber and melancholic.

EL INFIERNO DE
Victoria Massey

VALERIA VALVERDE

Para mi familia y los lectores fieles de Wattpad. Gracias por creer en mí.

El infierno de Victoria Massey

Valeria Valverde Martínez

Diseño de portada: Valeria Valverde

Diagramación: Valeria Valverde

Todos los derechos reservados

España, 2018

Índice

Sinopsis:

Capítulo 1: El comienzo de la locura

Capítulo 2: ¿Quién eres?

Capítulo 3: Las pastillas

Capítulo 4: La primera muerte

Capítulo 5: ¡Te pillé!

Capítulo 6: Amenaza

Capítulo 7: Consecuencias

Capítulo 8: Pánico

Capítulo 9: ¿Hay alguien ahí?

Capítulo 10: Sospecha

Capítulo 11: Lobo callado

Capítulo 12: Dulce caramelo

Capítulo 13: Teatro

Capítulo 14: Salvación

Capítulo 15: Hazlo tú por mí

Capítulo 16: Confesión

Capítulo 17: La locura de Bellamy

Capítulo 18: Desaparecida

Capítulo 19: Nuevo profesor, nuevos problemas

Capítulo 20: Furia

Capítulo 21: Sangriento

Capítulo 22: Psicótico

Capítulo 23: Expediente E

Capítulo 24: Muerte súbita

Capítulo 25: Toc, toc, ¿quién es?

[Capítulo 26: Enigma](#)
[Capítulo 27: Roedor](#)
[Capítulo 28: El bosque](#)
[Capítulo 29: Advertencia](#)
[Capítulo 30: Investigación](#)
[Capítulo 31: El sótano](#)
[Capítulo 32: Error](#)
[Capítulo 33: Carmesí](#)
[Capítulo 34: La cabaña desconocida](#)
[Capítulo 35: Lamento](#)
[Capítulo 36: Salto](#)
[Capítulo 37: ¿Suicidio?](#)
[Capítulo 38: La llave](#)
[Capítulo 39: Ajedrez](#)
[Capítulo 40: Tiembla](#)
[Capítulo 41: ¡Despierta!](#)
[Capítulo 42: No tengas miedo](#)
[Capítulo 43: Llamado](#)
[Capítulo 44: Déjà vu](#)
[Capítulo 45: Juguetes](#)
[Capítulo 46: ¡Dispara!](#)
[Capítulo 47: Dúo](#)

Sinopsis:

Victoria Massey es trasladada al internado Fennoith tras intentar envenenar a su padrastro con matarratas. Después de la muerte de Adelaide Massey, la relación de ambos empeoró. Adelaide dejó en herencia toda su fortuna a su hija única, la joven Victoria. Benjamín, viudo y padrastro de la muchacha, crédulo pensó que la fortuna de Adelaide sería para él.

Tras la llegada al internado Fennoith, Victoria ruega a Satanás que mande a unos de sus demonios para que la ayude en el infierno en el que la habían metido y así poder acabar lo que empezó. Inocente la chica: pensaba que no funcionaría, pero la llegada de un apuesto muchacho al internado hace que se le planteen muchísimas dudas.

El joven le hará una propuesta que ella no podrá rechazar: «Puedo llevarte hasta mil sitios a los que nunca has ido. Puedo enseñarte el infierno si quieres arder conmigo».

Capítulo 1: El comienzo de la locura

La venganza es el manjar más sabroso condimentado en el infierno.

Walter Scott

Una fría mañana de invierno, Victoria salió de la cama frotándose los ojos y colocándose las zapatillas de estar por casa. Había pasado un mes desde que Adelaide, la madre de la joven, había fallecido tras padecer un carcinoma pulmonar. La casa había quedado desolada sin la presencia de Adelaide; y tan solo quedaban los dos «parásitos» —así los llamaba la joven—, que se estaban comiendo el dinero de la mujer: Benjamín y el ama de llaves, Bernadette.

Su deseo de matar a su padrastro era tan inmenso que la había convertido en una muchacha fría y aterradora. Nunca le gustó aquel hombre para su madre, pues sabía que permanecía con ella por su fortuna. Las lágrimas que derramó Benjamín en el funeral de Adelaide fueron las lágrimas más falsas y horripilantes que jamás había visto la joven. No quería tener a aquel farsante en su casa, quería verlo en un hermoso charco carmesí ahogándose con su propia sangre, rogando por su miserable vida.

Victoria ya no sonreía, y, si lo hacía, era por maldad. La joven, pura e inocente Victoria Massey había sido enterrada con los restos de su madre. Ya nada quedaba de su inocencia.

«Hoy será el día en que te vea agonizar, Benjamín», pensó la muchacha con una sonrisa malévola en la comisura de sus labios. No le importaba ir a la cárcel si, con ello, podía acabar con la vida de Benjamín. Si mataba a aquel bastardo, Victoria creía que, de esa manera, liberaría el alma atormentada de su amada madre y esta podría descansar en paz.

Salió de la habitación tarareando *I want to break free*, y bajó las escaleras. La casa era inmensa, demasiado grande para que solo tres personas vivieran en ella. La decoración y los elegantes muebles daban a entender que se trataba de un hogar adinerado. En la planta baja se hallaba un piano de cola blanco muy hermoso y reluciente, situado en la sala de estar donde su madre solía tocar, ya que la calmaba de sus pensamientos. Ver el piano tan vacío, sin que lo llenara la dulce melodía de Adelaide, era desolador.

Buscó con la mirada a Bernadette, el ama de llaves. Como era tan temprano imaginó que aún seguía durmiendo, pero era la única persona que disponía de todas las llaves, además de su padrastro. Las necesitaba si deseaba ir al garaje para coger el matarratas. Benjamín aún seguía durmiendo, y no tardaría mucho en despertar.

Justo cuando iba a ir a la habitación de Bernadette, la susodicha salió y sonrió a la joven Victoria.

—¡Buenos días, señorita Victoria!

—Deme las llaves del garaje —espetó con frialdad mientras alzaba su palma esperando que esta misma se las colocase en las manos.

—¿Para qué las quiere? ¿Se le ha olvidado algo allí? —indagó con cierto recelo.

—Sí.

Bernadette se las tendió y Victoria agarró las llaves con brusquedad. Colocó una falsa sonrisa en sus labios y le agradeció por habérselas dado. La chica giró sobre su eje y se dirigió al garaje. Estaba tan entusiasmada como si fuera una niña con sus regalos de Navidad. Los nervios y la adrenalina estaban presentes en su cuerpo. Insertó la llave del garaje y se adentró buscando con la mirada el matarratas. Estaba situado en un armario desechado que con anterioridad hubo en la casa. Abrió la puerta con rapidez, y sus ojos brillaron cuando divisó a su fiel amigo, que sería el causante de la muerte de Benjamín. Esbozó una sonrisa maquiavélica que, para los ojos de cualquiera, juzgarían por la de una demente.

Agarró el matarratas y lo subió consigo a la casa. Con rapidez, sin que Bernadette ni Benjamín la viesen, sirvió en una taza una porción de matarratas y, acto seguido, echó café y lo removió con una cuchara para servirlo en la mesa; después, escondió el matarratas en unos de los cajones altos de la cocina y prosiguió actuando con normalidad. El café lo había preparado Bernadette, pero, al ver que la joven se disponía a continuar con el desayuno, dejó que lo hiciera, ya que se la veía muy feliz tarareando.

Benjamín se disponía a desayunar mientras se colocaba correctamente la corbata de su traje. Se sentó en la silla y observó una taza de café servida sin dueño alguno.

—¿Es tuya esta taza de café? —cuestionó.

—No, es tuya —informó la joven con una risita—. Estoy preparando el desayuno.

—¿Le has echado azúcar?

—Tiene todo lo que a ti te gusta, Benjamín.

—Bien. Así me gusta, que te levantes temprano y hagas algo con tu miserable vida. ¿No te cansas de estar tirada en la cama?

—La cama me ama, Benjamín. Pero hoy la abandoné un rato.

Victoria sirvió pan tostado en la mesa junto a la mermelada de fresas y mantequilla. Benjamín estaba extrañado por el comportamiento de la joven, pues se la veía demasiado animada.

—Espero que no estés tomando drogas, Victoria. Se te ve hoy demasiado contenta.

—Será el periodo, ya sabes, cosas de mujeres. Puedo estar contenta y al rato maldecirte, como de costumbre.

Agarró un pan tostado y la mermelada de fresas. Victoria lo miraba como si fuera un perrito adorando a su dueño, pero, en vez de adorarlo, esperaba a que agonizase de una maldita vez.

Bernadette se adentró en la cocina con manos temblorosas. Observó a Victoria de reojo y luego a Benjamín. Había espiado las cámaras de seguridad de la casa, y había visto cómo Victoria agarraba el matarratas y lo echaba al café. Esa mañana sospechó sobremanera de la actitud de ella, pues la señora en más de una ocasión presenció cómo ambos discutían mientras la joven se ponía histérica arrojando cualquier objeto que tenía a su alcance. La muchacha en más de una ocasión gritó deseando la muerte de su padrastro, y no era de extrañar que algún día se le fuese la cabeza.

Bernadette jugueteó con sus dedos nerviosa, hasta que dijo:

—Señor —llamó su atención—. No se beba ese café.

—¿Por qué? —cuestionó él frunciendo el ceño. Victoria se sobresaltó y abrió los ojos como platos.

—La señorita Victoria le ha echado matarratas.

—¿Qué estás diciendo, vieja desquiciada?! —gritó la joven hacia Bernadette.

—He visto las cámaras de seguridad —añadió—. ¡No miento, señor!

Benjamín se levantó de su asiento para arrojar el café en el fregadero. No iba a dudar de la palabra de la mujer cuando sabía que Victoria había estado actuando muy extrañamente y que esta se las ingeniaría para que se marchase de su casa.

—Has llegado muy lejos, Victoria. Tu madre estaría muy defraudada. ¿Pretendes matar al hombre que la amó con todo su pesar?

—¡Tú la querías por su fortuna! ¡Sabías que padecía cáncer!

—¡Eso es mentira! —vociferó.

—¡Y una mierda! —exclamó ella— ¡Muérete de una vez y haz un favor al mundo!

El hombre se acercó a ella y la abofeteó en la mejilla. A la adolescente se le inyectaron los ojos en lágrimas de odio y apretó su mandíbula.

—¡Se acabó! Irás al internado Fennoith.

«Así me quitaré de encima a esta puta mocosa. La juzgarán por loca y el dinero será mío», pensó Benjamín frunciendo sus labios y entrecerrando los ojos. Solo de pensar que la joven se iría de casa y que los bienes serían suyos, la boca se le hacía agua.

Se apresuró a paso largo hacia la habitación de la muchacha para hacerle la maleta. Victoria lo siguió detrás lloriqueando.

—¿Qué estás diciendo? ¡No voy a ir a ningún lado, viejo loco!

—¡Aquí la única loca que hay eres tú! En tus malditos dieciséis te comportas como si fueras una niña de cinco. Allí aprenderás a comportarte y a obtener un carácter digno de una señorita.

—¿Crees que un internado va a hacer cambiar mi forma de ser? Qué inocente eres, Benjamín.

—¿Acaso no sabes cómo es el internado Fennoith? Cuentan con psicólogos y médicos que te harán entrar en razón. He estado pensando en llevarte desde que Adelaide murió.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Librarte de mí para que me tachen de loca y los bienes sean tuyos. ¡Eres patético! ¡Te morirás del asco! Ya puedes soñar despierto con mi dinero. Se lee muy claro en el testamento que es mío —se burló a la vez que soltaba una pequeña risa.

Benjamín abrió la habitación de la chica, agarró su maleta y arrojó un montón de ropa en ella. Ella intentó detener su brazo, pero Benjamín tenía más fuerza que la joven y la empujó contra el suelo. Al ver que no podía pararlo, se frustró.

—¡No voy a ir! —bramó en un chillido que cualquier vecino pudo escuchar. La joven jadeaba y respiraba con notable agitación. Apretaba su puño con rabia recordando cómo había fallado en su misión por las malditas cámaras de seguridad... que en su momento no había pensado que la estaban observando. Planes como aquellos requieren tiempo, si lo hacía apresuradamente era evidente que no se saldría con la suya.

Benjamín la miró de soslayo a la vez que sonreía con malicia.

—Vístete, tienes cinco minutos. Te espero en la puerta.

—Un internado no va a detenerme, Benjamín. No será para siempre. Volverás a verme y te veré arder.

El hombre se mofó colocando una expresión burlesca en su rostro. Dudaba de la amenaza de la joven. Sin ella, podría disfrutar cuanto quisiera del dinero de su difunta madre, sin que la muchacha se quejara por ello o se interpusiera. No había cosa más satisfactoria para él que alejar a Victoria de los bienes que consideraba suyos.

Todo aquel tiempo estuvo engañando a la madre de la joven con palabrería y detalles románticos para que esta, en un futuro, estuviera tan colada por sus huesos que fuese tan necia de poner el testamento a su nombre; sin embargo, cuando leyó que los bienes iban a nombre de Victoria Massey, el santo se le fue al cielo. Había permanecido con una mujer enferma para nada. Benjamín era un cazafortunas y engatusaba a toda mujer que tuviera una gran herencia de por medio. Por esa razón, la mejor idea era deshacerse de la chica y encerrarla en un internado para alumnos problemáticos para que se volviera más loca de lo que ya estaba. Una adolescente con problemas mentales era muy difícil que recibiera aquel dinero si era juzgada como demente: una vía fácil para que el señor cazafortunas se aprovechara de buena manera del

dinero de la joven.

*

Benjamín esperaba a la joven en el coche. No tenía opción, no había ninguna alternativa que la chica pudiese tener en aquel entonces. No poseía amigos, ni mucho menos alguien de confianza con el que poder huir de ese infierno. Estaba sola y desterrada en este mundo frío y cruel.

Bernadette esperaba a la adolescente fuera de casa. La joven salió con su maleta, arrastrándola y haciendo todo el ruido posible. Victoria era tan hermosa que no parecería que por su cabeza rondase todo ese tipo de pensamientos. Su cabello negro azabache, largo hasta la cintura, su delicada figura esbelta tan bien proporcionada, más su hermosa piel blanca... Además, poseía unos ojos verdes tan bellos que eran dignos de quedarse observándolos. Bernadette comenzó a cuestionarse si la joven estaba poseída por el mismísimo diablo, ya que, después de la muerte de su madre, había cambiado repentinamente y los actos de la joven eran aterradores.

Ella se quedó mirando a Bernadette. Primero, tenía que matarla de pensamiento antes de largarse de allí por un tiempo. Sabía que no la volvería a ver en meses, pero la espera merecería la pena. Asumía sus errores, y el plan que había llevado a cabo no lo había pensado debidamente. No obstante, cuando volviera a casa, iban a saber lo que era bueno. Aún no conocían de lo que era capaz para liberar el alma de su madre de aquellas sanguijuelas.

—Volveré y agonizarás de dolor. Me suplicarás por tu vida y te arrepentirás de haberme hecho esto —murmuró la muchacha.

Bernadette tembló de temor y se santiguó, rezando a Dios ante las duras palabras de la joven, creyendo que la protegería.

—Reza, reza mientras puedas, que seguro que no habrá Dios que te salve de mi infierno —dicho aquello, se adentró en el coche y se subió en el asiento de pasajeros, se abrochó el cinturón y observó por último la casa. Benjamín puso en marcha su dirección—. Así me envíe Lucifer a uno de sus demonios para que me acompañe en mi infierno y me ayude a obtener mi venganza —rogó en voz alta mientras Benjamín la tachaba de loca.

Su oración fue escuchada.

Capítulo 2: ¿Quién eres?

No entablaron conversación durante todo el trayecto. Victoria incluso deseó tirarse del coche, pero sabía que no acabaría para nada bien si después quisiese levantarse como si nada. La humillación que sintió por parte de la ama de llaves, Bernadette, era tan fuerte que, conforme lo pensaba, sus mejillas se enrojecían de rabia. Se sentía tan frustrada de no poder acabar lo que había empezado que planeaba alguna muerte en el coche para Benjamín.

Justo cuando estaba buscando solución alguna para matarlo, Benjamín la distrajo de sus pensamientos haciéndole una pregunta.

—¿Por qué diablos me odias, Victoria?

La joven frunció los labios y resopló por su boca. Aquella pregunta era tan estúpida como la cara de Benjamín.

—Por aprovecharte de mi madre.

El hombre sonrió de medio lado, cosa que a Victoria la enojó. Aquella sonrisa ya decía mucho de su persona.

—Pobre de ella, que se dejó engañar con un par de rosas y bombones, querida —comentó.

El pulso de la chica se aceleró, apretó su puño y mostró sus dientes enfadada. Puede que Victoria no poseyera la más absoluta cordura, pero ¿cómo alguien tenía la desfachatez de engañar a una mujer enferma con tal de conseguir su dinero? Ese bastardo carecía de remordimientos y culpabilidad. Ansiaba tener billetes de tal manera que producía náuseas.

— No te creas que por encerrarme en un internado para desquiciados te vas a librar de mí. Crees que los locos son los de allí dentro, pero en realidad sois vosotros, los de fuera —dijo la joven con hastío.

—Estás loca, Victoria, asúmelo. Tu cordura empeoró a raíz de la muerte de tu pobre mamá, y yo te haré perder tus cabales hasta que el dinero me lo asocien a mí.

Victoria le dio un puñetazo a Benjamín. El hombre se estremeció y por unos segundos perdió el control del volante. La joven había empleado toda su fuerza para turbarlo y una fina capa carmesí se deslizó por el labio del señor.

Con rapidez, volvió a mantener el manejo del volante antes de que ambos tuviesen un desagradable accidente. Quería pegarle, quería agredir a la joven hasta desfigurarle la cara, pero debía estar atento a la carretera sin que la agresividad de ella lo sacara de sus casillas.

—¿No vas a pegarme, Benjamín? ¿Dónde quedaron las agresiones que me dedicaste en casa? ¿Te acobardas por estar en un auto? —dijo la muchacha, mofándose de su persona.

«¡Jodida loca! Espero que se pudra en el internado», pensó frunciendo sus labios.

—Eres tan patética... —murmuró él—, espero que asumas de una maldita vez que el dinero que se te ha obsequiado no te pertenece. Una niña neurótica y con problemas mentales no debe tener ni un solo billete en sus manos. Mereces pasar el resto de tu vida encerrada en un manicomio y que traten tu maldito problema. Eres una desgracia.

—Una hermosa desgracia —añadió ella—. Un asesino no se hace asesino sin antes haber cometido un crimen. Dame tiempo y la práctica hará al maestro, Benjamín. Esto solo acaba de comenzar.

Victoria sonrió con malicia. No hubo más conversación. Solo silencio y la risa de ella.

*

Al llegar al internado, Victoria se quedó observándolo dentro del coche mientras Benjamín ya se disponía a salir. Incluso la fachada era aterradora. El ladrillo era oscuro, la puerta de entrada estaba desgastada por el tiempo, y el césped ni siquiera era verde, sino marrón, a causa de no regarlo; flores muertas por todas partes. Las risas de las jóvenes corriendo por el césped no ayudaba mucho a que pareciera un lugar donde recuperar su sano juicio.

Las muchachas llevaban uniforme de falda plisada negra, corbata, camisa blanca y calcetas por debajo de la rodilla. Ver sus uniformes hizo que la joven se malhumorase, pues sabía que le obsequiarían uno y no soportaba la idea de tener que llevarlo. Las chicas que anteriormente jugueteaban riéndose, ahora empezaban a cuchichear sobre la nueva integrante del internado. Miraban el coche tras la enorme reja negra que las separaba de la realidad.

El director del internado, un cuarentón con entradas en la cabeza, se dirigía a recibir a la nueva componente del grupo, ya que las alumnas de fuera del internado lo habían avisado de la inesperada visita. El hombre, de actitud amigable, se aproximó a abrir la verja mientras las internas continuaban riendo. El director les ordenó que volviesen dentro; acto seguido, corrieron entre murmullos hacia la nueva.

Benjamín puso su cara más simpática, a la vez que falsa, mientras que Victoria continuaba en el coche. No quería salir, pero no tenía otra opción. Con desgana y resoplando, salió del coche y agarró su maleta del asiento de atrás.

—¡Buenos días, caballero! —saludó Benjamín mientras le estrechaba la mano.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlo? —cuestionó mirando de reojo a la joven Victoria, que arrastraba su maleta provocando mucho ruido.

—Quisiera inscribir a mi hija en el internado.

«¿Hija? ¡Vete al diablo, asqueroso!», pensó frunciendo el ceño.

—¡No soy su hija! —informó la joven. Benjamín la fulminó con la mirada—. Es mi padrastro. Más quisieras tener mi sangre.

El director del centro los guio hasta su despacho para rellenar el formulario.

Mientras caminaban, Victoria sintió un escalofrío tan gélido que hizo que su vello se erizase. Sintió como si le acariciasen el cabello, una brisa helada y espeluznante.

«Victoria...» oyó que susurraba su nombre una voz masculina a la vez que seductora. Sabía que no había sido su padrastro, pues su voz era ronca y desagradable. Miró de reojo hacia sus espaldas mientras se adentraba al internado, pero tras ella no había nadie, ni siquiera sabían aún su nombre. No había manera de que fuese alguien del internado, ningún muchacho se hallaba en el patio, salvo las chicas de antes, que ya se habían marchado.

Al entrar al internado, el director los reunió en su despacho mientras la joven inspeccionaba con sumo detalle las paredes. En las ventanas había barrotes, así que no tenía opción para salir de allí. El director tenía un cuadro de sí mismo en su despacho, posando sonriente, con traje elegante y una actitud

vanidosa. A Victoria le causó gracia ver aquello, pues el hombre debía de quererle mucho, incluso con la bella calva de su cabeza.

—Rellene esto, por favor —comentó el director dándole un formulario a Benjamín. Este se sentó en la silla para rellenar el papel mientras el señor observaba a Victoria con detalle. La joven tenía el ceño fruncido mientras miraba a Benjamín. Se notaba todo el odio que podía tenerle. El director no era estúpido, y se percató aquella expresión—. ¿Cómo es vuestra relación? —cuestionó hacia Benjamín, que ni se inmutó para mirarlo y prosiguió rellenando el formulario.

—Nuestra relación es buena, solo que Victoria es algo conflictiva y desde que su madre murió me ha odiado. Creo que me culpa de su muerte y no asume que la mujer padecía cáncer, ¿entiende lo que le quiero decir?

—Sí, sí, entiendo.

La muchacha apretó su puño con fuerza.

—Tú querías aprovecharte de su fortuna —añadió la joven—. ¡Engañaste a mi madre, bastardo asqueroso!

—¿Ve? —musitó hacia el director—. Se le ha ido la cabeza, solo espero que, por favor, pueda centrarse aquí y que salga de este internado mejor de lo que entró.

—Lo intentaremos.

Benjamín se levantó del asiento y entregó el formulario al director. El hombre quedó observando el papel unos segundos mientras en sus labios mostraba una pequeña mueca.

—Usted especifica que —hizo una pequeña pausa mientras se colocaba sus gafas para ver mejor— la joven Victoria ha intentado matarlo con ¿matarratas?

—Efectivamente.

—Además, usted añade que amenaza a su ama de llaves con mandarla al infierno, padece de demencia, se ríe constantemente sola y que nombra a Lucifer con regularidad.

—Correcto.

Victoria soltó una risa que tuvo que silenciar tras la mirada que le dirigió el director. No era el mejor momento para reírse como una demente. Debía parecer cuerda, lo más cuerda posible, para salir de allí y que la creyeran.

—¿Ustedes son ricos? —inquirió el hombre algo extrañado—. Tiene una ama de llaves.

—Sí, poseemos fortunas —presumió.

—¿El ama de llaves es algo más para usted? Quiero decir, ¿se acuesta con ella?

—¿Disculpe? —Benjamín hizo una mueca y frunció el entrecejo. Indignado y con total desagrado, se cruzó de brazos—. ¿Qué descarada pregunta es esa?

—No se haga el despistado. Está mintiendo.

—¿Qué? —cuestionó elevando más su tono de voz—. ¿Cómo se atreve a juzgarme de esa manera?

El director sonrió y dejó el papel sobre la mesa. Se levantó del asiento e hizo un gesto con su dedo índice para que Benjamín observase a sus espaldas.

—Por favor, gírese y observe.

Benjamín se giró con rapidez y observó que lo dejó sin excusas. Victoria mostraba una fotografía en su teléfono, en la que aparecía Benjamín besando a Bernadette. Un sudor frío calló por la frente del hombre, y tragó saliva, nervioso.

—Lo siento, Victoria. Los móviles no están permitidos en este establecimiento, agradecería que me lo dieras para poder guardarlo y dártelo en su momento.

El director agarró el móvil de la joven y observó con más detalle la fotografía.

—¿Por qué miente, caballero? —cuestionó alzando una ceja.

—Yo... —titubeó, sin saber qué decir.

—Si en el papel que ha rellenado indica que la joven Victoria está enferma de la mente, ¿cómo espera que lo crea después de mentirme con esto?

—¡Le digo la verdad! ¡En eso le digo la verdad! —exclamó con hastío.

—Está bien, tranquilo, no se altere. Nosotros somos los que juzgamos a nuestros alumnos. Recuerde que, si Victoria está cuerda y a nuestra psicóloga le cuenta con detalle lo que sucede en casa, creemos en su inocencia, y usted estará metido en problemas, señor.

—Solo he venido a inscribir a Victoria al internado, ¿puedo retirarme ya? No me agrada que me amenacen de esa manera.

—No lo amenazo, caballero, tan solo le advierto. Puede retirarse.

Benjamín puso paso firme al salir del internado. Antes de irse Victoria, lo paró para hablar.

—Saldré de aquí más pronto de lo que tú te piensas, Benjamín —musitó—, y así podré acabar con tu miserable vida. Te llevaré al infierno y me reiré de ti.

El hombre salió del internado sin despedirse de la joven siquiera. Victoria observó tras la ventana del despacho del director cómo se montaba en el coche farfullando palabras a las que no le dio importancia. Arrancó el motor y se largó de allí.

—Señorita Massey —llamó su atención mientras la joven se giraba para observarlo—. Debo registrar su maleta y sus bolsillos, no queremos que haya cualquier objeto con el cual pudieses cometer un crimen.

—¿Qué creen que llevo, una bazuca escondida entre mis bragas?

—Su agresividad verbal no puede intimidarme, Massey. Las reglas son reglas, señorita.

Le registró los bolsillos de su chaqueta y los de su pantalón. Estaba limpia, cosa que no le resultó extraña al director. Prosiguió registrando su maleta y, sin encontrar evidencia alguna de algún arma, la cerró de nuevo.

Abrió el armario que tenía en su despacho y de este sacó un uniforme doblado para Victoria. Ella hizo una mueca de desagrado al discernir la vestimenta que le obsequiaría.

—Toma, cámbiate y reúnete con nosotros en el salón. Debo darte la bienvenida.

—Ni siquiera sé dónde está el salón.

—Una alumna de nuestro centro te guiará para acompañarte. Disculpa, joven,

no me he presentado: llámame director Newell —el director se acercó a su escritorio y pulsó un botón que Victoria dedujo que sería para informar a la alumna para que viniese a través de megafonía—. Señorita Sellers, reúnanse conmigo en el despacho, por favor.

—¿Qué quiere, que me cambie aquí con espectadores mirándome?

—No, compartirás habitación con ella. Es la única alumna que no tiene acompañante de habitación.

—¿Por qué no tiene?

—Por ser demasiado simpática.

—¿Habla en serio? —cuestionó alzando una ceja incrédulamente.

—Cada alumno tiene sus problemas, tanto psicológicos como emocionales. La alumna Sellers trata de sobrellevarlos con una actitud positiva frente a la vida, algo que muchos de aquí no toleran o les hastía.

—Pues espero que no me suba el azúcar, porque no soy muy fan del dulce y del positivismo.

El director Newell rio por lo bajo.

—Espero que no tengas inconvenientes con ella. Dicho esto, me retiro.

La joven asistió a su llamada y tocó con dos golpecitos la puerta del despacho. El director Newell la invitó a pasar con cortesía.

—Enséñale el internado por completo. Será tu acompañante de habitación. Cuando hayas acabado, reúnos con todos los demás en el salón.

—¿En serio?! ¿Tendré compañera?! —preguntó la joven dando pequeños saltitos de alegría.

—Sí. Nos vemos en el salón, señorita Sellers.

Se retiró del despacho y Sellers se adentró para observar a Victoria con una sonrisa en los labios. Victoria estaba tan seria que incluso la chica desvaneció su sonrisa con incomodidad.

—¿Cómo te llamas?

—Victoria Massey —se presentó—. Tú eres... ¿Sellers?

—No —rio con dulzura—, ese es mi apellido. Mi nombre es Melissa. ¡Encantada de conocerte!

—¿Cómo demonios puedes estar tan feliz en un sitio como este, niña? ¿No has visto lo triste que es estar encerrado entre cuatro paredes?

Melissa no respondió y agarró a Victoria de la mano.

—Te llevaré tu maleta. Sígueme, te enseñaré nuestra habitación.

La guio hasta la supuesta habitación, subiendo las escaleras del internado hasta llegar allí. Cruzaron por un largo pasillo mientras Victoria, otra vez, comenzaba a sentir ese escalofrío misteriosamente tétrico.

«Victoria...» pronunció la voz masculina, e hizo que la muchacha se sobresaltase. Creía que realmente se estaba volviendo loca, empezó a pensar que quizás Benjamín podría tener razón y no estaba tan cuerda como creía. Se mantuvo quieta inspeccionando de dónde podía provenir aquel susurro con su nombre. Melissa, al ver que los pasos de la muchacha no la seguían, se giró para observarla.

—¿Vicky? Vamos, sígueme.

—¿Vicky? —enfaticó, indignada. Odiaba con todas sus fuerzas que abreviasen su nombre—. No se te ocurra llamarme de ese modo. ¿Qué falta de respeto es esa?

Melissa soltó una risa sin poder contenerse. El vocabulario de la joven le resultaba gracioso.

—Pareces sacada de alguna época friki.

—Tú estás metida en una cárcel para locos, puestos a decir.

—Y ahora tú también te has unido al rebaño. Seremos buenas amigas, ya lo verás —añadió ella con entusiasmo.

Melissa prosiguió su camino esperando a que Victoria la siguiese. La joven continuó andando, queriendo llegar de una maldita vez a la habitación.

Cuando por fin llegaron, Melissa cogió la llave del bolsillo de su americana y abrió la puerta.

—Entra, te espero fuera. No tardes mucho.

Victoria asintió y entró. Al parecer no iba a encontrar una sola ventana que no tuviese barrotes.

Se comenzó a desvestir y a colocarse el uniforme. No quería vestirse de esa forma, si por ella fuera, lo quemaría junto al césped. No entendía qué necesidad había de tener a todos los alumnos vestidos de la misma manera.

Cuando ya estaba vestida, se miró al espejo de la habitación para observar lo ridícula que estaba. Se ajustó la falda acortándola un poco, era demasiado larga para su gusto; así que hacerle un dobladillo no estaba mal. Se peinó el cabello con los dedos y, cuando se disponía a salir de la habitación, se encontró a un muchacho de belleza espléndida, sentado en la supuesta cama donde dormiría la joven. Al ver al chico, se sobresaltó, pues no iba vestido de uniforme. Su vestimenta era totalmente negra, más la gabardina que llevaba, que no parecía muy larga. Le sonreía como un desquiciado, como si la conociese y fuesen amigos de toda la vida. Victoria sintió recelo ante la penetrante mirada del varón y su sonrisa ladina.

—Hola, mi querida Victoria —dijo el muchacho con una voz aterciopelada. Su tono denotaba soberbia y malicia.

Al escuchar su voz, pudo reconocer que era él quien le había estado susurrando. Al principio se sintió confusa, pues creyó que todo era fruto de su imaginación.

—No te conozco —murmuró ella con nerviosismo.

—No te preocupes, me conocerás en breve.

El joven sonrió enseñando sus dientes. Aquella sonrisa era de lo más macabra en una belleza como aquella. Se levantó y se acercó a Victoria. La joven se intimidó y retrocedió los mismos pasos que este estaba dando, pero, al poco, la tuvo acorralada en la pared. Le provocaba desconfianza.

—Victoria... —susurró en su oído haciendo que ella se estremeciese y cogiese una bocanada de aire.

Lo empujó para apartarlo de ella y este soltó una risa sarcástica. A la joven se le aceleró el pulso, notando con furor cómo los latidos sonaban con ímpetu en su pecho.

—¡Uf, qué daño! —añadió él con ironía, despreciando la fuerza humana.

—¿Quién eres...? —cuestionó con recelo.

—*Así me envíe Lucifer a uno de sus demonios para que me acompañe en mi infierno y me ayude a obtener mi venganza* —repitió la misma frase que había dicho Victoria en el coche de Benjamín, antes de ir al internado. La joven tembló por unos segundos y sus ojos brillaron. No podía comprender como él sabía lo que había dicho, si ni siquiera lo conocía ni sabía de la existencia de aquel muchacho. No podía creerse que la oración que había mencionado tuviese tanto valor como para que un demonio estuviese frente a ella—. Cuidado con lo que deseas, Victoria. No te acobardes cuando lo que deseaste lo tienes justo delante.

—No eres real —comentó la joven creyéndose que estaba realmente loca—. No eres real, no eres real...

—Si me estás viendo, soy tan real como ese uniforme que llevas puesto.

—Que te esté viendo no significa que seas real. No tiene ningún sentido que por una simple oración tú estés aquí. Y deja de sonreír, por Dios, das miedo.

—¿Por Dios? —enfaticó haciéndose el indignado, colocándose su mano izquierda en el corazón—. Me ofendes, Victoria.

—¡No eres real!

El muchacho comenzó a dar vueltas por la habitación, inspeccionando la maleta de la joven. La manera en la que la abrió no fue normal, ni siquiera la tocó, con solo mirarla esta se abrió por sí sola. Victoria estuvo a punto de gritar si no fuese por lo alucinada que estaba. Su corazón latía con tanta rapidez que pensó que colapsaría en cualquier momento.

—Ropa cara, ¿siempre has sido tan consentida y caprichosa?

—¿Qué quieres de mí? —cuestionó haciendo que el chico la mirase a los ojos.

—No, mi querida Victoria, la cuestión es ¿qué quieres tú de mí? ¿Por qué me has llamado? Intuyo que debe de ser un tema de venganza. Soy el encargado de cumplir los más sádicos deseos de un miserable humano.

—No, esto no es real. Eres fruto de mi imaginación. Sí, eso eres... —farfulló con las manos temblorosas. Empezaba a cuestionarse su cordura, no podía admitir que una simple frase hubiera invocado a un ser como aquel. Tanto lo

deseó, con tanta malicia y venganza imploró su ayuda, que jamás imaginó que algo así sucedería.

El varón le acarició el cabello, jugueteando con uno de sus mechones. Ella tenía la vista baja, como si le costara corresponderle a la mirada. En realidad, estaba atónita ante lo que veía.

—Arrodíllate ante mí, Victoria.

—¿Por qué debería...?

Su pregunta fue interrumpida cuando él mismo la hizo arrodillarse con brusquedad. Victoria alzó su vista para mirarlo a los ojos con recelo.

El joven agarró su mentón para que esta no se atreviera a desviar la mirada de su persona. Ver el desconcierto de la humana y su constante recelo le hacía sentir poderoso. El nerviosismo no parecía querer esfumarse de su cuerpo. Sin embargo, ella se empezó a maravillar de lo que veían sus ojos. Tener a un demonio a su disposición era, de alguna manera, excitante.

—¿Quién eres? —preguntó la chica ignorante de lo que veía.

—Puedo ser quien tú quieras, menos Dios —dijo el joven con desdén.

—¡No sé quién demonios eres! —exclamó ella frustrada—. No dices nada y solo logras que me confunda más de lo debido. Estoy empezando a cuestionar mi jodida demencia.

El joven soltó una risa no muy fuerte por si Melissa decidía entrar. La actitud de Victoria le resultaba demasiado desagradable y molesta como para admirarla.

—Verás, Victoria, tú me has llamado —informó—. Tú has solicitado mi ayuda para ayudarte a cumplir tu hermosa venganza. Pero eso requiere un sacrificio.

—¿Qué sacrificio?

—Aparte de que te irás conmigo de la mano al infierno por mala y mezquina, serás mi sirvienta mientras estés viva y cumplas con lo que ansías.

—¿Qué? —masculló—. ¡Ni hablar! No seré nada de lo que me pidas.

—No tienes ninguna opción. Tú me invocaste, ahora asume las consecuencias —Victoria frunció sus labios y apretó su mandíbula—. Serás

mi sirvienta humana, Victoria. ¿Qué quiere decir eso? Muy fácil —el muchacho se puso de cuclillas para observarla a los ojos e intimidarla—: si te digo que duermas, duermes, si te digo que me beses, me besas, si te digo que mates, matas. Nos vamos a divertir mucho en este edificio y te aseguro que la sangre formará parte de tu patética vida.

Aquellas palabras le provocaron malos sentimientos en el estómago a la joven.

—¿No me vas a sacar de aquí? —inquirió con un hilo de voz.

—No. Ármate de valor y saca las miserables fuerzas que tiene un humano, niña. ¿Quién sabe? Igual sí que te vuelves una completa loca en este internado. Te sorprenderá lo que vas a tener que ver aquí dentro. La mente humana es demasiado compleja.

—¿Qué obtengo yo si te obedezco? —indagó ella malhumorada.

—Algo que ansías, algo que no has podido terminar por tu estúpida mente que ni siquiera sabe que tiene cámaras en su estúpida casa —el joven la agarró con brusquedad, obligándola a levantarse del suelo. Colocó las manos en su delicado cuello y apretó, disfrutando de la asfixia de la joven—. Por cierto, soy un nuevo alumno también. Espero que me recibas como me merezco.

—No tengo opción, ¿verdad? —murmuró con apatía.

—No, Victoria. Una vez me has invocado, ya no hay vuelta atrás. Mi nombre es Caym. Me recordarás para el resto de tu miserable vida —dejó de asfixiarla y sonrió. La joven jadeó y buscó el aire con desesperación.

Victoria no se arrepentía de haberlo invocado.

Algo en ella se excitaba sobremanera con la propuesta que le había hecho.

Capítulo 3: Las pastillas

La joven Victoria continuó respirando con dificultad mientras se sujetaba con sus delicadas manos el cuello, que había estado hasta segundos antes apretado por las manos del demonio el demonio. No sentía temor por aquel ser llamado Caym, ni mucho menos. Tenía la curiosidad de saber más sobre el joven de ojos grisáceos que la miraba sonriente con sarcasmo y soberbia. Su apariencia humana era exquisita, pero sabía que bajo toda esa piel se encontraba un monstruo sádico, capaz de hacer con su persona lo que le diera la gana.

—Y, por último, quiero algo de ti —comentó mirándola de arriba abajo.

Victoria malinterpretó aquella frase, unida a la forma en la que la miraba. Confusa, lo observó con recelo. Creyó que estaba pidiendo que se desnudara. La muchacha se cruzó de brazos con pudor y desvió la mirada de su persona. No iba a hacer nada contra su voluntad, mucho menos con un ser que ni siquiera era humano y carecía de bondad. Él se percató enseguida del sonrojo de sus mejillas y empezó a emitir una risa burlona.

—¿Qué crees que te estoy pidiendo? ¿Acaso crees que un trozo de carne humana como tú va a calmar mi sed? No seas ridícula. Guárdate eso para tu príncipe azul.

Ella se hastió ante la respuesta burlona del varón. No quiso atacarlo ni rebajarse a su nivel, así que prefirió callarse por el momento. Desconocía de lo que era capaz aquel demonio con apariencia humana.

El joven se quitó la mochila negra que tenía situada en su espalda en la que Victoria hasta ese momento no se había fijado. De ella sacó un libro negro con unas letras en su portada de lo más curiosas: «Almas pactadas y sacrificadas».

Caym guardaba un alfiler dentro de una de las páginas del libro. La muchacha se preguntaba qué era lo que quería hacer con ese libro, cuyas hojas al parecer estaban totalmente en blanco, lo que lo hacía todavía más curioso y tenebroso. El joven sujetaba la aguja junto al cuaderno y, con una sonrisa, miraba a la chica insinuando que debía hacer algo que no le gustaría.

—Lo que debes hacer es un pacto de sangre.

Victoria se horrorizó y, con total desagrado, rehusó aquello, pues no quería sufrir daño alguno, sino causarlo.

—Si no lo haces, te lo haré yo mismo. Créeme: podría ser mucho peor.

Ella hizo una pausa pensándose si debía hacerlo. No tardó ni tres segundos, y afirmó con su cabeza.

—De acuerdo. No me hagas mucho daño, ¿vale?

—Como desee, *madame*.

Caym soltó una risa silenciosa. Agarró el dedo índice de la joven y pinchó con el alfiler. Victoria gimió leve. De inmediato una gota carmesí apareció. El muchacho deslizó la lengua por sus labios al ver la sangre de la joven.

—Haz una «V» con tu sangre en esta página, mi querida Victoria.

Embrujada por sus palabras, hizo lo que le pedía, y, como si de algún tipo de magia se tratase, su nombre apareció de manera sutil en el libro. La joven entreabrió la boca tras observar algo que no entendía.

—Victoria Massey. 1999 – ??? —leyó la joven sin comprender los signos de interrogación. Sabía que había nacido en el noventa y nueve, como era evidente, pero aquella frase le recordó a los epitafios de las tumbas—. ¿Qué significan los signos de interrogación?

Caym agarró el dedo índice de la joven que había pinchado. Lamió el dedo de Victoria con su lengua para limpiar la sangre. Se estremeció y sintió un escalofrío por su columna vertebral. Ella clavó los ojos en él, y el chico los clavó en ella haciéndola sentir extraña. Notar su saliva en su dedo junto al cosquilleo de su lengua le provocó sentimientos extraños en su pecho. Cosa que odió.

—Los signos de interrogación significan que tu muerte aún no está escrita —informó—. Cuando cumplas tu venganza con la ayuda que me has solicitado, serás mía.

—¿Eso quiere decir que voy a morir? —cuestionó la joven alzando ambas cejas.

—¡Victoria! —llamó Melissa tras la puerta de la habitación interrumpiendo la respuesta de Caym, que aun así no tenía intención de darle. La voz de la chica la había alertado, pues se preguntaba qué pasaría si decidiese entrar y los

encontrara allí a ambos. Claro que era un internado mixto, pero estaba prohibido que una chica y un chico estuvieran encerrados en la misma habitación—. Date prisa, el director Newell nos espera en el salón principal.

—¡Voy! ¡Un momento, por favor! —suplicó la joven Victoria haciendo reír a Caym.

—¿Por favor? —repitió el muchacho con burla—. Eres tan graciosa actuando con amabilidad... porque en realidad careces de ella.

—Quiero hacerte una pregunta, maldito ser del infierno —musitó la joven con el ceño fruncido creyendo que esa expresión facial lo intimidaría.

—Adelante.

—¿Por qué debo asesinar a los alumnos del internado? Son inocentes. Yo tan solo quiero asesinar a Benjamín.

—¿Qué te hace pensar que estos alumnos son inocentes? —respondió con otra pregunta, guardando el libro y el alfiler en su mochila.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué atrocidades ha cometido esta gente?

—Quizás las mismas que tú, o incluso peores. Podrían ser tan graves que incluso antaño habrían sido ahorcados.

—¿Debo matarlos a todos?

—Solo a quienes sepas que deben de morir. Si matas a alguien a quien no deberías, será tu problema. Si yo digo que mates a alguien a quien no deberías matar, también será tu problema.

—Y... ¿por qué no lo haces tú?

—Porque me excita ver cómo una simple humana lo hace por mí. Además, tú has solicitado mi ayuda, ahora es mi juego.

—¿Cómo diablos voy a saber yo quiénes no merecen morir?

—Descubre sus historias, haz que te las cuenten —Caym se acercó al oído de la muchacha y colocó los mechones de su cabello tras su oreja para susurrarle—. Te advierto que no será fácil descubrir sus historias. Nadie confía en nadie, todos se miran por encima del hombro.

La joven se despegó de él y clavó sus hermosos ojos verdes en los del

muchacho.

—Solamente quieres sus almas, ¿verdad? Te alimentas de ello.

—Me alimento de muchas cosas. Quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar para cumplir lo que ansías. Sorpréndeme.

—No has respondido si moriré una vez haya acabado.

—Soportarás vivir sin saber la respuesta.

Melissa entró a la habitación introduciendo la llave en la puerta. Caym seguía allí, pero ella no podía verlo, pues se había ocultado por el momento para los ojos de la chica. Victoria creía que sí lo veía y empezó a ponerse nerviosa. El muchacho ni siquiera llevaba el uniforme del internado.

—Te estás demorando demasiado. ¿Qué estás haciendo? ¿Con quién estás hablando? —preguntó Melissa.

La joven miraba a Caym sin comprender la situación, pues había un chico a escasos centímetros de ella y Melissa no se percataba de aquello. Él se mordió el labio inferior, coqueto, sabiendo que era invisible para la persona que le diese la gana. Ver a Victoria hablar sola mirando un punto fijo le resultaba tan gracioso que se mofaba de ella.

La joven, al percatarse de la pregunta que hizo su compañera, quedó un tanto confusa y frunció el ceño sin saber qué responder.

—No puede verme. Puedo hacerme invisible para el ojo humano cuando me dé la gana —comentó el chico en tono juguetón—. No olvides que no soy humano.

Victoria apretó su mandíbula y lo mató con el pensamiento. Él tan solo se burlaba, mostrando su sonrisa ladina.

—¿Vienes? Nos están esperando —comentó su compañera.

Ambas anduvieron y, antes de salir de la habitación, Caym le habló haciendo que se girase.

—Nos vemos en el salón. Yo ya estaré esperándote allí —ella le dedicó una mirada asqueada y cerraron la habitación.

Melissa se fijó en que la chica tenía algunos botones de la blusa desabrochados, así que, con toda la confianza del mundo, se los abrochó

correctamente entre una sonrisa.

—Si no quieres que te regañen por tu atrevimiento, no muestres nada.

Victoria apartó las manos de su compañera de su pecho y frunció el ceño. No la conocía hacía más de diez minutos y ya le hastiaba. No podía entender la capacidad que tenía de estar feliz en un sitio como aquel. Melissa tenía una cara demasiado angelical para el sitio en el que se encontraba. Dicen que los que aparentan ser los más inocentes, son la maldad personificada. Tampoco podía juzgarla solo por lo dulce que se veía. Sería absurdo. Poseía una larga cabellera rubia, unos ojos castaños que, dependiendo de la luz del sol, se le volvían verdes o color caramelo, y una tez blanca más unos labios jugosos rosados.

—Puedo abrocharme yo sola. Vámonos de una maldita vez.

Continuaron bajando las grandes escaleras del internado hasta situarse en el gran salón. Todos los alumnos se hallaban allí, esperando a los nuevos compañeros. La joven Victoria no podía asimilar aún que disponía del servicio de un demonio, pues creía que aquel ente sobrenatural eran fábulas de cuentos o leyendas urbanas. Aquella belleza del joven era inhumana — nunca mejor dicho—; su tez era lo más parecido al mármol, en sus ojos grises casi se podía apreciar una tarde de tormenta, su hermosa figura daba ganas de querer saber qué había debajo de esa vestimenta. Ese muchacho era pura poesía, la belleza de la luna, lo hermoso de lo sobrenatural y lo más aterrador de la oscuridad.

Cuando se situaron en el gran salón del internado, allí estaba el director Newell junto a los alumnos, chicos y chicas, especulando sobre los nuevos compañeros. Las jóvenes no se podían creer que la perfección y gallardía de Caym estuviese en un internado.

Victoria apreció el uniforme colegial con el que le habían obsequiado al joven. Incluso con aquel feo uniforme de internado lucía perfecto. Él sonreía con suficiencia, ella estaba seria y sombría.

La rubia se colocó junto a sus compañeros, dejándolos a ambos en manos del director Newell. La muchacha se fijó en las caras de todos los alumnos, sabiendo que cada cual tenía su propia historia y su propia locura. Los chicos la miraban como si fuera un trozo de carne fresca, algunos llegaron a guiñar el ojo, coquetos.

«Estar rodeada de tanta locura al menos me hace sentir sana» se dijo para sus adentros.

Caym la miró de reajo y se controló la risa, como si hubiese averiguado los pensamientos de la joven.

—¡Prestad atención! —llamó el director callando los murmullos de los alumnos—. Hoy tengo el honor de presentaros a dos sangres nuevas.

«¿Sangres nuevas? ¿Qué clase de director presenta así a sus alumnos? Ahí va otro loco».

—No arméis ningún escándalo y llevaos bien. No quiero ningún inconveniente, si no queréis ser castigados.

Victoria se fijó en una mujer con un alto moño recogido y unas gafas. Dedujo que sería la psicóloga, encargada de conocer las historias de todos los alumnos —si es que se las contaban o si eran realmente ciertas—. En el color de su cabello se podía apreciar un castaño con destellos dorados. Se la veía joven, en sus treinta, agraciada y esbelta. Lucía una blusa blanca junto una falda de tubo, el carmín rojo de sus labios le hacía parecer demasiado sensual para el establecimiento en el que trabajaba. La mujer estableció contacto visual con la joven y sonrió. Victoria se mantuvo en su seriedad, desviando la vista de ella.

«¿Qué tienen todos con sonreír de esa manera? ¿Cuánta locura poseen esas sonrisas? No me creo que sean simpáticos».

Al terminar la presentación de ambos, la psicóloga se dirigió a Victoria queriendo conversar con ella. Caym y la joven permanecían juntos, uno al lado del otro. La muchacha no era muy sociable y aún no conocía a sus compañeros, que ya tenían un grupo formado. Se percató de que ser la nueva de aquel internado era una vía fácil para ser la comidilla de los demás. Las miradas de soslayo y los susurros en los oídos lograban que su paciencia rozara su límite. Nunca le gustó llamar la atención ni ser el centro, por esa razón se sentía hastiada y malhumorada.

Ella quiso darse media vuelta cuando apreció que la mujer se acercaba, pero la psicóloga la llamó por su apellido, haciendo que se detuviera en seco. No quería contar en aquel momento su historia, ni por qué la habían encerrado. Nunca le gustaron los psicólogos. Los consideraba gente sin interés alguno en

prestarle atención a tus problemas, forrándose a tu costa, fingiendo que les importa tu vida cuando, en realidad, lo que esperan es el momento de cobrar. La gracia del internado es que la joven no debía pagar nada, pero, aun así, la mujer ya cobraba lo suyo.

—Massey. Mi nombre es Laura, pero llámame psicóloga Jenkins —se presentó. La mujer se fijó en el joven, que también era sangre nueva en el internado, así que le sonrió—. Si sois tan amables de acompañarme hasta mi despacho... allí hago las consultas de los alumnos. Cuando tengáis un problema o queráis mantener una conversación profunda conmigo, siempre estaré a vuestra disposición.

—¿Debemos ir ahora? —cuestionó la joven cruzándose de brazos. La psicóloga prestó mucha atención a su lenguaje corporal.

—Solo serán unos minutos.

Ambos siguieron a la psicóloga por uno de los largos pasillos del internado. Conforme avanzaban, cruzaron la cocina, donde se preparaban las comidas de los alumnos. Victoria se quedó embobada tras visualizar un cuchillo de carnicero en una de las tantas encimeras. Sabía que en algún momento debería salir de su habitación en la madrugada y robar uno como pudiese. No sería fácil, pues todo se cerraba con llave pasada la hora de la cena.

—¿Tienes deseos de poseer uno de los tantos cuchillos que se manejan ahí dentro, mi querida Victoria? —preguntó el joven en voz baja.

—Sí, tengo que defenderme de alguna forma —confesó la muchacha.

Al ver que ambos jóvenes no la seguían, la psicóloga se giró y les llamó la atención.

—Síguenme. No se distraigan, por favor.

Al llegar a la supuesta consulta, la joven se fijó en la decoración. Había un enorme sofá largo de cuero, donde supuso que se tumbaban los alumnos y para que ella los escuchara. Tenía colgado en la pared el famoso cuadro titulado *La persistencia de la memoria*, de Salvador Dalí. Se imaginó que sería una réplica. La pintura no dejaba de ser misteriosa, en ella se hallaban tres relojes que parecían estar derritiéndose. Dado que la mujer disponía de todo el tiempo del mundo para escuchar a sus alumnos, era un tanto curioso.

Justo en frente del largo sofá había uno más pequeño, donde también se imaginó que se sentaba la mujer para hacerles las preguntas.

—Quería mostraros dónde se sitúa mi habitación, por si en cualquier momento necesitáis mi ayuda —comentó sentándose en el sillón menor—. Dado que sois recién llegados, no indagaré en vuestra historia ni juzgaré el por qué estáis aquí. Mañana podremos charlar con tranquilidad y os haré una consulta, ¿de acuerdo?

—No creo que nos quede más remedio que venir a este cubículo —comentó Caym.

—Así es —sonrió la mujer—. ¿Queréis hacerme alguna pregunta?

—¿No hace usted las preguntas? —cuestionó la chica. La mujer soltó una risa silenciosa y se cruzó de piernas.

—¿Alguna duda? —corrigió.

—No, ninguna —contestaron ambos al unísono.

—Bien, pues eso es todo. Podéis marcharos. Un placer conoceros.

Justo cuando ambos se iban a marchar, Victoria se giró sobre su eje como si hubiese recordado algo.

—¿Podría darme una o dos pastillas para dormir? Sé que no voy a poder conciliar el sueño esta noche, ya que acabo de llegar y me siento extraña si no estoy en mi hogar —comentó la joven.

—¿Pastillas para dormir? —preguntó la psicóloga llevándose su dedo a su mentón—. Puedo darte dos, no más. No puedo confiar tan a la ligera en ti, jovencita. Creo que sabes de sobra qué hacen las pastillas para dormir si tomas demasiadas.

—Solo quiero dormir, nada más.

La psicóloga escribió algo en una hoja; acto seguido, arrancó el papel y se lo tendió.

—Acude a la enfermería, está en este mismo pasillo al fondo. Dile a Margaret que te lo he dicho yo.

—Gracias.

Salieron de la habitación y se dirigieron al fondo del pasillo, como les había indicado. Caym indagó sobre para qué quería las pastillas en realidad.

—Una es para mí —contestó—, y la otra es para mi compañera, Melissa, por si decide seguirme en mitad de la noche.

—¡Qué excitante! —exclamó el joven—. Veo que tienes tantas ganas de matar como yo.

—Quiero salir de aquí, ¿entiendes?

Acudieron a la enfermería y la señora Margaret le dio las dos pastillas para dormir en un botecito pequeño. Cuando iban a salir de la enfermería, se cruzaron con una muchacha algo nerviosa y apurada por querer robar lo que contenía la joven en sus manos.

—Dame las pastillas, sangre nueva —ordenó la chica, que mostraba unas enormes ojeras sobre sus ojos. Tenía un tic nervioso en uno de sus ojos. Su aspecto lucía horrible, como si llevase días sin haber dormido.

—No te voy a dar nada. Si quieres pastillas, acude a la enfermería.

—¡Tú no lo entiendes! —exclamó en un susurro bajo—. No quieren que tome pastillas para dormir. ¡No quieren dármelas!

—¿Por qué no? —quiso saber con curiosidad. La muchacha, apurada, apretaba sus puños con fuerza, y sus piernas estaban ligeramente separadas como si en cualquier momento fuese a correr hacia Victoria. Caym no dejaba de sonreír ante tal acontecimiento.

—¡Dámelas, puta! —vociferó con un chillido insoportable, corriendo hacia Victoria.

La enfermera Margaret escuchó los gritos provenientes del pasillo y llamó al director Newell por los altavoces tras presenciar una pelea allí en medio. La muchacha le estaba tirando del cabello a Victoria mientras que la joven se defendía con dureza, protegiendo las pastillas entre su puño.

El director Newell corrió por los pasillos junto a dos profesores más y agarraron a la chica, alejándola de Victoria. La muchacha comenzó a patear y a gritar con fuerza mientras los mechones marrones de su cabello se posaban en su cara. El varón ayudó a Victoria a levantarse del suelo.

—¡Estás castigada en tu habitación, señorita Bennet! —exclamó el director a

la desquiciada—. ¡Te quedarás sin cenar en la noche!

—¡Suéltlenme! ¡Suéltlenme, capullos! —gritó pateando con dureza.

Victoria se peinó con sus dedos el cabello, que le había enredado la muchacha, y se sacudió el polvo que se había pegado en la falda de su uniforme.

La enfermera Margaret se dirigió a la joven para hablar con ella.

—Quería las pastillas, ¿verdad? —afirmó la enfermera con preocupación en su rostro.

—Sí —asintió la chica.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó con angustia—. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Dicho aquello, se volvió a meter en la enfermería negando con la cabeza y haciendo el signo de la cruz sobre su pecho. Caym miró a la joven a los ojos y le acarició la mejilla. En esa caricia había de todo menos dulzura.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con ella, ¿verdad, mi querida Victoria?

—Creo que sí.

Él sonrió, pero Victoria se mantuvo en su seriedad. Iba a llevar a cabo su primer asesinato. Cometería el crimen mientras todos cenaban.

Capítulo 4: La primera muerte

Victoria cruzó el largo pasillo a regañadientes, criticando a la joven que la había agredido por las pastillas que aún conservaba en mano. Caym la animaba a que la matase, pero antes debía descubrir su historia. No podía hacerlo si no sabía nada de ella. No sabía por qué lucía grandes ojeras ni por qué las pastillas la habían llevado a querer tomarlas de forma exagerada.

«¿Acaso quiere evadirse de este mundo por unos instantes? ¿Quiere suicidarse, o simplemente es una adicta?» se preguntó.

Se sentía nerviosa, con adrenalina al saber que debía matarla. También por el hecho de que pudieran descubrirla, o por la razón de que sería su primera muerte. Al matarla pensaría en Benjamín, ahogándose con su propia sangre, rogando por su vida.

Un escalofrío placentero recorrió su columna vertebral al imaginarse que, matando a aquella desquiciada, podría disfrutar del placer de imaginar a Benjamín muriendo. Pero no sería tan placentero cuando llegase el día en que el hombre cayese en manos de la joven. Deseaba tanto salir de esa guarida de locos que no le importaba si debía matarlos a todos. El ansia de querer salir de un sitio en el cual has sido encerrado te hace querer hacer cosas horribles si con ello obtienes tu libertad.

—Debo informarte de un pequeño detalle, preciosa —le comentó Caym agarrándola de los hombros—. Las muertes deben parecer un accidente. En el caso de que te pillase alguien cometiendo el crimen, debes deshacerte de esa persona también. No te gustaría que hubiese testigos de tu cometido.

La muchacha no respondió. Se limitó a dedicarle una sonrisa y a seguir caminando. Victoria llamaba locos desquiciados a los alumnos propios del internado Fennoith. Sin embargo, incluso el más cuerdo guarda un poco de locura en sus venas. Ella no era una santa, también poseía pura malicia y maldad en su sangre. Sus actos no eran normales, no tenía moralidad y estaba dispuesta a ir contra las reglas de la sociedad.

*

En el almuerzo se adentraron en una gran sala donde había enormes mesas divididas. La joven dedujo que allí se trataba de sentarte y comer como un

angelito. Los alumnos se servían su comida por orden de fila en una encimera llena de esta, que les servía la cocinera. Una mujer poco agraciada de nariz chata, figura poco femenina y pelo canoso, que servía a sus alumnos como si fuesen manojos de parásitos a los que debía alimentar por obligación. En la expresión de la mujer se notaba que no estaba contenta trabajando en aquel establecimiento.

Victoria se había guardado las pastillas en el bolsillo pequeño de su chaqueta americana. Bennet, la chica que se había lanzado a la joven por las pastillas, la miraba con odio. Respiraba con profundidad al ver a Victoria adentrarse en la fila. Bennet ya estaba sentada en una de las mesas con dos muchachas y un joven.

Cuando a Victoria le tocó servirse su comida, colocó una expresión de repulsión en su rostro que la cocinera pudo percibir al instante. Debía servirse una comida de aspecto verde con grumos. No supo lo que era.

—¿Qué es esto? —cuestionó la joven antes de servírselo.

—Comida —respondió la cocinera en un tono poco amigable—. ¿Qué pasa, papá y mamá te alimentaban con oro? ¡A comer y a callar!

Victoria la mató de pensamiento al escuchar la respuesta tan irritante que le dedicó aquella señora.

Cuando la joven se dirigía a una mesa a esperar a que Caym se sirviese su comida, Bennet se acercó al muchacho aprisa y apurada, mientras ella estaba distraída.

—¡Oye, tú! —murmuró en un susurro alto agarrando a Caym del brazo. Algunos alumnos se quejaron al ver a la chica colarse en la fila con tal de hablar con el joven—. Como tu amiga no me dé las pastillas te juro que...

—¿Me juras qué, niña? —inquirió el joven riéndose en su cara, humillándola—. ¿Me vas a matar con un cuchillo de plástico?

La muchacha apretó los dientes ante la humillación, sus mejillas se enrojecieron y entre insultos se dirigió a su mesa. El joven que estaba en la mesa con Bennet y dos chicas más se había levantado con su bandeja para sentarse junto a Victoria. El varón lucía un tanto nervioso por hablar con la nueva compañera, y pensó con detenimiento si sentarse a su lado, pero finalmente le echó valor y se acercó.

—¡Hola, sangre nueva! —la saludó mientras que la joven se comía como podía aquella comida que resultaba repugnante para sus ojos. El muchacho notó que la chica hacía arcadas, así que le explicó qué estaba comiendo—. Es puré de verduras con pollo. Lo sé, la comida de aquí no es muy agradable, pero al menos nos dan de comer.

—He comido purés de verduras mejores que esta bazofia —añadió la joven intentando tragarse la cucharada que se había metido.

El muchacho rio con dulzura, algo que le resultó extraño. Ni siquiera sabía el motivo por el cual se había cambiado de mesa.

—¿Qué quieres? ¿Por qué te sientas conmigo? —cuestionó la joven mirándolo a los ojos.

El muchacho era agradable y de buen ver. Su cabello castaño con brillos dorados conjuntaba muy bien con sus ojos color caramelo. Su rostro ovalado lo hacía lucir dulce y delicado.

Él dirigió una mirada a Bennet y luego se acercó un poco a Victoria para susurrarle:

—He oído que Bennet te ha amenazado.

—No me ha amenazado, me ha agredido —corrigió.

—Está un poco mal de la cabeza —añadió desviando la vista a su comida. Agarró la cuchara, pero la soltó en cuanto Victoria le preguntó.

—¿Qué sabes de ella? ¿Por qué ansía mis pastillas para dormir?

—Si te soy sincero, no lo sé. Siempre luce nerviosa y desea que la psicóloga le dé consulta. Es una chica muy cerrada. Nunca sé adivinar qué es lo que piensa ni qué trama. Ya le he conseguido por mí mismo un par de pastillas para dormir —confesó—. Sé que soy culpable por ayudarla, pero me da bastante pena. Suele autolesionarse cuando no obtiene lo que quiere.

Melissa interrumpió la conversación cuando se sentó junto a su amiga.

—¡Hola, Vicky! —saludó Melissa rodeando sus brazos por el hombro de la joven con una actitud amigable.

—Te he dicho que no me llames así. Si lo vuelves a hacer, te ignoraré.

Caym se sentó al lado del chico, que no dejaba de mirar a Victoria. Lo

estudió con detenimiento, haciendo que él se sintiera incómodo ante la crítica mirada del varón.

—Regresaré a mi mesa. No quiero interrumpir —comentó agarrando su bandeja y levantándose del asiento.

—¡Espera! —habló Victoria. El joven se giró para mirarla—. ¿Cuál es tu nombre?

—Lucas Ashworth —le sonrió y se marchó a su mesa.

La dulce voz de Melissa Sellers hizo que Victoria desviara la mirada de Lucas.

—¡Esta comida es horrible! ¡Odio las verduras! —se quejó mientras jugueteaba con su puré. Melissa observó que su compañero Caym solamente tenía en su bandeja una manzana para comer. Ella, con curiosidad, preguntó el por qué—. ¿Solo comes una manzana? ¿Cómo lo has conseguido? Es obligatorio comerse el puré.

—Igual la cocinera se ha enamorado de mí —comentó con desdén, dándole una mordida.

—Sería gracioso que fuera así. Vive amargada con todos los alumnos que tiene que aguantar. Nunca la he visto sonreír desde que está aquí —comentó la rubia.

El varón tuvo cierta curiosidad sobre Melissa y sobre por qué estaba encerrada en el internado. Era la única joven a la que se le notaba la cordura.

—Melissa, bonita, ¿por qué estás encerrada aquí? —cuestionó el joven jugueteando con su manzana. La chica desvió su vista y sus ojos se nublaron. Trató de disimular aquello frotándose los ojos evitando que una lágrima resbalara.

—¿Podrías conseguirme una manzana? Me gustaría librarme del puré de verduras esta vez —dijo la joven, tratando de cambiar de tema.

—Si te doy una manzana, debes saber que estoy haciendo algo por ti, ¿qué harás tú por mí?

Melissa se llevó una cucharada de puré a la boca dando a entender que no quería el trato que le proponía. Prefería comerse la comida que tener que dar explicaciones de por qué estaba encerrada en Fennoith.

*

En la hora del descanso, Victoria pretendía ir a la consulta de la psicóloga para saber la historia de Bennet. La psicóloga era la única que lo sabía todo de sus alumnos, pero las historias eran confidenciales y privadas. Otros alumnos no podían conocer los expedientes de sus compañeros. No obstante, Victoria sabía que con ella haría una excepción. Buscó la forma de manipularla para que así la mujer accediera a darle la información que ansiaba escuchar para cometer su primer crimen.

Cuando se disponía a ir a la consulta junto a Caym, Lucas Ashworth salió de la habitación y sonrió a Victoria. La joven se preguntaba qué le había contado a la psicóloga. Lucas ignoró al varón sin siquiera mirarlo y se esfumó de aquel pasillo.

—Siempre me pareció absurdo ese afán que tienen los humanos por sentir rivalidad por otros. ¿Qué gana con mirarme con ese desprecio? Ni siquiera puede superarme —dijo Caym con desdén.

Victoria llamó a la puerta de la psicóloga con dos suaves golpecitos y a continuación asomó su cabeza por una pequeña abertura.

—¿Puedo pasar? —preguntó a la mujer, que se encontraba sentada en uno de los sofás ojeando una pequeña libreta.

—No te esperaba tan temprano por aquí, Massey —respondió Jenkins—. Puedes pasar, pero tu amigo no. De uno en uno.

—No pretendo pasar —dijo Caym sin entrar a la consulta.

El varón se apoyó en la pared del pasillo de brazos cruzados esperando a que Victoria saliese de la consulta. La joven se adentró, cerró la puerta y se dirigió al sofá para que la atendiese. La mujer sonrió a la muchacha, se ajustó sus gafas y cogió su bolígrafo. Victoria se tumbó en el sofá.

—Cuéntame por qué estás aquí, Massey.

—No he venido a contarle la razón por la que me encerraron en este internado. He venido a saber por qué Bennet es adicta a las pastillas para dormir.

La mujer dejó su pequeña libreta en la mesita mientras soltaba un bajo suspiro por su boca.

—Los datos que me estás pidiendo que te dé son confidenciales para nuestros alumnos. No puedo decírtelo, Massey. Es privado.

—Sé que son confidenciales, pero, como usted comprenderá, Bennet me ha atacado esta mañana porque quería mis pastillas. ¿No cree que debo saber la razón por la cual me ha atacado una compañera? ¿Qué pasa si lo hace de nuevo? ¿Debo mantenerme en la ignorancia? Me gustaría ayudarla, o, al menos, intentarlo.

La psicóloga hizo una pausa de silencio, pensando si debía confesar aquello o mejor mantenerse callada. Era cierto que la había agredido por las pastillas y que podía hacerlo de nuevo si quería. La muchacha no estaba bien, haría lo que fuera por conseguirlas.

—Si te lo cuento solamente es por la razón de tu agresión. La información no puede salir de aquí; y, si lo hablas con tus compañeros, habrá consecuencias.

—No tengo intención de contarlo.

—Alexandra Bennet fue encerrada en Fennoith por su carácter problemático, ya que ocasionó un incendio en su vivienda. Se divertía jugando con la pirotecnia y amenazaba a su hermana menor si no obtenía lo que quería. Un día se le fue de las manos e incendió a su hermana cuando forcejeaba con ella tratando de que dejara de jugar con fuego. A raíz de aquello, fue hospitalizada por quemaduras graves. Cuando llegó a Fennoith, empezó a tener problemas para conciliar el sueño. Margaret la obsequió con una pastilla para dormir y empezó a obsesionarse con ellas. Cada noche añoraba con que esta le diera su pastilla y, si no lo hacía, se autodañaba para conseguirla. Le prohibimos las pastillas. No podemos permitirnos que se vuelva adicta y que dependa de un fuerte medicamento para conciliar el sueño.

—¿Ha pillado alguna vez a alguno entrando en la enfermería para robar las pastillas? —cuestionó la joven con curiosidad, pensando en si había visto a Lucas Ashworth.

—No. ¿Por qué lo preguntas? ¿Sabes algo al respecto?

—No. Solo preguntaba.

Victoria se levantó del sofá y sonrió a la psicóloga.

—Muchas gracias por la información.

—De nada, y recuerda no contarlo a nadie.

—Descuida.

La joven salió de la consulta y cerró la puerta. Caym aún mantenía su posición, apoyando su espalda en la pared y cruzado de brazos. Victoria lo miró fijamente y susurró.

—Necesito que me ayudes a abrir la puerta de la terraza del internado.

—Quieres suicidar a Bennet —afirmó con una sonrisa.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó la joven con asombro.

—Tú y yo ahora mismo somos una misma persona. Sé todo de ti. Tengo tu sangre, me debes tu alma.

Cuando iban a salir del pasillo, se cruzaron con Bennet, que se disponía a entrar a uno de los baños. Bennet miró a Victoria fulminantemente. La joven se acercó a Bennet y la miró a esos ojos con enormes ojeras.

—Si quieres que te dé las dos pastillas que tengo aquí, ven conmigo en la hora de la cena a la terraza —comentó enseñándole el botecito de pastillas de su bolsillo. Bennet pretendió robárselo otra vez, pero Victoria se lo guardó con rapidez—. Si lo quieres, ya sabes lo que tienes que hacer. A las nueve en la terraza. Te espero allí.

Dicho aquello se alejaron de la susodicha.

*

En la noche, Victoria se disponía a ir la terraza, esperando que Caym la hubiese abierto de manera sigilosa. A la terraza no acudía nunca nadie, y como Bennet no podía asistir a la cena, nadie sospecharía de su falta. Victoria debía darse prisa, antes de que el director se percatara de su ausencia.

La muchacha subió las escaleras con cautela hasta llegar allí, sin provocar ningún ruido y evitando que cualquier persona la viese. No quería testigos. La puerta estaba abierta sin siquiera daño alguno, como si hubiesen insertado la llave. Supo que a Caym no le hacían falta llaves para abrir puertas.

En cuanto salió al exterior, el viento de la noche abanicó el cabello de la joven y su vestimenta. Mecía su cabello haciéndola parecer la chica más dulce del mundo, sin saber que esa noche cometería su primer crimen.

La luna se pronunciaba en el oscuro cielo, alumbrando la enorme terraza. Ella estaba a la espera de que Bennet se adentrara de una vez por la puerta, pero tardaba demasiado. Se comenzó a poner nerviosa por si el director Newell decidía buscar a Victoria por su ausencia en la hora de la cena.

Cuando por fin Bennet se adentró a la terraza, Victoria respiró aliviada. La chica se acercó a ella, que estaba en el borde de la terraza esperando.

—Dame las pastillas —habló con rapidez.

Bennet no era una chica inocente. Su alma estaba infectada de malicia y le había ocasionado quemaduras graves a su hermana sin siquiera sentirse culpable por ello. Hubiera incendiado toda su casa si no fuera por los bomberos, que llegaron ante el aviso de la alarma de incendios.

Cuando Victoria fingió sacar las pastillas de su bolsillo, Bennet sonrió con entusiasmo. Acto seguido, la muchacha forcejeó con rapidez para que cayese por el borde de la terraza. Su compañera se alarmó y empezó a temblar sin entender el repentino acto de la chica.

—¿Qué estás haciendo?! —exclamó la joven con el cabello al viento al límite de aquel borde. Se agarraba con fuerza a los brazos de Victoria sin saber por qué la amenazaba con lanzarla al vacío.

—¡Eres una chica mala! —vociferó Victoria mientras su rostro se desfiguraba y aparecía uno más aterrador—. ¡Incendiaste a tu hermana por tu mal comportamiento! Disfrutabas manipulándola.

—¿Qué?! —bramó—. ¿Cómo sabes eso? ¡Déjame en paz! —exclamaba Bennet, a la que comenzaban a nublársele ojos.

Victoria intentaba deshacerse de sus manos, que la agarraban con fuerzas. Bennet quería salvar su vida de aquella joven que lucía demasiado demente para considerarse cuerda. Cuando Victoria logró deshacerse de una de las manos de Bennet, esta comenzó a rogar por su vida intentando que no la dejase morir de ninguna manera. Comenzó a pedir perdón por haberla agredido. Sin embargo, Victoria no mostró misericordia.

Finalmente, la empujó al vacío mientras Bennet chillaba de terror.

Se arrodilló al suelo observando cómo su compañera caía del internado como una muñeca de trapo. Al cabo de segundos, su amiga se había estampado

contra el suelo y de su cabeza comenzó a salir un fluido carmesí que con la oscuridad de la noche se apreciaba más oscuro en el césped muerto.

—Dios mío... ¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! —exclamó Victoria sin dejar de mirar el cuerpo de su compañera.

Capítulo 5: ¡Te pillé!

La joven corrió escaleras abajo, exasperada tras haber matado a Alexandra Bennet. Su pulso se aceleró y su respiración era tan pronunciada que se la escuchaba jadear.

La cena ya había comenzado. Ella necesitaba ir al baño de chicas y mojarse la cara para tranquilizarse. No permitiría que nadie sospechase del crimen, ni mucho menos que preguntasen por su gran excitación. Apenas podía disimular. Su frente empezó a sudar, pero apartó las pequeñas gotas con su mano conforme corría por las interminables escaleras hasta llegar al baño. Ni siquiera sabía cómo se sentía en aquel momento, pero lo que sí estaba claro era que no se arrepentía de haberlo hecho. Cuando por fin llegó, se metió aprisa en el baño y abrió el grifo. Se mojó la cara con ambas palmas y se estudió frente al espejo.

«¡Has matado a Bennet! ¡Has matado a Bennet!» se decía la joven para sus adentros con sus enormes ojos abiertos como platos. «¡Tu primera muerte!» añadió conforme apreciaba su rostro. Algunos mechones de su cabello se mojaron cuando se humedeció la cara. No se podía creer lo que había hecho. ¡Había asesinado a una alumna! Rompió las leyes, destruyó las reglas y sabía que en un futuro podía ser perjudicial para la chica. No obstante, era su única vía para salir de allí, pues su demonio le ordenaba lo que debía hacer si quería obtener su libertad.

Matar a toda persona que tuviera un alma infectada de malicia.

*

Cuando fue a la cena, pudo apreciar a todos sus compañeros comiendo tan tranquilos mientras que ella se hallaba nerviosa y con pequeños temblores en sus dedos. El director Newell le distrajo de su ensimismamiento cuando agarró su antebrazo para preguntarle dónde había estado.

—Estaba en el baño —informó forzando una sonrisa—. Me empecé a sentir mareada, así que me mojé la cara. Supongo que se debe a que no he digerido bien la comida del mediodía. Discúlpame por el retraso.

Su mentira causó el efecto que esperaba en un adulto.

—Que no se repita, Massey. Aquí somos puntuales, a las nueve se cena, no a

las nueve y dos minutos. Como eres sangre nueva, te lo pasaré por alto, pero la próxima vez que te retrases te quedarás sin cenar. ¿De acuerdo?

—Sí. Lo siento.

Cuando se marchó el director de su lado, Victoria se apresuró a sentarse junto a Caym en la misma mesa donde habían almorzado. Su amiga estaba sirviéndose la cena, así que aprovechó para informar al joven de lo sucedido.

—¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! —exclamó en un susurro. La muchacha se mordió el labio inferior nerviosa, mientras seguía jugueteando con los dedos de sus manos.

El varón ni siquiera la miró y respondió:

—¿Acaso no era lo que pretendías hacer, Victoria? —cuestionó con toda la serenidad del mundo—. ¿Por qué te encuentras tan alterada?

—¡He matado a alguien!

—Sí, Victoria, lo has hecho. Y ahora deja de cuchichear. ¿Acaso no sabes pasar desapercibida? —chasqueó la lengua a la par que negaba con su dedo índice—. No cometas un error estúpido de humanos. No llames la atención, niña.

—De acuerdo —le sonrió con entusiasmo.

Mientras los alumnos cenaban, Victoria no dejaba de jugar con la comida de su plato a la vez que se llevaba una cucharada a la boca. Las ventanas del comedor estaban abiertas y sabía que si algún alumno o profesor se asomaba por ellas se encontraría el cadáver de Alexandra Bennet en el césped. En cualquier momento alguien chillaría con desgarró al encontrársela. El corazón de la joven palpitaba con rapidez. Se preguntaba quién de todos ellos sería el que descubriese el cadáver de su compañera.

A Lucas Ashworth se le veía nervioso, como si estuviese apurándose para terminar de cenar y reunirse con su compañera Bennet. Victoria no sabía qué había entre ellos dos, o, mejor dicho, hubo.

—¡Qué frío hace! —se quejó Melissa mientras tiritaba—. En pleno invierno no sé cómo pueden tener la desfachatez de dejar las ventanas abiertas con la corriente que hace. Melissa se levantó del asiento y Victoria la detuvo preguntándole a dónde iba.

—A cerrar las ventanas —informó—. No quiero pillar la gripe por culpa de esta corriente. ¿Tú sí?

La joven se acercó a una de las ventanas para cerrarla, pero, cuando apreció el césped, se detuvo para observarlo con fijación. Había visto un gran bulto arrojado y se empezó a inquietar.

—Tres, dos, uno... —dijo Caym sonriendo de medio lado.

—¿Qué es eso...? —musitó la muchacha mientras intentaba enfocar la vista en la oscuridad de la noche. Cuando sus ojos se dieron cuenta de lo que veía, se alejó de la ventana y chilló llevándose una mano a la boca. El grito de terror de la joven había sobresaltado a los demás alumnos, incluidos al director y la psicóloga, que se hallaban cenando—. ¡A-Alexandra Bennet está muerta! —tartamudeó con la voz quebrada mientras miraba al director Newell.

—¿Qué diablos estás diciendo, señorita Sellers? —cuestionó el hombre, apresurándose a la ventana donde estaba la joven. Los demás alumnos se levantaron del asiento abandonando su cena para asomarse a las demás ventanas restantes y poder ver el acontecimiento. Lucas Ashworth permaneció en su asiento mientras su mirada se perdía por unos segundos.

Cuando los alumnos vieron el cadáver de Bennet, especularon acerca de ella. Comentaron que se había suicidado desde lo alto de la terraza, pues desde una ventana no pudo haber sido, ya que poseía barrotes. Ninguno de ellos lloró su muerte, salvo Melissa.

—¡Que nadie se mueva de donde está! —exclamó el director mientras cerraba las ventanas—. No quiero que nadie se altere ni pierda la calma. Permaneced en vuestros asientos y terminad la cena. ¿De acuerdo?

—¡Sí! —respondieron al unísono. Volvieron a sus asientos, aun así, hablando de lo ocurrido.

El director Newell le hizo una seña a la psicóloga Jenkins para que le siguiese al patio. Victoria los persiguió con la mirada preguntándose si debía ir a inspeccionar qué harían con su cadáver.

Cuando todos prosiguieron cenando, Melissa rompió el silencio haciendo algunas preguntas.

—¿Deberíamos ir a ver qué pasa? ¿Llamarán a sus familiares?

—¿Y si nos pillan? —cuestionó Victoria—. El director ha dicho que no nos movamos de aquí.

—Podemos quedarnos detrás de la columna que está en el patio —comentó Caym levantándose de su asiento—. Si tenéis curiosidad, seguidme.

Ambas se levantaron del asiento y siguieron a Caym fuera del comedor. Salieron por la gran puerta con la fortuna de que la habían dejado abierta para luego volver a entrar. Con sigilo, en la oscuridad de la noche, se movieron hasta la columna para espiar la conversación que mantenían Jenkins y Newell.

El director había agarrado una pala algo oxidada y había comenzado a cavar con desespero. La psicóloga estaba atónita. Se cruzaba de brazos mientras nombraba a Dios por lo bajo. No entendía por qué el director Newell la dejaría enterrada en el jardín, sin más, sin siquiera llamar a los familiares o darles la noticia. Era un acto muy cruel y, cuando se desconoce la razón de ello, se pueden malinterpretar muchas cosas.

—¿La va a dejar ahí, director? —cuestionó Laura Jenkins con preocupación—. ¿Qué hay de los familiares? ¿No les dará la noticia sobre su hija?

—Nadie llorará su muerte —contestó conforme continuaba clavando la pala en la tierra.

—¿Cómo dice? —formuló la mujer con asombro—. La familia debe de saberlo. ¡Es su hija!

—Mire, psicóloga Jenkins, no voy a permitirme que venga la prensa, la policía y demás gentuza que no quiero ni ver en pintura. No voy a dar lugar a que mi internado tenga mala fama por una yonqui suicida.

—¡Ante todo era una persona! —exclamó ella en un susurro alto.

—Su familia ni siquiera la soportaba —alegó—. Vamos a zanjar el tema, no quiero mantener una discusión con usted. No diga nada de esto. ¿De acuerdo? Que quede entre nosotros dos.

La psicóloga dudó por unos instantes si el director había tenido algo que ver con la muerte de la adolescente. La manera de cavar tan desesperada que tenía el hombre, más su tono al hablar, hizo que sospechara sobremanera de

él. Sin embargo, se mantuvo en silencio dándole la razón. No quería tener nada que ver con el acto que estaba cometiendo, ni mucho menos que en un futuro la juzgaran de cómplice. No permaneció ni un segundo más en aquel funesto patio.

—Volveré dentro —comentó la mujer con la voz temblorosa—. Dese prisa con eso.

—¡Vamos, corred! —exclamó Victoria mientras volvían dentro del internado.

Cuando iban a meterse en el comedor, Lucas apareció delante de sus ojos, dándole un susto. La joven se sobresaltó y se llevó una mano al pecho. La cara de Lucas Ashworth era demasiado sombría. Parecía hastiado, o simplemente sospechaba de la actitud de ellos tres.

—¿Dónde habéis estado? —cuestionó arqueando una ceja.

—Espiendo al director y a la psicóloga —confesó Victoria sin apuro. Ni siquiera le tenía miedo—. Están enterrando a Bennet en el jardín.

Lucas desvió la vista por unos segundos. Frunció el ceño y apretó su mandíbula.

—¿La van a enterrar sin más?

—Eso parece.

La psicóloga les llamó la atención cuando los vio detenidos en mitad del pasillo.

—¡Vosotros! ¿Qué estáis haciendo ahí fuera?

—Ya hemos terminado de cenar —contestó Lucas, con una sonrisa forzada—. Espero que no moleste que tomemos un descanso por el internado.

—A las diez en sus respectivos cuartos. ¿De acuerdo?

—Sí —contestaron al unísono.

El director Newell entró por la puerta del internado y observó a Lucas. Se sacudió los brazos llenos de tierra y se acercó a él.

El compañero de cuarto del chico se había marchado del internado en la mañana después de que los padres lo sacaran de allí, ya que habían decidido

irse por problemas económicos y no podían permitirse seguir pagando el internamiento de su hijo. Se había quedado sin compañero de habitación y Caym era el único que aún no poseía lugar donde descansar.

—Ya que tu amigo se ha marchado del internado —habló—, ahora tu compañero de habitación será el sangre nueva.

—¿Qué? Preferiría estar solo. Que se busque otra habitación —ni siquiera lo conocía del todo, pero por alguna razón le daba mala espina y desconfianza. Solía juzgar a las personas sin conocerlas, era un gran defecto que tenía. No se fiaba de nadie. Era un muchacho muy receloso.

—No juzgues a nadie sin conocerlo, Ashworth. Será tu compañero y no hay nada más que hablar. ¿Acaso quiere mantener una discusión con su director? Mi internado, mis reglas.

—Como usted diga, director Newell —asintió entre dientes.

—Ahora, sé buen chico e indícale dónde está tu habitación.

—Sí, señor —respondió apretando su mandíbula.

Lucas Ashworth agarró a Caym del brazo con brusquedad y lo obligó a seguirlo.

—Te enseñaré dónde está nuestra habitación.

Caym se soltó del brazo del joven, que continuaba agarrándolo. No soportaba que lo tocasen, y aún menos sin su consentimiento.

—Ahora tengo bacterias humanas en mi ropa —musitó mientras se sacudía el brazo como si de un bicho se tratase.

Subieron unas escaleras hasta llegar a la habitación. Mientras andaban por el interminable pasillo, Lucas Ashworth mostró curiosidad sobre Caym. No podía negar que la relación de su compañero y Victoria le hacía indagar en ello. Ambos se veían tan unidos que creyó que habían entrado juntos a Fennoith, que quizá se conocían de fuera o eran familia.

—¿De dónde eres? —cuestionó mirándolo de reojo. Caym ni siquiera se molestó en dirigirle una mirada y continuó andando.

—De abajo —contestó.

—De abajo, ¿dónde? —inquirió el joven, alzando una ceja.

—Donde tus pesadillas se hacen realidad —bromeó.

Lucas frunció sus labios mientras continuaba mirándolo de reojo.

—Y —hizo una pausa. Caym ya sabía qué iba a preguntar—, ¿Victoria y tú os conocéis? Actuáis de un modo muy cercano.

—Algo así —contestó—. Veo que tienes curiosidad sobre mi relación con Victoria. No hace menos de veinticuatro horas que hemos entrado y ya le has echado el ojo.

—El sangre nueva siempre es la comidilla de los demás. ¿Qué te traes con ella? ¿Buscas causarle un mal?

—El mal ya lo trae ella misma consigo —contestó, esta vez mirándolo a los ojos—. No tengo por qué contarte lo que me traigo con ella, así que no trates de preguntarme. Semejante confianza no se da a cambio de nada.

Lucas resopló por su boca y decidió mantenerse callado. Cuando llegaron a la habitación, este abrió la puerta y le indicó cuál sería su cama.

—Esa de allí es tu cama, ¿de acuerdo?

Lo fulminó con la mirada por el tono de soberbia que había empleado el joven.

—¡No me digas! —se burló con ironía.

—Eres irritante —musitó mientras se echaba en la cama con las manos en la nuca.

Caym miró de soslayo los brazos de su compañero. Pudo apreciar que tenía pequeñas quemaduras que se habían convertido en cicatrices horribles. Debió de tener un pasado muy sádico y cruel. No obstante, no objetó al respecto ni preguntó la razón de sus heridas, pues no le interesaba. El castaño acechó la mirada curiosa de él y se bajó las mangas de su camisa, con cierta vergüenza y molestia.

—No se te ocurra decirme nada —espetó Lucas.

Él lo ignoró y se sentó en la cama vacía.

*

En la madrugada, mientras Victoria dormía con placidez, la voz varonil de

Caym la había despertado cuando él mismo tocó su hombro con delicadeza. Incluso la forma de pronunciar su nombre hacía que la muchacha sintiese un hormigueo extraño en su vientre. No estaba acostumbrada a juntarse con hombres. Por el hecho de que en su vida hubiese sido una joven antisocial, silenciosa y retorcida, le era inusual tener contacto con un muchacho.

Melissa yacía dormida plácidamente, así que debían hablar en voz baja para no despertarla. La joven no sabía por qué su demonio se encontraba en su habitación, ni con qué motivo había acudido a ella. Todas las puertas de cada habitación se cerraban con el pestillo pasadas las diez de la noche, así que le aturdió un poco el hecho de que el chico se encontrase dentro.

—¿Cómo has entrado? —cuestionó la joven, intentando observarlo en la oscuridad de la noche.

—No me hace falta llamar a la puerta para poder entrar en ella, Victoria.

La joven se incorporó en la cama mientras se apartaba el oscuro cabello de la cara.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tu amigo Lucas ha salido al patio —informó con una sonrisa macabra.

Victoria sintió un vuelco en el corazón al escuchar aquello. ¿Acaso había ido a visitar el cadáver de Bennet?

—¿Cómo lo sabes? —formuló con recelo.

—Duermo con él, ¿recuerdas? Además, siempre tengo un ojo abierto al acecho de mis presas. Mira, ven —la agarró de la mano obligándola a salir de la cama. Caym decía que odiaba el contacto humano. Sin embargo, no le importó tocar a Victoria.

El muchacho la puso delante de la ventana de la habitación para que observase por sí misma. Como su habitación estaba un piso más arriba, se pudo apreciar a Lucas Ashworth en el patio, desenterrando con sus manos a Alexandra Bennet. No comprendió cómo había salido por la puerta, ya que esta se cerraba siempre. Victoria dedujo que había robado la llave de alguna forma, pero aquello no era lo que más le sorprendía.

Lucas Ashworth estaba desenterrando a la joven con velocidad.

Capítulo 6: Amenaza

Victoria no dejaba de observar por la ventana a Lucas Ashworth, que desenterraba a la joven que estaba bajo tierra con demasiado furor. No sabía por qué lo estaba haciendo ni con qué propósito o intención. Verlo en ese estado daba miedo. Sus manos manchadas con la suciedad de la tierra; su pijama, que todavía llevaba puesto, estaba sucio y lucía bastante desaliñado, los ojos del joven estaban abiertos como platos mientras cavaba esperando encontrar el cadáver de su compañera.

La joven no solo sospechaba de Lucas, sospechaba de todos los alumnos del internado, pues creía que ninguno se salvaba de la locura. Su demonio le advirtió de que algunos de ellos habían cometido actos atroces, pero no podía imaginarse qué acto cometió Lucas o si aquel joven pecaba de maldad. Su ensimismamiento era sospechoso, y la forma de desenterrar un cadáver no era muy normal. La tierra debía haberle causado heridas superficiales en sus manos.

Melissa comenzó a abrir los ojos en mitad de toda aquella penumbra. En ese momento, presenció a Caym y a Victoria junto a la ventana observando algo con mucha atención. Quiso hacerse la dormida, esperando a que alguno de los dos hablase. Melissa no se podía creer que un chico estuviese dentro de la habitación con Victoria, ya no solo porque estaba prohibido, sino porque estaba incumpliendo las normas del internado. Sin embargo, quiso mantenerse callada espiando qué estaban haciendo, con mucha curiosidad.

—¿Qué hacemos, Victoria? —preguntó Caym rompiendo el silencio en un bajo murmullo—. ¿Debemos detenerlo?

—¿Por qué crees que la está desenterrando? —respondió ella con otra pregunta.

—Si quieres averiguarlo, bajemos juntos las escaleras y preguntemos.

Caym agarró a la joven de la muñeca. Ella se ruborizó tras notar su contacto físico y sonrió con timidez. El muchacho sabía que Melissa estaba despierta, y sabía todos los pensamientos que la muchacha estaba teniendo. Así que el varón acarició el cabello de Victoria con delicadeza, conforme bajaba su mano hasta llegar a la mejilla de la joven. Melissa cogió aire por su boca y se mantuvo apreciando la situación. La recorrió un placentero escalofrío por la

mejilla que él le había acariciado con tanta delicadeza. Cuando este observó cómo Melissa se estaba poniendo nerviosa y su corazón palpitaba rápido, el joven bajó su mano hasta la cintura de Victoria. El muchacho, con solo ver el sonrojo de la rubia y su nerviosismo, disfrutaba como si fuera un juego. Sabía que pararía la situación, pues tener a un chico en la habitación a altas horas de la noche era un peligro. No quería ser cómplice de la seducción que ambos se traían entre manos.

—¡Oye! ¡Un chico no puede estar aquí! —exclamó Melissa, levantándose de la cama con rapidez.

El varón esperaba que la rubia se quejara por ello. La mirada fría de Caym logro que Victoria sintiera un vaivén de nervios en su estómago.

—Tranquila, niña. Asómate a la ventana y verás la razón de por qué estoy aquí.

La rubia se asomó y exhaló por la boca cuando apreció a su compañero desenterrar el cadáver de la chica. Su pulso cardíaco se aceleró y sintió pavor por ello.

—Vamos al patio. Debemos detenerlo —dijo Victoria, saliendo de la habitación con cautela.

Acudieron allí con discreción conforme escuchaban los jadeos de Lucas. Estaba hablando solo. Se lo escuchaba balbucear palabras ininteligibles. Cuando se acercaron hasta su espalda, se le pudo oír una frase cuando observó el rostro de Alexandra Bennet y parte de la americana de su uniforme. Victoria alzó ambas cejas sorprendida tras encontrarse al joven en ese estado.

—¡No puedes estar muerta! ¡Tiene que ser mentira! —murmuraba el joven en un susurro alto.

Melissa se llevó las manos a la boca a la vez que abría los ojos con sorpresa. Era espeluznante que estuviera tocando el cadáver de una muchacha, como si esta aún siguiera viva y yaciese dormida. Su tacto ya estaba frío como el hielo y su piel estaba empalidecida. La sangre coagulada de su cabeza le hizo sentir arcadas.

—Lucas... —pronunció Victoria, pero el joven no se inmutó por las presencias tras su espalda. Al ver que el muchacho no respondía, lo volvió a

llamar—: ¡Lucas!

Nada. Continuaba negando que Bennet estuviera muerta. Victoria comenzó a fruncir el ceño y se acercó a él. Melissa le siguió el paso con las manos sobre su corazón.

—Lucas, ¿qué estás haciendo aquí? —inquirió Victoria esperando respuesta de él.

—¿Por qué lo has hecho...? ¿Por qué lo has hecho...? —le preguntaba a Bennet sin siquiera saber que sus compañeros se hallaban en el patio. Cuando Caym observó el rostro y los ojos del joven, supo lo que le pasaba.

—Está sonámbulo —informó conforme se cruzaba de brazos.

Victoria no lo creyó.

—Explícame entonces cómo demonios un sonámbulo es capaz de robar unas llaves que solamente posee el director.

—Hay sonámbulos que son capaces hasta de conducir sin siquiera saber que lo están haciendo —añadió Caym—. ¿Acaso no lo notas en su rostro? No es consciente de que estamos aquí, ni siquiera de que él mismo está haciendo todo esto.

Victoria trató de despertarlo tocándole el hombro y poniéndose a la altura del joven, pero este no reaccionaba.

—Siempre se ha dicho que nunca trates de despertar a un sonámbulo —comentó Melissa.

—Me da igual, no puede estar aquí. ¿Qué pasa si le ve el director?

—No es asunto nuestro.

Cuando Victoria le tiró un pellizco en el brazo, Lucas se despertó y comenzó a mirar a su alrededor con pánico.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué está pasando...? —se cuestionaba mirándose la ropa manchada de tierra. Cuando el joven enfocó su vista a la cara inerte de Bennet, soltó un grito de terror que Victoria tuvo que apagar tapándole la boca y echándose sobre él. No se podía permitir que formase un escándalo y fuese testigo de lo que Lucas había provocado.

Lucas se arrastró hacia atrás, alejándose de la tumba de Bennet. Estaba

aterrado.

Caym agarró la pala oxidada que con anterioridad el director había usado para enterrarla. Comenzó a sepultarla con total serenidad mientras Lucas Ashworth se contenía las ganas de gritar con fuerzas. El pobre no comprendía por qué yacía allí, ni siquiera sabía que padecía sonambulismo.

Melissa lo miró con lástima y se acercó a él tratando de saber qué había sucedido.

—Lucas, tranquilízate. Estabas sonámbulo —informó Victoria. El joven la miró a los ojos sin saber muy bien qué decir.

—¿Sonámbulo? —cuestionó dubitativo—, ¿estás segura? ¿No me habéis traído vosotros aquí? —sospechaba de todos ellos, ya que no sabía por qué estaban despiertos a esa hora—. ¿Por qué entonces vosotros estáis despiertos?

—Porque te hemos escuchado balbucear en el patio —respondió la joven frunciendo el ceño—. ¿Así nos agradeces que te salvemos el trasero, arriesgándonos a que el director nos pille?

—Lo siento —confesó al apreciar que la joven tenía razón—, volvamos a nuestras habitaciones. No quiero permanecer por mucho más tiempo aquí.

*

A la mañana siguiente, Melissa y Victoria se disponían a entrar en clase cuando la última se dio cuenta de que una joven de cabellos cobrizos y pecas sobre su rostro la examinaba con el ceño fruncido. No comprendió por qué aquella chica la estaba mirando con cara de pocos amigos. No la conocía, ni siquiera sabía su nombre, pero su forma de observar no le trajo buena espina.

Un profesor con anteojos y esbelta figura se adentró a la clase con seriedad. Los alumnos apagaron sus cotilleos al apreciar la circunspección del hombre. Victoria no dejaba de sentir esa sensación de tener una mirada clavada en la nuca. Sabía que aquella muchacha de cabello cobrizo la seguía mirando, pero no se dignó a mirar tras su espalda. No quería prestarle la importancia que no se merecía.

Se sentaron en sus pupitres, ya que el profesor se lo había ordenado.

—Como bien sabéis —comentó el hombre—, una alumna de nuestro centro se suicidó anoche sobre la hora de la cena. Fue un trágico acontecimiento y

una importante pérdida. Guardemos un minuto de silencio por Alexandra Bennet, que descanse en paz. Que Dios la reciba con las puertas abiertas.

Caym sonrió a Victoria con una de las sonrisas más macabras que había apreciado en un joven. Ella no se dignó a devolverle la sonrisa.

El joven escribió una nota y arrancó la hoja para pasársela a Victoria con disimulo. Ella la agarró para leerla.

Dios no recibirá con las puertas abiertas a Bennet. Ahora mismo ella está surcando los valles del infierno, condenada a sufrir para la eternidad. Gracias, Victoria, por deshacerte de un excremento más en la humanidad.

Cuando la joven leyó la nota con la perfecta caligrafía del muchacho, las palabras escritas en la hoja desaparecieron difuminándose en el papel. Apreció aquello boquiabierta. No se podía creer lo que acaban de ver sus ojos. Tuvo que parpadear varias veces para comprobar que las letras escritas se habían esfumado. Dedicó una mirada a Caym y el chico continuó sonriendo.

*

Al terminar la clase, la psicóloga Jenkins detuvo al varón porque quería hacerle una consulta. El joven asintió y siguió el paso de la mujer. Dijese lo que dijese, sabía que una humana jamás creería que aquel joven venía del infierno con la única misión de jugar con Victoria mientras veía cómo su adorable humana mataba a aquellas almas negras condenándolas al infierno. Le iba resultar muy divertida la cara de estupefacción que pondría la psicóloga cuando contase de dónde venía y en dónde se hallaba su hogar. Lo tacharía de loco, como a uno más del internado, como a otro más del rebaño.

Lo invitó a pasar a aquel cubículo de paredes color pardo y le dijo que se sentase en el sofá de cuero alargado.

El joven asintió con una sonrisa como si fuera un corderito y miró a la mujer examinándola. Por alguna extraña razón que ella desconocía, la mujer se sentía desnuda con solo la mirada que le dedicaba el muchacho. Era como si, al observarla, estuviese estudiando en lo más profundo de su alma. Ella carraspeó y soltó una risa nerviosa.

—Caym... ¿Sybarloch? —questionó sin saber muy bien cómo se pronunciaba

su apellido. Jamás había oído semejante nombre.

—Así es —sonrió entrelazando sus palmas sin dejar de mirarla.

—Qué apellido tan curioso. ¿De dónde vienes? No pareces ser de por aquí.

—Si te dijese de dónde vengo, una humana como tú jamás me creería.

La mujer notó que la llamó «humana», como si, a excepción, él fuese de otro planeta. Eso le hizo alzar una ceja y desafiarlo.

—Sorpréndeme —respondió Laura.

—Del infierno, mi querida psicóloga.

Ella apuntó algo en su pequeña libreta mientras asentía con la cabeza como si lo que acababa de soltar el joven por su boca fuese lo más normal del mundo. No se la vio sorprendida. Aunque... ¿por qué debería estar sorprendida una psicóloga que se dedica a escuchar las historias de todos aquellos dementes? Debería estar curada de espanto.

—No eres el único que me dice que viene del infierno —comentó la mujer—. Aquellos que decís que venís de aquel lugar sois los mismos que cuando estáis en apuros nombráis a Dios.

Caym soltó una risa silenciosa.

—Ni en mi lecho de muerte lo nombraría.

—¿No eres religioso, Sybarloch? —cuestionó apreciando muy bien la respuesta de Caym.

—Define *religión*.

Laura hizo una mueca y asintió con la cabeza.

—¿Por qué te han trasladado a este internado? ¿Qué hiciste para estar aquí?

—Sentí la llamada de una chica implorando mi ayuda.

Ella sabía que no sería fácil saber por qué un alumno había sido encerrado en el internado Fennoith. Normalmente, ellos mentían y tras varias sesiones decían la verdad, lo que la psicóloga no intuyó es que Caym estaba confesándose.

—¿Qué chica es la que mencionas?

No respondió, tan solo le sonrió, haciendo que ella se sintiese incómoda.

—Cambiamos de tema, psicóloga Jenkins. ¿Por qué no me dice qué opina del director Newell?

—¿Por qué debería decírtelo? No estamos hablando de mí.

—Ahora sí.

—Mis asuntos no son de tu incumbencia, Sybarloch.

—Sospechas de él desde la muerte de Alexandra Bennet. Crees que tuvo algo que ver, pero te niegas porque no tienes pruebas.

La mujer abrió los ojos como platos y dejó su pequeña libreta sobre la mesa con brusquedad.

—¿Quién te crees para juzgarme?

—¿Juzgarte? ¿Acaso he dicho algo incorrecto?

Lo fulminó intentando incomodarlo con su asqueada mirada. Sin embargo, la que agachó la vista fue ella. Claro que sospechaba del director Newell desde la muerte de Bennet, pues que la enterrase sin más solamente por no querer que la prensa y la policía diesen mala fama a su internado le resultó repugnante y malintencionado.

—Bennet no era santo de mi devoción —confesó—, pero no por ello encuentro la lógica de que sea enterrada en el jardín del internado. No se lo merece.

—Bennet no era buena, psicóloga Jenkins —la miró a los ojos haciendo que ella le devolviese la mirada—. Se ha suicidado; y, como bien sabe usted, suicidarse es un pecado mortal.

Le estaba manipulando la mente.

Ella asintió en un bajo murmullo, como si las palabras de aquel chico tuviesen el poder de hechizar la razón, para no querer decir lo que uno piensa.

Cuando la psicóloga se percató de que la hora de la consulta ya había terminado, se levantó del sofá haciendo que Caym hiciese lo mismo.

—Nuestra hora ya ha terminado —comentó—. Nos vemos en la próxima sesión, Sybarloch.

—Un placer.

Se retiró de la habitación con una sonrisa satisfactoria. Al salir de la habitación, se encontró a Victoria esperándolo fuera. Tenía curiosidad por saber qué había hablado con ella y qué le había preguntado.

—¿Todo ha ido bien? ¿No ha sospechado de nada? —cuestionó con sus enormes ojos verdes penetrando en los del joven.

—Todo ha ido bien, mi querida Victoria —le agarró la mano con delicadeza y se la besó.

Victoria apreció cómo los ojos del joven cambiaron en profundidad, mostrándole cómo eran sin sus hermosas pupilas grises. Ahora yacían totalmente negros, sin iris, sin nada. Unos ojos con un vacío y una oscuridad de lo más aterradora. Tuvo que volver a sus ojos grisáceos tras percatarse de la presencia de Lucas, que se dirigía hacia ellos. Ella giró sobre su eje al ver la expresión de seriedad del demonio.

—¿Cómo estás con lo de tu sonambulismo? —le preguntó Victoria.

—Bien. Creo que bien —respondió—. ¿Me dejáis pasar? Me toca consulta con la psicóloga.

Ambos se apartaron de la puerta y el joven entró. Victoria frunció el entrecejo cuestionándose qué podía hablar Lucas con aquella psicóloga. Quería saber su historia, por qué estaba encerrado en el internado Fennoith y qué le había llevado a estar allí.

Cuando salieron del pasillo, Victoria le dijo a Caym que la esperase: debía asistir con urgencia al baño.

Entró a uno de los baños para hacer pis. Justo en ese mismo instante, la joven escuchó cómo la puerta se abría y entraba alguien más. No preguntó quién era, ya que cualquier chica podía haber entrado y hacer lo mismo que ella. Cuando acabó, se dispuso a lavarse las manos. Apreció en el espejo del baño cómo la chica de cabellos cobrizos salía de una de las puertas de los retretes. La respiración acelerada de la pelirroja no le dio buena espina. Quiso marcharse de allí aprisa, pero, sin previo aviso, la joven la empujó con dureza contra el suelo haciendo que cayese de espaldas. Se había doblado la muñeca y reprimió soltar un alarido. No mostraría dolor ni debilidad ante aquella persona por mucho que se hubiera lastimado. No sabía la razón por la cual la

agredía, ni su malhumorado comportamiento.

—¡Aléjate de Lucas Ashworth o te juro que vivirás con miedo, sangre nueva!
—amenazó la chica en cólera.

Dicho aquello, le dio una fuerte patada en el estómago y la joven expulsó todo el aire de sus pulmones. No pudo controlar un lloriqueo de dolor mientras se agarraba con sus palmas el abdomen. La pelirroja se marchó del baño dejándola tirada e indefensa, sin un ápice de culpabilidad. Victoria se retorció de dolor a la vez que sus ojos se encendían de rabia. Apretó su mandíbula y la mató con el pensamiento.

No sabía con quién se había metido. Se regocijaba de pensar el destino que iba a provocarle.

Capítulo 7: Consecuencias

La joven permaneció tirada en el suelo llevándose las manos a la zona dolorida. Estaba en posición fetal, apretando su mandíbula, controlándose las ganas de gritar y destrozarlo todo. No entendió por qué la chica de cabellos cobrizos la había amenazado con esa agresividad. Trataba de buscarle alguna razón explicable y dedujo que le había molestado que Lucas se juntase con ella, como si el joven fuera suyo, su marioneta.

Desde que había llegado al internado Fennoith, todas las muchachas se habían puesto en su contra. No encontraba la razón para que todas esas chicas la odiasen. Ni siquiera la joven hablaba con nadie ni se integraba en los grupos. Solo tenía tres amigos y ni siquiera ella los había buscado. A veces, ser la nueva en un internado puede traerte ciertos problemas, más aún si los alumnos carecen de cordura.

Algunas lágrimas de rabia resbalaron por sus mejillas. Comenzó a gimotear tratando de levantarse del suelo del baño. Hizo el amago de intentar agarrarse en uno de los lavabos para levantarse, pero su muñeca lesionada la llevó a quejarse del dolor. Sentía una increíble frustración por no haber podido defenderse ante aquella chica enrabiada. La había pillado por sorpresa y eso ocasionó un bloqueo mental y que no supiera cómo actuar.

Caym había presenciado a la chica que había agredido a Victoria saliendo del baño y farfullando palabras ininteligibles a la vez apretaba los puños, dando fuertes pasos. Al ver aquello, se percató de que su compañera tardaba demasiado en salir de allí. Tocó a la puerta del baño de chicas esperando respuesta de la joven.

—¿Victoria? —la llamó haciendo oído en la puerta.

—¡Caym, ayúdame! —imploró ella. El joven de inmediato se adentró en el baño y la vio de rodillas intentando levantarse del suelo.

—¿Qué te ha sucedido? —cuestionó agarrándola con cuidado. Tenía la muñeca hinchada y enrojecida. Apenas podía moverla.

—¡Otra desquiciada me ha atacado! —exclamó apretando los dientes—. ¿Por qué a mí? ¿Qué es lo que tengo que desprender tanto odio?

—Tienen envidia —respondió frunciendo su ceño—. El ser humano es el

único capaz de destruir a su misma especie solo por placer. Eres como un cervatillo rodeado de leones, querida. No luzcas vulnerable ante ellos. Ellos huelen el miedo, si ven que lo padeces, irán a por ti.

—¿Cómo se supone que voy a defenderme si tengo una de mis manos lesionada? Ahora mismo me siento indefensa.

El varón la agarró de ambas mejillas obligándola a mirarlo fijamente a los ojos. Ella notó cómo sus mejillas se encendieron al encontrarse con sus ojos.

—O comes, o te comen —comentó frunciendo el ceño.

Una chica del internado entró al baño interrumpiendo la conversación de ambos. Los miró con cara de pocos amigos al encontrarse un chico que no debería estar allí.

—Márchate antes de que dé el aviso al director.

Ambos salieron sin palabra alguna. Caym obligó a Victoria a ir a la enfermería a vendarse la muñeca. La joven quiso rehusar, pero la insistencia de su demonio hizo que optara por acudir.

*

La enfermera Margaret, conforme vendaba la muñeca de la muchacha, tenía curiosidad por saber qué había ocurrido para que la chica se lesionase. Ella no quiso dar nombres de quién se lo había provocado. Ni siquiera sabía su nombre, y mucho menos su apellido.

—Resbalé en el baño y me torcí la muñeca —confesó sin mirar a los ojos a la mujer.

—Me he dado cuenta de que, en el poco tiempo que llevas en el internado Fennoith, tu nombre no ha parado de sonar en todos los pasillos.

—¿A qué se refiere?

—La mayoría del tiempo lo paso aquí, entre medicinas y vendajes. Es un internado antiguo. Llevo trabajando aquí más de una década, puedo asegurarte que las paredes son viejas y destartaladas. Se oye prácticamente todo —comentó con una amigable sonrisa—. Oigo secretos, susurros, cuchicheos. No me extrañaría que alguien te hubiera ocasionado esa lesión, mi niña. Los nuevos nunca son bienvenidos. ¿Te gustaría hablar de lo sucedido?

—Ya le dije que resbalé en el baño. Eso es todo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Aunque la mujer pretendiera saber la verdad de Victoria, no quiso insistir más de lo que había hecho, pues no podía obligarla a hablar si no quería. Terminó de vendar con delicadeza. Cuando la joven se disponía a salir de la enfermería, Margaret le detuvo al hablar.

—Ándate con ojo, querida. Las apariencias engañan.

—¿Por qué usted me advierte de todo lo que hay, si sabe que estoy loca? — cuestionó sin comprender muy bien la intención de la enfermera.

—Algo veo en ti, mi niña. Me dicen tus ojos que has sido encerrada injustamente.

«Pues no se equivoca, señora», pensó la muchacha para sus adentros.

*

Al mediodía, Victoria y Caym se disponían a almorzar cuando observaron cómo un grupo de chicas, incluida la que había agredido a Victoria en los baños, estaban molestando a Melissa burlándose de su cuerpo y sacando imperfecciones donde la muchacha no tenía ninguna. La rubia estaba cabizbaja, fingiendo que era más interesante la comida de su plato que las adolescentes que la insultaban. No pudo controlar las lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

Aquello enervó a Victoria. Nunca había soportado cómo hacían sentir mal al más débil. Jamás había participado de las burlas de alguien, ni jamás se haría partidaria del acoso escolar. Odiaba el *bullying* y todo lo que conllevaba.

Las chicas reían la gracia a la joven de cabellos cobrizos, la seguían como cabras a su pastor. Era repugnante apreciar aquello. Victoria no pasó desapercibida con su muñeca vendada, algunos ojos curiosos la miraban sacando sus propias conclusiones.

La joven había recordado que aquellas chicas fueron amigas de Alexandra Bennet, así como de Lucas Ashworth.

«¿Dónde está Lucas y por qué está permitiendo que sus compañeras se burlen

de Melissa?». Victoria lo buscó con la mirada, enfurecida. Estaba a punto de montar un espectáculo y no le importaba si la castigaban sin desayunar si con ello detenía el acoso de su compañera.

—¿Ves por qué quiero que te hagas fuerte, Victoria? Para no tener que lidiar con excrementos como aquellos —comentó Caym con una expresión de repulsión en su rostro—. Haz lo que tengas que hacer, pero hazte escuchar.

Ella asintió.

—¡Ya basta! —vociferó Victoria dirigiéndose hacia su amiga Melissa. Las chicas la fulminaron con la mirada—. ¿Por qué no te largas? Antes de burlarte de alguien, primero examínate a ti misma frente al espejo. Tienes mucho por lo que lamentarte —espetó, sin apartar la vista de la chica.

—¿Acaso quieres que te rompa la otra muñeca? —amenazó en un susurro intimidándola, dando un paso hacia adelante.

—Atrévete —la retó ella acercándose. Clavó sus ojos verdes en los ojos pardos de la joven—. Si lo haces, no habrá Dios que te salve de mí.

La pelirroja se dispuso a atacar, pero la presencia de Lucas hizo que se silenciara.

—¿Qué está pasando?

—¡Nada! —habló la pelirroja, colocando su expresión más dulce.

Al ver aquello, Victoria dedujo que la chica estaba enamorada de Lucas y que por esa razón la había agredido; por estar cerca de él. Las jóvenes se alejaron y se sentaron a desayunar en la mesa como si nada hubiese ocurrido. Lucas sospechó de los rostros de sus amigos, que denotaban enojo. Sabía que había pasado algo, sobre todo por la expresión de Victoria y Melissa. El joven se fijó con asombro en la muñeca vendada de la muchacha. Sin comprender muy bien qué decir, se limitó a callarse y a sentarse con sus otras compañeras a desayunar.

Caym apretaba sus puños controlándose las ganas de romper el silencio. Miraba a la susodicha que mostraba una actitud arrogante y altanera, creyéndose superior a las demás compañeras. Su demonio interior quería explayarse y darle su merecido. Personalidades como esas en los humanos le resultaban patéticas y despreciables. La pelirroja sentía un gran afán por

sentirse superior entre tanta chica, como si de pequeña la hubieran enseñado a ser rival contra otras. La envidia y el desprecio formaban parte de su vida.

En la mayoría de institutos siempre suele haber un abusón o abusona que quiere comerse al más débil para sentirse superior al resto de compañeros, creando así intimidación y respeto. Nunca debe faltar una persona ruin que se dedica a mofarse de los demás. Por esa razón, Caym decidió hablar con ella y pagarle con su propia moneda.

La pelirroja se sonrojó ante tal varón que se le acercaba con ese encanto y esplendor. El chico sonrió con una malicia que ella interpretó como amabilidad.

—Hola, Cassandra —saludó. Ella alzó ambas cejas, pues no comprendía cómo sabía su nombre si nunca se le había presentado.

—Hola —dijo ruborizada.

Lucas apreció aquello con mucha atención.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? —cuestionó ella con una risa nerviosa.

—Por tus padres. Por haber tenido una hija tan desagradecida y repugnante a la que no han sabido educar con modales ni enseñanza. Por niñas como tú, millones de adolescentes acaban suicidándose en los institutos. Será todo un honor llevarme tu alma derecha al infierno.

Las risas resonaron al unísono en el comedor mientras la joven se enrojecía de rabia y fruncía el ceño. En la mesa había un vaso con zumo de naranja, Caym lo agarró y se lo arrojó por el cabello a la muchacha, que se quedaba boquiabierta sin creerse lo que acababa de hacer. Las risas aumentaron y el director tuvo que entrar en el salón apreciando el espectáculo. Señaló al muchacho con el dedo mientras se dirigía a él a paso firme.

—¡Joven Sybarloch! ¡Estás castigado!

El director Newell se lo llevó agarrándolo del brazo con brusquedad. El joven sonrió a Victoria, pues sabía que no la vería por estar castigado.

Al salir del salón, el director Newell le tendió una fregona, insinuando que ese sería su castigo.

—Limpia a fondo el internado de arriba abajo. Hasta que no acabes, no volverás a comer.

Él le sonrió como toda respuesta.

*

Al anoecer, Caym estaba limpiando las escaleras del segundo piso cuando Victoria, Melissa y Lucas bajaron por ellas. El joven los miró y puso los ojos en blanco.

—¡No me piséis lo que acabo de fregar!

—Lo sentimos —confesó Melissa.

—Caym —habló Lucas queriendo saber respuestas—, ¿qué ha sucedido antes? ¿Por qué Cassandra ha causado aquella situación?

—En ti tienes las respuestas. Tú te acercaste a nosotros, ahora ella está celosa. Patético, ¿cierto?

—Pero...

—En el momento en que te alejaste de tu mesa para conversar con Victoria aquella mañana, empezó la guerra —lo interrumpió—. Por lo que tengo entendido, todo alumno que llega nuevo será sometido a humillaciones. He ahí la razón del apodo *sangre nueva*. Los nuevos nunca serán bienvenidos en este patético internado.

Cassandra bajó las escaleras con sigilo, fijándose en la conversación que estaban teniendo. Se pegó contra la pared espíandolos mientras ellos estaban de espaldas, salvo Caym, que se hallaba de frente, pero no percibió a la pelirroja.

—Cada uno tiene su historia, pero no sé hasta qué punto pueden llegar los celos de Cassandra.

Aquella fue la última frase a la que Caym prestó atención. Cassandra se situó detrás de Victoria y la empujó escaleras abajo. Al estar el suelo mojado, se le hizo más fácil resbalar. El joven abrió los ojos como platos. Tenía que ralentizar el tiempo si quería salvarla. En el momento en el que lo ralentizaba sin pensárselo dos veces, supo que su acción traería consecuencias. Agarró a Victoria, que yacía por los aires con el cabello al vuelo, y la sostuvo. Justo después, se dejó caer por las escaleras mientras la chica se encontraba encima

de él. Ambos cayeron al piso sin daño alguno.

El tiempo volvió a circular y Cassandra quedó boquiabierta tras apreciar aquello que no acababa de comprender. Ni siquiera Melissa ni Lucas podían entender cómo en menos de un segundo Caym estaba situado debajo de Victoria cuando él estaba fregando las escaleras. La pelirroja echó a correr alejándose del lugar antes de que algún profesor la pillase.

El corazón de Victoria palpitó con rapidez y su cuerpo comenzó a temblar. Aún notaba el empujón de las fuertes manos de la chica tras su espalda. Miró a su demonio a los ojos. Seguía situado debajo de ella. El joven estaba sobrecogido. Quizás por ralentizar el tiempo...

... o quizás por haberlo hecho para salvarla.

Capítulo 8: Pánico

Las zancadas rápidas de Cassandra por todo el internado hicieron que Lucas frunciere el ceño y soltase todo tipo de blasfemias. Melissa bajó aprisa las escaleras y ayudó a levantar a Victoria de encima de Caym. La rubia estaba preocupada por la seguridad de su amiga, pues más de uno le deseaba la muerte allí dentro. Ella tenía la extraña costumbre de espiar conversaciones ajenas y, cuanto más íntimas fueran, más le gustaban. Por esa razón, sabía todos los chismes que se especulaban en el internado Fennoith; y, sobre todo, sabía qué intención tenían las mujeres contra Victoria. El hecho de que estuviese rodeada de los dos jóvenes más apuestos las cabreaba. ¿Había algo peor que adolescentes hormonadas y además desquiciadas? La locura no tiene límites.

—¡Dios mío! —exclamó Melissa conforme ayudaba a la joven—, ¿cómo ha podido pasar?

Caym se levantó del suelo y se sacudió la vestimenta, que se había manchado de polvo. Para colmo debía continuar fregando.

—¿De qué te sorprendes, Melissa? —cuestionó el joven malhumorado—. Ni que no supieses lo que planeaba Cassandra.

Por unos instantes, la joven miró a Caym confusa. El muchacho había insinuado que ella sabía algo que los demás no. Por esa razón, no supo cómo él siempre daba en lo cierto, como si se adentrase en su mente y le leyese los pensamientos. Era increíble. No obstante, los nervios hicieron que la joven no preguntase y se alterase su ritmo cardíaco.

—¡No lo sabía! —se justificó—, ¡no pensaba que lo haría de verdad!

—¿Qué estás insinuando? —inquirió Victoria, adusta.

—Espíe una conversación en el baño de chicas —comenzó a contar cabizbaja, como si se avergonzase de haberlo hecho—. Era Cassandra con sus amigas hablando de ti. Cassandra insinuó que quería empujarte por las escaleras y que, con suerte, te rompieras alguna que otra extremidad. Una le dijo que no lo hiciese, que mejor sería gastarte alguna broma macabra. Empezaron a reír y no hubo más conversación.

—¿Por qué no me advertiste de lo que oíste?

—Porque no creí que fueran capaces de hacerlo. Si algún profesor la viese empujándote por las escaleras, recibiría un castigo que no le gustaría pasar a nadie —mencionó con temor.

—¿Qué tipo de castigo? —preguntó con curiosidad.

—¡Señorita Massey! —interrumpió la psicóloga Laura. Victoria giró sobre su eje para acudir a su llamada. La mujer miró su muñeca vendada y frunció el ceño—. Me gustaría hablar contigo. Pásate por mi consulta ahora mismo.

—Ya casi es la hora de irse a la cama.

—¿Acaso importa? Sígueme, es importante.

La joven bufó por la nariz y puso los ojos en blanco. Lo que menos le gustaba de aquel internado era tener que ir a un psicólogo a diario.

La psicóloga invitó a la joven a sentarse como de costumbre en el sofá de cuero alargado. Victoria se cruzó de brazos, molesta por ser obligada a permanecer entre aquellas paredes pardas que tanto empezaba a odiar. La joven soltó un bostezo que llamó la atención de la psicóloga Jenkins. Ella la miró de reojo y cogió la libreta junto a su bolígrafo.

—Sé que estás cansada, Victoria —rompió el silencio—. Serán unos minutos.

—Como sea —espetó.

—¿Cómo te has roto la muñeca? —cuestionó.

—No está rota, es una pequeña lesión.

—No has respondido bien a mi pregunta.

—Resbalé en el baño —contestó apartando la mirada.

La psicóloga anotó algo en la libreta que Victoria no podía ver.

—¿Qué acaba de apuntar ahí? —cuestionó sin apuro con el ceño fruncido. La mujer no contestó y prosiguió el interrogatorio.

—Cuéntame por qué tu padrastro te encerró en nuestro internado, Victoria.

Al recordar a Benjamín, Victoria apretó su mandíbula, lo que hizo que se tensara un pequeño músculo en sus mejillas.

—Lo intenté envenenar con matarratas —confesó, mirando a los ojos a la mujer. No tenía miedo, no llevaba armadura. Le daba igual lo que pensase de ella, o si la creía o no. Aunque la creyese, no estaba en sus manos sacarla de allí.

—¿Por qué lo querías matar, Victoria?

—Engañó a mi madre.

—¿Qué tipo de engaño? ¿Infidelidad?

Victoria soltó una risa sarcástica.

—Ese bastardo sabía que teníamos fortunas. Sedujo a mi madre con el único fin de quedarse su dinero, no le importó su muerte en absoluto, de hecho, su amante es nuestra ama de llaves. Mi madre dejó todos los bienes a mi nombre, dado que soy su única hija. Benjamín pensó que si permanecía con mi madre regalándole el oído con palabras melosas los bienes irían a su nombre —rio con ironía—. Se le fue el santo al cielo cuando leyó que toda la pasta sería mía.

—¿Qué motivo tendrías para querer deshacerte de ese hombre, Victoria?

—¿Qué motivo no tendría usted si a su madre la engaña con tanta maldad? —respondió ella con otra pregunta—. Insulto es que lo llame «hombre». Es una escoria, un saco de excremento, basura. Mi madre era tan inocente que creía que, al padecer tal enfermedad, ningún caballero se le acercaría nunca más. Ilusa, creyó las palabras envenenadas de ese bastardo, incluso cuando yo la había advertido. Al menos, la agradezco que no fuese tan estúpida como para regalarle toda su fortuna.

Anotó palabras en su libreta de nuevo. Por la expresión tan adusta de la mujer, quizá la estaba creyendo.

—Benjamín intentó que pareciese loca —contó apretando sus puños—. Lograba de cualquier manera que mi paciencia acabase y le arrojara objetos o intentara lastimarlo con cualquier cosa. Les contaba a los vecinos que me había vuelto demente a raíz de la muerte de mi madre, que desarrollé un trastorno mental. El ama de llaves y Benjamín se mofaban y soñaban con robar el dinero de la cuenta bancaria. Escuché conversaciones de querer deshacerme de mí, enviándome a un manicomio o Dios sabe dónde, para que así ellos pudieran quedarse con mi bonito hogar. Vi al bastardo informarse

una vez de centros para adolescentes problemáticos, añorando que me esfumase de su vista para rehacer su vida bañado en billetes y satisfacción, con su nueva y despreciable amante. Me volví antisocial, los vecinos me miraban y me juzgaban. Negaban con la cabeza, sintiendo lástima de la persona en la que me había convertido.

—¿Es eso cierto, Victoria? ¿Te hicieron todo aquello?

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó—. ¿Por qué una niña loca de dieciséis años debería tener esa fortuna, si va a pasar el resto de su vida en un manicomio? Era una vía fácil para Benjamín. La única alternativa para que lo creyesen.

—¿Crees que la muerte de Benjamín es la única alternativa para tu dolor?

—¿Mi dolor? —repitió con un falso asombro—. No tengo dolor, psicóloga Jenkins, tengo resentimiento, ira, venganza. ¿Acaso cree que no sería capaz de hacerlo? Sé ingeniármelas para que nunca encontrasen su cadáver. Nadie lo echaría de menos.

La mujer miraba a los ojos esmeralda de la muchacha, que en ningún momento había apartado la mirada ante tal confesión. No obstante, sí la apartó cuando le preguntó cómo se había lesionado la muñeca. Escuchaba su historia con fascinación, intentando indagar en la mente de una pequeña psicópata. ¿Psicópata... o solo una joven queriendo erradicar a un excremento más de la sociedad?

—Si ese bastardo sigue vivo, hará lo mismo a otras mujeres. Las engañará con palabras melosas y quién sabe hasta dónde es capaz de llegar por conseguir la fortuna. ¿Sabe cuál es la única cosa que es capaz de volver a ser humano demente? El dinero, la ambición, el poder.

—¿A ti no te importa la fortuna, Victoria?

—¿De qué me sirve tener todo el dinero del mundo, si ahí fuera hay otros que lo necesitan más que yo? ¿No le entristece ver a niños con una enfermedad tan temprana, cuyos padres no pueden pagar el tratamiento porque es excesivamente caro? No hay forma más estúpida de gastarse el dinero que en caprichos que no necesitas. Si algo me enseñó mi madre fue a no ser una niña consentida. No por tener todo el oro del mundo te tienen que comprar lo que pidas por tu boca. Así no se educa, ni se enseña. Las cosas materiales, al

final, no sirven de nada. Por culpa de Benjamín llegué a aborrecer el dinero, me dio asco hasta tal punto de querer donarlo todo para que así ese bastardo rabiase.

La psicóloga observó la hora del pequeño reloj de plata de su muñeca. Al ver ese gesto, la joven se levantó del sofá y, antes de que la psicóloga dijese que la hora había terminado, Victoria se marchó por la puerta sin despedirse.

—Hasta la próxima, Victoria —musitó la mujer dejando su libreta en la mesita.

Cuando la joven salió de la habitación, Caym la esperaba apoyado en la pared. De pronto, el joven aplaudió, confundiendo a la muchacha.

—¿Todo eso ha salido de tu boquita, mi querida Victoria? —cuestionó sonriéndole con su perfecta dentadura—. Estoy sorprendido. ¿De verdad que no te importa la fortuna que heredaste de tu madre? ¿Serías capaz de donar gran parte de ella? Eres brillante, Victoria. Ya no solo por lo convencida que has dicho todo eso, sino porque tienes una mente capaz de hacer que los de tu alrededor sientan compasión de ti.

—¿Crees que miento? —inquirió.

—Quizás tengas buenas intenciones, pero los que tienen malas intenciones son los de acá. Ellos te quieren ver bien muerta.

—¿Los alumnos? —cuestionó ella.

—La mayoría de ellos —se encogió de hombros—. No te preocupes, estoy aquí para ayudarte.

La joven había recordado cómo Caym la había ayudado a no caer por las escaleras. Sabía que lo había hecho, porque, sin comprender cómo, había aparecido en sus brazos en menos de un segundo.

—Me has salvado, ¿verdad? —preguntó sin apuro. El joven tragó saliva y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres exactamente? —inquirió. Era la primera vez que se le apreciaba nervioso ante una pregunta.

—Cuando Cassandra me ha empujado.

Justo en ese preciso instante, Caym apareció a pocos centímetros de la cara

de Victoria, casi rozando su nariz, y penetró sus ojos grises en los ojos verdes de la muchacha. Ella sintió un escalofrío extraño en su cuerpo más una ligera quemazón en su estómago. Podía escuchar la respiración fuerte de él, y aquello le ponía nerviosa.

—Que sepas que, si te he salvado, es porque tú y yo tenemos un trato. Me das tu alma a cambio de cumplir tu venganza.

—Si me hubieses dejado morir, obtendrías mi alma igualmente.

—Ambos acabaríamos perdiendo. Si te hubiese dejado morir, tu venganza no se hubiese resuelto con la ayuda que te prometí. Por lo tanto, tu alma no me serviría de nada.

—¿Por qué no te serviría?

—Para que lo entiendas mejor: si hoy hubieses muerto, tu alma sería como una caja envuelta en un bonito papel de regalo, pero, cuando la abres, no hay nada dentro. Esa es la importancia de hacer un pacto con un demonio, debo de protegerte hasta que cumplas lo que ansías.

—Entonces, ¿por qué te has puesto nervioso cuando te he preguntado? ¿Me estás diciendo la verdad o me estás mintiendo porque sientes vergüenza de salvar a una humana?

—¿Qué necesidad tendría yo de estar mintiéndote? ¿Acaso crees que no sería capaz de atravesar tu corazón en este instante y arrancártelo de cuajo? Lo que me impide hacerlo es mi promesa.

—¿Tan importante es la promesa de un demonio?

—Más que mi vida.

Ambos se miraron a los ojos con fijación. Victoria empezó a fruncir sus ojos sin creer al joven. Caym no apartó la mirada de la muchacha.

—Si lo que quieres es que te aparte la mirada, a eso no me gana nadie — comentó el muchacho—. Puedo hacer que te sientas incómoda.

—Ponme a prueba.

Él dejó mostrar su bestia oculta, que era de lo más aterradora y macabra. Los dientes afilados que mostraba en una sonrisa parecían cuchillos dispuestos a cortarte en pequeños pedazos. Las venas enormes que había alrededor de su

cuello palpitaban como si en cualquier instante fueran a explotar. Sus ojos eran un vacío de oscuridad dispuestos a llevarte al abismo sin remordimientos. Poseía un rostro tan atípico, tan monstruoso y anormal que incluso a Victoria le fascinó. No le temía, se maravillaba con lo que realmente era.

—¿No te asusta? —cuestionó burlón al ver que no apartaba la mirada.

La joven lo pilló desprevenido y lo besó en los labios, haciendo que la transformación demoniaca de este se apagase. Se apartó de ella y le dio un pequeño empujón.

—¡¿Qué estás haciendo?! —bramó con la respiración acelerada.

—Asustarte.

Dicho aquello, la muchacha puso paso firme a su habitación. Antes de marcharse de aquel pasillo, se giró sobre su eje para observar a Caym, que aún lucía sorprendido.

—Has apartado la mirada —murmuró llamando la atención del joven—. He ganado.

—Pediré la revancha —comentó frunciendo el ceño.

*

Cuando Victoria iba a entrar en la habitación, Cassandra se colocó tras ella tratando de asfixiarla con su antebrazo. La joven intentó defenderse dándole un codazo en el estómago, que hizo que esta se estremeciese y aflojase su apretón. Victoria logró deshacerse de sus manos, pero Cassandra le dio un fuerte empujón ocasionándole una caída. Se sentó encima de ella y colocó sus manos en el cuello de Victoria.

—¡Lucas es mío! ¿Por qué te lo has llevado? ¡Es mío! ¡Es mío! —farfullaba conforme apretaba el cuello de la joven. Ella intentaba deshacerse de sus fuertes manos, pero con la muñeca lesionada apenas podía hacer fuerza.

Victoria arañó con sus uñas la cara de Cassandra, haciendo que soltase un alarido. Una pequeña capa de sangre se hizo visible. La cara de la joven ya se estaba poniendo roja. Buscaba el aire con desesperación, su vista estaba borrosa a causa de las lágrimas que comenzaron a salir de sus ojos por la asfixia.

Cuando Caym subió las escaleras y presencié aquel acontecimiento en mitad del pasillo, quiso defenderla, pero Lucas se presentó detrás de Cassandra, ya que había escuchado los gritos desde el piso de arriba y bajó las escaleras aprisa. Lucas Ashworth llevaba en su mano una lámpara de mesita de noche, la que tenía en su habitación. Con ella agredió con fuerza en la cabeza a la pelirroja, haciendo que la bombilla se hiciese añicos. Cassandra cayó a un lado de Victoria sin mostrar signos de moverse.

—No soy tuyo, perra —murmuró el joven, agarrando la lámpara con fuerza.

Victoria cogió una bocanada de aire conforme se intentaba incorporar del suelo. De inmediato, una mancha roja comenzó a salir de la cabeza de Cassandra, ensuciando el suelo. La joven abrió los ojos sorprendida, pues Lucas lo había hecho, no ella.

—¿Está muerta...? —cuestionó Lucas, que comenzaba a entrar en pánico.

—¿Tú qué crees? —inquirió Caym de brazos cruzados.

El joven soltó la lámpara de sus manos dejándola caer y comenzó a temblar. Su estado de pánico estaba a punto de comenzar.

Capítulo 9: ¿Hay alguien ahí?

Victoria tomó el pulso de Cassandra colocando los dedos en su cuello. El corazón de la joven no latía. Solo de pensar que Lucas la había matado, se le revolvía el estómago. ¿Qué harían con el cadáver? ¿Sospecharían de su ausencia? ¿Abriría la boca Lucas Ashworth por miedo al silencio? No era porque el joven la hubiera asesinado, sino porque por la reacción que tuvo no parecía que fuese un chico que pudiese guardar aquel desastroso secreto.

Melissa había salido de la habitación y había presenciado aquella tragedia. Se llevó las manos a la boca tratando de no soltar un alarido al ver en el suelo una mancha carmesí saliendo de la cabeza de la chica. Victoria corrió a la habitación y agarró el botiquín colgado en la pared. De este sacó agua oxigenada junto a un paño para no dejar rastro de la sangre de la muchacha. Ordenó a Lucas y Caym que sostuvieran el cuerpo inerte conforme ella limpiaba.

—Se podría decir que fue en defensa propia, ¿verdad? ¡Ella iba a asfixiarte!
—comentó Lucas, con la voz temblorosa.

—¡Qué importa lo que fuese! ¡Nadie va a creernos! —profirió ella frunciendo el ceño.

—¿Qué demonios vamos a hacer ahora? —indagó Melissa soltando un bajo suspiro.

—Enterrarla en el jardín.

Melissa exhaló sin poder creer que formase parte de todo aquello.

—¡Todo esto ha sido culpa tuya! —vociferó Melissa, señalando con el dedo índice a Lucas. El joven la fulminó con la mirada.

—¿Culpa mía? ¡Iba a matar a Victoria! ¿Eres imbécil o qué?

—¡Tú sí que eres imbécil! Se podía haber avisado a cualquiera antes de que la asfixiase. ¿En serio tenías que golpearla con la lámpara?

—¡Fue un acto reflejo! —se justificó alzando la voz.

—¡Tiene cristales incrustados en la cabeza!

—¿Queréis cerrar la jodida boca? —interrumpió Caym con su mirada bañada

en enfado—. Nos van a descubrir si seguís discutiendo.

La rubia frunció sus labios y se cruzó de brazos. No quería ser cómplice del enterramiento de la muchacha. Odiaba formar parte de todo aquello, pues la aterraba que en todo aquel proceso los pillasen con las manos en la masa.

No sabían cómo demonios iban a abrir la puerta de entrada.

*

Cuando la joven Victoria terminó de limpiar la sangre del piso, aprisa guardó el paño y el desinfectante en la habitación. Acto seguido, ordenó bajar con sigilo las escaleras del internado. Ambos muchachos arrastraban los pies del cuerpo inerte de Cassandra mientras la tenían agarrada por los brazos. Todo estaba oscuro. Solamente podían guiarse por la luz de la luna, que se asomaba por la ventana. Caminar bajo la penumbra resultaba difícil.

Hacía más de media hora que debían estar cada uno en sus respectivos aposentos.

Al no poseer la llave de entrada para salir al jardín, Victoria optó por quitar las dos horquillas del cabello de la rubia que sujetaban su flequillo.

—¿Crees que ese truco barato funcionará? —cuestionó Lucas sin confiar en aquel accesorio.

Victoria no respondió. Estaba lo suficientemente concentrada como para articular cualquier palabra. A la joven le vino a su memoria la imagen de Lucas desenterrando el cuerpo de Alexandra Bennet. Era extraño. Estaba sonámbulo y había podido acceder al patio.

«¿Cómo lo hizo y qué demonios utilizó para salir?» se cuestionó en su cabeza, buscándole alguna lógica posible. Lucas no poseía las llaves del director, por esa razón no comprendió cómo pudo llegar al exterior. Empezó a figurarse que alguien pudo haberlo ayudado.

El *clic* de la cerradura sonó y Victoria abrió sus ojos con sorpresa.

—¡Vamos! —bisbiseó la joven haciendo un ademán a sus compañeros.

Anduvieron por el césped inundando el entorno con el sonido de sus pisadas contra la hierba seca. El rocío de la madrugada era agradable, pero aquella situación no podía ser más horrorosa. Cuando Melissa agarró la pala para cavar un agujero, Victoria la detuvo haciéndole señas. La rubia la miró

confusa.

—No hagas un nuevo hoyo. Enterrémosla junto a Alexandra. Si cavamos en el césped, sabrán que alguien habrá arrancado ese trozo y sospecharán que hay algo ahí enterrado.

Tuvo suerte de no haber hincado la pala en la hierba. Ella asintió y comenzó a cavar con rapidez. Hicieron el agujero más profundo para que ambos cuerpos estuviesen bien enterrados. Aquello llevó unos cuantos minutos. Finalmente, cuando dieron con el cadáver de Bennet, sus expresiones faciales cambiaron con brusquedad, la repulsión en sus rostros era notable. La cara de la joven estaba llena de gusanos entrando por su boca. Alguno que otro se adentraba y salía de su nariz, el tono de su piel se había convertido en grisáceo y los insectos se deslizaban por el uniforme sucio del cadáver de la chica.

—Bien. Tiremos su cuerpo de una maldita vez —comentó Lucas. Ambos jóvenes se apresuraron al hoyo y lanzaron su cuerpo.

—Hazlo tú —musitó Melissa hacia Lucas—. Tú la matas, tú la entierras.

Frunció sus cejas. No obstante, no rechistó por su comentario. El chico agarró la pala y, bajo la penumbra de la noche, la sepultó con rapidez. Victoria y Melissa vigilaban las ventanas de las habitaciones donde se hallaban los alumnos. No parecía haber nadie espiándolos, pues las luces de cada habitación estaban apagadas.

Caym decidió romper el silencio haciéndole a Lucas la pregunta que Victoria se llevaba cuestionando toda la noche.

—¿Cómo lograste salir al patio cuando estabas sonámbulo? Las puertas se cierran pasadas la hora de la cena.

—No lo recuerdo —se apresuró a contestar.

—¿Seguro? —inquirió con su risa burlona—. Mírame a los ojos y dime que no lo recuerdas.

—¿Qué insinúas? —se detuvo mirándolo desafiante—, ¿que yo tuve algo que ver con la muerte de Alexandra?

—Oh, no. Por supuesto que no —le sonrió con soberbia. Que en aquel momento sonriese por algo como aquello hizo que Lucas apretase su mandíbula—. ¿Por qué te pones a la defensiva? ¿Tienes algo que ocultar?

—No eres la psicóloga para hacerme tantas preguntas.

—Entonces, quizá la psicóloga tenga la respuesta.

—No eres quién para meterte en mi expediente. Aléjate.

Caym y Victoria se dedicaron una mirada cómplice. Aquella frase del joven hizo que ambos quisieran indagar en su sospechoso expediente.

Conforme Lucas rompía el silencio enterrando a Cassandra, empezó a escuchar una voz que lo llamaba bajo tierra. Los demás estaban entretenidos vigilando la zona por si alguien podía verlos, mientras que Lucas los miraba esperando comprobar si alguno de sus compañeros había escuchado lo mismo que él. Empezó a negar con la cabeza, restándole importancia.

«Lucas... ¿Por qué lo has hecho?» decía la voz de Cassandra en su cabeza. Lucas apretó la pala oxidada que comenzaba a agarrar con temor.

—No... Otra vez no... —balbuceó el joven cerrando sus ojos con fuerzas. Melissa llamó su atención y lo estudió con la mirada.

«Lucas... ¿Por qué me has matado? ¿Qué he hecho para merecerme esto?» continuó hablando la voz de Cassandra.

—¿Estoy sufriendo uno de esos episodios? No, no puede ser cierto. No es cierto, no es cierto... —murmuraba el joven intentando no escuchar la voz—. Tú has tenido la culpa, por eso estás ahí.

—¿Lucas? ¿Te encuentras bien? —indagó la rubia con preocupación.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué preguntas? Déjame terminar de enterrar.

Su habla era rápida y desesperada. Parecía nervioso y apurado por marcharse del patio. Mascullaba palabras que Melissa no pudo entender. El joven miraba a su alrededor, negando con la cabeza. La muchacha no comprendía qué le ocurría y empezó a deducir que estaba nervioso por todo lo que había pasado. No se hallaba en sus sentidos.

Victoria lo miró sin decir palabra alguna. Cuando Lucas terminó de enterrar el cuerpo, todos volvieron a sus respectivas habitaciones.

*

A la mañana siguiente, el director reunió en clase a todos los alumnos para informarles de la noticia. Lucas tragó saliva y comenzó a lucir nervioso,

Victoria tuvo que darle un pequeño codazo llamando su atención. Cuando el hombre ordenó que se sentaran, exhaló y se apresuró en hablar.

—Me temo que Cassandra D'Aubigne ha desaparecido. Sospechamos que se ha escapado del internado, adentrándose en la zona frondosa del bosque. No sabemos cómo ha podido escapar ni si ha recibido ayuda por ello. Si alguien sabe algo, le ruego que se me informe de inmediato.

—Cassandra no llegó anoche a la habitación —informó su compañera de cuarto, que lucía triste—. Pensé que estaría hablando con la psicóloga.

—La psicóloga Jenkins ha comentado que no sabe nada acerca de Cassandra. Lo siento, señorita Benister.

Dicho aquello, el director se marchó para que el profesor Bellamy prosiguiese la clase. Victoria miraba de reojo a la joven compañera de Cassandra. Desconocía su nombre, pues todos se llamaban por apellidos. El cabello color avellana de la muchacha la impedía ver su rostro, ya que estaba cabizbaja en su ensimismamiento. Justo cuando decidió alzar la vista, se encontró con la mirada fría de Victoria. Ambas se miraron por unos segundos a los ojos. No obstante, la chica decidió apartar la mirada de Victoria con cierta inquietud. Era cierto que los ojos esmeralda de la joven podían ser intimidantes, pero le pareció inusual la manera en la que apartó la vista. Pudo ver cómo tragaba saliva ante la incomodidad de encontrarse el rostro de ella.

Al terminar la clase, la psicóloga Jenkins paseó por los pasillos y estudió con la mirada al grupo de cuatro jóvenes que se habían unido tanto. Victoria, Melissa, Lucas y Caym.

El sonido de sus tacones llamó la atención de Lucas, que giró sobre su eje para observarla. Se acercó al joven con su esbelta figura y dijo:

—Ashworth —lo llamó—, ¿te estás tomando las pastillas? —indagó, haciendo que el joven enterrase la mirada en sus propios pies.

—Por supuesto —respondió con desgana.

—Bien. Si me llego a enterar de que estás mintiendo, habrá consecuencias —esbozó una sonrisa bajo esa capa de labial rojo.

La mujer se marchó inundando el corredor con el sonido de sus tacones. La curiosidad se hizo presente en aquel incómodo silencio que había provocado

la psicóloga. Melissa se atrevió a preguntar qué pastillas se estaba tomando.

—¿Qué te importa a ti qué pastillas sean? —cuestionó malhumorado. Victoria se había percatado de que cada vez que se le preguntaba a Lucas si estaba bien, o se mencionaba algo acerca de su estado emocional, este se ponía a la defensiva.

Melissa se ruborizó y apartó la mirada.

—Tan solo me preocupaba por ti —alegó en un bajo murmullo.

—Gracias. Estoy bien.

*

En el almuerzo, Victoria y Caym se estaban sirviendo su bandeja con comida mientras que Lucas y Melissa ya se hallaban sentados en la mesa. La joven miró de soslayo a ambos. Tenía curiosidad por leer el expediente de Lucas, y, sobre todo, por saber su historia. Desde el momento en que Ashworth desenterró a Alexandra Bennet aquella noche en el patio supo que algo le pasaba; y no solo era por su sonambulismo, había algo más oculto que Victoria quería descubrir. Lucas, en ocasiones, lucía como el joven más cuerdo del internado. Sin embargo, su actitud cambiaba en pequeños momentos, haciéndolo ver demente e inestable.

—¿Crees que Lucas padece de trastorno de personalidad múltiple? —indagó la muchacha en un bajo murmullo. Caym esbozó una sonrisa mientras se servía la comida.

—No estoy muy seguro de qué le pasa. ¿Tienes curiosidad por descubrirlo?

—Sí. He pensado en colarme en la consulta de la psicóloga y mirar su expediente. ¿Me ayudarás?

Caym se detuvo para mirarla a los ojos.

—Por supuesto, mi querida Victoria —respondió, sonriéndole con malicia.

La psicóloga Laura estaba en el salón manteniendo una conversación con los profesores y el director. Caym los estudió con la mirada. Era ahora o nunca.

—Creo que debemos saltarnos el almuerzo si quieres entrar en su consulta —informó el joven—. Ahora mismo todos los profesores están entretenidos, incluido ella. Si salimos por la puerta, nadie nos echará en falta.

—¿Cómo vamos a salir sin que Melissa y Lucas sospechen?

—Haz como que vas al baño. Luego iré yo.

Victoria abandonó su bandeja y se dirigió a la salida. Caym hizo el amago de sentarse con sus compañeros mientras cuestionaban a dónde se dirigía Victoria.

—Creo que va a hacer pis. Decía que no aguantaba más.

Al cabo de varios minutos, mientras Victoria esperaba en el pasillo, Caym decidió salir por la puerta. Lucas frunció el ceño con cierto recelo y Melissa lo miró marchar.

—Creo que están liados —objetó Melissa mientras se llevaba una cucharada a la boca.

Lucas optó por guardar silencio.

*

Caym agarró a Victoria de la muñeca y corrieron por los pasillos hasta llegar a la consulta de la psicóloga. La muchacha sentía una sensación extraña cada vez que él establecía contacto físico con ella. Era frío, pero a su vez agradable.

Con fortuna, la psicóloga había dejado la puerta abierta. Que todo fuese tan fácil le resultaba sospechoso. Dentro de aquella habitación se cocían todos los datos personales de cada alumno. El hecho de que la puerta no estuviese bajo llave, aunque la mujer hubiese salido por unos minutos, era un tanto inusual. Sabiendo la clase de expedientes que allí dentro se guardaban, debía tener seguridad y protegerlos. Cualquiera podría jugar con aquella información a su antojo.

La chica husmeó en una pequeña estantería donde se hallaban varias carpetas de color negro. Cada carpeta estaba ordenada por orden alfabético. Ojeó una y vio que se trataba de los datos personales de cada alumno. Sin más apuro, buscó la letra «L» con sus dedos a la vez que la pronunciaba con su voz. Finalmente, observó el nombre de Lucas Ashworth.

—¡La tengo! —exclamó agarrándola con entusiasmo.

El pomo de la puerta se estaba abriendo, alertando a ambos jóvenes de lo sucedido. Victoria agarró a Caym de la corbata obligándole a esconderse

debajo del escritorio. Los rostros de ambos estaban a escasos centímetros y la respiración de la muchacha era pronunciada. Caym tuvo que taparle la boca para que no hiciese ruido.

Unos pasos lentos se dirigieron al escritorio, haciendo que los ojos de ambos se abrieran como platos.

Capítulo 10: Sospecha

Las pisadas que se aproximaban a la mesa del escritorio lograban que el corazón de Victoria palpitase rápido. Caym se mantuvo severo con su ceño fruncido. Aún tenía la palma de su mano tapando la boca de la joven, ya que esta respiraba fuerte. Ella no dejaba de agarrar con su mano la corbata de él mientras que en la otra tenía agarrado el expediente de Lucas Ashworth. Cuando se percató de que el varón estaba a escasos centímetros, sus mejillas ardieron de inmediato y no pudo evitar pensar con perversidad al respecto.

Por cómo sonaban aquellas pisadas, supieron de inmediato que se trataba de la psicóloga Jenkins, ya que era la única mujer que lucía unos tacones con elegancia, haciendo que estos resonasen por todo el internado. Sin previo aviso, el profesor Bellamy entró a la habitación interrumpiendo los pasos de la mujer.

—¿Qué ocurre? —indagó ella sonriendo con seducción.

—Tú me ocurres.

Dicho aquello, en la sala comenzó a percibirse el sonido de sus lenguas entrelazándose entre sí. El hombre agarró a la mujer del trasero y la colocó encima del escritorio, alertando a ambos jóvenes. Caym se pegó más a Victoria, casi rozando su frente, y le insinuó que guardara silencio. Los jadeos de la mujer eran muy evidentes y lo que iba a suceder en aquella habitación sería un auténtico espectáculo. Sin embargo, la joven ya tenía con qué chantajear a la psicóloga si esta se entrometía en sus asuntos.

La relación amorosa que mantenía Jenkins con el profesor Bellamy estaba prohibida, pues no se permitía tener relaciones cercanas de ningún tipo con ningún profesor en el internado Fennoith.

—Daniel, detente. ¡Nos van a descubrir! —habló Laura entre jadeos.

—Solo un poco más. ¡No sabes cuánto te deseo!

Finalmente, tras varios minutos, los gemidos cesaron y los besos se silenciaron. La psicóloga se bajó de la mesa y se ajustó su falda de tubo, se abrochó los botones de su blusa y se peinó con los dedos su cabello recogido en un moño. El profesor Bellamy se subió la cremallera de su pantalón y sonrió a la mujer. Con fortuna, ambos adultos salieron de la habitación.

Victoria asomó la cabeza hacia la puerta y, cuando observó que no se hallaba nadie en la sala, respiró con alivio. Salieron de su escondite y se miraron a los ojos por unos segundos sin decir nada.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —cuestionó Caym.

—No lo sé, ¿sí? —respondió ella sin comprender muy bien la pregunta del joven. Sus mejillas ardían y ante tal situación no sabía qué estaba pensando su demonio al respecto.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó con entusiasmo—. Ahora podemos chantajear a la psicóloga con esto.

La joven le sonrió con malicia.

—Exacto. Ahora nosotros barajamos las cartas.

—Miremos el expediente de Lucas.

Caym se colocó a su lado esperando a que esta abriese la carpeta.

Lucas Ashworth es un joven que padece de esquizofrenia paranoide. Por los datos que me cuenta y la información que me detalló su madre, no cabe duda de tal enfermedad. Su padre fue un alcohólico empedernido que cuando llegaba a casa maltrataba a su hijo y su mujer. En una ocasión, la mujer llegó a ser hospitalizada después de que el hombre le diera un fuerte golpe en la cabeza. En el tiempo que ella estuvo hospitalizada, el señor Ashworth descargó toda su ira contra su hijo, ocasionándole heridas de cigarrillos en la espalda, brazos y piernas, y con algún utensilio punzante que hasta ahora Lucas se niega a confesar. Lucas Ashworth, cansado de todo ese maltrato hacia su madre y hacia él, mientras su padre dormía en el sofá, el joven se vengó cortando la garganta del señor Ashworth con un cuchillo de cocina. Informa que oyó una voz en su cabeza que lo obligaba a matarlo. Lucas confiesa que no se arrepiente de aquello. Su madre lo internó tras presenciar aquella horrible escena con el cadáver del hombre de varias semanas. Añade que está resentido con su madre tras encerrarlo en nuestro internado. Él creyó que matándolo su madre se alegraría, pero lo que le provocó fue miedo y rechazo hacia su propio hijo.

Victoria cerró el expediente y lo guardó de nuevo en las estanterías. Aquello la había dejado pensativa. Le costó asimilar que Lucas padecía de esquizofrenia paranoide. Comprendió por qué la psicóloga había preguntado por sus pastillas y la insistencia en tomarlas. Su historia era horrible, debía de ser duro tener un padre que te maltrataba día tras día. Sobre todo, tener que ver a una madre indefensa sin poder hacer nada por miedo a que este le pudiese hacer algo peor. Por una parte, comprendió que Lucas cometiese tal acto.

Ambos salieron de la consulta sin pronunciar palabra alguna. Benister, la compañera de cuarto de Cassandra, presencié cómo ambos salían de la habitación de la psicóloga, pero Victoria no se percató de aquello, ya que estaba tras su espalda.

El director Newell agarró a Caym del antebrazo impidiéndole caminar junto a la chica. La joven lo miró confusa y el señor la obligó a que se retirase. Caym frunció el ceño y se soltó con brusquedad de las manos que lo agarraban.

—Que sea el director no le da ningún derecho a tocarme con esa agresividad. ¿Qué se cree usted? Aunque este internado ridículo sea suyo, no puede tratar a sus alumnos como muñecos de trapo.

—Señorito Sybarloch, le recuerdo que está castigado tras el inconveniente que provocó a Cassandra D'Aubigne cuando le arrojó el zumo por el cabello.

—¡Ya lo sé! Que sepa que ya lo he limpiado todo. Puede comprobarlo si no me cree. Y ahora, ¿me deja reunirme con mis compañeros?

—Te estaré vigilando, Sybarloch —apretó sus labios haciendo que Caym soltase una risa sarcástica.

—Seguro que sí.

*

Al anochecer, Caym estaba en su habitación husmeando en la mesita de noche de Lucas. Quería leer el nombre de las pastillas que se estaba tomando, pues tenía curiosidad por saber si eran las que él creía. Lucas había ido al baño y no tardaría mucho en llegar. Encontró un bote de pastillas en el segundo cajón, y se quedó observándolas. Al parecer, no se las había estado tomando.

—Antipsicóticos —leyó en voz alta—. Lo sabía.

—¿Qué estás haciendo?! —bramó Lucas malhumorado, dando zancadas rápidas. Empujó a su compañero, haciendo que cayese en la cama del joven, y quitándole las pastillas que agarraba en su mano—. ¡No vuelvas a tocar mis cosas!

—¿Por qué no te estás tomando las pastillas, Lucas? —indagó con severidad.

—¡A ti qué diablos te importa!

Lucas volvió a guardar las pastillas en su mesita de noche y fulminó a Caym con la mirada. Odiaba que lo trataran de loco, que le insistiesen en tomarse aquellas dichosas pastillas, pues él no quería asumir que padecía tal trastorno. El joven se remangó las mangas de su uniforme luciendo en sus brazos las heridas que le había provocado su padre. Su compañero las miró con atención. Ahora comprendió la razón de las mismas.

El joven estaba tan alterado que podía oírsele la respiración acelerada. Permanecía absorto en sus pensamientos y eso Caym lo sabía. El hecho de descubrir la clase de medicamento que tomaba no le agradó para nada. Se suponía que nadie debía saber la historia de cada uno, que era secreto confidencial. Le aterraba que se burlaran, no quería que le provocasen pensamientos psicóticos y alarmantes. No era fácil vivir en un mundo en el cual, si tienes un trastorno mental, eres rechazado por la sociedad.

—Nadie te está diciendo que estás loco, Lucas. Eres tú, que malinterpretas las cosas.

—¡No estoy loco!

—¡Acabo de decirte que no lo estás! Deja de pensar cosas que nadie te ha dicho.

Cuando Caym se mostraba irritado y malhumorado, a veces no podía controlar su falsa humanidad y dejaba mostrar su lado demoníaco, siendo notable la voz horriblemente grave y las venas marcadas de su cuello. Cuando Lucas lo vio con ese aspecto, tuvo que parpadear varias veces, pensando que quizá estaba sufriendo un amargo episodio.

—Recuerda que aquí cada uno tiene su propia historia. No eres el único con problemas, Lucas.

—¿Cuál es tu historia? ¿Por qué estás aquí? —preguntó con insistencia. Él había descubierto su medicamento y eso lo llevó a querer saber cosas de su compañero de cuarto.

—Victoria —murmuró—. Victoria Massey es mi historia.

Dicho aquello, se metió en la cama, fingiendo estar fatigado. Lucas quedó estudiándolo de soslayo, sin entender muy bien qué quiso decir con aquella frase y sospechando sobremanera de la carencia de humanidad de aquel simple muchacho. Pero prefirió silenciarse ante los evidentes episodios psicóticos que este solía tener con frecuencia.

*

A la mañana siguiente, Victoria estaba desayunando con sus compañeros mientras la psicóloga Jenkins los examinaba con detenimiento. Caym y Victoria se percataron de aquello, pero disimularon, prestando más atención a su comida que a la mujer que los juzgaba. No comprendían la razón de su mirada ni a qué se debía tal seriedad. Era la primera vez que Jenkins no les sonreía ni se mostraba risueña. Se había enterado de algo.

Cuando terminaron de desayunar, Jenkins los detuvo llamándoles por su apellido. Les hizo un ademán con su mano para que le siguieran a su consulta. Victoria se mostró severa en todo momento, pues sabía que la mujer estudiaba las facciones y el lenguaje no verbal a la hora de hablar o indagar en algo. No podía permitirse que descubriesen qué hizo en el despacho de esta, sobre todo por la situación que se provocó allí dentro.

Una vez los reunió en aquel cubículo de paredes pardas, los obligó a ambos a sentarse en el sillón de cuero. La mujer no tenía en sus manos la libreta ni su bolígrafo con el que solía hacer las consultas a sus alumnos. La joven dedujo que se trataba de algo personal. Al no poseer tal cosa, supo que tenía que ver con algo de ellos dos. La expresión facial de Laura detonaba enojo. Su ceño lucía fruncido, formando pequeñas arrugas sobre su frente, y sus labios estaban apretados. Ella se cruzó de piernas, exhaló y se dispuso a hablar.

—He recibido información de una persona diciendo que os vio saliendo de mi despacho ayer —informó con desagrado—. ¿Es eso cierto?

—Depende de la persona que sea es cierto o no —añadió Victoria, sosegada—. Ya sabe cómo nos odian nuestros compañeros desde que llegamos.

—Correcto, pero no creo que nadie se invente algo así sin motivo.

—¿Realmente cree que no habría nadie que no inventaría algo por tal de hacer daño? Los humanos se las ingenian muy bien para creerse sus propias mentiras —respondió Caym con una sonrisa soberbia.

—¿Es eso cierto o no? —repitió malhumorada.

—No tiene por qué ponerse así, psicóloga Jenkins. ¿Qué hay en este despacho que la mantiene tan inquieta? —habló Caym. La mujer tragó saliva y desvió la mirada por unos segundos—. Parece ocultar algo.

—Es evidente que están todos los expedientes de vuestros compañeros. ¿Acaso insinúas algo más?

—No insinúo nada, psicóloga Jenkins, pero usted debería saber mejor que nadie que somos apodados «los sangres nuevas», y que esta razón nos lleva a sufrir las consecuencias de ser nuevo en un internado para alumnos problemáticos. Cualquiera podría crear un embuste para perjudicarnos.

Caym tenía la facilidad de manipular la mente de aquella mujer. El joven conocía muy bien la mente humana y cómo exprimirla de manera que acabases creyéndote cualquier palabra salida de su boca. Por esa razón, ella se sintió incómoda, sin saber qué decir. No quiso creerles, pero tampoco quiso afirmar sus declaraciones.

Tenía el presentimiento de que habían estado en su consulta mirando lo que no debían.

Finalmente, la mujer les invitó a marcharse, dando por finalizada la conversación.

Cuando ambos adolescentes salieron de la consulta, se encontraron con la mirada de Benister, que apartó la vista con rapidez. La joven se metió aprisa en los baños, disimulando.

—Ya sabes quién ha dado el chivatazo a la psicóloga —murmuró Caym hacia Victoria. Este acarició el cabello azabache de ella.

Victoria quedó mirando los baños donde la joven se había escondido.

Capítulo 11: Lobo callado

El temporal invernal se hizo presente en el internado Fennoith. La lluvia empezó a caer y la luz de los relámpagos iluminaba los pasillos de los ventanales. Algunas muchachas se asustaban por aquellos truenos tan fuertes que se oían. Sin embargo, a Victoria siempre le agradó la lluvia. La ayudaba a conciliar el sueño mucho mejor. La joven quedó por unos instantes hipnotizada mirando el chaparrón que empañaba los cristales.

Benister seguía refugiada en los baños, esperando a que Caym y Victoria se alejasen de allí. Ella era la chivata, ella fue quien le llevó el correo a la psicóloga Jenkins. La joven empezó a sospechar que la chica ocultaba algo: la manera recelosa en la que miraba a Victoria, siendo incapaz de estar por más de dos segundos con la vista fija en sus ojos, era motivo suficiente para indagar en su persona. ¿Qué sabía aquella joven que la llevaba a actuar de esa manera tan miedosa?

Caym distrajo a la joven Victoria de su ensimismamiento tocándole el hombro.

—Más impacta el lobo callado que el perro ladrando —murmuró Caym mirando a su compañera a los ojos. La joven no supo qué quiso decir, así que indagó en ello.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él soltó una pequeña risita perversa.

—Piensa en ello, Victoria. Quiero que te quedes con esa frase en tu mente.

El profesor Bellamy paseó por los pasillos y se quedó mirando fijamente a ambos jóvenes con atención. Nunca fue un tipo risueño, solía ser serio y desinteresado. Los estudiaba con una expresión adusta como si quisiera indagar en el cuarteto de jóvenes que se había formado, todos tan unidos, mas tenía la mirada puesta en Victoria, como si aquella expresión intimidara a la joven.

—¿Qué hacéis ahí parados, sangres nuevas? —cuestionó el hombre cruzándose de brazos.

—Es la hora del descanso. ¿Dónde quiere que vayamos si no podemos

salir al césped? —respondió Victoria con otra pregunta.

El hombre hizo una mueca y se alejó restando importancia. Era evidente que no podían salir al patio con aquel diluvio que no parecía que fuese a menguar en unas horas.

*

Lucas se hallaba sentado en el suelo de su habitación, con los codos sobre sus rodillas, mientras se llevaba las dos palmas de sus manos al cabello. Se balanceaba con lentitud, como si quisiera tratar de tranquilizar a su bestia interior. Lágrimas se resbalaban por sus mejillas con terror. Estaba teniendo un episodio psicótico. Veía a Alexandra Bennet y a Cassandra D'Aubigne mirándolo con una sonrisa en sus labios. Estaban manchadas de tierra, con suciedad en sus uniformes y sangre seca. Las muchachas se acercaban a paso lento. El crujir siniestro de sus huesos alertó al muchacho y empezó a negar en voz baja.

«¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!» murmuraban al unísono.

La puerta de la habitación estaba entornada, por lo que podía verse la tenue luz de los pasillos.

Melissa estaba buscando a sus compañeros. La rubia paseó por los corredores y observó la habitación entreabierta, por lo tanto, no resistió las ganas de fisionar qué había allí dentro. Cuando la muchacha contempló a Lucas tendido en la oscuridad de la habitación, no dudó en entrar e inspeccionar qué le ocurría. El joven tenía la cabeza hundida entre sus antebrazos, y murmuraba palabras ininteligibles. Melissa se acercó a él con rapidez, se puso de cuclillas a su altura y le tocó la cabeza con suavidad. El muchacho alzó la vista y se abalanzó hacia la rubia pensando que quien le había tocado eran sus amigas muertas. La agarró de las muñecas y las presionó contra el suelo.

—¡Lucas! ¡Lucas! ¡Soy yo! —exclamaba la rubia mirando a los ojos pardos del joven.

El episodio psicótico del muchacho desapareció al ver a quién tenía debajo de él. Lucas estaba afligido. No obstante, disimuló frunciendo su ceño y soltando las muñecas de Melissa. La falda del uniforme de la joven se había levantado después de que el chico la tirara al piso. Se podía ver parte de su

ropa interior. Lucas apartó la mirada y carraspeó.

—No quería lastimarte —murmuró—. Pensé que eras... Da igual.

Se levantó del suelo y le tendió la mano a la muchacha para que se incorporara.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué estabas en la oscuridad? —indagó curiosa.

—¿Qué diablos te importa a ti? —respondió con otra pregunta. Al ver la expresión de tristeza que puso ella no pudo evitar sentirse un poco culpable—. Nos han enseñado a no contar nuestra historia a nadie, ni siquiera a nuestros amigos. ¿Por qué debería contártela a ti? Te estaría dando la oportunidad de jugar con eso y hacerme daño. No pienso decir nada, Melissa. No pienso regalarte mi debilidad.

—Jamás trataría de hacerte daño.

—Eso dicen todos.

Dicho aquello, Lucas se marchó de la habitación, dejando a Melissa con la palabra en la boca.

*

En la siguiente clase, el profesor Bellamy apuntó en la pizarra un par de ejercicios que debían hacer. El silencio se hizo presente, solamente se escuchaba el sonido de sus bolígrafos deslizándose por sus libretas. El profesor se apoyó en la mesa de brazos cruzados, esperando a que sus alumnos terminaran de copiar.

Caym se percató de que el hombre estaba acechando con la mirada a Victoria, y eso le hizo hacer una mueca de desagrado.

La gallardía del profesor era notable. Treintañero, de esbelta figura, su cabello azabache con algunas canas asomándose, sus ojos zafiro y su barba bien recortada le hacían lucir muy apuesto. Sin embargo, que el hombre fuese atractivo no era lo que llamaba la atención, sino la manera de estudiar con la mirada a la joven adolescente. Su expresión era sombría y tétrica. La clase de intenciones con las que se mira a una simple chica podían ser muchas, y varias de ellas muy macabras y desviadas.

En el poco tiempo que llevaban en el internado, estaba claro que Bellamy era un hombre de pocas palabras. Su circunspección provocaba respeto. Caym se

había percatado de que, desde que Benister dio el chivatazo a la psicóloga de que ambos se habían colado en la consulta, el profesor había cambiado su manera de mirar a Victoria. Dedicaba demasiado tiempo a observarla. Quizá no le hacía mucha gracia que ella supiese lo que se traía entre manos con Jenkins.

—Cuando terminéis, entregadme vuestras libretas —habló con severidad. Los alumnos contestaron al unísono.

Al acabar, se colocaron en una fila para entregar el cuaderno en la mesa del profesor. Cuando llegó el turno de Victoria, el hombre frunció su ceño y agarró el cuaderno de esta a diferencia de los demás, que lo habían dejado en el escritorio.

—Gracias, Massey —agradeció con una sonrisa antes de que ella saliese por la puerta.

Su compañero la agarró con suavidad de su antebrazo y salieron de clase.

Cuando estuvieron en una zona despejada, el muchacho quiso cuestionar si ella se había dado cuenta del tiempo que pasó Bellamy acechando a su persona.

—Me he dado cuenta. He disimulado como he podido.

—No me ha gustado nada, Victoria. Su mirada era malintencionada. Mantén los ojos abiertos.

—¿Crees que puede hacer algo malo? No le veo de ese tipo —comentó alzando sus cejas con asombro.

—No asumas nada y cuestiona todo. Aquí nadie es quien parece ser.

Lucas Ashworth hizo que Caym callara cuando se dio cuenta de que le estaba curioseando. Desde que el varón le había mostrado sin intención parte de su estado demoníaco, el joven había estado intimidado, pues no sabía si lo que había visto era real o fruto de su psicosis. Le hizo cuestionarse si aquel muchacho pertenecía al mundo humano. Muchas de las veces en las que tuvo un episodio, vio tantas figuras y entes extraños que le costaba discernir la realidad de la fantasía.

La psicóloga salió de su consulta y llamó a Lucas. Le hizo un ademán para que se adentrara a la sala. Cuando el chico entró, observó a Benister sentada

en el sofá. La joven sonrió a Lucas con amabilidad, pero él se mantuvo serio. No sabía qué estaba haciendo ella allí, ni la razón por la cual habían citado al muchacho. La psicóloga se sentó en el sillón restante e hizo un gesto con su mano para que este se sentara al lado de su compañera. Él tomó asiento con recelo y estudió con la mirada a la chica.

—Dado que Victoria Massey y Caym Sybarloch son tus amigos —comenzó a hablar la mujer—, quisiera preguntarte si te han confesado algo últimamente.

Lucas frunció su ceño.

—¿A qué se refiere?

—Benister me ha advertido que ambos entraron a mi consulta ayer en el almuerzo, cosa que está rotundamente prohibido.

Benister agarró al joven de la mano para que lo mirase a los ojos.

—No tienes que tener miedo a confesar, Lucas —habló la chica entre una sonrisa—. No te pasará nada malo. El sangre nueva tiene la culpa.

El chico se soltó bruscamente del tacto de su mano.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó haciendo una mueca—. ¿El qué debería confesar? Ellos no entraron en ningún lado.

—Entonces, ¿puedes afirmar que no almorzaron y se marcharon del salón?
—indagó Laura cruzándose de piernas.

Lucas tardó unos segundos en contestar. Claro que no almorzaron y se marcharon del salón, aquella razón le hizo cuestionarse si realmente ellos entraron en la consulta. De cualquier modo, el muchacho no iba a afirmar nada sin prueba alguna. Y, aunque tuviese pruebas, no delataría a nadie sabiendo lo que ellos habían hecho por él y el gran secreto que ahora guardaban.

—Sí, se marcharon del salón. Victoria advirtió a Caym de que iría al baño y, como ella tardaba demasiado, él fue en su búsqueda. ¿Qué hay de raro en eso?

—¡Mientes! —exclamó Benister con la respiración acelerada.

—La que miente eres tú. Tan solo quieres crear problemas porque son los sangres nuevas. Psicóloga Jenkins, ¿se ha preguntado si la que realmente

entró es ella? —señaló con el dedo índice—. Cualquiera culparía a alguien si con eso se escapa del problema.

—¡Está mintiendo! —volvió a vocear la muchacha—. ¡Maldito mentiroso! ¿De qué tienes miedo? ¡Cobarde!

—¿Miedo de qué? ¡He dicho la verdad!

—¡Silencio! —ordenó la psicóloga incorporándose del sillón. Ambos jóvenes detuvieron sus gritos—. Salid de la consulta, de este modo no hablaré con vosotros. Si no tenéis conducta ni respeto, largaos.

Se levantaron del sofá y salieron de la habitación. Al estar en los pasillos, Benister detuvo a Lucas agarrándolo del antebrazo y lo desafió con la mirada.

—Sé algo que hicisteis —murmuró con una sonrisa maliciosa—. No pararé hasta que recibáis vuestro castigo.

Dicho aquello, la muchacha giró sobre su eje y se largó del pasillo. Lucas tragó saliva intimidado. No supo a qué se refería con aquella frase, pero cabía la posibilidad de que Benister fuese testigo del asesinato de su compañera de cuarto.

*

El profesor Bellamy se ausentó de clase para entregarle el cuaderno a Victoria. La joven estaba en los pasillos hablando con Caym en voz baja. El hombre se acercó a ella con un gesto de amabilidad, haciendo desconfiar a la joven. Que le sonriese cuando el hombre jamás se mostraba risueño era un gesto sombrío. El cuaderno rojo de Victoria se lo tendió para que ella lo agarrase. La chica lo sujetó con recelo y el hombre se marchó con las manos en los bolsillos de su traje.

Victoria abrió su cuaderno y se encontró con un pòsit amarillo pegado en la primera página. Había una nota:

En boca cerrada no entran moscas

Más te vale callar si no quieres discutir con tu profesor.

Yo, en especial, no te lo aconsejo, Victoria.

Capítulo 12: Dulce caramelo

Era la hora de las duchas; chicos y chicas, por supuesto, separados en distintos baños.

Benister se adentró en los baños y comenzó a desvestirse. Victoria la inspeccionó de reojo frunciendo el ceño. Aquella chica no dejaba de ser una amenaza.

La joven no dejaba de meditar en el pòsit que le había escrito el profesor Bellamy. Aquel ultimátum no significó nada para ella, pues estaba segura de que Bellamy no sería capaz de tocarla. Creía que el hombre solamente tenía miedo de lo que pudiese llegar a confesar Victoria. Si esta abría la boca, era evidente que el director acabaría despidiendo a uno de los dos del internado.

No quiso pensar más en aquello y, decidida, se comenzó a desvestir. Se quitó la venda que cubría su muñeca; ya apenas le dolía y para ducharse era un total incordio. Agarró su champú y se adentró. Las muchachas que se hallaban en la ducha estaban riéndose y disfrutando del agua. No obstante, ella se sentía incómoda entre tantos ojos a su alrededor. No estaba muy acostumbrada a ducharse delante de tantas chicas, ni siquiera podía disfrutar de un poco de intimidad ni privacidad, y aquello le irritaba. En casa siempre había disfrutado de sus largos minutos en la bañera sin nadie que la molestara, salvo Benjamín.

Dios, Benjamín. ¡Lo había recordado! Su furia emanó de sus ojos. Apretó su mandíbula y se formó un pequeño músculo en ella. Cada vez que recordaba a aquel bastardo deseaba triturarlo. Su vista se nublaba cuando los recuerdos de él invadían su mente. Su respiración era fuerte y su corazón deseaba estallar en cualquier instante.

Recordaba cómo el hombre la llegó a agredir cuando él no obtenía lo que quería. Benjamín trató a Victoria como una esclava en su propia casa. Al ser su amante el ama de llaves, ella, de vez en cuando, descansaba de hacer los quehaceres del hogar y obligaba a la joven a hacerlos. Cuando Victoria rehusaba de limpiar la pocilga que él creaba, este la agredía dándole bofetadas y tirones de cabello. Lo peor de todo era que su amante miraba para otro lado sin llamarle la atención a Benjamín. Ellos dos querían que la adolescente le regalase los bienes a base de agresión y sufrimiento. Sin

embargo, la joven no dio un solo billete, incluso ante la intimidación que quiso imponer su padrastro.

Todas aquellas memorias estaban corrompiendo su mente, llegando como imágenes instantáneas que ni siquiera podía detener. No podía comprender hasta qué límite llegaba el ser humano para saciar la avaricia y las ansias de poder. Culpaba a su madre por haber dejado que ese hombre entrase a su vida. La joven le advirtió que no era buena persona. Más de una vez vio cómo se besaba con el ama de llaves mientras su madre guardaba cama por su enfermedad. Sin embargo, añoraba a su madre con todo su pesar, y daría lo que fuese para que volviera a la vida.

«¿Qué he hecho en esta vida para merecerme tal sufrimiento?» se cuestionaba la muchacha en su mente.

—¿Victoria? —la llamó Melissa, que se había posicionado al lado de ella en otra ducha.

Las gotas de agua estaban bañando el cabello azabache de Victoria impidiéndola ver su rostro. La joven despertó de su ensimismamiento y miró a su amiga apartándose el cabello mojado.

—¿Estás bien? Pareces furiosa —indagó ella con curiosidad.

—Estoy bien —contestó desviando la mirada. Agarró su champú y agregó una pequeña cantidad a su cabello.

Melissa la miró de arriba abajo, inspeccionado su cuerpo desnudo. La joven sonrió y dijo:

—¡Tienes buen cuerpo, Vicky!

Victoria se sobresaltó y, sin querer, una gota de champú se depositó en sus ojos. Melissa soltó una baja risa al ver la reacción tan inocente que tuvo su amiga.

—¡Te he dicho que no me llames *Vicky*! —exclamó con un leve sonrojo en sus mejillas.

—Te lo digo con cariño.

—Dije que, si lo volvías a hacer, te ignoraría. ¿Quieres que lo haga?

—No. Lo siento —confesó apenada. Victoria rodó sus ojos poniéndolos en

blanco. Odió sentirse culpable al herirla con su seriedad.

—Da igual. Estás perdonada.

Ella sonrió con alegría. Aún sentía curiosidad por saber cómo una joven tan dulce como Melissa se hallaba encerrada en un internado para jóvenes con problemas. No parecía que ella padeciera algún trastorno. Siempre se mostraba risueña en todo, incluso en los peores momentos. Que todo el tiempo sonriese podría ser una pista de lo mal que estaba por dentro. El director Newell le dijo que Melissa Sellers ocultaba algo bajo esa sonrisa. La cuestión era... ¿qué silenciaba?

Al terminar la ducha, todas las jóvenes se estaban enroscando las toallas sobre sus pechos. Victoria hizo lo mismo y guardó su champú de nuevo en su taquilla. Benister tenía su taquilla a dos casilleros de la de ella. Cuando la joven se acercó y la abrió, Victoria la interrumpió cerrándosela de golpe. La muchacha se sobresaltó mirándola con recelo.

—¿Qué diablos quieres de mí, Benister? —indagó apretando sus labios. Ella tragó saliva intimidada ante su presencia.

—Nada, Massey. No quiero nada.

—Mientes. Tus ojos te delatan. ¿Qué es lo que intentas hacer? ¿Acaso crees que no sé que fuiste tú la que le dio el chivatazo a la psicóloga?

—¿Y qué que fuese yo? ¿Acaso es mentira?

—No te atrevas a conocerme mejor, Benister, porque te aseguro que no querrás tenerme como enemiga.

—No te tengo miedo —dijo apartando la vista de sus ojos.

—Deberías. No te agrada conocer mi infierno.

Dicho aquello, se alejó de ella. Se vistió con el uniforme y salió de las duchas. Estaba esperando a que Melissa saliese. A su derecha se encontraba el baño de chicos. Sin previo aviso, una mano fuerte la arrastró al baño de los jóvenes haciendo que Victoria cerrase los ojos con fuerza. Había demasiado silencio, estaba demasiado tranquilo para ser de varones.

—Abre los ojos, no estoy desnudo —habló Caym. Llevaba una toalla enroscada sobre su cintura, y podía apreciarse su fornido cuerpo. Las gotas de agua resbalaban por su pectoral y su cabello negro como el carbón estaba

desordenado sobre su frente.

Allí se encontraba solamente él, ningún joven más. Dedujo que todos los demás ya habían acabado.

—Teóricamente sí estás desnudo —murmuró Victoria llevándose las manos a sus ojos. El muchacho la miraba con aquellos preciosos ojos grises. Sin embargo, ella no era capaz de quitar las manos de su rostro, aunque deseaba inspeccionarlo todo el tiempo—. ¿Por qué me has traído aquí? Está prohibido que una chica entre.

El joven agarró sus manos para que lo mirase a la cara. Victoria se sonrojó apreciando su cuerpo.

—Lucas me ha contado que Benister lo ha amenazado —informó apartándose un mechón negro que estaba sobre su frente—. Dice que cree que ella sabe lo que cometimos. Sospecha que nos vio con el cuerpo de Cassandra la otra noche.

—¡Es imposible! Nadie estaba despierto.

—El internado es grande, Victoria. Igual estaba escondida en cualquier sitio, observando nuestros movimientos.

La joven frunció sus labios y se cruzó de brazos. Caym se acercó a ella y la agarró de los hombros con suavidad. El olor agradable que desprendía su perfume varonil llegó a sus fosas nasales y disfrutó de ello.

—No te preocupes. Si ella sabe algo, recuerda que yo soy tu arma.

—¿Qué haremos cuando todo esto acabe? ¿Qué haremos cuándo nos vayamos de aquí? —cuestionó curiosa.

Caym se mantuvo en silencio pocos segundos. Alzó sus cejas, miró a los ojos esmeralda de la joven y respondió:

—Puedo llevarte hasta mil sitios a los que nunca has ido. Puedo enseñarte el infierno si quieres arder conmigo.

Victoria le devolvió la mirada y se mantuvo callada. Había hecho que la muchacha sintiese un vaivén de nervios. Aquellas palabras fueron poéticamente destructivas.

—Deberías salir. Debo vestirme —comentó el muchacho con una pequeña

risa perversa—. ¿Acaso quieres mirar cómo me cambio?

—Tú me has arrastrado dentro —puntualizó ella—. Ya me voy.

Cuando salió del baño, Melissa la pilló desprevenida, estaba esperándola. Victoria se avergonzó y frunció su ceño. Se cruzó de brazos mientras la rubia sonreía.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —indagó cotilleando.

—Nada de lo que estás imaginando.

Se acercó a su amiga para informarle de lo que le había contado Caym respecto a Benister. Melissa se alarmó. Jugeteaba con los dedos de sus manos, nerviosa ante lo que pudiese saber Benister. Al ver la reacción de la rubia, Victoria la calmó.

—No creo que sepa nada. Está metiéndonos miedo. Es un truco. Si le insinúas a alguien que sabes lo que está ocultando, esa persona se pondrá a la defensiva. De esta manera se sabe qué silencio y acabará confesándolo.

—¿Tú crees?

—¡Sí! Nadie se encontraba despierto a esa hora. Hay que tener cuidado con Lucas, él suele alterarse con ese tipo de cosas. Benister sospechará.

*

Más tarde, Victoria deambulaba por el internado estudiándolo a fondo. Aún desconocía qué se hallaba dentro de él. Sabía que no era normal y que ese edificio guardaba secretos que uno jamás querría saber. Era demasiado antiguo, con demasiadas historias. Cada establecimiento antiguo siempre tiene detrás una historia, y el internado Fennoith no iba a ser menos. Al cruzar un pasillo, observó una puerta cerrada con un candado de aspecto mugriento. La madera de la puerta estaba desgastada y el candado se veía oxidado. La joven lo intentó abrir con la esperanza de que el tiempo hubiese deteriorado el cerrojo, pero no.

Una mano en su hombro la alertó de lo que hacía y se sobresaltó de golpe. Giró sobre su eje con rapidez y se encontró con Lucas.

—No sabía que eras tan curiosa —le dijo esbozando una sonrisa.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó.

—Es el sótano. No sé qué hay ahí abajo, pero no debe de ser bueno.

—¿Por qué dices eso?

—Está cerrada bajo un candado. Nadie cerraría una puerta con cerrojo a no ser que esté ocultando algo.

—¿Quién posee las llaves de esta puerta?

—El director Newell.

Victoria se mantuvo en silencio. Era inusual que la puerta que llevaba al sótano se encontrase cerrada. Había visto demasiadas películas de terror para figurarse qué escondían en un sótano. No quiso hacer más preguntas, pues sabía que Lucas Ashworth no tenía las respuestas.

*

Al anoecer, Victoria se presentó en la consulta de la psicóloga Jenkins. La mujer siempre estaba dispuesta a escuchar las palabras de sus alumnos. Que Victoria Massey fuese la que llegase a la consulta la extrañó demasiado.

—¿Qué te ocurre, Massey? —indagó la mujer ajustándose sus gafas.

—¿Por qué el sótano está cerrado? —indagó sin apuro. Laura sonrió para sí misma y se sentó en el sofá.

—No lo sé. Entiendo que al ser sangre nueva no comprendas ni la mitad de las cosas, pero esa respuesta no la tengo yo.

—¿Quién la tiene, entonces?

Jenkins le hizo un ademán para que se acercase y se sentara en el sillón restante. Nunca le gustó mantener una conversación mientras la otra persona se encontraba en pie. En la pequeña mesita de madera que había en la sala se podían apreciar unos cuantos dulces. Victoria quiso agarrar uno, pero la mujer no la dejó.

—Son para Melissa Sellers —informó.

—¿Qué tiene de especial Melissa para que pueda comer dulces y yo no?

—Melissa solamente habla conmigo si obtiene dulces, de esta manera puedo descubrir su pasado.

Adorable chantaje.

Victoria sonrió. La psicóloga no se había dado cuenta de que, con decirle aquello, le había dado la oportunidad de sonsacarle cosas a su amiga. Debía robar un dulce, aunque solo fuese uno.

—Desde que trabajo aquí el sótano siempre ha estado bajo llave —comenzó a hablar—. No sé qué puede haber abajo, pero no tienes que preocuparte. Quizá solo sean informes antiguos de alumnos pasados, algunos trastos que no se necesitan. Lo típico que puedes encontrar en un sótano.

—El sótano de mi casa no está bajo llave.

—Massey, no tienes que preocuparte con eso —repitió.

—Bien. Entonces me iré. Gracias por su tiempo, psicóloga Jenkins.

—De nada —sonrió—. Aquí me tienes para lo que sea.

La joven se levantó y la psicóloga hizo lo mismo. Cuando se dio la vuelta la mujer, Victoria aprovechó para coger un pequeño caramelo de fresa y se lo guardó en el bolsillo de su americana.

Al salir de la consulta, Caym la agarró con brusquedad, llevándola a una zona despejada sin compañeros alrededor. Su asqueada mirada hizo que la chica se sintiera confusa, pues no entendía qué lo tenía tan molesto. De pronto, se aproximó a escasos centímetros de su rostro y miró sus ojos esmeraldas. Victoria no apartó la mirada desafiante de su demonio, sabía que, si desviaba la mirada de un ente maléfico como lo era él, le haría sentir superior. No iba a darle aquella satisfacción, por mucho que sus ojos demoníacos la examinaran. Él ladeó su cabeza, observando su rostro pacífico, sin un ápice de temor.

—No vuelvas a besarme sin mi consentimiento.

—¿Qué? —inquirió confusa.

—Ya me has oído —espetó.

—¿Qué harás si lo vuelvo a hacer?

—Estás jugando con fuego, mi querida Victoria.

—Me gusta quemarme de vez en cuando.

Ella se inclinó y rozó sus labios, pero Caym fue más rápido y desvió su rostro, logrando que el beso quedase en el aire. Victoria soltó una risa

sarcástica ante la rapidez del varón. Ella no era una chica que aceptase tan fácilmente un rechazo, y mucho menos viniendo de su querido demonio.

—No te preocupes, Caym, pronto te obsesionarás tanto conmigo que los besos que me rechazas serán correspondidos. Aunque no lo admitas, poseo un control sobre ti que ni tú mismo puedes admitir. Soy tu humana, y el hecho de permanecer a mi lado se convertirá en tu obsesión —musitó ella con seguridad.

Dicho aquello, la joven se alejó dejando malhumorado a su amigo. Él la siguió a regañadientes ante aquel comentario.

Se encontró a Melissa entrando en el comedor para cenar. La joven agarró a la rubia del antebrazo impidiéndole el paso. La rubia la miró confusa.

—¡Mira lo que tengo para ti! —dijo Victoria sacándose el caramelo del bolsillo. Melissa abrió sus ojos, que se iluminaron con deseo.

—¡Eres la mejor amiga del mundo!

Cuando su amiga quiso coger el caramelo de fresa, ella se lo impidió, escondiéndolo tras su espalda. Caym observaba aquello con fascinación.

—Te lo daré con una única condición.

—¿Cuál?

—Debes decirme por qué estás encerrada en el internado Fennoith.

Melissa tragó saliva, pero aceptó.

Victoria le entregó el caramelo.

Capítulo 13: Teatro

Melissa se llevó el caramelo a la boca saboreándolo con gusto y satisfacción. Se la veía feliz cada vez que comía un dulce, algo que le resultó extraño a Victoria. Si ya la muchacha era rara de por sí, disfrutaba de los dulces como si aquello fuese un manjar celestial imposible de adquirir. En el internado apenas podías conseguirlos, salvo algún flan de postre en el almuerzo. Pero los dulces que pudo ver en la consulta de la psicóloga Jenkins eran demasiados: Había brownies, donas, tabletas de chocolate de todo tipo, golosinas...

No supo qué métodos utilizaba Melissa para que la psicóloga accediese a darle todas aquellas cosas. No dejaba de ser sospechoso que la rubia chantajease con las chucherías.

—Mi familia murió en un accidente de tráfico —confesó la muchacha—. La hermana de mi madre decidió mantenerme bajo su cuidado. Ellos eran... eran crueles, me hacían el vacío. Tenían una hija menor que yo. Ella solía echarme la culpa en todo. Si algo se rompía, yo era la culpable. Si destrozaba algo, yo era la culpable. Si ella se cortaba con algún utensilio, yo era la culpable. ¿Sabes a quién creían mis tíos? A su hija de sangre, por supuesto. Me privaron de muchas cosas divertidas que mi prima podía hacer. Me trataron como si llevase la peste, como si estuviese loca —la expresión de la joven se volvió sombría. Sus ojos estaban entrecerrados conforme recordaba todas aquellas memorias. Sus manos se volvieron un puño cerrado—. No me dejaban comer dulces, mientras que ella se jalaba todos cuanto quisiera —rompió el caramelo con sus dientes haciendo que sonase un fuerte *crack*—. Así que por eso estoy aquí. Creyeron que el accidente de mi familia me había dejado lunática. Sobre todo, creyeron las mentiras de mi prima.

Victoria se percató de que Melissa contaba todo aquello en pasado. Hablaba de su prima como si hubiese muerto. La curiosidad invadió su mente y no tuvo recelo en preguntar por la salud de su prima.

—¿Mataste a tu prima?

—Un dulce a cambio de una respuesta —respondió dando por finalizada aquella conversación.

Melissa se adentró al salón para cenar. Caym miró a Victoria y le dijo:

—¡Qué conversación tan excitante! ¿Te imaginas que Melissa le abrió el estómago a su prima para comerse todos los dulces que se había comido ella? Sería maravilloso.

Victoria hizo una mueca de repulsión y miró a su amigo.

—Espero que no.

—¿Te has creído su historia? —cuestionó alzando una ceja.

—No estoy segura.

—Recuerda que debes indagar en la mente de cada víctima. No puedes matar sin saber realmente su historia.

—Lo sé, por eso robaré dulces de la psicóloga Jenkins. Quizá, si miro su expediente, la versión de su historia es distinta.

—Puede ser.

—¿Me ayudarás?

—Siempre, Victoria.

*

En la cena, Benister se hallaba hablando en una mesa con un joven de aspecto sombrío. Ella le hablaba con superioridad y el muchacho tan solo asentía. El chico tenía una cicatriz profunda en su mejilla. Entre todo el bullicio que se creaba en cada comida, era imposible saber qué conversación estaban manteniendo. Victoria miraba de reojo conforme jugueteaba con el tenedor de su plato. Debía mantener los ojos abiertos, en cualquier momento podría suceder alguna desgracia que podría lamentar. Benister estaba creando demasiados problemas en tan poco tiempo.

—¿No tienes hambre, Victoria? —cuestionó Lucas observando que jugaba con su comida.

—Sí, pero tengo curiosidad por saber qué chico es el que habla con Benister —aclaró ella.

Lucas dedicó una mirada cómplice a Melissa haciendo que Victoria los mirase confusa.

—¿Qué sucede? —indagó frunciendo su entrecejo.

—Él es el sobrino del director Newell —informó Lucas en un bajo susurro—. Por lo que sé, tiene problemas con su conducta. Esa cicatriz en su mejilla se la hizo un exalumno.

—¿Qué pasó con ese exalumno? —indagó curiosa.

—Desapareció. Creen que escapó del internado. El director Newell tampoco le dio la importancia que merecía.

—¿Y a sus familiares no les llamó la atención?

—Nadie reclamó su desaparición. Ni los de su propia sangre.

Victoria tragó saliva. El director Newell se mostraba risueño y agradable. La bienvenida que le hizo a la joven recién llegada fue de lo más normal – dentro de lo que cabe en un internado para chicos con problemas –; no obstante, recordó cómo había enterrado el cuerpo inerte de Alexandra en el patio, por no querer hacer público el cadáver de una alumna en su internado. No quiso que aquello le ocasionase mala fama, ni lo perjudicase en ningún aspecto, por esa razón no era de extrañar que ese hombre le hubiera hecho algo al joven desaparecido tras agredir a su sobrino.

—Se llama Elliot —dijo Melissa sin quitar la vista de su plato.

«Qué nombre tan inocente para tal individuo», pensó la muchacha para sí.

—Victoria también es un nombre inocente, querida —murmuró Caym mordiendo su manzana. La joven alzó la vista con sorpresa. Aún no era consciente de que se trataba de un demonio, no un humano. No estaba muy acostumbrada a que le desnudase la mente.

Elliot dirigió una mirada furtiva a la joven. El muchacho lucía grandes ojeras en sus cuencas, y su pálida piel contrastaba con su cabello oscuro y sus ojos negros. Victoria era una muchacha fuerte, jamás una mirada había logrado intimidarla. Aquel joven la observaba extrañamente. El hecho de que él estuviese relacionándose con Benister no era buena señal.

*

Después de la cena, Lucas estaba sentado en la cama de su habitación. Aún no se había tomado los antipsicóticos y miraba las pastillas con desasosiego en su mesita de noche. Las odiaba. Detestaba tener que depender de unas pastillas para no ver alucinaciones. Quería ser normal, como el resto de gente.

Aquellos monstruos invadían su mente, apoderándose de su alma y su ser. No le dejaban hacer vida normal y, cada vez que tenía un episodio psicótico, le daban ganas de suicidarse o cometer actos que todo humano reprimiría.

Quería creer que esas pastillas lo dejaban atontado, sin fuerzas para continuar en aquel sombrío internado.

«¿Por qué debería tomarlas si gracias a no hacerlo he salvado muchas situaciones?» se cuestionó para sus adentros.

Lucas iba a tirarlas a la basura cuando Caym lo detuvo agarrándole la muñeca. El joven lo miró con sorpresa.

—Tómame las pastillas —ordenó adusto.

—No quiero. Tómatelas tú si tanto te importa.

—Hazlo, he dicho. No me hagas cabrearme.

Lucas soltó una risa sarcástica. Arrojó las pastillas al suelo y las pisoteó. Caym empujó a su compañero a la cama mientras el chico se reía. Una pastilla se había salvado antes de convertirse en polvo. La agarró y se sentó encima del chico presionándole los brazos. Lucas apretó los labios con fuerza impidiendo que este le abriese la boca.

—¡Ábrela!

Él negó con la cabeza entre pequeñas risas.

—¡Ábrela, maldita sea! ¡Abre la jodida boca, idiota!

La enfermera Margaret pasó por los pasillos y presenció aquella escena. Siempre dejaban la puerta abierta al descubierto de las miradas indiscretas. Aquella postura más aquellas palabras podrían malinterpretarse. La mujer ojeó la habitación tras escuchar los gritos.

—¡Si no abres la boca juro que te la meteré a la fuerza!

La mujer hizo el gesto de la cruz sobre su pecho y se marchó de los pasillos con total desagrado.

—¡He dicho que no! —farfulló con rapidez.

Le dio un puñetazo en el estómago haciendo que Lucas expulsase aire y abriese la boca. Caym agarró el mentón del joven y aprovechó el momento

para arrojarle la pastilla. Le tapó la boca con la palma de su mano impidiendo que la expulsase.

—¡Traga! —ordenó frunciendo su ceño—. Traga o le digo a la psicóloga que no te has tomado nada. No creo que te guste recibir un duro castigo.

El chico tragó. Caym respiró aliviado. Se apartó de su compañero y se ajustó su uniforme arrugado.

—La próxima vez que te vea sin tomarte tu tratamiento te enterraré tres metros bajo tierra. ¿Acaso te gusta que se apoderen de tu mente?

—¡Me has dado un puñetazo! —reprochó—. ¿Quién te crees que eres? ¡Me has hecho daño!

—¿Qué querías que hiciera? Te comportas como un niño de cinco años. Sabes que esas pastillas son buenas para ti y aun así las ignoras. Tú sabrás lo que haces, Lucas.

Dicho aquello, el joven se marchó de la habitación dejando a Lucas solo. El varón se levantó de la cama y escupió la pastilla a la papelera. Le había mentido.

*

Cuando Caym deambulaba por los pasillos buscando a Victoria, Benister lo agarró de la chaqueta del uniforme impidiéndole el paso. Él le fulminó con la mirada haciendo una mueca de asco.

—¿Por qué diablos me tocas, niña? —preguntó apartándose con brusquedad de las manos que le tocaban. Se sacudió la manga como si de un bicho se tratase.

El comentario del varón podía hacer creer que tenía un cierto problema con las bacterias de los demás y que aquella razón le llevaba a repudiar el contacto físico; simulando tener un TOC.

—¡Voy a destruir a tu amiga! Esa malnacida merece todo lo malo que le pase.

—Hazlo. Destruyela.

Benister alzó ambas cejas, incrédula.

—¿Te da igual? ¡Qué fácil! Me esperaba algo más...

Antes de que la chica acabase la frase, Caym agarró su dedo índice y se lo partió haciendo que sonase un fuerte *crack*. Benister soltó un enorme alarido retorciéndose de dolor. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—¡Hijo de puta! —bramó escupiéndole a la cara.

El joven se apartó las babas con repulsión. Sin embargo, no dejó de mofarse de ella.

—Si vuelves a tocarme sin mi consentimiento te partiré las demás extremidades.

—¡Voy a matarte! —gritó apretando su mandíbula.

Caym se mordió el labio inferior con deseo.

—Tus alaridos son música para mis oídos. Sigue gritando, que yo estoy disfrutando.

Benister corrió a la enfermería entre sollozos y lágrimas.

*

Victoria estaba paseando por los pasillos cuando observó una puerta en la que un cartel rezaba: « teatro ». Las pequeñas letras blancas que anunciaban aquello la llevaron a querer ver cómo era. Con fortuna, la puerta se encontraba abierta. Giró el pomo y entró en la sala. Las cortinas que cubrían el teatro eran de un color burdeos. Las pisadas de la joven resonaban, creándose un leve eco ante la carencia de muebles. Las paredes pardas lucían desgastadas y destartaladas, pero aquello ya no era una sorpresa, todo el internado se veía tétrico y antiguo.

Pudo apreciar un piano de cola negro. Sonrió para sí misma. Adoraba la melodía a piano, le recordaba a su madre. Sabía tocar alguna que otra partitura que le enseñó Adelaide. Se acercó al instrumento y deslizó los dedos sobre las teclas. De inmediato, la melodía invadió el lugar.

Dejó de tocar cuando se percató de un estruendo que provenía de detrás de las cortinas. Como toda curiosa, decidió acercarse y mirar qué había sido. No lo vio venir, cuando una mano tapó su boca y agarró su cintura obligándola a entrar tras las cortinas. Victoria forcejeó liberándose del individuo que la había agarrado.

—¿Quién te crees para provocarme tal susto? —cuestionó la joven con el corazón acelerado.

—Lo siento, es la costumbre —contestó Elliot bajo una sonrisa perversa. Victoria chasqueó la lengua molesta—. Eres una chica muy, muy curiosa. Siempre paseando por zonas en las que no debes deambular. Adentrándote en puertas en las que no debes entrar. Algún día te sucederá algo malo, Massey.

—¿Se supone que tú sí puedes estar aquí?

—Puede que sí, puede que no.

No le agradaba la manera burlona en la que se dirigía a ella. Todo le sonaba con segundas, como si detrás de cada palabra se escondiese una amenaza, un enigma o un oscuro secreto. El joven tenía una sonrisa de oreja a oreja que provocaba incomodidad.

—Los sangre nueva siempre han sido demasiado curiosos. ¿No sabes lo que le sucedió al gato por su curiosidad? —su voz era rasgada, como en un susurro.

—Déjame en paz —espetó ella tratando de evitarlo, pero este la impidió el paso.

—No te estoy haciendo nada, solo estamos conversando. ¿No pueden los amigos conversar?

—No somos amigos.

—¿Segura? Quizás sí te interesaría que fuese tu amigo. Bajo estas paredes ganarse enemigos es demasiado fácil para un sangre nueva.

—¿Es eso una amenaza o qué? —inquirió con molestia.

—Eres tan susceptible y minuciosa, Victoria... —el joven era alto. Se podía apreciar que estaba fuerte y que bajo esa capa de ropa se encontraba un fornido cuerpo. Por esa razón, ella se intimidó, ya que era de lógica que él tenía más fuerza. Si ambos forcejeaban, Elliot saldría ganando.

—No tienes mi confianza para llamarme por mi nombre —masculló.

—Tú, sin embargo, conoces el mío.

Elliot se acercó a ella, la olfateó con notable profundidad por sus fosas nasales y soltó un suspiro.

—Hueles que alimentas —murmuró entre risitas.

Victoria lo empujó de su lado y bajó del escenario corriendo con exasperación. Elliot se carcajeó haciendo que su risa resonase en el teatro.

La muchacha corrió por los pasillos jadeando hasta que se encontró con Caym. El joven la detuvo agarrándola del brazo con suavidad. No obstante, ella se sobresaltó.

—Te he estado buscando. ¿Dónde estabas?

—En el teatro. Elliot estaba allí. Ese chico es... —se detuvo buscando la palabra que lo definiera, pero no encontró una exacta—, me habla como si estuviese amenazándome todo el tiempo.

—Todo el mundo aquí habla con amenazas, Victoria.

El director Newell les hizo una llamada de atención, informándoles de que debían estar en su habitación y cerrar las puertas, pues la hora de la cena ya había finalizado.

—Empiezo a sospechar que hasta el más cuerdo de este lugar tiene escondido un oscuro secreto bajo la manga —murmuró el joven sin apartar la vista del hombre.

—¿Incluso el director Newell?

—El que más.

La psicóloga salió de la consulta, ya que el director le había pedido que acudiese a su despacho. Victoria y Caym se dedicaron una mirada cómplice, insinuando que debían aprovechar y entrar en la habitación de la mujer. De aquella manera, la muchacha podía robar los dulces más pequeños y guardárselos en su bolsillo. Ambos anduvieron a paso ligero y abrieron la puerta.

De nuevo se hallaban entre aquellas cuatro paredes. Mientras Victoria cogía algunos caramelos, Caym buscaba el expediente de Melissa. Cuando el muchacho dio con el apellido de la rubia, agarró la carpeta y la leyó con rapidez. Miró a su compañera sin mostrar sorpresa.

—¿Qué ocurre? ¿Está mintiendo? —indagó ella con curiosidad.

—Por supuesto que está mintiendo, Victoria.

Victoria tragó saliva. ¿Cuál era la verdadera historia de su amiga y por qué la ocultaba con tanto esmero?

Capítulo 14: Salvación

El expediente de Melissa decía que tenía una historia diferente en cada consulta que realizaba con la psicóloga. Las chucherías eran para que la rubia se abriese un poco más y confesara algo que concordase con alguna de las tantas historietas que inventaba. En algunas de las sesiones involucraba a sus padres muertos, desaparecidos, o que la abandonaron al nacer y la hermana de su madre que se hizo cargo de ella.

A Victoria no le sorprendía que su amiga mintiese, lo que verdaderamente le sorprendía era su gran imaginación para contar una excelente trama en cada consulta que realizaba.

El hecho de mencionar que sus padres no se hallaron nunca con ella era una pista para decir que tuvo algo que ver con su encierro. La hermana de su madre, cuando la inscribió en el internado Fennoith, no dio pistas de su inscripción, pero sí confesó que los padres murieron. También añadió que la chica debía ser enseñada por profesionales que le quitasen esas « tonterías » de la cabeza.

La psicóloga Jenkins opinaba en el expediente que Melissa Sellers tuvo una dura infancia relacionada con sus padres y que esta razón la llevaba a inventarse una historia diferente con tal de no confesar la verdad.

—Volvamos a nuestras habitaciones —comentó Victoria esperando a que Caym guardase la carpeta en los archiveros.

—Nuestra querida Melissa guarda una historia desgarradora. ¿Qué será? —comentó en un tono de diversión.

Guardó el expediente y salieron de la consulta.

Cuando se alejaron de la habitación, observaron a la enfermera Margaret, que iba caminando junto a Benister. La castaña tenía la mirada puesta en Caym y, por la forma de respirar de la joven, se la veía enojada. Andaba con fuertes zancadas. De inmediato la chica señaló con el dedo al muchacho, insinuando algo a la enfermera que Victoria no comprendió. Pudo apreciar que su dedo índice se hallaba vendado.

—¡Él es el culpable! —acusó apretando su mandíbula.

El chico colocó una expresión divertida en su rostro y puso su mano en su pecho haciéndose el indignado.

—¿De qué se me acusa, su señoría? —indagó en tono burlón.

—¡Déjate de bromas! ¡Tú me has roto el dedo!

—Sybarloch —pronunció la mujer mirándolo a los ojos—. ¿Le has causado tal rotura a tu compañera en el dedo? De ser así estarás metido en graves problemas. No toleramos la agresión de ningún tipo. Por esa razón, no pasará desapercibido.

—No le he roto nada a esta chica. Creo que usted me vio perfectamente con mi compañero de cuarto, Lucas Ashworth —sonrió con suficiencia.

La enfermera desvió la mirada, porque supo que ambos varones se hallaban en sus respectivas habitaciones. No tenía por lo que dudar de su versión.

—¡Mentiroso! —chilló la castaña. La mujer le hizo un gesto para que guardara silencio y no se alterase.

—Sybarloch, será mejor que me diga la verdad. De nada sirve mentirme.

—¿Mentirle? —enfaticó con gracia—. Esta vulgar señorita me acusa de romperle el dedo cuando me amenazó con total seguridad de destruir a mi amiga Victoria. Ella misma se hubiese podido causar tal lesión para así incordiar al sangre nueva. Ya sabe que desde que hemos llegado nuestra presencia no ha sido bienvenida. No hace falta que le diga también que aquí nadie está bien de la cabeza y que cualquiera sería capaz de autodañarse.

Benister se enrojeció y exhaló por su boca sin poderse creer lo que había dicho.

—¡No tienes pruebas! ¡Eres un maldito mentiroso!

—¿Y qué pruebas tienes tú para acusarme de tal rotura en tu mugriento dedo? —la chica apartó la mirada, luciendo indefensa ante la acusación. Cuando ella se dispuso a contestar, él interrumpió—. Por supuesto, querida. No tienes pruebas. Yo que tú no iría por ahí acusando a personas de tus propios problemas. Seré un sangre nueva, pero no te recomiendo buscarme las cosquillas.

La enfermera Margaret se decantaba más por la versión del muchacho que por la versión de Benister, pues sus palabras la convencieron con total

seguridad. La señora había afirmado con anterioridad que sabía secretos del internado y, sobre todo, en más de una ocasión había escuchado a las jóvenes planeando incordiar a Victoria. Desde que ella se había lesionado la muñeca en los baños, supo de inmediato que las causantes fueron algunas de las chicas del grupo de Benister. Por esa razón, le costaba fiarse de la palabra de la castaña, aunque estuviese diciendo la verdad.

—Volved a vuestras habitaciones —añadió la señora, dando por finalizada la discusión.

—¿No piensa hacer nada al respecto? —inquirió la muchacha, que empezaba a irritarse.

—¿Tienes pruebas?

—No, pero...

—Entonces no puedo hacer nada —interrumpió la señora marchándose del pasillo.

Benister se marchó de los pasillos echando sapos y culebras hacia Caym. Le resultaba muy injusto que aquel chico se hubiera salido con la suya, cuando ella sabía más que nadie que su declaración era falsa.

Su compañera tenía cada vez más curiosidad a lo largo de toda la conversación. No había podido discernir si él mentía o de verdad le había causado la rotura en su dedo.

—¿Le causaste tú la lesión?

—Es evidente, Victoria. Un trozo de carne humana jamás podrá intimidarme. Ella se lo ha buscado. El infierno no es un juego de niños.

*

En la madrugada, Melissa se despertó en mitad de la penumbra y buscó con la mirada a su amiga. Salió de las sábanas y se acercó a la cama de la chica. La rubia se acostó en el colchón con su amiga contemplándola dormir. Ambas se daban la cara. Victoria solía dormir con un ojo abierto, dado el lugar en el que se encontraba: siempre estaba al acecho. Se despertó con lentitud y estudió con la mirada a la rubia, que la miraba con una sonrisa amigable.

Desconocía las intenciones de Melissa. Sin embargo, no podía negar el hecho

de que, si su amiga no se salvaba de pecado y debía encargarse de su muerte, sería un tanto triste para ella. Habían pasado tiempo juntas, más del que Victoria hubiese deseado. Ambas guardaban secretos, y compartieron momentos complicados volviéndose más unidas.

—¿Qué haces en mi cama? —cuestionó Victoria frunciendo su ceño.

—¿Tienes dulces para mí? —preguntó ella con entusiasmo.

—¿Responderás con sinceridad mis preguntas?

—Siempre lo hago, Victoria.

—No. Tu historia no es cierta, no fuiste maltratada por tu tía. Me mentiste.

Melissa tragó saliva y desvió por unos segundos la mirada de los ojos de su amiga. Cuando Victoria creía que esta se sentía culpable por su mentira, la rubia colocó una sonrisa amplia en su rostro que lucía bastante siniestra.

—Me has pillado. Eres muy perspicaz —confesó, agarrando la mano de Victoria.

Jugueteó con los dedos de su compañera, acariciando su palma con delicadeza y cariño. Se sintió un poco extraña por su considerable afecto, pero no la rechazó.

—Si me consideras tu mejor amiga, no debiste mentirme, Melissa. Robé dulces por ti. Te obsequié con dulces con toda mi amabilidad.

—Lo sé y te lo agradezco mucho, Victoria. Eres la única que se arriesga a robar dulces por mí.

—¿Tienes miedo de confesar tu verdadera historia?

—No es miedo, es vergüenza —confesó, cerrando sus ojos.

La manga de su pijama estaba ligeramente levantada, y pudo observar profundas cicatrices en sus muñecas, como si en su pasado se hubiera intentado quitar la vida. Eso le resultó curioso. Examinó sus brazos con ahínco, estudiando cada cicatriz, cada herida de guerra que ella misma se propinó. Empezó a figurarse que su historia era un tanto íntima y despiadada. Tenía la extraña certeza de que la rubia fue abusada por alguien mayor y que aquello la llevó a querer matarse para lograr escapar de su prisión física y mental.

Solo el hecho de mencionar que sentía pudor de confesar su verdadera historia le hacía figurarse aquello.

—¿Alguien abusó de ti alguna vez, Melissa? —indagó ella, observando su reacción.

Melissa abrió los ojos como platos y exhaló sin poder creer la pregunta que había formulado.

«¿Cómo lo ha sabido?», pensó la rubia con asombro.

—Yo... Yo... —titubeó sin saber qué decir.

Al ver que su amiga no era capaz de responder ni articular palabra alguna, la ayudó sacándose un caramelo de debajo de su almohada. Ella sonrió y le dedicó un tierno beso en la mejilla.

—Sí, abusaron —respondió sin mirarla a los ojos. Estaba más concentrada en sacar el caramelo del envoltorio.

Era tan inocente que la podía manipular con los dulces que un día añoró.

—¿Tus padres están muertos o tú los mataste? —preguntó sin apuro.

—Muchas veces el concepto de justicia es ojo por ojo.

Dicho aquello, salió de las sábanas y se metió en su cama disfrutando del dulce a solas. No había contestado bien a su pregunta, pero aquella frase ya decía mucho de su historia.

Victoria no podía creerla con tanta facilidad. Ya había mentido en muchas ocasiones. ¿Qué le haría pensar que esa confesión no era tan solo un embuste más de los suyos?

—Hice lo que tenía que hacer... —murmuró sin que sus palabras llegaran a los oídos de Victoria.

*

Esa misma madrugada, Caym se había despertado sabiendo que Lucas no se hallaba en la habitación. Buscó a su compañero con la mirada, pero no lo encontró en ningún rincón. Salió de la cama e inspeccionó por la ventana. Se temía lo peor.

Allí estaba el joven, arrodillado en el césped con la cabeza cabizbaja. Se le

notaba sonámbulo. Cuando Caym creía que el muchacho se encontraba solo y era la misma historia de siempre, Benister se dejó ver entre la oscuridad y se acercó a Lucas. Él enfocó su vista y apreció que la chica sostenía una llave en sus manos. Sospechó que esa llave pertenecía al director Newell.

Ella fue la joven que estuvo abriendo la puerta principal para que Lucas cometiese todo aquello. Lo estaba envenenando con palabrería.

Un sonámbulo comete el error de decir siempre la verdad. Por esa razón, se temió que su compañero confesase el crimen de Cassandra.

Salió disparado de su habitación para entrar en la de Victoria.

Despertó a la muchacha con suavidad. Ella se sobresaltó al encontrárselo allí. No estaba acostumbrada a sus dichosas apariciones ni a sus constantes ganas de interrumpir su sueño de madrugada.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —cuestionó, confusa por la hora que era.

—Benister tiene a Lucas en el jardín. Ella es quien tiene la llave del director.

—¿Qué? —masculló—, ¿cómo es eso posible?

La joven Victoria salió de la cama, apresurándose para atisbar por la ventana. Cuando ella observó a Benister jugar con la llave entre sus dedos, no pudo evitar sentir una increíble furia en su cuerpo. Su respiración se aceleró, apretó sus puños con frustración y decidió salir del cuarto para acudir a la chica y detener aquello.

—¡Voy a matarla! —gruñó despertando de un sobresalto a Melissa. La rubia se incorporó con la mano sobre su pecho, jadeando.

Se dispuso a correr e ir a por ella, pero Caym no la dejó marchar en el estado de rabia que había emanado. Podía despertar a cualquiera. Agarró su cuerpo por los brazos rodeando sus brazos por la cintura de ella.

—¡Déjame! ¡Ya estoy harta de ese parásito! —exclamó pataleando—. ¡No hace nada más que dar problemas!

—¡Cálmate, maldita sea! —exclamó él en un susurro alto. Al ver que Victoria no cedía, la tumbó en la cama echándose sobre su cuerpo.

Victoria forcejeó con él en un intento inútil de alejarlo, pero no pudo. Era mucho más rápido y fuerte que la joven, podía percibir todos sus

movimientos. Ella se intentaba mover con brusquedad para que este se quitase de encima de su cuerpo, pero no dio resultado. Caym, harto de luchar contra una débil humana, sostuvo sus muñecas y las presionó por encima de su cabeza. Ambos respiraban con fuerza ante el enfrentamiento absurdo.

Algunos de los mechones azabaches de la muchacha se habían posicionado sobre su rostro, impidiéndola ver sus facciones.

—Te dije que no debes cometer el error humano de llamar la atención —murmuró—. ¿Quieres que te castigue? Una simple humana como tú me está dando más problemas de los que me imaginé. Deja de actuar como una histérica y mantén el maldito control sobre ti misma —comentó con hastío. La joven sonrió con malicia.

—¿Tú? ¿Castigarme? —se mofó. El varón apretó su mandíbula ante la burla de su compañera. Que dudase de quién era y de dónde venía le hacía malhumorar y sacar su demonio interno.

—Te ríes ahora, pero te lamentarás en un futuro —espetó, mirando sus ojos esmeraldas.

Melissa salió de la cama y observó por la ventana. No tardó mucho en exhalar por su boca y corrió saliendo de la habitación en busca de Lucas.

Caym puso sus ojos en blanco y soltó a Victoria dándose por rendido.

—Genial. Ahí va otra loca llamando la atención.

*

Cuando llegaron al patio, Melissa se arrodilló junto a su compañero intentado hacerle reaccionar de la mejor manera posible, sin que este se despertase de su sonambulismo atemorizado. Benister se inquietó un poco al ver a su grupo presentarse en el patio, con aquellos rostros que denotaban fastidio.

—¡Tú! —exclamó Victoria, dándole un fuerte empujón. Benister retrocedió unos cuantos pasos—. Todo este tiempo has sido tú quien abría la puerta. ¿Qué le has estado haciendo a Lucas? ¡Contesta!

—Sospecho que él fue quien mató a Alexandra Bennet —confesó con una media sonrisa. Era gracioso porque su sospecha no era cierta. Quien mató a esa chica fue Victoria.

—Alexandra Bennet se suicidó —aclaró Melissa.

—¿Y tú te lo crees? —vaciló Benister, soltando una risa sarcástica.

—Lucas no mató a nadie. Él estaba en la cena cuando sucedió todo aquello —alegó la rubia.

Benister recordó que la única alumna que no se encontraba en el salón aquella noche era Victoria Massey. Su ausencia le hizo figurarse que tuvo algo que ver en el crimen de su amiga.

—Tú no te encontrabas en el salón —recordó a la vez que la juzgaba con su dedo—. ¡Fuiste tú!

Ella la fulminó con la mirada. Su voz chillona era desesperante y lograba sacarla de sus casillas.

—No fui yo. No juzgues sin saber dónde estaba aquella noche.

—¡Mentirosa! —bramó.

—¡Por todos los demonios! —se quejó Caym con las manos sobre sus oídos—. ¿No sabes decir otra palabra, niña?

—¡Todos sois sospechosos! ¡Estáis defendiendo a una asesina! ¡La culpa caerá sobre vuestros hombros!

La psicóloga Jenkins se presentó en el patio con una vela encendida, alumbrando la oscuridad. Frunció su ceño estudiándolos con la mirada.

Benister escondió la llave tras su espalda al ver a la mujer presentarse de esa manera. Laura frunció sus ojos y estudió su lenguaje no verbal. Pudo intuir que la muchacha ocultaba algo con esmero tras su espalda. Tragó saliva nerviosa y eso la delató.

—¿Qué escondes, Benister? —indagó la mujer, juzgándola con la mirada.

—Nada.

Se acercó a ella a paso apresurado y le quitó de las manos la llave del director. La psicóloga dedicó una mirada sombría y dijo:

—Estás castigada.

—¿¿Qué?! ¿Por qué?

—Por robar la llave del director y por aprovecharte del sonambulismo de tu compañero para tu propio beneficio.

Benister chilló de rabia y apretó sus puños.

—¡No es justo! ¡Victoria mató a Alexandra y a ella no le decís nada!

—Alexandra se suicidó —aclaró la mujer—. Benister, estoy cansada de tu continua guerra hacia el sangre nueva. Vuelve a tu habitación. El director Newell te impondrá el castigo en la mañana.

La muchacha se largó soltando maldiciones por su boca. La psicóloga ordenó que ellos también se marcharan. A Victoria le pareció extraño que la mujer no preguntase nada sobre por qué se hallaban ellos también despiertos.

Mientras deambulaban por los pasillos llevando a Lucas a su habitación, Elliot salió de entre la oscuridad y miró a Victoria. Ella correspondió su mirada. El joven siempre poseía esa sonrisa perversa que lograba estremecerte, nunca podías discernir qué demonios estaba pensando.

—De nada, Massey —murmuró con su característica voz rasgada.

—¿Qué?

—Yo avisé a la psicóloga del robo de Benister y sus intenciones. De nada, Massey —informó mediante una sonrisa de boca cerrada.

Dicho aquello, el joven se marchó soltando su risa tétrica. Victoria se quedó mirándolo marchar. Sí, le había salvado, pero no se sintió de esa manera.

Nadie se involucra en tus problemas si no quiere algo a cambio.

Elliot quería algo de ella.

Capítulo 15: Hazlo tú por mí

A la mañana siguiente, Victoria se despertó tras percibir un fuerte escozor en la espalda. Se incorporó del colchón con un leve gimoteo y se llevó una mano a la zona dolorida. Abrió sus ojos tras notar una herida en relieve. Era extraño, pues no podía averiguar quién se la había hecho.

Confusa, se levantó de la cama y se apresuró al espejo de la habitación para observarse. Se bajó el camión conforme apreciaba la herida. Quedó anonadada tras percatarse de lo que veían sus ojos. Una letra «C» se marcaba con un fuerte arañazo, y pequeños hilos de sangre se apreciaban, como si de un animal salvaje se tratase. La letra era pequeña, lo suficiente como para poder leerla y distinguirla. Supo de inmediato que el causante de aquello había sido su adorable demonio.

«¿Quieres que te castigue, Victoria?» había recordado aquella pregunta que el joven le había formulado horas antes, malhumorado. No fue buena idea mofarse de las intenciones de un ente sobrenatural.

Se subió el camión a regañadientes y apretó su mandíbula. Estaba marcada por aquel ser y no sabía si aquello podía tener algún significado o era un simple castigo.

Se había despertado minutos antes de que sonara su alarma y eso la cabreaba, podía haber seguido durmiendo un poco más. Supo que su día no iba a ser bueno tras no dormir lo suficiente. Con lo sucedido en la madrugada, apenas pudo conciliar el sueño, y, cuando logró descansar, el escozor la había levantado. Si la joven no dormía sus buenas horas de sueño solía tener un mal humor irritante.

Agarró su uniforme soltando un suspiro largo por su boca. Se vistió y se arregló para marcharse temprano de la habitación. Melissa aún seguía durmiendo y no quiso despertarla antes de tiempo, así que salió sin ocasionar mucho ruido.

Le hastiaba no ver a ningún alumno levantado. Deseaba haber permanecido más horas en cama, evadiéndose en los sueños del lugar en donde se encontraba. Pudo percibir al profesor Bellamy platicando con la psicóloga Jenkins, pero no le dio importancia. No obstante, el hombre miró de reojo a la joven que deambulaba por los corredores con cara de pocos amigos.

La psicóloga le sonrió, pero ella no devolvió la sonrisa. Aquello hizo que la mujer detuviese su charla con el profesor para hablar con la muchacha.

—Buenos días, Massey.

—Serán para usted —respondió ella cruzándose de brazos.

La psicóloga soltó una risa incómoda.

—Bueno, veo que alguien se ha levantado con mal pie. ¿Te apetece que charlemos en mi consulta respecto a lo de anoche?

—Apetecer no me apetece, como podrá notar. Dado que ni siquiera voy a poder negarme ni retirarme de hablar con usted, le responderé con un falso entusiasmo: ¡Me encantaría, psicóloga Jenkins!

La mujer frunció su ceño. La actitud de la joven en aquella mañana te contagiaba la mala energía. Prefirió que la muchacha circulase su camino. Los adolescentes solían tener sus problemas y necesitaban su espacio personal, no quería agobiarla cuando la joven no estaba por la labor.

—Dejaré pasar por esta vez tus malas contestaciones, Massey. Veo que no estás de muy buen humor y en parte entiendo la razón.

—No creo que lo entienda.

—Supongo que el hecho de que Benister te acuse del suicidio de Alexandra te ocasiona este malestar. Anda, ve a desayunar —añadió la mujer—. Ya hablaremos en otro momento.

Victoria no respondió y se alejó de allí.

*

El desayuno aún no estaba servido, pero la cocina estaba abierta. La cocinera poco agraciada estaba buscando comida en la despensa. La joven quedó inspeccionando los tantos cuchillos que se hallaban en la encimera. Estaba pensando que no volvería a tener una oportunidad como aquella. La señora se encontraba de espaldas y, en un acto de rapidez, ella podría robar uno de los utensilios si lo hacía con agilidad. Se adentró con sigilo a la cocina e inspeccionó lo que sería su nueva arma. Sus pupilas se dilataron cuando acarició la hoja del cuchillo. Quiso agarrarlo, pero la cocinera la agarró del cabello haciendo que la joven arquease su cuello y soltara un alarido.

—¡Tú! ¡Pequeña mocosa! —exclamó la mujer—, ¿qué pretendías? ¿Robarme?

—¡Suéltame! —imploró intentado defenderse.

—Lárgate de aquí antes de que te rebane en pedazos, mocosa.

La empujó fuera de la cocina y Victoria se tropezó, apretó sus puños con fuerza haciendo que sus nudillos se tornaran blancos. El director Newell se percató de la presencia de la joven arrodillada en el piso. No tuvo reparo en preguntarle qué le sucedía.

—¿Qué te ha ocurrido?

Victoria fingió un falso lloriqueo. Si algo sabía hacer bien, era ganarse el afecto de un señor mayor y manipularlo con sentimientos afligidos y angustiados.

—¡La cocinera me ha agredido! —confesó con la voz quebrada.

—¿Cómo? —preguntó a pesar de que lo había oído a la perfección—. ¿Ella te ha tocado?

—Quise saber qué se iba a desayunar y me adentré en la cocina. Ella de pronto me jaló y me sacudió, me llamó mocosa y me amenazó diciendo que si volvía a entrar me cortaría en pedazos.

El director, con total desagrado, se adentró en la cocina con brusquedad, interrumpiendo a la señora de su trabajo. La mujer lo miró confusa sin entender su mal humor. Cuando se percató de la presencia de la chica arrodillada en los pasillos empezó a fruncir el ceño.

—¿Cómo se atreve a agredir a una alumna?

—¿Agredir? —repitió con asombro—, ¡esa mocosa pretendía robarme!

—¡Esa chica tiene nombre! ¿Quién se cree para etiquetar de tal forma a una alumna? Creo que usted ya tiene una edad para intentar humillar a una adolescente. Esta joven solo quería preguntarle qué se va a desayunar.

—¡Eso es mentira! La vi agarrando uno de mis cuchillos. ¿Cómo puede creer la palabra de una simple loca?

Victoria sollozó con más fuerza, fingiendo que aquellas palabras le dolieron en lo más profundo de su alma. El director apretó su mandíbula.

—Señora, como un alumno más se vuelva a quejar de usted, estará despedida de mi centro. No es la primera vez que la veo dirigirse con esa actitud tan desagradable hacia mis alumnos.

El hombre se marchó de la cocina y consoló a Victoria agarrando su hombro y dándole una pequeña palmada. Cuando el director Newell se marchó de los pasillos, la joven mostró su dedo corazón en signo obsceno hacia la cocinera y mostró una sonrisa burlona. Se carcajeaba por dentro. La señora se enfureció al ver que esta había estado haciendo teatro.

*

Por fin, los demás alumnos habían aparecido por los pasillos y todos se dirigían al comedor para desayunar. El bullicio se había creado en comparación con el silencio que había antes. Victoria se adentró al comedor para ver nuevamente a la cocinera enfurecida. Mientras la joven se servía su desayuno, la cocinera apretaba su mandíbula controlándose las ganas de montar un espectáculo. Aquella joven fue la única capaz de irritarle. No solía mostrar aquel carácter sin un motivo que la llevara a hacerlo, pero Victoria fue la única capaz de sacarla de sus casillas.

Nunca se debe enfadar a la persona que te prepara la comida, no es inteligente.

La joven se sentó en la misma mesa esperando a sus compañeros. Cuando vio a Caym entrar al comedor, esta le fulminó con la mirada. El joven solo sonrió con soberbia. Sabía la razón por la que lo observaba así.

Cuando todos llegaron a la mesa, Melissa se sentó a su lado como de costumbre. Victoria se llevó una cucharada a la boca sin apartar la mirada de su querido amigo del infierno.

—Buenos días, Victoria. ¿Has dormido bien? —formuló Caym en un claro tono burlón.

—¡Vete al infierno! —masculló la joven con la boca llena de cereal.

—Oh, querida. Todavía no puedo marcharme sin llevarte de mi mano.

—¿Sucedió algo anoche? —cuestionó Lucas confundido.

Los sonámbulos no recuerdan cuando tienen un episodio, por esa razón se sentía extrañado cuando encontró en su pijama esa misma mañana suciedad

del exterior.

—Estuviste sonámbulo —informó Melissa—. Benister se ha aprovechado de ti todo este tiempo llevándote al patio. Ella había robado las llaves del director.

—¿Por qué diablos hizo eso? —inquirió frunciendo el ceño.

—Sospechaba que tú mataste a Alexandra. Creo que ella hizo que tú desenterraras a Alexandra para saber si confesabas algo.

Lucas tragó saliva.

—¿La desenterré de nuevo? Ella y Cassandra están juntas...

—No, no llegaste a hacerlo —habló esta vez Victoria—, pero era lo que pretendía hacer Benister contigo. Caym fue quien se dio cuenta de que no estabas en la habitación. Nosotros te salvamos el culo por segunda vez.

Lucas miró a su compañero y esbozó una sonrisa.

—Gracias.

—La próxima vez te dejaré fuera. No soy tu niñero —espetó él con hastío.

Victoria estaba curiosa por saber qué castigo había recibido Benister. No se la veía por ninguna parte y Elliot estaba comiendo solo en una mesa grande. La última vez ambos se hallaban conversando. Elliot se percató de que la chica lo estaba mirando y este le dedicó una sonrisa amplia. De inmediato, la joven apartó la mirada. No le gustaba establecer contacto visual con aquel extraño sujeto. Desconocía sus intenciones, que, por lo que se apreciaba, no eran buenas. Aunque... ¿quién tenía buenas intenciones allí dentro?

*

Más tarde, Victoria estaba curioseando la habitación de Lucas y Caym. Quedaban pocos minutos para la próxima clase y debía darse prisa en buscar lo que ansiaba. Había fingido ir al baño para curiosear lo que tanto deseaba ver.

La joven se agachó bajo la cama de Caym y pudo ver la mochila negra con la cual lo había conocido. Sabía que allí dentro se encontraba el libro negro en el que firmó el pacto. Arrastró la mochila de la oscuridad y la inspeccionó con ahínco. Agarró el libro y miró la página que había firmado con sangre.

Tuvo la curiosidad de saber qué pasaba si hacía la hoja en trozos, pues quizá el pacto se rompía.

«Victoria Massey. 1999 – ????» se hallaba escrito. Sabía que aquello anunciaba su futura muerte.

El pomo de la puerta se estaba girando y la joven no dudó en esconderse bajo la cama. Unos pasos lentos se dirigían hacia ella. Se mordió el labio inferior nerviosa conforme agarraba el libro con fuerza. Se había olvidado de esconder la mochila bajo la cama y maldijo en silencio. Intentó arrastrarla con disimulo, pero Caym se puso de cuclillas observándola con una sonrisa. Victoria quedó inmóvil sin saber cómo reaccionar.

—¿Intentando romper el pacto, Victoria?

—¡Eres un imbécil! —maldijo ella sin argumentos.

Con un acto de rapidez, Caym agarró sus tobillos y la sacó de su escondite.

—Aunque arrancases la página, no podrías romperlo. Esto es para recordar lo que me diste a cambio de tu venganza. Solo yo puedo decidir tu destino.

—¿Te he vendido mi alma? —inquirió ella con desagrado.

—¿Tú qué crees, querida? No te hagas la estúpida ahora.

La joven lanzó el libro a un lado con dureza y empezó a darle pequeños puñetazos en el pecho al varón. No paraba de soltar maldiciones por su boca a la vez que lo agredía como una niña engañada. Caym tan solo reía con malicia disfrutando del ataque de rabia de la muchacha.

Empezó a intentar darle patadas fuertes, pero Caym la detuvo echándose sobre ella, presionando su cuerpo y piernas. Sostuvo sus brazos y miró a sus ojos esmeralda. Victoria gimoteaba intentando liberarse de él. Hizo fuerza y pudo deslizar unos de sus brazos de las manos del chico, de inmediato le propinó una cachetada en su mejilla. Su demonio se estremeció por unos segundos y volvió a reír.

—¿Estás enfadada? ¿No te ha gustado el tatuaje que te he hecho?

—¡No! —profirió.

—Qué pena. Te lo hice con amor.

—Tú ni siquiera sabes qué es eso.

Caym se acercó a sus labios y Victoria exhaló nerviosa.

—¿Y tú lo sabes? —inquirió él.

Unos labios tan perfectos como los de él era imposible resistirse a besarlos. Lucían carnosos y jugosos. No obstante, rehusó tener aquellos pensamientos, estaba enfurecida.

—Victoria —pronunció jugueteando con su nombre.

—Suéltame.

—Tienes una mano libre, úsala como quieras.

Lo agarró de la corbata y le obligó a besarla. Recordó que él se volvía vulnerable con los besos que le robaba, sobre todo sin su consentimiento. Victoria se sorprendió cuando el muchacho no se apartó y se dedicó a jugar con la lengua de ella. No era lo que pretendía que sucediese. Ambos se encontraban en el suelo, besándose desenfrenadamente, como si no hubiese un mañana.

—Sé lo que piensas, Victoria.

—¿Qué? —indagó ella confusa.

—Puedo leer tus intenciones. Pensabas que, si me obligabas a besarte, me apartaría volviéndome vulnerable. Que me haya sorprendido una vez no significa que siempre vaya a hacerlo —ella se sonrojó de inmediato y empezó a enfurecerse. No había caído en que él podía desnudarle los pensamientos. Cuando se dispuso a contestar, el varón interrumpió—. Lo estabas deseando. Puede que la que se esté volviendo vulnerable seas tú, querida.

Victoria lo apartó de un fuerte empujón.

—Jamás me volveré vulnerable por un ser como tú. Eres mi demonio, mi juguete. Estás aquí para ayudarme a salir, una vez hecho eso, te irás por donde has venido.

Caym apreció cierta aflicción en sus ojos. De inmediato, la muchacha agachó la vista pretendiendo esconderse. Sus frías y duras palabras no concordaron junto a su rostro, con el que trataba de parecer frívola.

—¿Eso crees que pasará? —cuestionó con diversión—. Eres mía, Victoria. Tengo tu alma. No tienes escapatoria.

La joven tragó saliva. Reconocía para sus adentros que robarle aquel beso podía haberle calmado de sus demonios internos, pero se negaba a ser vulnerable. Nunca había sentido la necesidad de permanecer junto a alguien, quería creer que ese «alguien» no iba a ser Caym. Rechazaba envenenarse de un ente que no pertenecía al mundo humano.

*

En la tarde, Victoria detuvo a Elliot, que se dirigía a alguna parte del internado. El joven se volteó con las manos metidas en sus bolsillos y la miró con perversión. Ella quiso creer que el joven podía saber qué castigo había recibido Benister y dónde se hallaba encerrada. Era el sobrino del director, podía enterarse de todo si se le antojaba.

—¿Dónde está Benister?

—¿Por qué te importa? ¿Acaso no le has dedicado demasiado tiempo, Massey?

—Tan solo quiero saber qué tipo de castigo ha recibido.

Elliot comenzó a andar y Victoria lo siguió. No supo hasta dónde la llevaba, pero dedujo que sería hasta Benister. Mientras caminaban hacia alguna parte sin pronunciar palabra alguna, finalmente Elliot se detuvo frente a una puerta que Victoria reconoció de inmediato.

—Está ahí abajo.

—¿En el sótano? —indagó—, ¿por qué el sótano?

Elliot se encogió de hombros con diversión. Estaba mintiendo. Sí sabía la razón por la que estaba ahí abajo.

—¿Seguro que no lo sabes? —curioseó al ver su reacción juguetona.

—Quiero que me hagas un favor —comentó.

«Lo sabía. Quiere algo a cambio», pensó la muchacha con decepción.

—¿Qué tipo de favor?

—Quiero que mates a Benister por mí —murmuró sonriente.

La muchacha alzó ambas cejas con asombro.

¿Qué motivos tenía Elliot para querer hacer desaparecer a Benister?

Capítulo 16: Confesión

La joven no dejaba de mirar con sus penetrantes ojos esmeralda al rostro pálido de Elliot, que la observaba esperando una respuesta. Tenía una sonrisa torcida, y se mostraba divertido. Ni siquiera Victoria podía articular palabra tras la petición que le había hecho.

«¿Qué motivos tiene para querer matar a Benister?».

Dada la locura que allí dentro albergaba, no era muy atípico que un joven con problemas pidiera algo de ese tipo. Ella no quería darle aquella satisfacción al chico – si es que podía llamarle de ese modo –. No iba a involucrarse en asuntos de otros. Matar a alguien sin ningún tipo de motivo no era algo que estuviera dentro de su plan, y ni mucho menos se iba a encargar de problemas personales.

—¿Qué demonios estás diciendo? —indagó con su ceño fruncido.

Elliot soltó una risa pequeña y se acercó a ella. Rodeó su brazo por los hombros de la joven y jugueteó con unos de los mechones de su cabello. Tener tan cerca a tal individuo le provocaba una sensación amarga.

—Venga, Massey. No te hagas la tonta —musitó con un tono de diversión.

—No quiero tener nada que ver en esto. ¿Qué te ha hecho Benister para querer matarla?

—¿Que qué me ha hecho, dices? —repitió con una risa—. Me robó las llaves de mi bolsillo. Se juntó conmigo solo por el simple hecho de ser el sobrino del director Newell y poder acceder a datos a los que nadie más puede. Me utilizó, y eso... duele.

No creyó sus palabras. Le resultó un tanto absurdo que el joven estuviera dolido por el hurto de unas simples llaves. Debía de haber algo más oculto para que quisiera deshacerse de ella.

—¿Acaso sentías algo por ella? —cuestionó observando su expresión facial. Él no se mostró vulnerable en ningún momento.

—Los monstruos como yo no pueden amar, Massey.

—Si no sintieras nada no me pedirías hacerme cargo de su muerte. ¿Qué te

impide hacerlo tú?

—Victoria, Victoria, Victoria... —pronunció, negando su cabeza—. Me causa ternura que disfraces tu lado oscuro.

—¿De qué estás hablando? —inquirió, apartándose de él con brusquedad.

—Si la matas tú, recibirás un trueque. Si lo hago yo, no recibirás nada. Tú eres mezquina y tienes problemas acá adentro que te puedo solucionar, yo he cometido actos atroces que cualquier humano reprimiría. Puedo ser muy útil en ese aspecto. Necesitas ayuda. ¿Acaso no deseas deshacerte de esa molestia de chica?

—¿Qué clase de trueque me darás? ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—No lo sabes. Tan solo puedo decirte que confíes. Soy un hombre de palabra.

—Eso no me sirve de mucho. También podría decirte que soy una mujer de palabra cuando puedo estar mintiéndote. Las palabras se las lleva el viento. ¿No tienes miedo de saber quién soy?

—¿Qué miedo podría tener si aquí todos estamos hechos de la misma pasta? El miedo no es algo que posea —hizo una pausa humedeciendo sus labios con la lengua—. Locos, dementes, maniáticos, lunáticos... ¿Qué más da? Nadie va a salvarnos. ¿Acaso crees que, por estar encerrados en un internado sin ver la realidad, con esta clase de psicólogos, nos curaremos algún día? Ni ellos mismos pueden salvarse. Los monstruos no merecen ser curados.

—Somos jóvenes. Todo tiene solución menos la muerte.

—Oh, vaya. ¿Ahora te muestras optimista? ¡Qué curioso! Bajo nuestra piel todos somos monstruos: vivimos por y para nuestros banales deseos e instintos, y ¿aún tienen fe en la humanidad? Mira, te diré algo: A veces, hay que crear el mal para lograr un bien.

Victoria quedó unos segundos callada. Lo estudiaba con la mirada como si aquel individuo fuese de lo más fascinante. Sin embargo, su manera de hablar, sus palabras empleadas y su voz rasgada lograba crearle escalofríos. La estremecía, y no en el buen sentido.

—Eres el sobrino del director —comentó—. Si mato a esa chica podrías chivarte algún día y hacer que reciba un duro castigo de los que tantos no

quieren hablar.

—Los chivatos siempre me parecieron repugnantes. No tienes que preocuparte por eso, soy muy bueno guardando secretos.

No podía creerle. Se le pasaba por la mente todo tipo de pensamientos negativos hacia él. Podía haberse acercado a ella para indagar en las muertes que había presenciado y una que cometió. Elliot parecía ser sincero en todo momento, pero esa era la cualidad de un asesino, pasar desapercibido por la sociedad. A simple vista, parecía una persona agrisado, pero cuando reía poseía intenciones oscuras que Victoria intuía.

No podía negar el hecho de que estuviera intrigada en el trueque.

—¿Por qué me escoges a mí?

—Por ser sangre nueva. Tú desconoces secretos que se ocultan bajo estas paredes, yo puedo proporcionártelos. Además, me interesas. Desprendes una energía muy atractiva.

Caym interrumpió la conversación carraspeando tras ellos. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, en una posición relajada. Elliot lo fulminó con la mirada.

—¡Oh! Disculpa. ¿He interrumpido algo?

—De hecho, sí —habló Elliot cambiando su expresión a una más seria.

—Bien. Es lo que pretendía.

Caym tendió la mano al aire esperando a que Victoria se acercase a él. La joven no dudó y se fue con el muchacho. Antes de marcharse, Elliot le interrumpió el paso.

—Piensa en lo que te he dicho. Nadie más te va a dar la oportunidad que te estoy brindando. Aquí nadie es quien parece, Massey.

—¿Eso último te incluye a ti? —dicho aquello, se alejó del pasillo.

*

Cuando llegaron a una zona más despejada, Caym detuvo su paso para hablar con la joven. Abrió la boca para hacerlo, pero se contuvo tras adelantarse primero Victoria.

—¿Te has enterado de toda la conversación?

—Sí.

La chica respiró aliviada. Al menos, otro podría juzgar por sí mismo las palabras que había soltado Elliot.

—¿Qué opinas?

—No me fío de él —respondió con rapidez.

—¿Motivos?

—Cuando hagas lo que él quiere que cometas, te va a seguir manipulando para que incurras actos bajo sus amenazas.

—¿Qué tipo de amenazas?

—Si tú cometes el acto que él te ha adjudicado, cuando Benister muera por su orden va a querer obtener más cosas de ti, y, si no las haces, te amenazará con confesar tu crimen al director Newell.

Se le vio demasiado decidido en la suposición que había comentado. Incluso si fuera una suposición, no podía estar tan seguro de que aquello pasaría.

—No puede ser todo cierto. No tienes la verdad absoluta.

—No, no tengo la verdad absoluta. Cometo mis fallos, pero nadie quiere que mates a alguien si no va a seguir queriendo cosas de ti. Él mismo puede hacerlo con sus manos. Es absurdo que se niegue. Con solo decirte que quiere hacer un trueque no hace falta que te diga más.

La joven se mantuvo callada unos segundos sin emitir emoción alguna. Tenía la vista puesta en algún lugar, pensando qué decisión debía tomar. Caym notó que ella estaba indecisa. Chasqueó la lengua con molestia y puso los ojos en blanco.

—Escucha, Victoria —habló, interrumpiéndola de su ensimismamiento—. Haz lo que te dé la gana, pero ten en cuenta que cada acto trae su consecuencia. No siempre voy a poder estar ahí para salvarte. No me hagas tu existencia más difícil.

—¿Podrías conseguirme algún tipo de arma? —preguntó ignorando sus palabras, mirando sus ojos grisáceos. Él sonrió con suficiencia.

Admitió que ya iba siendo hora de que Victoria poseyera en sus manos un arma. Se moría de ganas por descubrir cómo de loca podía volverse una mortal si tenía la posibilidad de dañar a alguien.

—Por poder, podría. Depende de contra quién la uses.

—Contra Elliot, si se vuelve violento.

La enfermera Margaret había salido de su habitación por unos instantes y al demonio se le ocurrió una idea para su mortal. Como la joven deseaba poseer algún tipo de arma, decidió llevarla a la enfermería.

—Ve a la enfermería. Tienes diez minutos para que la sirena suene y acudan a la siguiente clase —dijo observando los pasos paulatinos de la señora.

—¿Tengo? —repitió—, ¿no ibas a conseguirme un arma?

—Ya te he dado la posibilidad de hacerlo.

La enfermera caminó por su lado sin prestarle mucha atención. Se la veía nerviosa. Jugueteaba con los dedos de sus manos, ignorando a los alumnos de su alrededor. Resultaba entrañable, y no apetecía causarle algún tipo de daño. Lucía inocente en todo aspecto.

Victoria pasó de largo por su lado metiéndose en la enfermería. Caym la siguió detrás con una expresión divertida. No se podía imaginar qué clase de arma podía haber allí dentro.

Conforme la joven buscaba y rebuscaba no veía la posibilidad de que algún objeto de la sala pudiese causar la muerte, salvo algunos medicamentos que, si abusabas de ellos, podían hacerte sucumbir.

—¿Qué quieres que busque aquí? —indagó furiosa—. No hay nada con lo que poder cortar ni causar daño.

—Abre el cajón de las jeringuillas —comentó, apoyando su cuerpo en el marco de la puerta.

Victoria agarró una jeringuilla con aguja y la estudió con la mirada. Alzó ambas cejas comprendiendo para qué podía utilizarse como arma.

—La entrada de aire en un vaso sanguíneo crea burbujas que se mueven por el torrente circulatorio —comentó el joven—. Si es poca cantidad, será absorbida; pero un volumen grande puede formar émbolos y obstruir arterias

y venas. Llega a ser mortal a partir de 50 centímetros cúbicos.

Ella entreabrió su boca con sorpresa. La sabiduría del muchacho resultaba excitante.

—Hubiese preferido un cuchillo.

—Asciende de nivel y te lo regalaré.

—¿Cómo puedo ascender?

—Sorprendiéndome.

Y, sin nada más que hacer allí, acudieron a clase.

*

Cuando terminaron la clase del profesor Bellamy, el hombre llamó a Victoria por su apellido para que se acercase a la mesa. Los demás alumnos salieron por la puerta sin dar importancia a la escena, salvo Caym, que dirigió una mirada furtiva al profesor. Seguía mirándola de aquella repugnante forma, como si con ello pudiera llamar su atención. No pudo discernir los actos de aquel hombre, pero se intuía que no eran buenos.

—Puede retirarse, Sybarloch —había dicho indicándole la puerta.

No quería dejarla sola con aquel misterioso mortal. No solo por el simple hecho de protegerla como había prometido, sino porque Bellamy era un hombre de intenciones oscuras. Antes de que el hombre se percatase de la salida del varón, él se convirtió en humo azabache y se hizo invisible al ojo humano para permanecer en clase. Estudiaba a su compañera, viendo su rostro desconcertado ante el llamamiento de su profesor.

Victoria no mostró signo de debilidad, ni temor. Era lo que el hombre quería y no iba a darle el gusto de mostrarse vulnerable por un señor que se dedicaba a mandar posits amenazantes.

—Desde que te envié el pósito no he recibido respuesta tuya, Massey —comentó con una mirada intimidante.

—¿Qué quiere que le diga? —inquirió ella adusta—. ¿Acaso quiere que llore y le prometa que no diré nada? Mejor déjeme ser buena alumna y no la tome conmigo. Si se me trata bien, puedo llegar a ser una alumna ejemplar y no dar problemas.

El hombre acorraló a la joven haciendo que ella apoyase su espalda en la pizarra. Victoria miraba a los ojos marinos del profesor sin recelo. Bellamy sonrió con suficiencia y estudió con la mirada a la chica.

—No me amenes, Massey.

—¿Y usted sí puede acorralar a una alumna con esa violencia? —tenía escondida la jeringuilla en uno de los bolsillos de su americana. Comenzó a agarrarla sin mostrarla. Cuando el profesor se disponía a hablar, ella lo interrumpió—. No es mi culpa que lo hayan destinado a trabajar en esta cárcel de locos sin remedio. Algo debió de hacer para que lo metiesen aquí.

—¿Qué estás insinuando, joven?

—Mira, déjeme marchar —dijo, ignorando su pregunta—. Acorralándome de esta manera me está dando todos los motivos para ir y hablar con el director Newell. Tengamos la fiesta en paz y no habrá problemas. ¿Acaso tiene miedo? ¿Tiene antecedentes de abuso sexual o algo relacionado? —indagó haciendo que él frunciese su ceño—. Si esto le consuela, la psicóloga también quiso. Por lo tanto, fueron relaciones consentidas.

Bellamy aceleró su respiración. Lucía furioso y por unos segundos la joven se estremeció. Cabía la posibilidad de que ella hubiese tocado una fibra sensible. Nadie reaccionaba de esa manera si no tenía algo que ocultar, o si ella no había dado en lo cierto. Estaba decidida a emplear la jeringuilla con él si no fuese porque habló, interrumpiendo su acto.

—Márchate —musitó circunspecto.

Victoria obedeció dando por finalizada la conversación. El corazón le latía con fuerza tras la adrenalina que había sentido por verse acorralada por un hombre así. Estuvo dispuesta a matarlo si este arremetía con ella. Agradeció no montar un espectáculo en la sala, aunque le resultó malintencionada su expresión. Lo había añadido a su lista de posibles sospechosos. No iba a quitarle el ojo de encima. Su alma podría estar bañada en maldad y aquel profesor jamás fue inocente.

Finalmente, Caym se movió a su lado y dejó de ser invisible al salir de clase.

Ella observó a Melissa entrando en la consulta de la psicóloga. Con rapidez, agarró a Caym de la mano y lo miró a los ojos.

—Hazme un favor —dijo apresurada—. Entra en la consulta y escucha la conversación. Sé que puedes hacerte invisible al ojo humano cuando te dé la gana. Por favor, hazlo y dime si Melissa confiesa su historia.

—Si te hago ese favor, debes saber que me deberás algo tarde o temprano.

—Lo sé. Y estoy dispuesta a darte lo que sea.

Caym alzó una ceja, pícaro. Podía pedir lo que quisiese, y no era algo que iba a rechazar, aún menos viniendo de una simple humana a la que podía manipular y con la que divertirse a su antojo.

—Bien. Trato hecho. Espero que estés dispuesta a darme todo lo que yo quiera, sin importar la consecuencia.

Dicho aquello se ocultó.

*

Entró en la consulta pasando por el lado de la rubia, que sintió extrañada tras notar una brisa gélida. Le restó importancia y siguió las órdenes de su psicóloga.

Caym se apoyó en la pared parda de brazos cruzados. Aquello le resultaba demasiado tedioso, pues lo que sea que ocultase Melissa no le importaba en absoluto. Tener que estar allí varios minutos presenciando una conversación entre psicóloga y alumna no era santo de su devoción, pero debía hacerlo si quería saber qué ocultaba aquella inocente chica.

Resultaba maravilloso cómo un joven podía estar allí, escuchando una conversación ajena sin que ninguna de las dos pudiese verlo ni percatarse de su presencia. El muchacho miraba con atención a la rubia. Se la veía incómoda y no dejaba de jugar con uno de los hilos de su manga.

—Bien, señorita Sellers —rompió el silencio la mujer—. Como podrás notar, hoy no hay dulces para ti.

—¿Por qué? —cuestionó curiosa—, ¿he hecho algo malo?

—No. Si no cooperas de ninguna manera conmigo, no podré ayudarte. Me temo que proporcionarte dulces no va a hacerte decir la verdad, jovencita. De alguna manera pensé que, si te daba todo lo que pedías, podrías confesar, pero no fue así. Te di más motivos para seguir inventándote historias.

—Quiero mis dulces —espetó.

—No, no tendrás más dulces.

—¿Por qué?! —exclamó en un chillido. La psicóloga se ajustó sus gafas con desagrado.

—Siéntate, por favor —imploró la mujer cruzándose de piernas.

—Dame mis dulces —insistió.

—Melissa —la llamó por su nombre, mirándola a los ojos—, si cooperas, tendrás dulces.

—Miente.

—¿Alguna vez te he mentado? —inquirió. Melissa tragó saliva y se sentó en el sofá.

—¿Qué quiere saber? Ya le dije...

—No, no me dijiste nada —interrumpió—. En cada consulta que hemos tenido te has inventado una historia diferente. Eso demuestra que te niegas a aceptar lo sucedido y prefieres creerte otras versiones. Rompe la barrera que te impide confesar, Melissa. No voy a juzgarte sea lo que fuere que te sucedió.

Ella apartó la mirada sin querer hacer contacto visual con la psicóloga Jenkins. No quería confesar, ni hablar de lo sucedido. No obstante, prefería soltarlo de una vez si así la mujer la dejaba en paz.

—Cuéntame cómo te hiciste los cortes de tus muñecas. Estoy aquí para escucharte.

—¿Qué pregunta tan absurda! ¿Cómo crees que lo hice? ¡Pues con una navaja!

La mujer anotó algo en su pequeña libreta.

—¿Qué razón te llevó a hacerlo? —indagó.

—Quise morirme. ¿Es esa una razón válida?

El tono de voz molesto que empleaba la joven hizo que la mujer dirigiese una mirada dedicándole una sonrisa tranquilizadora.

—No tienes por qué sentirte molesta. Quiero ayudarte.

—Eso les dice a todos —murmuró, agachando la vista.

—¿Cómo murieron tus padres?

Al hacerle esa pregunta, Melissa le lanzó una mirada fulminante y apretó su mandíbula. Sus manos se volvieron un puño cerrado y su respiración se hizo más notable. Era evidente que aquello la hizo enojar aún más.

—¿Melissa?

—¿Qué?

—¿Cómo murieron? —inquirió.

—Los maté —confesó.

La psicóloga quedó estudiándola con la mirada. Su rostro era sombrío y tétrico, pero sus ojos se empezaban a cristalizar.

—Eso está mal. No debiste...

—¡¿Mal?! —vociferó indignada, levantándose del sofá—. Mi madre era una borracha alcohólica empedernida, por no hablar de la cocaína que se tomaba como desayuno cada mañana. ¿Mi padre? ¿Quiere saber cómo era mi padre? Ese bastardo abusaba de mí cuando le daba la gana. Me drogaba con pastillas que solo Dios sabe qué eran y me tenía encerrada en el sótano de casa. ¡Me obligaba a jugar a juegos promiscuos! Ni siquiera puede imaginarse lo que fue vivir aquel infierno —se levantó las mangas de su americana, mostrando los cortes que se hizo—. ¿Ve esto? Esta es la razón que me llevó a querer suicidarme.

—¿Cómo lograste salir del sótano? —preguntó. Quiso no parecer sorprendida, pero todo aquello la había dejado anonadada. No obstante, debía seguir con las preguntas.

—Encontré un alambre en una caja polvorienta. Fabriqué una especie de ganzúa mal hecha y logré abrir la puerta.

—¿Por qué los mataste?

—Nunca fue mi intención hacerlo. Quise escapar de casa, huir y jamás volver, pero me atraparon y no me quedó más remedio que defenderme. Logré correr a la cocina y agarrar un cuchillo. Cuando mi madre se abalanzó

hacia mí, se lo clavé en el corazón. Hice lo mismo con mi padre y continué apuñalándolo repetidas veces.

—¿Por qué no llamaste a la policía y lo dejaste en manos de la justicia?

—¿Y de qué sirve? ¿Para que luego en un par de años les rebajen la condena y los dejen sueltos? Ellos pretendían venderme a cambio de drogas, por eso me tenían encerrada. Cuando se les acabase la cantidad de cocaína que poseían, pretendían venderme como si fuese un objeto. ¿Sigues opinando que lo que hice estuvo mal?

—Está mal y no es una solución que pueda emplearse. Hay reglas en la sociedad.

La rubia soltó una risa sarcástica. Se limpió las lágrimas de sus mejillas y volvió a hablar.

—¿Quién dice que está mal? ¿Las leyes? ¿Qué es el bien y qué es el mal? ¿Cree que los maté por gusto? Pongamos un ejemplo: Si usted tuviese una hija adolescente a la que han violado, secuestrado y matado. ¿Qué haría? ¿Lo dejaría en manos de la justicia porque opina que matar está mal? La justicia, a día de hoy, no es justicia. Si tuviese delante al asesino que torturó a su hija no creo que tuviese ganas de darle un abrazo.

La psicóloga dejó su pequeña libreta en la mesa. Tragó saliva con incomodidad y miró a la joven. Se notaba todo el dolor en sus ojos y en su forma de expresarse. Debió de sufrir mucho.

Caym miraba toda la escena como quien ve una telenovela. Había dejado de tener esa cara de aburrido para pasar a una cara de fascinación.

—Puedo jurarle con todo mi corazón que haber sido encerrada en este internado me ha dado la posibilidad de sonreír como nunca lo he hecho. No me arrepiento de haberles matado, tarde o temprano iban a morir. Y, si no era en mis manos, sería de una sobredosis o un ajuste de cuentas.

La mujer se acercó a la muchacha y le brindó un cálido abrazo. No podía imaginarse qué infierno vivió, pero, por alguna razón, se conmovió. Si Melissa nunca hubiese escapado, lo más probable hubiese sido que la hubieran vendido al mercado negro o la hubieran dejado en manos de hombres que harían con ella lo que les diese la gana. Algo atroz e injusto.

¿Cómo unos padres podían hacerle sentir eso a una hija? ¿Cómo un padre podía drogar a su hija y violarla sin sentirse culpable? Solo de pensarlo la mujer se estremecía y le causaba arcadas.

Melissa rompió en llanto cuando ella la abrazó. Nunca había recibido cariño apropiado, jamás se sintió querida en ningún aspecto y que ella le dedicase esa muestra de afecto no pudo evitar que la conmoviera.

Su tía la encerró en el internado por negarse a ver la realidad. Echó la culpa a la joven llamándola loca desquiciada, a sabiendas de lo que era su hermana y lo que hacían.

Cuando la hora finalizó, Melissa se marchó con una dona de chocolate en sus manos. Se la había regalado como bien había prometido. Caym se dispuso a salir con disimulo, pero le interrumpieron el paso cuando dos golpes leves llamaron a la puerta. La mujer lo invitó a entrar y se encontró con Elliot, que sonreía con burla.

—¿Ocurre algo? —indagó la mujer soltando un suspiro.

—Me gustaría hablar de Victoria.

—¿Massey?

—En efecto. Victoria Massey.

Caym estaba oculto, pero, por alguna razón, sintió como si Elliot lo siguiese con la mirada. El muchacho frunció el ceño sin dejar de observar al chico. No era posible que pudiese verlo.

«Genial. Ahí va otro parásito dando problemas», pensó Caym con fastidio.

Capítulo 17: La locura de Bellamy

Melissa estaba sentada en la cama de su habitación, abrazándose sus propias piernas. La dona de chocolate yacía en la mesita de noche. No había catado un solo bocado. La rubia tenía los ojos humedecidos en lágrimas y el nudo en su garganta le impedía comerse el dulce como hubiese deseado.

La melancolía la invadió al confesarse con la psicóloga. De alguna manera se sentía aliviada. Sin embargo, recordar todo aquello hizo que la ansiedad se apoderara de ella. Su mirada lucía aterrada, su cuerpo, hecho un ovillo, le hacía parecer un cachorro asustado. La repugnaba recordar cómo su padre tocaba zonas que no debía tocar. En ocasiones invitaba a hombres a que «jugasen» con la joven a cambio de un par de billetes para pagarse la droga que consumía.

Quería arrancarse la piel con tal de sentir otro dolor que no fuese el de los recuerdos. Se aguantaba las ganas de gritar con fuerzas, de hacer su mente pedazos para que se callara.

Había dejado la puerta de la habitación abierta al descubierto de los ojos curiosos de los demás, pero no le importaba. Sollozaba en silencio sin que nadie se percatara de su presencia, salvo Lucas, que había tocado a la puerta con dos suaves golpes. La joven no reaccionó, tan solo miraba el dulce ignorando su llamada.

—Hey, Melissa —la llamó—. ¿Te encuentras bien?

—Vete —espetó sin mirarlo. Su voz estaba quebrada por el llanto.

Lucas quiso darse media vuelta, pero, cuando la joven sollozó con desolación, decidió entrar y cerrar la puerta. Nunca fue un chico que supo dar consejos ni subir el ánimo a nadie. Jamás se había visto en la situación de ver a una buena amiga afligida. Se posicionó a su lado conforme la miraba con pesadumbre.

—¿Qué te pasa? ¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó. La voz del muchacho era cálida.

—Nadie puede hacer nada por mí —habló, hundiendo la cabeza en sus rodillas—. Solo quiero borrar mis oscuros recuerdos. ¿Es mucho pedir?

—Los recuerdos no se pueden borrar, pero pueden crearse nuevos que logren sustituir los malos —murmuró jugando con el dobladillo de su corbata. Estaba nervioso, pero aquel gesto fue adorable. Melissa alzó la vista para observarlo.

—¿Tú podrías crearme buenos recuerdos?

—Bueno, yo... —titubeó. Se alborotó su cabello con nerviosismo— soy el menos indicado para crear buenos recuerdos.

—Podrías intentarlo, Lucas —dijo dedicándole una sonrisa. No entendió por qué se lo pedía a él.

Lucas se sintió un tanto incómodo. Carraspeó y desvió la mirada de su persona.

—Si te sirve de consuelo, ahora tienes amigos en los que confiar. Ya no estarás sola nunca más. Sé que a Victoria le importas.

Melissa agarró la dona de chocolate y la partió por la mitad. Le tendió un trozo al joven para que lo agarrase.

—¿Quieres que lo compartamos? —indagó el joven con asombro.

—Sí. Gracias por apoyarme.

—De nada —agarró la mitad del dulce y le sonrió.

Ella hizo un ademán para que se sentara a su lado. El chico asintió y la miró curioso. Sus lágrimas se habían desvanecido y su expresión melancólica había cambiado a una más risueña.

Pudo darle el mordisco a su dona.

No le había dicho la razón por la cual lloraba y eso le tenía intrigado, pero no era un chico insistente. No iba a cuestionar aquello sabiendo que ella no confesaría nada con él.

Su cabello rubio se deslizaba por sus hombros y algunos mechones impedían apreciar su perfil. Él apartó algunos de sus cabellos colocándolos detrás de su oreja. Melissa lo miró con sorpresa al percatarse del acto que había hecho. Nadie la había tocado con tanta delicadeza, como si se tratase de una muñeca de porcelana a punto de romperse.

—Lo siento. No quería incomodarte.

—Mi padre abusaba de mí —confesó, haciendo que el joven se incomodase.

—¿Qué? —preguntó confuso. Lo había oído a la perfección, pero no podía creerse que ella estuviera dispuesta a confesar su historia.

—Recomiendan no contar nuestra historia a nuestros compañeros, por el simple hecho de que pueden jugar con nuestro dolor a sus antojos. Pero sé que puedo confiar en ti.

—Melissa, no...

—Los maté —lo interrumpió—. Mis padres eran cocainómanos y querían venderme a cambio de drogas. No me arrepiento de haberlo hecho. ¿Crees que soy mala persona? ¿Crees que iré al infierno?

No supo qué decir. Siempre había imaginado que ella carecía de alguna grotesca historia. Pensaba que la rubia había sido encerrada injustamente. Era la típica joven adorable, que emanaba una delicadeza enternecedora. Resultaba entrañable que le preocupase si su acto había sido bueno o malo y si por ello iría al infierno.

El joven recordó que había matado a su padre casi por la misma razón. Abusaba de su madre cuando le daba la gana, y, además, usaba la violencia y la agresión si no obtenía lo que quería. Sintió su sangre arder, las voces pronunciarse en su cabeza, diciéndole lo que debía hacer, recordando la noche del suceso. La respiración se aceleró y su cuerpo se tensó. Las memorias del hecho llegaron como imágenes instantáneas a su mente, una tras otra. Por alguna extraña razón, sintió la necesidad de proteger a Melissa como si se tratase de su misma vida. Le recordó a su madre, esa mujer a quien quiso proteger, pero ella no se dejó.

Abrazó a la rubia de inmediato entrelazando sus brazos por su cuello. Ella se sobresaltó del repentino comportamiento del chico. Su rostro denotaba angustia.

—¿Lucas?

—Siempre he creído que poseías la más pura inocencia, tan alegre y risueña. Tu dulzura me provocaba diabetes, pero ahora entiendo por qué querías mostrarte así.

Ella sonrió para sí misma.

—Incluso la persona más inocente ha sido seducida por la oscuridad y la ha invitado a entrar a su vida con una de las mejores sonrisas —murmuró ella.

*

La psicóloga Jenkins invitó a Elliot a sentarse en el sofá, como era costumbre. El joven asintió y con una expresión de arrogancia soltó una pequeña risa. Caym se movía lento por la habitación, mirando si el muchacho podía percatarse de su presencia. No era posible que aquel humano pudiese verlo. Elliot no volvió a hacer contacto visual con el demonio. Es ahí cuando supo que fue una mera casualidad que hubiese observado en su misma dirección.

—¿Por qué quieres hablar de Victoria Massey? —indagó la mujer, adusta.

—Es un tanto curiosa esa chica, ¿no cree? Siempre deambulando por zonas en las que no debe pasar.

Caym apretó su mandíbula al escuchar su manera de hablar tan arrogante y soberbia. Lo mató de pensamiento más veces de lo que hubiese matado a un miserable mortal.

«La arrogancia y la soberbia llevan mi nombre, no el tuyo. Parásito», pensó el joven para sus adentros.

—Es normal que se mantenga curiosa. Es una sangre nueva —dijo la mujer soltando un suspiro.

Elliot sonrió con suficiencia.

—Quisiera saber qué relación tiene esta chica con Caym.

—¿Caym Sybarloch?

—Sí, como sea. Ese tipo, ¿qué expediente tiene?

—Elliot, no puedo revelar ningún dato de los expedientes de mis pacientes.

—¿Segura, psicóloga Jenkins? ¿No ha revelado alguna vez información a alguien? —indagó con sospecha. Ella se sintió incómoda, pues sí reveló información a Victoria que nunca debió confesar.

—No, nunca. No vas a manipularme, Elliot. Tu sociopatía no funciona conmigo.

—¡Oh, venga! Me dice eso como si fuese un ser irremediablemente malvado. Pero si usted sabe que no dañaría a una mosca. Hay peores personas — comentó con un ápice de burla en sus palabras.

Elliot decía padecer de un trastorno antisocial de la personalidad, conocido también como TPA o sociopatía. A menudo se caracteriza a un sociópata por no sentir remordimiento por sus actos. Son mentirosos profesionales. Ellos crean historias y elaboran frases extravagantes y falsas, pero son capaces de hacer que estas mentiras suenen convincentes con su confianza y asertividad. No sienten empatía ni culpa en dañar a otros, mas no pueden controlar su rabia o enfado.

Elliot era todo un experto en convencer y manipular a otras personas para cometer actos bajo las palabras melosas. Por esa razón, Caym comprendió por qué se había dirigido a Victoria. Ella había sido la única que lo había rechazado y que no había accedido a su palabra. No aceptó el rechazo.

—Hay hombres gobernando un país disfrazados de héroes cuando carecen de empatía, escrúpulos y humanidad, y aun así hay personas que los admiran — continuó hablando—. Qué injusta la vida, ¿verdad, psicóloga Jenkins?

—¿Adónde quieres llegar? —inquirió ella malhumorada.

—Dígame el expediente de Victoria Massey y su perro faldero.

—No, Elliot. Y ahora sal de mi consulta, por favor. No quieras que avise a tu tío de lo que intentas hacer.

Él se levantó del sofá y sonrió a la mujer con una de las sonrisas más aterradoras que había apreciado nunca en un simple adolescente.

—Bien. Lo haré a mi modo.

Dicho aquello, se marchó de allí sin dar explicaciones a Laura.

*

Victoria estaba entretenida intentado romper el candado de la puerta que llevaba al sótano. Benister seguía ahí, sin emitir ni un ruido. Sospechaba que la chica no se hallaba en buen estado. No sabía cuánto llevaba sin comer, o si alguien la había alimentado. Su curiosidad la llevaba a cometer aquellos actos. Quería descubrir qué se escondía ahí abajo.

Por varios minutos que llevase procurando romper el candado o intentara

abrirlo con una de las horquillas de su cabello, no parecía dar resultado. Maldijo en silencio dándose por rendida. Que la puerta se hallase cerrada era lo más sospechoso del internado. ¿Acaso aquel sótano era una sala de torturas?

—¿Benister? ¿Hola? —la llamó en un susurro alto. Pegó su oído en la madera de la puerta intentando escuchar respuesta.

—¿Victoria...? —cuestionó, dubitativa. La voz de la chica sonaba débil, dolorosa. Se la escuchaba frágil y a distancia—. Deberías irte si no quieres que te castiguen por chismosa.

—¿Conoces a Elliot? —indagó. De inmediato la joven se sobresaltó y empezó a vocear.

—¡No le creas en nada! ¡Va a querer manipularte! —exclamó sin apenas fuerzas.

No sabía por qué su voz sonaba de esa manera, como si la hubiesen maltratado. Empezó a sospechar que a Benister le quedaba poco tiempo de vida. Lo que más llamó su atención fue su exasperada reacción cuando mencionó a Elliot. Su voz reflejó temor, un pavor que no había apreciado en alguien como ella. En el poco tiempo que llevaba conociéndola nunca se había mostrado intimidada y atemorizada al mencionar el nombre de un compañero. ¿Qué tan grave era Elliot para provocar un ataque de pánico?

«Puede que Benister haya sido engañada por Elliot», pensó.

Engañada por un trastornado.

—¿Por qué estás ahí abajo?

—Elliot me manipuló —confesó alterada—. Él me ofreció las llaves del director para secuestrar a Lucas de su habitación. Nunca supe averiguar sus pensamientos. Jamás pensé que me delataría, confiaba en él. Creí que le gustaba. Me contaba cosas que hicieron que sospechara de ti y del grupo que te rodea —paró de hablar tras un ataque de tos repentino—. Creo que planea algo. Aléjate de Elliot, Victoria.

Dicho aquello, la voz de Benister cesó. Victoria trató de llamarla, pero no hubo más respuesta.

Cuando la muchacha giró sobre su eje, se encontró de cara con Elliot. Ella se

sobresaltó mostrando debilidad y tragó saliva. Por unos segundos, se arrepintió de mostrarse así, pero de inmediato volvió a su frialdad. El joven se acercó a ella hasta tenerla a escasos centímetros de su cara. La obligó a mirarlo a los ojos agarrando su mentón. Victoria no apartó la mirada en ningún momento.

—¿Otra vez curioseando, Massey?

—¿Otra vez acosándome, Elliot?

—No, cariño. Jamás acoso, tan solo presto atención.

—No me llames de ese modo, me repugna.

Acarició los labios con su pulgar. Victoria se estremeció. Los ojos negros del joven se desviaron a los carnosos labios de ella. La muchacha deseaba salir corriendo, pero prefería mantenerse severa. Lo que más agradaba a individuos como Elliot era sentirse superior al resto, sobre todo, poderoso. Por esa razón no iba a mostrarse débil.

—Tu nombre es precioso, Victoria. Posees esa belleza oscura, misteriosa y tenebrosa —sonrió con seducción—. Eres tan fascinante como el lado oculto de la luna.

—¿Así conquistas a tus presas? —inquirió Caym carcajeándose de él. Elliot se volteó para observarlo.

—¿Me estás fastidiando? —murmuró apretando sus puños. Ya iban dos veces que interrumpía su charla.

—Fastidiar no sé, pero es bastante graciosa tu manera de conquistar.

—Yo que tú no me reiría tanto. Ya sabes el dicho: «quien ríe último ríe mejor».

Victoria se apartó de Elliot con fastidio, pero este la agarró del antebrazo presionándola contra él.

—Ven a mi lado y te aseguraré que juntos podemos ser la pareja perfecta. Te abriré puertas en las cuales siempre quisiste entrar —susurró en su oído.

Ella se soltó con violencia de su agarre y le dio un pequeño empujón. Sus palabras lograron que su curiosidad aumentase, pero sus intenciones sonaban malintencionadas y eso la inquietaba. Sobre todo, por la advertencia que le

había dado Benister.

Caminaba junto a Caym de brazos cruzados con expresión adusta. Al pasar al lado del baño de mujeres, el muchacho la obligó a entrar con apuro. No supo qué quería hacer allí dentro, se sintió extraña y un hormigueo de nervios invadió su estómago. Ambos se metieron en uno de los baños y este cerró la puerta con pestillo. Victoria notó sus mejillas arder ante la presencia encantadora del joven, que la miraba con suficiencia.

—Me debes algo —musitó sonriendo.

—¿Melissa es inocente o culpable? —inquirió con nerviosismo.

—Sus padres eran unos cocainómanos que la tenían encerrada, obligada a prostituirse. Ella los mató para defenderse y lograr escapar. Trágico, ¿verdad? Tú decides si la haces inocente o culpable. Por cierto, Elliot está indagando en nuestros expedientes. Quería que la psicóloga se los ofreciera, pero no accedió.

Victoria no pretendía matar a su compañera Melissa. Aunque esta hubiera asesinado a sus padres, no vio motivo para que la joven formara parte de toda la malicia que albergaba. Ella se defendió para salir de aquel infierno y la única solución que encontró fue deshacerse de ellos.

Cuando la joven se dispuso a contestar, él la interrumpió acercándose a escasos centímetros de sus labios. Ella quedó con la boca entreabierta aguantando la respiración en sus pulmones con inquietud. Aquello hizo que se estremeciera.

La agarró de la cintura, pegándola contra su fornido cuerpo.

—Me debes algo —repitió.

—¿Qué quieres de mí? —cuestionó ella perdiéndose en sus ojos grisáceos.

—Muchas cosas, pero principalmente quiero diversión.

—¿Qué clase de diversión?

Metió las manos en los bolsillos de su americana y sacó la jeringuilla que le había obsequiado.

—¿Cuándo piensas usarla, querida? —preguntó jugueteando con la jeringuilla entre sus dedos.

—Cuando la situación me lo permita. No puedo usarla sin motivo alguno.

Silencio. Ambos se miraban con la respiración acelerada. Victoria desviaba la mirada hacia los labios jugosos del muchacho, y él inspeccionaba cada facción de su rostro como un artista queriendo esculpir cada detalle de ella.

Sin previo aviso, la puerta de la entrada al baño se abrió y el chico colocó su dedo índice en sus labios insinuando que guardara silencio. Victoria frunció sus ojos tratando de averiguar quién había sido la persona que había entrado. Reconoció el sonido que emitían sus tacones. Era la psicóloga Jenkins. La respiración de la mujer denotaba angustia. Parecía alterada por alguna situación.

Se miraba al espejo como si al inspeccionarse a sí misma pudiese calmar sus demonios internos. Sus labios estaban fruncidos y sus manos estaba apoyadas en el lavamanos con fuerza.

—Nunca debí meterme en este internado de locos —murmuró—. Podría estar muy tranquila teniendo mi propia consulta en cualquier lugar que no fuese este. ¿Cómo se atreve a amenazarme? Semejante bastardo. ¡Espero que se pudra en el infierno! —exhaló aire y trató de calmarse—. Cálmate, Laura. Has lidiado con peores personas.

El chorro de un grifo abierto se pronunció. La psicóloga se humedeció la cara y de inmediato salió del baño. Victoria quedó confusa. Nunca había visto a la mujer tan irritada y exasperada. Alguien la había cabreado lo suficiente para que una psicóloga actuase de esa manera. Por unos segundos, dudó si se trataba de Elliot, pero por otro lado estaba el profesor Bellamy, quien se acostaba con ella. Era posible que el hombre hubiese amenazado a Laura.

*

De madrugada, Victoria se había levantado tras sentir la necesidad de beber agua. Maldijo con fastidio cuando se percató de que debía salir de la habitación y dirigirse a los baños si quería beber. La penumbra se hizo presente en la habitación. Se colocó sus zapatillas y salió del cuarto sin hacer mucho ruido. La había dejado abierta para luego volver a entrar.

Resultaba tétrico cómo lucían los pasillos en la noche, sin siquiera una tenue luz encendida. Tan solo tenía la ayuda de la luna, que alumbraba con su espléndida lindura los ventanales. La joven se abrazó a sí misma tras sentir el

frío de la madrugada. Su camisión blanquecino no ayudaba mucho para abrirla. Bajó las escaleras con cuidado hasta llegar al primer piso y acudir a los baños. Se percató de que la luz de la clase del profesor Bellamy estaba encendida. No le dio importancia y siguió caminando.

Se adentró a los baños y se inclinó para beber del grifo. En esos momentos odiaba no poder tener una simple botella de agua con la que poder beber en su habitación sin la necesidad de hacer todo ese recorrido e interrumpir el sueño. Aún estaba adormecida por el repentino despertar.

Cuando se incorporó, observó al profesor Bellamy tras ella estudiándola con la mirada. El hombre tenía las manos tras su espalda, como si escondiese algo. Ella se sobresaltó ante la presencia del profesor.

—Sabía que algún día te levantarías de madrugada —habló llamando su atención.

Maldijo para sus adentros cuando recordó que se había dejado la jeringuilla en la habitación.

—No puede estar en el baño de chicas —respondió ella, mirándolo por el espejo.

Él se acercó con lentitud y la joven se acobardó. Sus manos seguían tras de sí y ella empezó a sospechar que utilizaría algo en contra de su voluntad. Se giró sobre su eje y observó al hombre.

—Como dé un paso más gritaré a todo pulmón —amenazó señalándolo.

—¿De qué tienes miedo, señorita Massey? Usualmente te muestras muy segura.

Quiso correr, pero él la arremetió y jaló su cabello. Victoria arqueó su cuello, soltando un fuerte alarido. De inmediato, el hombre apagó sus gritos tras inyectarle algún tipo de líquido en su cuello. A los pocos segundos, la muchacha sintió mucho sueño y comenzaron a flaquearle las piernas. Intentó defenderse con todas sus fuerzas, pero solo logró arrastrarse por el suelo queriendo escapar. Imploraba la ayuda de Caym en un hilo de voz que Bellamy no escuchó. Las fuerzas iban decayendo y el sueño se iba adentrando. Se negaba a rendirse, pero la lucha era inútil. La risa del profesor Bellamy fue lo último que escuchó.

El hombre levantó a Victoria del suelo y se la llevó en brazos hasta la clase. La tumbó en el escritorio y empezó a acariciarle la cara con una delicadeza que repugnaba. Le levantó el camisón y apreció su ropa interior. Se relamió los labios con deseo y sonrió con maldad.

Empezó a desabrocharse la correa y, cuando lo hizo, quiso bajar las bragas de la joven deslizándolas por sus muslos.

Su acto fue interrumpido cuando, sin previo aviso, le agredieron con violencia en la cabeza con algún objeto contundente. El hombre se desplomó al suelo, inconsciente.

Había sido la psicóloga Jenkins. La mujer subió la ropa interior de la joven y la intentó hacer reaccionar dando golpecitos en su mejilla.

—¿Victoria? ¿Victoria? —dijo preocupada. Apoyó su oído en el pecho de ella tratando de escuchar sus latidos. Respiró aliviada al saber que estaba viva.

Caym se presentó circunspecto en la sala sin saber muy bien si había escuchado la voz de la joven implorando ayuda. Al verla de ese modo en el escritorio, con la psicóloga y el profesor inconsciente, se apresuró a ella y la agarró en brazos. La llamó varias veces por su nombre, pero ella no reaccionaba.

El profesor le había inyectado una jeringuilla con algún tipo de calmante. No obstante, aquello no era lo más raro, sino que, para poder acceder a la jeringuilla, debió meterse en la enfermería, o que la enfermera se la obsequiara.

La psicóloga se llevó las manos a la boca reprimiendo un grito cuando observó la sangre deslizarse por la cabeza del profesor.

Capítulo 18: Desaparecida

La psicóloga Jenkins había agredido al profesor Bellamy con un bate de béisbol que guardaba en uno de los armarios de su habitación por si alguna vez debía utilizarlo, aunque fuese solo para intimidar. Jamás imaginó que hubiese podido herir a otra persona, sobre todo por las consecuencias que conllevaban tal acto. La sangre saliendo de la cabeza del hombre no era mucha, pero, si seguía así, se agrandaría el charco y la muerte haría su trabajo. ¿Debía avisar al director de lo sucedido? ¿O simplemente enterrar el cuerpo de aquel sucio bastardo?

La mujer, con inquietud, tomó el pulso del hombre. Tenía latido, pero muy débil.

Caym sujetaba a Victoria en brazos, que, vista de esa manera, parecía que hubiese fallecido, pero estaba anestesiada.

Melissa y Lucas acudieron al lugar tras percatarse de que ambos compañeros no se hallaban en la habitación. Cuando Caym marchó, provocó el suficiente ruido para que Lucas se sobresaltase, y Melissa había escuchado el alarido de Victoria antes de que ella sucumbiese al sueño. Cuando la rubia observó el cuerpo inconsciente del profesor, se llevó una mano al pecho y exhaló con fuerza.

—¿Qué ha pasado?! —preguntó. Su expresión cambió cuando observó el bate que agarraba la mujer aún con fuerza, y, además, a su amiga en brazos.

—El profesor Bellamy ha intentado violar a Victoria —informó Caym, frunciendo su ceño. Por el músculo que se había pronunciado en su mandíbula, el joven la estaba apretando con fuerza.

Lucas quiso patear el cuerpo inconsciente de Bellamy, pero Melissa lo sujetó del antebrazo mientras el joven soltaba todo tipo de insultos hacia el hombre.

Los ojos de la psicóloga Jenkins se hallaban humedecidos, como si la mujer controlase sus fuerzas para que las lágrimas no derramasen por sus mejillas. Estaba sobrecogida ante lo ocurrido. Pensar que un profesor quiso abusar de una alumna era un acto repugnante, y más si la había anestesiado para conseguirla. Si había cometido tal aberración, ¿qué más había en la historia de Daniel Bellamy?

No podía creerse que en algún momento le hubiera llegado a interesar y que, para colmo, se hubiese acostado con aquel monstruo. Se sintió necia al no imaginarse lo que Bellamy escondía.

—Id a vuestras habitaciones —ordenó la mujer con la voz quebrada.

—¿Qué va a suceder con el profesor Bellamy? —preguntó Melissa, observando la sangre caer por su cabeza.

Jenkins sacó su celular del bolsillo de su camisión largo y quiso marcar el número de la ambulancia. Sin embargo, algo en ella le impedía hacer la llamada. Miraba el teléfono sin dar respuesta a su decisión.

El internado Fennoith se hallaba lejos de la ciudad, pues se encontraba dentro de un bosque sin ninguna vivienda alrededor. Por esa razón, la ambulancia debía darse la mayor prisa posible.

Caym la distrajo de su ensimismamiento haciéndole una pregunta.

—¿Por qué quiere salvarlo? —indagó con un ápice de molestia.

—No quiero salvarlo, quiero que se lo lleven de aquí. Informaré de lo sucedido al director y él sabrá qué hacer.

—¿No es mejor que se lo coman los insectos? Ha cometido una aberración. A saber a cuántas chicas les habrá hecho lo mismo —opinó Lucas, apretando sus puños.

—¿Qué sandeces estás diciendo, Ashworth? ¡El profesor Bellamy está vivo! Daré mi declaración a la policía y esta sabrá qué hacer.

—¿Pretendes dejarlo en manos de la justicia? —inquirió Melissa soltando una risa sarcástica—. Él va a acusarla de agresión. Va a tener que ir a un juzgado, buscarse un buen abogado que la ayude, y dar su declaración para poder defenderse. Si Bellamy muere, la acusarán de asesinato de todos modos. Con suerte serán pocos años de cárcel, pero eso quedará muy mal para su carrera de psicóloga. A nadie le gusta tener los antecedentes de haber estado en una cárcel. Las personas te juzgarán sin ni siquiera tener en cuenta su historia, tan solo será «la psicóloga que mató a un profesor».

La mujer se mantuvo en silencio. Estaba al borde de la locura. Las palabras de Melissa Sellers lograron que se percatase de la repercusión que conllevaba involucrar a la policía en aquello. No se podía creer que admitiese en su

subconsciente que la rubia tenía razón. No obstante, no era la mejor manera de hacerlo. Esconder un cuerpo y sus pruebas era peor que confesar la verdad. Comenzó a dar vueltas sin sentido de un lado a otro sin dejar de nombrar a Dios por lo bajo.

—Piénselo de este modo: Ha salvado la vida de otras muchas jóvenes que hubiesen caído en manos de ese bastardo —añadió Caym.

—¿Con qué derecho debemos jugar a ser Dios? No voy a quitar la vida de Bellamy por mi trabajo —se negaba la mujer, frotándose la cara con frustración.

—¿Le recuerdo que es cómplice del enterramiento de la alumna Alexandra Bennet, enterrada en el jardín? Nadie avisó a sus familiares y usted asintió ante la justificación de las palabras del director Newell.

La mujer lo fulminó con la mirada. Se suponía que nadie la había visto incurrir en aquello esa noche.

—¿Qué...? —masculló. No quería perder el tiempo en cabrearse y dar disciplina a un alumno por ver algo que no debió. No era el momento de discutir—. Mira, Sybarloch, no tienes derecho a juzgarme de esa manera. Por supuesto que ese gesto me pareció malintencionado por parte del director Newell, por eso me marché y no me quedé a observar el resto.

—¿Qué se piensa? ¿Cree que, si alguna vez acusan de asesinato al director Newell, no va a nombrarla por lo sucedido? No sea ingenua. Mientras uno pueda salvarse, echará la culpa al otro si así obtiene su liberación.

La psicóloga Jenkins optó por guardar silencio. Jamás había tenido tantas dudas como las que tenía en aquel entonces. Sabía que, si enterraba el cuerpo, era un delito mayor que confesar la verdad, pero no quería perder su trabajo. Había sudado lo suyo para llegar a donde estaba y no iba a permitir que un monstruo perverso la impidiese seguir adelante.

«¿Acaso alguien lo echaría de menos? — pensó la mujer para sus adentros —. No tenía ni mujer ni hijos, y, por lo que sé, su familia no quería mantener contacto con él. Algo debió hacer para que los de su propia sangre le aborrecieran».

¿Cómo unos simples adolescentes habían podido convencer a una psicóloga de sepultar el cuerpo inconsciente de un hombre? Le importaba más su

puesto de trabajo que terminar por quitar la vida de un profesor. La mujer era tan débil de mente que se dejó influenciar por el miedo y las palabras de los alumnos.

—Debo confesaros una cosa —murmuró la psicóloga—. El profesor Bellamy estaba molesto porque sospechaba que Victoria Massey nos observó manteniendo relaciones en mi consulta. Decía que no iba a parar hasta que ella silenciase su boca, y que, si yo no tomaba medidas, las tomaría él. Me amenazó con terminar lo nuestro si no obedecía en todo lo que él decía. Jugaba con el chantaje emocional. En ese momento supe que Daniel Bellamy no era bueno.

—¿Y? ¿Cuál es su decisión, psicóloga Jenkins? —inquirió Lucas con inquietud.

—Enterrarlo en el bosque —aclaró finalmente.

Caym sonrió con suficiencia.

—¿Podrías ayudarme a llevar el cuerpo, Sybarloch? Se te ve fuerte para cargar el peso de Bellamy.

—Por supuesto. Déjeme llevar a Victoria a su habitación.

Cuando el joven subió a la habitación de la chica, la colocó con cuidado en el colchón y tapó su cuerpo con la sábana. Apartó algunos mechones de cabello que impedían apreciar su rostro e inspeccionó su figura durante unos segundos. Respiraba tranquila, sumiéndose en un profundo sueño. Agradeció para sí mismo que la joven no estuviese muerta.

Finalmente salió de la habitación para reunirse con la psicóloga.

*

Jenkins había ordenado que Lucas y Melissa permaneciesen en sus habitaciones sin ocasionar ruido. Lo que menos quería era que el director se despertara. Había limpiado la sangre del suelo y guardó el bate de béisbol en su correspondiente armario.

Antes de marchar con el cuerpo, Caym tomó el pulso del hombre y dedicó una mirada a la psicóloga.

—¿Qué ocurre? ¿Está muerto?

—Sí —respondió.

No expresó emoción, tan solo apartó la vista sin articular ninguna palabra.

—Psicóloga Jenkins —murmuró—. ¿Por qué no va a abrir la verja de la entrada?

—¿Podrás tú solo cargar con el cuerpo?

—He cargado con peores cosas.

—Te esperaré en la salida. No te demores mucho.

La mujer marchó.

Caym estudió con la mirada si se hallaba algún ojo curioso que estuviese viéndolo. Iba a robarle el alma a Bellamy y no podía permitirse que presenciaran la situación. Abrió la boca del hombre y él hizo lo mismo. Se inclinó hacia la cara y, de manera inmediata, una masa oscura salió de la boca de Bellamy para adentrarse en la del demonio.

Cuando un humano ha cometido crímenes abominables por gusto y satisfacción, su alma se vuelve oscura, lo cual quiere decir que, una vez muera, está condenado a vagar por los valles del infierno para toda la eternidad.

Era su trabajo, apoderarse de esas almas consumidas en maldad y devolverlas al lugar al que pertenecían.

—Que disfrute su estancia en el infierno, mala sangre.

Se incorporó del piso y cargó con el cuerpo de Bellamy sobre su espalda. Salió por la puerta grande de la entrada y observó a Laura tiritando de frío sujetando una pala oxidada. El rocío de la madrugada era agradable para el joven, la penumbra seductora junto al mecer de las hojas de los árboles era algo que le gustaba apreciar.

Laura tenía una pequeña linterna para alumbrar el paso. La mujer observaba a Caym por el rabillo del ojo. Estaba inquieta por si este de pronto decidía echar a correr y escaparse del internado. Al fin y al cabo, era un alumno que no deseaba estar allí.

—Como se te ocurra escapar llamaré a la policía —amenazó ella, creyendo que unos hombres vestidos de uniforme lo intimidarían.

—No puedo irme sin ella —respondió él.

—¿Quién es *ella*? ¿Victoria Massey?

—¿Qué le importa? No está en « modo psicóloga », así que no me haga preguntas absurdas.

Anduvieron hasta asegurarse de que se hallaban lo suficientemente lejos para perder de vista la estructura del internado. Cuando llegaron a una zona frondosa y con follaje, el muchacho dejó el cuerpo en la tierra y comenzó a cavar. Jenkins miraba el cuerpo inerte de Bellamy con pesadumbre. No se podía creer que fuese un hombre retorcido. Se consideraba sucia por haber mantenido relaciones con él. No podía mantener la vista por mucho tiempo sin sentirse indecente, así que prefirió apreciar el cielo que mirarlo.

Cuando acabó de cavar en la tierra, lanzó a Bellamy en el agujero deslizándolo con su pierna; y este, de inmediato, rodó con inercia. Acto seguido, lo enterró con la tierra que había apartado a un lado.

Se alejaron del bosque volviendo al internado. Jenkins se sobresaltó de pronto al pensar qué le diría al director cuando viese que Bellamy había desaparecido.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? —dijo exhalando con fuerza.

—Tan fácil como falsificar una carta de renuncia —conceptuó él, encogiéndose de hombros.

—Parece que tú sabes más de este tema. ¿Por qué no lo haces tú? Por favor.

—¿Y qué me dará a cambio? No hago favores sin recibir nada.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió con molestia.

—Lo pensaré, no se preocupe —sonrió con arrogancia.

Al llegar de nuevo al internado, la mujer cerró con llave la puerta de la verja y la de entrada. Caym ya se había dirigido a la clase de Bellamy, donde cogería un folio y falsificaría la letra del hombre. Se sentó en el escritorio, abrió el cajón y sacó un bolígrafo negro. Jugueteó con él entre sus dedos, pensando algo convincente que se tragara el director. Todo aquello le resultaba un juego muy divertido.

Debía admitir que estaba sorprendido por la actitud insensible que había

tenido la psicóloga Jenkins, pues no creía que la mujer hubiese podido enterrar el cuerpo en el bosque. Se la veía tan pura y centrada en su mundo, que no se la imaginaba guardando un temible secreto como ese.

Finalmente, deslizó sus perfectos dedos con el bolígrafo en el folio blanco.

Lamento mucho esta inesperada decisión, director Newell, pero debo confesar que, muy a mi pesar, renuncio a mi puesto de trabajo como profesor en el internado Fennoith. Sé que se estará preguntado la razón, pero no hay mucho que le pueda decir, tan solo espero que encuentre alguien que se encargue de mi puesto mejor que yo. Estoy sufriendo problemas que me impiden continuar en el profesorado. Gracias por todo este tiempo.

Atte.: Daniel Bellamy.

Miró el folio para analizar la letra de unas de las libretas de Bellamy y la comparó. Sonrió para sí mismo por haber podido calcar exactamente su caligrafía.

Salió de clase y se dirigió al despacho del director. Como estaba cerrado, metió la carta debajo de la ranura de la puerta. Tan solo quedaba esperar a que el señor la leyese por la mañana.

*

Victoria abrió los ojos con lentitud acostumbrándose a la luz del día que entraba por la ventana. Tuvo que entrecerrar los ojos cuando la claridad la cegó. Se incorporó del colchón y se frotó los ojos. Dio un sobresalto cuando se percató de que Caym estaba sentado en la silla del escritorio de la habitación mirando a la joven con los brazos cruzados sobre su pecho. Su rostro serio le hizo preguntarse la razón por la que estaba así.

—¿Dónde está Melissa? —indagó al percatarse de que su amiga no estaba allí.

—Hace cinco minutos que se marchó a desayunar —respondió.

Victoria salió de las sábanas y continuó observando al joven. Su rostro cambió cuando recordó al profesor Bellamy embistiéndola en los baños.

—¿Qué sucedió anoche?

—Bellamy está muerto —informó ladeando su cabeza—. Ese bastardo iba a violarte. Suerte que la psicóloga lo agredió en la cabeza. Jenkins te salvó.

Victoria se mantuvo callada. Tragó saliva con nerviosismo y el corazón le dio un vuelco.

—¿Por qué me has observado dormir toda la noche? —cuestionó confusa.

—Porque me sentía culpable por no haber llegado a tiempo ante tu súplica. Al fin y al cabo, estoy aquí para protegerte. De nada me sirves si estás muerta.

—¿Me escuchaste llamarte? —preguntó con asombro.

—Tenemos un vínculo. Siempre te escucho, Victoria.

—Sin embargo, llegaste tarde —reprochó.

Caym chasqueó su lengua y puso los ojos en blanco.

—Victoria —la llamó. Ella lo miró curiosa.

—¿Qué?

—¿No te sorprende que la psicóloga Jenkins haya matado al profesor Bellamy? También me hizo acompañarla a enterrarlo en el bosque.

Se quedó en silencio durante algunos segundos. Claro que le resultaba extraño que una mujer como ella hubiese tomado la vía fácil de esconder el cuerpo y sus pruebas. No obstante, en una situación como aquella, quizá no había pensado lo suficiente a causa del pánico. Por lo que le había demostrado, le importaba más su trabajo que el cuerpo inerte de un humano.

—¿Acaso insinúas que ella guarda algo más que un secreto? —respondió con otra pregunta.

—Insinúo que una mujer en su sano juicio no escondería las pruebas de un crimen ni se mantendría callada ante el enterramiento de Alexandra Bennet, si no tuviese problemas con la policía. ¿No crees?

—Estás desvariando —se negó a creer eso.

—Mis desvaríos a veces son las verdades que nadie quiere decir.

Ella frunció el ceño y se dirigió a su armario. Comenzó a sacar su uniforme y lo colocó sobre el colchón. La joven lo miró esperando a que este se

marchara de allí.

—¿Te vas? Tengo que cambiarme —espetó.

—Pues cámbiate. No es algo que no haya visto nunca.

Lo fulminó con la mirada y se cruzó de brazos. Caym se encogió de hombros y se levantó de la silla.

—De acuerdo. Me voy. Te espero en el salón.

*

Cuando Victoria llegó al salón y se reunió con sus compañeros, el director hizo acto de presencia con una actitud fría. El bullicio se fue disipando cuando el hombre llamó a los alumnos para que le prestasen atención. Todos giraron sus cabezas hacia la voz parlante del señor. Los murmullos y las especulaciones se hicieron presentes imaginándose todo tipo de historias.

Dejaron de desayunar esperando a que el señor contara la información.

—El profesor Bellamy ha decidido dejar el instituto Fennoith —informó sosegado—. Me temo que no podréis despediros de él, ya que se marchó de madrugada.

—¿No tenemos profesor? ¿Hoy no hay clase? —indagó un alumno al que no parecía importarle mucho que Bellamy se marchara.

—No por mucho tiempo. Mañana llegará el nuevo profesor que solicité. Mientras tanto, ustedes hagan sus tareas y no arméis escándalo. Seguid desayunando.

Dicho aquello, el hombre se marchó del salón.

Melissa y Lucas observaban a Victoria con aflicción. Pensar que un profesor caso la viola hacía que se les revolviera el estómago.

—Estoy bien, chicos. No me miréis de ese modo —habló con incomodidad.

Elliot deambulaba por el salón junto a un compañero castaño de cabello rizado. Victoria los siguió con la mirada por el rabillo del ojo. Siempre se le veía un joven solitario, sin amigos o compañeros con los que conversar, por esa razón le resultó curioso que estuviese charlando con un compañero. Aunque, dados los problemas mentales que padecía, quizá lo estaba manipulando. Cuando Elliot pasó de largo por su mesa, Lucas lo interrumpió

llamándolo.

—Elliot, ¿tienes idea de quién será el nuevo profesor?

—Aunque lo supiera, no te lo diría, Ashworth. A no ser que tengas algo que ofrecerme.

Se marchó soltando una risa floja. Melissa miró a Lucas queriendo saber por qué se lo veía tan curioso.

—¿Qué pasa con el nuevo profesor? —indagó.

—Llevo más tiempo aquí encerrado que vosotros y sé cosas que nadie más sabe —musitó—. Hace un largo tiempo, Bellamy discutía por teléfono con alguien que sonaba familiar. Decía que el puesto de trabajo era suyo y que no intentara quitárselo. Parece ser que los dos competían por quién trabajaba de profesor en el internado Fennoith. Ambos echaron la misma solicitud, pero el director Newell se decantó por Bellamy.

—¿Y qué quieres decir con todo esto? —inquirió Victoria.

—Quiero decir que nadie consigue un profesor de la noche a la mañana, a no ser que fuera una persona que solicitó anteriormente una plaza aquí. El mundo a veces puede ser muy pequeño.

*

Más tarde, Victoria y Melissa paseaban por los pasillos disimulando mientras ambas se acercaban a la puerta del sótano. Victoria le había contado que Benister se hallaba allí abajo y que la última vez que habló con la muchacha la notó dolorida. Melissa era casi igual de curiosa que Victoria; si descubrían algo, no pararían hasta saber el dónde, cómo y por qué del asunto.

Cuando llegaron a la puerta mugrienta, el candado había desaparecido. Victoria se asombró al percatarse de que podían bajar. Ambas jóvenes se miraron en silencio sin saber muy bien qué decisión tomar.

—¿Estás segura de que quieres bajar? —indagó Melissa sin ánimos de hacerlo.

—Sé que han matado a Benister y no hemos sido nosotros.

—¿Quién crees que lo ha hecho?

—Sospecho de todos, Melissa. De todos.

Giró el pomo y abrió la puerta. Lo único que vieron fue una oscuridad tenebrosa y unas escaleras sucias que te indicaban por dónde ir.

—No quiero bajar. Odio los sótanos —se quejó la rubia con los ojos humedecidos.

—Sé que aquí se esconde algo. Estás conmigo, no te pasará nada malo.

Agarró a su amiga de la mano tratando de tranquilizarla. Un interruptor de luz se encontraba en la pared, lo presionó y, de inmediato, una tenue luz alumbró las escaleras. Ambas chicas bajaron en silencio, esperando encontrarse la peor escena que podía esconderse en un sitio como ese. Melissa comenzó a tararear una canción creyendo que así calmaría su miedo.

Al llegar abajo, presionaron otro interruptor para alumbrar la habitación. Y, para su sorpresa, allí no había nada. Solo cajas mugrientas y polvorientas, sin rastro de que Benister había permanecido allí. No había absolutamente nada.

Intentó buscar con la mirada algún indicio de sangre, pero no logró hallar ninguna gota. Sabía que alguien había despejado la zona y que, sobre todo, habían limpiado el crimen. Nadie se desvanecía sin dejar rastro.

Elliot las interrumpió soltando una risa. Melissa reprimió un grito y Victoria tan solo lo fulminó con la mirada.

—Vaya, vaya... El *ying* y el *yang* juntas. ¿Qué hacéis aquí? ¿El gato ha invadido vuestra curiosidad?

—¿Dónde está Benister? —indagó Victoria malhumorada.

—Eso mismo me pregunto yo —respondió cruzándose de brazos—. No has parado en estos días de intentar bajar y, para mi sorpresa, me encuentro que no hay candado. ¿Qué has hecho, Massey? ¿Dónde está? ¿Dónde está la chica?

Si Elliot desconocía qué había pasado con Benister... ¿Quién le había hecho daño? Y lo más importante:

¿Quién la había asesinado?

Capítulo 19: Nuevo profesor, nuevos problemas

Lucas y Caym estaban husmeando con la mirada el despacho del director Newell. Al parecer, el hombre estaba hablando con alguien por teléfono y, por su tono de voz, se apreciaba amigable.

La carta que había falsificado Caym estaba en el escritorio del hombre. Newell, de vez en cuando, ojeaba la hoja como si las palabras halladas ahí escritas no le cuadraran. Su expresión facial denotaba sospecha. Ambos jóvenes se dedicaron una mirada cómplice cuando el hombre mencionó algo al individuo tras la llamada.

—¿Se le ocurre alguna razón para que su hermano renunciara a su puesto de trabajo? —la puerta del director estaba entreabierta, dejó de hablar cuando apreció las sombras de ambos chicos que se reflejaban en el piso—. Lo llamaré más tarde. Adiós.

El señor se levantó del asiento y se dirigió al pasillo, encontrándose cara a cara con ambos. Newell mostró signo de sorpresa arqueando sus cejas al ver a los dos varones allí.

—¿Querían algo, muchachos? —indagó. Él inspeccionó las facciones nerviosas del rostro de Lucas, que delataban que escondía algo. El hecho de que Ashworth padeciera de esquizofrenia paranoide hacía que el nerviosismo fuera visible en su vida, pero sintió como si el joven guardara algo con esmero—. Ya que te tengo aquí, Ashworth, me gustaría invitarte a entrar a mi despacho.

—¿A mí? ¿Por qué?

No pudo preguntar más, ya que el hombre lo había arrastrado con cortesía hacia adentro. Caym frunció sus ojos sospechando de la actitud del director. Newell era un hombre extraño bajo toda esa capa de amabilidad y simpatía. Desde que atisbó cómo enterró a una alumna en el césped por miedo a la mala fama de su internado, supo que no era muy digno de un hombre cuerdo. Por esa razón, Caym se ocultó al ojo humano y se adentró al despacho junto a ellos.

Newell invitó a que Lucas se sentara en la silla frente al escritorio. Seguía mirando al joven queriendo intimidarlo para ver si era un simple muchacho

con esquizofrenia o estaba encubriendo algo.

Caym esquivó al hombre tras pasar a su lado. Se posicionó detrás de él, inspeccionando su oscura mesa de estudio. Algunos de los cajones estaban bajo llave y por cómo sonaban los bolsillos del director supo que las guardaba consigo. Agarró la carta de Bellamy y de inmediato abrió el primer cajón con la llave que custodiaba. Caym se sorprendió tras apreciar un brazalete de plata que había visto anteriormente. Tenía una pequeña letra «B».

Cuando el joven hizo memoria, reconoció que ese brazalete pertenecía a Benister, ya que cuando le rompió el dedo lo pudo ver enroscado en su muñeca. ¿Por qué conservaba Newell el brazalete de Benister?

—Bueno, Ashworth —habló echando la llave al cajón—. ¿Cómo llevas las voces? ¿Las sigues escuchando a menudo?

«Dile que no. No dejes que sepa de nosotros».

—No. Con el tratamiento que me recetaron ya las oigo menos —mintió.

—¿Seguro? Se te aprecia nervioso.

«Sonríe».

—Es solo que necesito ir al baño —sonrió con la boca cerrada.

Newell apoyó sus manos en el escritorio y se inclinó para mirar a los ojos pardos del muchacho.

«Actúa rudo. No dejes que te intimide».

Las voces le molestaban. Debía fingir que no lucía raro ni mirar a direcciones en las que no debía observar, o, si no, el hombre sabría que estaba mintiendo. En el pasado, si aquellas voces seguían insistiendo, ya se hubiese puesto a gritar y a hacerse un ovillo en el suelo. Había aprendido a convivir con ellas, pues no le quedaba más remedio.

—¿El profesor Bellamy confesó alguna pista respecto a su renuncia? —indagó con pulcritud.

«¿Qué mierda le importa? Estúpido viejo. Cállese».

—No. ¿Por qué tanto interés en ello? ¿Acaso cree que yo tengo la verdad de todo? No puede ir preguntando a cada alumno la razón de su renuncia.

Acéptelo y ya está. Ni que hubiese perdido a un tesoro.

—Bueno, en eso tiene razón, Ashworth, no he perdido un tesoro, pero hay palabras que no me cuadran.

—¿Por qué no se preocupa por su sobrino Elliot? —cuestionó frunciendo su ceño—, ¿no cree que es un tanto conflictivo que juegue por ahí a manipular a otros para obtener lo que desea? Dudo que usted le haya llamado la atención al ser de su propia sangre.

—No voy a tolerar que se dirija a mí de ese modo. Elliot es un alumno más, y se le trata como tal. ¿Por qué se altera, jovencito?

«Tolerar, tolerar, tolerar. ¡Hazlo callar! ¡Es ruidoso!».

—¿Por qué usted me señala como si ocultara algo? ¿No es suficiente con saber que padezco de esquizofrenia paranoide, o también debo tatuármelo en la frente para que se entere? Déjeme marchar. Tengo deberes que hacer.

Newell hizo una mueca, apoyó su espalda en el respaldo del asiento y ladeó su cabeza. No vio indicios de sospecha en Lucas. No obstante, aún seguía opinando que algo no estaba bien. Se llevaba demasiado bien con aquel profesor como para que de la noche a la mañana renunciara a su puesto. Intentaba buscarle alguna razón lógica para que este se marchara. Sabía que Bellamy era un hombre de pocas palabras y por esa razón entendió que el joven no sabía las respuestas. Pero quizá otra persona sí las tenía.

—Está bien. Váyase.

—Gracias.

*

Elliot miraba a Victoria esbozando una sonrisa cínica. No soportaba su manera de mirarla, ni mucho menos que la juzgase por matar a Benister. La castaña había desaparecido del sótano como si la faz de la tierra se la hubiera tragado, y eso a Elliot lo cabreaba. La chica era suya, su juguete, y se había desvanecido. No pudo disfrutar de ella tanto como hubiese deseado.

—¿De qué me estás acusando, Elliot? —preguntó Victoria malhumorada—. ¿Te recuerdo que tú me pediste que matase a Benister por ti? Es absurdo que ahora sospeches de mí cuando tú tenías todas las papeletas de ser más sospechoso que yo.

La irritaba que juzgase de esa sucia manera cuando la joven sintió empatía por la chica y quiso sacarla del infierno en el que la habían metido. Claro que Benister dio problemas en su día, pero tampoco mereció lo que hicieron con ella. Ese duro castigo escondía más que una simple disciplina.

Demasiadas preguntas sin respuestas, demasiados acertijos. Trataba de buscarle alguna explicación a su desaparición. Elliot no parecía saber nada al respecto y su expresión facial denotaba rabia. Sin embargo, había lagunas y ambigüedades que impedían descartarlo por completo.

—Por supuesto que yo te pedí eso —habló él—, pero eso no justifica que tú y tus amigos no hayáis tenido nada que ver en ello.

—¿Por qué sospechas de nosotros y no de los de tu entorno? ¿Acaso el director Newell no fue quien la castigó aquí abajo? No intentes hacer como que no sabes nada del tema. Nosotros no tenemos nada que ver en esto.

—¡Me sacas de quicio! —voceó de repente. Melissa se sobresaltó llevándose una mano al pecho tras el repentino grito—. Me causáis gracia fingiendo ser inocentes cuando tenéis las manos manchadas de la sangre de vuestras víctimas. No existen héroes o villanos, en un mundo donde todos luchan por alimentar a sus placeres. Más te vale encontrar a Benister o me involucraré en tu vida, Massey.

Melissa se dispersó de los gritos de Elliot y Victoria, que no paraban de discutir sobre cuál de los dos era más sospechoso. La rubia inspeccionaba las cajas polvorientas sin la ilusión de encontrar ninguna pista del paradero de la chica. Se percató de que el suelo del sótano estaba demasiado limpio, a diferencia de suciedad que había en los muebles desechados y las cajas. Parecía que alguien lo hubiera fregado recientemente. Rodeó las cajas estudiándolas con la mirada; una de ellas tenía un rasguño con sangre, como si alguien hubiera hincado sus uñas en ella. Dado que la única persona que permaneció ahí fue Benister, empezó a figurarse que la joven luchó por defenderse antes de dar su último aliento.

—Aquí hay un rasguño —murmuró la rubia llamando la atención de ambos. De inmediato, silenciaron sus voces.

Se acercaron a ver la pista que señalaba Melissa. Elliot chasqueó su lengua y se cruzó de brazos.

—¡Bah! Habrá sido una rata —objetó Elliot asqueado.

—No ha sido una rata. Se ve claramente la suciedad de una mano. Observa bien.

Un estrepitoso ruido hizo que se distrajeran y se giraran sobres sus ojos. Unos pasos paulatinos bajaban por las escaleras con despreocupación. La enfermera Margaret se presentó allí sosegada.

—No podéis estar aquí —habló la señora haciendo un ademán para que subieran—. Subid antes de que os impongan un castigo.

—¿Qué ha pasado con la chica que había castigada aquí abajo? —indagó Victoria sin apuro.

—No se me ha dado ninguna información respecto a la alumna que yacía acá. Ahora, sed buenos y marchaos del sótano.

Elliot se marchó del sótano aprisa. Victoria lo observó ir dando zancadas rápidas. No supo a dónde se dirigía tan exasperado, pero tuvo curiosidad por indagar en ello.

—Vámonos de aquí antes de que nos pillen —murmuró Victoria, agarrando de la mano a su compañera.

*

Ambas jóvenes paseaban por el pasillo cuando escucharon la voz alterada de Elliot discutir con el director Newell. El hombre cerró la puerta del despacho ante los curiosos ojos de los alumnos. Victoria se quedó quieta queriendo fisgonear la conversación, pegó su oído en la puerta mientras Melissa vigilaba si alguien podía verla cuchichear. Para su fortuna, estaban discutiendo sobre la desaparición de Benister.

—¡¿Dónde diablos está Benister?! —indagó el joven.

—Cálmate primero —habló el hombre soltando un suspiro largo—. También me pregunto lo mismo que tú, Elliot. Bajé esta mañana al sótano, iba a finalizar su castigo, pero la joven no estaba. Lo único que encontré fue su brazalete.

—¿Por qué no has dado la noticia de su desaparición?

—Porque estuve esperando a ver si la chica aparecía. No era posible que

hubiese podido escapar sin dar ninguna señal. Soy el único que posee las llaves del candado, nadie me las había afanado.

—¿Insinúas que alguien tiene una copia?

—No lo sé, Elliot. Pero están sucediendo cosas muy oscuras.

La charla cesó. Victoria despegó su oído a tiempo antes de que Elliot abriera la puerta y se la encontrara husmeando. Cuando el chico salió, puso los ojos en blanco al ver a ambas de nuevo en los corredores. Pasó de largo y se marchó a alguna dirección.

*

A la mañana siguiente, Victoria se estaba subiendo la cremallera de la falda cuando se percató de la presencia de Caym sentado en el colchón de la joven. El chico estaba jugueteando con su corbata en una posición relajada. Poseía una mirada lasciva hacia la joven que le hacía sentir incómoda.

—¿Cuánto rato llevas ahí observando?

—El suficiente como para saber de qué color es tu ropa interior. No sabía que a una chica con esa personalidad tan oscura le agradara el rosa pastel.

—Algún día no responderé de mis actos si te encuentro husmeando de nuevo mi cuerpo.

—Esa frase puede malinterpretarse, mi querida Victoria —sonrió con amplitud.

La joven terminó de emperifollarse y estudió al muchacho con la mirada. Normalmente, cuando Caym aparecía sin avisar en su habitación era para informarle de algo.

—¿Siempre eres tan lenta para vestirte? Tu amiga Melissa salió antes que tú.

—¿A qué has venido?

—¡No te vas a creer quién es el nuevo profesor! —informó con entusiasmo.

No le gustó su regocijo. Estaba claro que iba a ser un drama, puesto que, si un demonio se entusiasmaba por algo, no debía de ser precisamente bueno.

Caym se levantó del colchón, agarró de la mano a la joven y la obligó a correr junto a él.

*

Al llegar a clase, el profesor estaba de espaldas apuntando algo en la pizarra. La chica observó los rostros de desconcierto de Melissa y Lucas, quienes disimulaban por no verse sorprendidos. Cuando se recibía a un nuevo profesor en el internado, los alumnos se levantaban de sus asientos esperando a que este iniciara la clase y diera la orden de sentarse. Victoria se posicionó en su pupitre sin entender muy bien las caras inquietas de sus amigos. Preguntó qué les pasaba, pero no obtuvo respuesta.

El hombre llevaba un traje impecable, su cabello castaño estaba peinado hacia atrás y se podían apreciar las canas asomándose. Finalmente, el hombre se giró encontrándose con las caras de sus nuevos alumnos. Victoria palideció al instante. Trató de no mostrar el nerviosismo en sus manos y las escondió tras su espalda.

«¡No puede ser!» se dijo la joven para sus adentros.

Lucía como el profesor Bellamy, pero unos pocos años más mayor.

—Mi nombre es Dwayne, soy el hermano del profesor Bellamy —informó sonriendo—. Un placer conocerlos. Espero recibir el aprecio de ustedes.

Victoria miró por el rabillo del ojo a Caym, que se mordía el labio inferior con diversión mirando a la joven.

La psicóloga Jenkins se hallaba en los pasillos escuchando la clase del nuevo profesor. Debía parecer que aquello no la afectaba. Encontrarse con un familiar de Bellamy, sabiendo que estaba enterrado en el bosque, la inquietaba sobremanera. Su corazón palpitaba con rapidez, y las memorias de la muerte del hombre se deslizaron por su mente, recordándole el crimen que cometió. Su pecho se movía arriba y abajo sin control. No podía permitir que la ansiedad se apoderara de su cuerpo, sabiéndose de las sospechas del director Newell.

Si Dwayne decidía buscar el paradero de su hermano, los problemas estaban a la vista. No obstante, Jenkins sabía que Bellamy nunca se llevó muy bien con sus familiares, pues él mismo se lo había confesado.

El director enseñaría la carta a Dwayne y este juzgaría por sí mismo las supuestas palabras escritas de su hermano. Solo de pensar en aquello, la mujer sentía unas irremediabiles ganas de vomitar allí mismo.

Capítulo 20: Furia

Dwayne tenía una hoja en su mesa de todos los nombres y apellidos de sus nuevos alumnos. Fue pasando lista para saber a quiénes correspondían dichos nombres. Para la edad que tenía, el hombre estaba de muy buen ver, su personalidad risueña y jovial era totalmente opuesta a la de Bellamy. De vez en cuando soltaba algún chiste para romper el hielo, ya que el ambiente estaba cargado de seriedad.

Victoria odiaba los chistes. No había cosa más horrorosa e incómoda que le contasen un chiste absurdo. Fue la única que no se rio y eso lo percibió Dwayne. Hizo contacto visual con ella observando sus ojos esmeraldas. El hombre se colocó su dedo en el mentón y sonrió a la muchacha, que mostraba seriedad en su rostro.

—Veo que no te hace mucha gracia. ¿Añoras al profesor Bellamy? —indagó al ver que lucía taciturna. De inmediato, las miradas rodearon a la joven.

—Sí, va a ser eso —respondió entre dientes. Al recordar que intentó violarla, sus deseos de arremeter contra él se deslizaron por su mente. Habría deseado que estuviera vivo solo para matarlo con sus propias manos.

Desvió la mirada de ella y se centró en dar la clase.

Cuando finalizó la hora, Dwayne había puesto un par de libros en una caja de cartón. Eran libros que había dejado Bellamy y que por ahora no necesitaba. Como desconocía el internado, detuvo a Victoria, llamándola para que fuera hasta su mesa. La joven se acercó a regañadientes.

—¿Podrías recordarme cuál era tu nombre?

—Victoria Massey —respondió.

—Genial. Massey, ¿podrías llevar estos libros a la biblioteca por mí, por favor? Tengo cosas pendientes que atender y no tengo tiempo —sonrió con dulzura.

«¿En serio? ¿Qué demonios es esa sonrisa en su cara? Cualquiera diría que está feliz de ser profesor en esta cárcel», pensó la chica para sí.

—Claro, no tengo problema —dijo agarrando la caja que le tendía el hombre.

*

Deambuló por los pasillos con la caja encima hasta llegar a la biblioteca. El internado era bastante grande, daba gracias al letrado que llevaba cada puerta y anunciaba que era cada aula, porque, si no, su sentido de la orientación estaría perdido. El bullicio de los alumnos hablando por los corredores se fue disipando conforme se adentraba en otro corredor. En el tiempo que llevaba allí aún no había estado en la biblioteca.

Cuando finalmente encontró la puerta, giró el pomo y entró.

Gran cantidad de enormes estanterías decoraban la sala. Los estantes eran muy altos y estos llevaban una escalera con la cual poder moverte para llegar hasta las repisas más altas y obtener un libro. La luz de los ventanales alumbraba la sala luciendo cálida y acogedora, a diferencia de otras habitaciones. El color pardo se pronunciaba en cada esquina que rodeaba. Buscó la sección del género de los libros que indicaba en la caja.

Para su fastidio, debía subirse en una de las escaleras si quería dejarlo en su correspondiente sección. Bufó con hastío y sacó los libros de la caja.

Cuando la joven se subió a la escalera de madera, escuchó la puerta de la biblioteca cerrarse. Se alarmó y giró su cuello. La madera crujía en cada paso que daba. No supo quién fue el individuo que había entrado, pero unos pasos paulatinos se escucharon con eco en el lugar.

Victoria se quiso dar prisa y dejar los libros en sus estantes correspondientes, pues aquellas pisadas empezaron a inquietarla.

Respiró aliviada cuando se dio cuenta de que el individuo que había entrado había sido Caym.

—¿Por qué no me has avisado de que me seguías? —inquirió con fastidio.

—Porque me es más divertido si te observo de espaldas.

El muchacho se posicionó al lado de la escalera donde se hallaba la joven subida. Él miró hacia arriba observando su ropa interior bajo la falda. Sonrió con perversidad al encontrarse de nuevo con aquel encaje rosa pastel.

—¿Qué te ha parecido la bienvenida de Dwayne? —indagó él con las manos metidas en sus bolsillos.

—Una bienvenida muy sorprendente —respondió conforme colocaba los

libros en los estantes.

—¿Crees que será un problema, Vicky? —preguntó entre risas. Victoria lo miró asqueada.

—¿*Vicky*? —enfaticó con desagrado—. ¡No se te ocurra llamarme de ese modo o te haré pedazos!

—No puedo tomarme en serio una amenaza venida de alguien que usa lencería rosa pastel.

Reprimió soltar todo tipo de insultos por su boca. Quiso darle una patada, pero este la esquivo con rapidez. La joven tropezó en la escalera y se resbaló de ella. Soltó un alarido y, de inmediato, Caym la agarró por los aires antes de permitir que se dañara. Se miraron mutuamente sin decir nada. El rostro de la chica denotaba enfado ante ese apodo que consideraba tan desagradable. Los ojos grisáceos del varón la estudiaban, haciendo que ella se perdiera en su pupila, como si sus ojos fueran el mejor de los *bestsellers* que se hallaba escrito allí dentro. Sus fuertes manos agarraban su cintura tras impedir que se lesionara. Notar tal contacto hizo que sus mejillas se tornaran rosadas.

—¿Acaso quieres morir? —rompió el silencio Caym—. No puedes bromear subida en una escalera.

—No estaba bromeando, estaba dispuesta a patearte. ¿No te ha quedado claro que odio los diminutivos? ¡Son repugnantes!

—No sabes cuán divertido es hacerte perder los nervios.

La puerta de la biblioteca se abrió con brusquedad. Un joven exasperado se dirigía con rapidez a una de las estanterías.

Caym agarró a su compañera y se ocultaron a la vista del muchacho. Cuando Victoria inspeccionó bien al individuo, se fijó en que era uno de los amigos de Elliot, el chico de cabello rizado que con anterioridad se paseaba por el salón. Desconocía su nombre, pues no le interesaba tanto como para saberlo. Sin embargo, después de lo que iba a contemplar a continuación, sí mostraría interés en ello.

Aquel varón había escondido un objeto dentro de un libro, en las repisas más altas. Acto seguido, bajó con rapidez de la escalera de madera y se apresuró a irse de allí.

—¿Qué diablos ha escondido? ¿Te has fijado? Brillaba demasiado — murmuró ella con curiosidad.

—No me interesa —se encogió de hombros.

Hizo caso omiso a las palabras del muchacho y se dirigió a la estantería en la que había ocultado el objeto. Caym puso los ojos en blanco soltando un suspiro. A Victoria le gustaba entrometerse en asuntos que no le concernían porque su curiosidad era más poderosa que su ignorancia.

—No quiero saber nada si te pasa algo —espetó el joven cruzándose de brazos.

—Repítelo hasta que te lo creas —dijo ella.

Subió los escalones hasta llegar a la repisa más alta. Agarró el libro que había cogido el chico y lo abrió. Las páginas estaban rotas con un enorme cuadrado profundo, era una desgracia ver un libro roto de esa manera. Cualquiera amante de la literatura se echaría las manos a la cabeza si observaba aquella obra.

Alzó ambas cejas con asombro al ver lo que había custodiado.

—¿Qué hay ahí? —indagó el muchacho.

—Son unas tijeras de cocina —informó.

—Menudo misterio.

—¿No te extraña? Ha robado unas tijeras de la cocinera. Tiene un arma y no se sabe si la ha utilizado contra alguien.

—Sí, Victoria, y eso no te concierne. Por lo tanto, baja de ahí y sé una niña buena.

Dudó si llevarse las tijeras, pues opinaba que era mejor que el arma que poseía ella. Una jeringuilla no le daba la confianza para utilizarla; sin embargo, prefería no llevársela. No quería que sospecharan de ella más de lo que ya lo hacían.

La psicóloga Jenkins estaba en su habitación sentada en la silla de su escritorio cuando Melissa interrumpió llamando a su puerta. La mujer la invitó a pasar con amabilidad. La rubia pudo apreciar que no lucía bien, a su

lado había una caja de pastillas contra los nervios. Era muy normal que se encontrara tan angustiada, defendió a Victoria de la agresión sexual de Bellamy y eso la llevó a matarlo. No quiso hacerlo, pero subestimó la fuerza con la que empleó el bate contra su cabeza.

—No tiene que preocuparse, psicóloga Jenkins —comentó Melissa tratando de tranquilizarla. La joven agarró los dulces que había en la mesa como decoración y se llevó uno a la boca.

—Es muy fácil decirlo —murmuró ella—. Es el hermano de Bellamy quien lo va a sustituir. ¿Tienes idea de la gravedad del asunto?

—El asunto será tan grave como usted quiera —contestó con desdén, tumbándose en el sofá de cuero. Resultaba gracioso ver cómo una adolescente hacía de psicóloga con la propia psicóloga—. Ahora usted se ha unido a nuestra manada. Ahora comparte un secreto con nosotros. ¿Quiere que le diga una realidad? No sienta preocupación por la muerte de Bellamy. Se merece estar bajo tierra.

Jenkins se mantuvo en silencio, mirando a la joven con un ápice de fascinación. ¿Cómo podía digerir comida sabiendo lo que había sucedido con Bellamy? ¿Cómo podía seguir sonriendo? Debía aprender de ella. Melissa había sufrido tanto que estaba curada de espanto, pues la muerte de alguien a quien consideraba escoria no podía hacerle sentir ni la más mínima empatía por ello.

El profesor Dwayne interrumpió los pensamientos de la mujer llamando a la puerta. Aún no se le había presentado. El hombre sonrió a la mujer con cortesía, Jenkins trató de que no se notara su malestar.

—Buenos días. ¿Está usted ocupada? No sabía que tenía consulta tan temprano —juzgó, observando a la joven zamparse todos aquellos dulces.

—Oh, no. Ella es una paciente... especial —dijo soltando una risa. Se levantó del asiento para atender al hombre—. Soy Laura Jenkins. Un placer conocerle —se presentó dando dos besos a sus mejillas.

¡Su aroma! ¡No podía ser! Era como tener la misma presencia de Bellamy allí mismo. El perfume varonil que desprendía Dwayne se le hizo muy familiar, y la mujer no pudo evitar inhalar por sus fosas nasales. De inmediato, ella volvió a sus sentidos y carraspeó aclarándose la garganta.

—El placer es mío, señorita Jenkins. Mi nombre es Dwayne. ¿Se encuentra

usted bien?

El hombre ojeó su figura con disimulo. Laura Jenkins era una mujer muy atractiva, y resultaba inevitable pensar que lucía bien con esa falda de tubo, que realzaba sus glúteos y piernas. Sus gafas le hacían parecer interesante y su carmín conjuntaba muy bien con sus ojos avellana. La mujer siempre llevaba su cabello recogido en un alto moño.

—Ah, sí. Es solo que hoy no he dormido muy bien, no se preocupe.

—Vaya. Espero que concilie mejor su sueño, una hermosa mujer como usted no debe mostrar ojeras en su rostro.

—Las ojeras son signo de inteligencia —interrumpió Melissa.

Dwayne soltó una pequeña risa provocando que la psicóloga hiciera lo mismo.

«Demasiado encantador para ser real, ¿cuál es tu historia, Dwayne?».

—Bueno, he de marcharme. Espero volver a reunirme con usted. Seguro que tiene muchas cosas que contarme de mi hermano —dijo agarrando el pomo de la puerta. La psicóloga tragó saliva—. Nos vemos, señorita Jenkins.

—Claro. Hasta luego.

*

El director Newell había llamado a Dwayne para que acudiera a su despacho. En sus manos portaba la carta falsa de renuncia de Bellamy. Por más que la miraba, quería asimilar que simplemente tenía motivos para irse, pero sus sospechas eran inevitables. Dwayne acudió al despacho encontrándose con la mirada circunspecta del director.

—¿Qué ocurre, director Newell?

—Mire esto. Es la carta de renuncia de su hermano. Obsérvela bien y dígame si concuerda lo que hay escrito con algo relacionado con algunos aspectos de su vida.

—Claro.

Newell estaba ansioso por escuchar su opinión. Quizá él sí estaría de acuerdo en que las palabras halladas no eran muy normales. No obstante, se le fue el santo al cielo cuando Dwayne emitió una risa burlona. No entendió su

regodeo, incluso podría decirse que su risa sonó maliciosa.

—¿Le hace gracia?

—No, es solo que sabía que pasaría esto, director Newell.

—¿A qué se refiere?

— « Estoy teniendo problemas en mi vida que me impiden seguir en el profesorado » —releyó una de las frases que había escritas—. Era cuestión de tiempo que saliera huyendo. Bellamy tiene antecedentes de abuso sexual. En varios institutos en los que ha estado se ha obsesionado perdidamente con alguna alumna. Más de una vez le llamé la atención, pero lo único que obtuve fue un conflicto. Se negaba a escucharme, ¿entiende? Seguro ha huido por miedo a la cárcel o Dios sabe qué. Pero espero que consiga vencer su problema mental.

Newell quedó atónito ante la respuesta de Dwayne. Jamás se imaginó que alguien como él pudiera tener problemas de ese tipo. Para colmo, lo había tenido a escasos metros sin percatarse de su enigma. El director empezó a figurarse que Bellamy mató a Benister por obsesionarse con la joven. Sin embargo, su cuerpo aún no aparecía. ¿Realmente fue Bellamy u otra persona? ¿Cuántas estaban involucradas?

No entendió completamente la relación familiar que tenían ambos hermanos, ya que, a juzgar por su forma burlona de hablar de él, no era buena. Nadie se atrevería a contar aquello con la más absoluta soltura, esperando que los demás reaccionasen como él. Lo echaba por tierra – nunca mejor dicho – , no parecía importarle que se hubiese esfumado. Podría decirse que Dwayne estaba contento de poseer el puesto de su hermano.

—Debió escogerme a mí en vez de a él en un principio —reprochó con resentimiento. Él fue el primero en enviar una solicitud para ser profesor en el internado Fennoith, Bellamy tan solo imitó sus pasos por envidia en sus triunfos—. Se hubiera ahorrado muchos disgustos. ¿No cree?

*

Lucas Ashworth estuvo espiando la conversación que mantuvo el nuevo profesor en todo momento. Quedó un tanto impresionado, pues, si su hermano sabía todo aquello, cabía la posibilidad de que no indagara tanto respecto a su desaparición. El hombre abrió la puerta encontrándose con

Lucas, que fingía atarse los cordones del zapato. Lo ignoró y se marchó a su clase.

—No está bien espiar conversaciones ajenas, Ashworth —murmuró Elliot tras su espalda. Lucas giró sobre su eje.

—No estaba espiando.

—Ya, claro que no —se mofó—. Al director no le hará gracia saber lo que escuchaste.

«¡Mátalo, mátalo, mátalo!».

Lucas zarandeó su cabeza tratando de silenciar la voz que le hablaba.

—¡Déjame en paz, Elliot! —gritó dándole un empujón con agresividad. Elliot emitió una risa.

Melissa salió de la consulta de Jenkins al escuchar los gritos de su compañero. Acudió apresurada a él y se lo llevó de la mano. Elliot los observó marchar corriendo por los pasillos. Sabía que Lucas estaba más nervioso de lo normal, pues llevaba más de una semana sin tomarse los antipsicóticos.

Ambos jóvenes se metieron en un aula que estaba vacía.

—Lucas —mencionó ella recobrando el aliento—. ¿Cuántos días llevas sin tomarte el tratamiento?

El joven guardó silencio mirándola. Ella seguía insistiendo.

—¡Lucas!

—¡Muchos días! ¿Vale? Muchos días...

—Debes tomarlo. No te va a pasar nada, Lucas.

—¡Ja! Lo dice alguien que no toma ningún medicamento, tan solo se zampa dulces a lo bestia —atacó él. Melissa se apenó apartando la mirada de él. Lucas se percató de su expresión melancólica y se arrepintió de inmediato.

—Para tu información, que sepas que tomo pastillas para la depresión.

El muchacho se apoyó en la pared y se dejó deslizar en ella hasta quedar sentado en el suelo. Se llevó los codos a sus rodillas y las manos a su cabello.

—Lo siento, Melissa —confesó—. No quería decir eso. Estoy irritado.

—No importa —musitó ella sin mirarlo.

La había herido por ponerse a la defensiva y eso no era correcto viniendo de alguien que se preocupaba mucho por él.

—Parecerá absurdo lo que te voy a decir, pero, si no quiero tomarme las pastillas, es porque con las voces actúo y pienso mejor. ¡Ellas me dan pistas! Me dicen cómo actuar frente a personas venenosas y...

La rubia lo abrazó tirándose al piso con él. El castaño tardó unos segundos en corresponder su abrazo, pues lo había pillado desprevenido. Lucas, en su pasado, jamás había tenido amigos. Era el típico asocial de clase, sentado en la esquina de la ventana sin conversar con absolutamente nadie. Tener amigos como Caym, Melissa y Victoria lo había dejado un poco noqueado. Nadie se había preocupado tanto por él.

—Jamás supe ser complaciente —confesó él—, por eso nunca pude tener amigos, ellos siempre esperan, y yo sé que esperar es planificar una herida.

Melissa no respondió, siguió abrazándolo respirando sobre su cuello. Lucas finalmente rodeó su cintura con los brazos.

*

Caym estaba en los baños de caballeros acicalándose el cabello cuando el amigo de Elliot salió de una de las puertas mirando al joven en el espejo. El varón no le dio la suficiente importancia, pero ese chico parecía haber estado esperándolo ahí durante mucho rato. Se acercó al lavamanos fingiendo hacer lo mismo que él y siguió inspeccionándolo.

—¿Qué diablos me miras tanto? ¿Te has enamorado de mí?

—¿Tú eres el amigo de Victoria? —cuestionó—, ¿eres ese chico que interrumpe las conversaciones de Elliot?

—Sí, efectivamente.

—Pues toma, esto es para ti —dijo, llamando su atención.

No lo vio venir cuando el muchacho clavó las tijeras en la mano de Caym, que estaba apoyada en el lavamanos. El joven soltó un gemido de dolor y fulminó al chico con la mirada. De inmediato, sacó las tijeras de su mano y se

las guardó en su bolsillo.

—¿Acabas de apuñalarme? ¡Miserable y patético humano! Qué valiente por tu parte intentar provocarme —mascullo malhumorado.

Las venas del demonio se empezaron a marcar de manera sobrenatural, emitiendo un sonido espeluznante ante los oídos de los humanos. Su respiración se asemejaba a la de un animal enfurecido. Sus dientes se transformaron en afilados, como la punta cortante de una espada. Nadie, absolutamente nadie, se atrevería a dañar a Caym si lo conocían. Aquel joven había rozado las mismísimas llamas del infierno.

Cuando el chico se dio cuenta del monstruo en el que se estaba convirtiendo, tuvo que parpadear varias veces, atontado de lo que apreciaban sus ojos. Huyó de los baños como alma que lleva el diablo – y así era –. Ningún objeto en el mundo humano podía causar daño al cuerpo de Caym, por esa razón, la herida de la palma de su mano se cerró en cuestión de segundos, dejando visible la sangre que se había derramado.

«Tú, querido amigo, acabas de provocarme unas incontrolables ganas de crear una masacre», pensó para sus adentros.

Cuando Caym salió del baño, agarró a Victoria, que estaba entretenida esperándolo, y la pegó contra la pared. Ella pudo notar que su respiración estaba acelerada, se inquietó sobremanera por su reacción tan malhumorada. La joven exhaló sin comprender tal molestia.

Él le susurró al oído una frase que por alguna extraña razón le hizo sentir escalofríos.

—Tenemos fiesta esta noche. Veamos cuántos parásitos quieren estar vestidos de rojo. No vas a negarte a ir, porque tú serás la reina.

Capítulo 21: Sangriento

Victoria observaba los ojos de su demonio sin emitir contestación alguna. Estaba claro que estaba enrabiado, y eso la desconcertó un poco. Solía ser demasiado tranquilo, incluso rodeado de tanta locura su serenidad era obvia. Sin embargo, había estallado y su lado sosegado parecía esfumarse. Cuando la joven inspeccionó la sangre coagulada de su mano se estremeció y quiso indagar qué había pasado en su ausencia, pero este se adelantó resolviendo sus dudas.

—El amigo de Elliot me ha apuñalado con las tijeras que custodiaba —informó hastiado—. Escucha con atención a lo que te voy a contar porque no lo repetiré dos veces: cuando me ha clavado las tijeras he presenciado desde los recuerdos pasados de Benister, hasta los más recientes. Quiere decir que en las tijeras había indicios de sangre de ella y, cuando saboreo sangre de otros, puedo ver sus memorias internas. Con ello logro averiguar el pasado de la víctima.

La muchacha quedó fascinada ante tal información, pues que un demonio con aquella exquisita apariencia pudiera hacer tales cosas resultaba fascinante. No lograba comprender la clase de poderes demoníacos que poseía Caym, pero sentía envidia de todo lo que podía hacer.

—¿Ese chico ha asesinado a Benister?

—Lo más sorprendente es que Benister está con vida en alguna parte del internado, Victoria. Está malherida, quizá no aguante mucho tiempo.

La muchacha palideció. ¿Qué motivos tenía ese joven para querer dañar a Benister? Si tan amigo era de Elliot, no entendía por qué actuaba como si no supiera nada. O era muy bueno haciendo teatro o su propio amigo estaba mintiéndole. Ambos jóvenes, sin duda, eran oscuros y siniestros.

—Tú decides, mi querida Victoria: ¿Deseas salvar a Benister, o dejarla morir en manos de ese parásito? La decisión está en tus manos.

—Salvarla —respondió de inmediato—. No sé cómo de mala y pecadora es Benister, pero si tú todo este tiempo no me has insinuado que la matara es porque la chica es inocente.

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—¡Bien visto! Te dije que lo descubrieras por ti misma. Buen trabajo, querida. Aunque eso no descarta que la chica sea insoportable.

—¿Cómo voy a salvarla? Está claro que no va a dejar que me entrometa.

—Bueno, usa tus atributos, querida. Por muy loco que esté un hombre, no puede resistirse a los encantos de una mujer. Engáñalo, haz que hable.

Ella hizo una mueca de repugnancia. Jamás se había imaginado a sí misma seduciendo a un joven para conseguir información, dado que en sus dieciséis años nunca tuvo que engatusar a nadie. A la joven no le hacía mucha gracia tener que atraer a un chico demente, pues quién sabe qué le haría si se encendía más de la cuenta. Su nerviosismo era patente y por unos segundos tembló. Cuando el varón percibió su rostro palidecido, trató de tranquilizarla.

—En el caso de que ese chico haga algo en contra de tu voluntad, ya me encargaré de arrancarle los testículos. Te estaré viendo en todo momento, Victoria. Conmigo no tienes que tener miedo.

No le parecía muy tranquilizador por su parte, pues en ocasiones la hacía dudar de si en realidad el muchacho se preocupaba por ella o era solo una máscara que aparentar. Claro que el hecho estaba en que a Caym le interesaba su alma y que permanecía con ella por el más puro interés. No obstante, Victoria quería creer lo contrario. Jamás se imaginó que el chico que un día podría llegar a interesarle no perteneciera a este mundo.

«¿Por qué mi destino es tan cruel?» se cuestionaba sin entender su paradero. No quería llegar a pensar que cualquier día Caym se esfumaría de su vista dejándola desterrada en su mundo, sin la necesidad de tener nada que hacer, nada por lo que luchar o querer. Odiaba tener aquellos pensamientos tan angustiados, pero no podía negar que, si este se marchaba, dejaría un enorme vacío en su sádico corazón. Él fue el único joven capaz de sacarla del frío invierno que corría por sus venas, haciendo que llegara la primavera en su estómago.

—Nunca he seducido a nadie. Espero que funcione —murmuró ella sin seguridad en sí misma.

—Tampoco lo tienes tan difícil —se encogió de hombros—. Recuerda cómo las miradas lascivas invadían tu cuerpo cuando llegaste. No tengas miedo, estaré vigilando a ese humano todo el tiempo.

*

La hora de la cena había llegado y el bullicio en el comedor se hizo presente. Los alumnos se dirigían a las encimeras para servirse la cena en su bandeja. Caym se posicionó al lado de la joven y le deseó suerte. El joven amigo de Elliot ya se había echado su alimento. Estaba sentado solo comiendo como un solitario. Ella buscó con la mirada a Elliot, pues no quería que sospechara de ella al ver que intentaba engatusar a su compañero.

El muchacho no se veía por ninguna parte, algo que le resultó inusual. ¿Era la hora de la cena y llegaba tarde? ¿Acaso ignoraba las normas del internado? Si se saltaba la hora de la cena, no podría desayunar en la mañana. Aunque era el sobrino del director, lo más seguro era que no lo tratara como a un simple alumno más, sino que con él haría una excepción al ser de su propia sangre, como era evidente.

Victoria tragó saliva recelosa. Le echó valor y se dirigió a la mesa donde se hallaba el chico cenando. Él la miró curioso, mordiendo un trozo de carne de su plato. Había herido a su compañero con unas tijeras y por unos segundos creyó que trataría de buscar alguna explicación de su acto; pero por su sonrisa pícaro, su figura delgada y su cabello azabache cayendo por su espalda le era inevitable fijarse en la chica que se le acercaba con aquella espléndida apariencia.

—¿Puedo sentarme?

—Claro —respondió adusto.

Hubo un silencio incómodo hasta que ella decidió romperlo.

—¿Cómo te llamas? Nunca nos hemos presentado. Soy Victoria Massey.

—Sí, ya sé quién eres —dijo centrado en su cena.

—¿Y tú...? ¿Quién eres? —inquirió. Se supone que debía seducirlo, pero no podía. ¿Cómo podría hacerlo después de que la ignorara? No se dignaba a mirarla, ni mucho menos a entablar conversación. Era reacio.

—Devan —respondió finalmente—. Devan Akers.

Ella sonrió con falsedad.

«¿Qué escondes, Devan Akers?».

—¿Dónde está tu amigo Elliot?

—No lo sé.

«No lo sé» una de las mentiras más evidentes de alguien que no se digna a responder mirando a los ojos.

Victoria se pegó al chico y él la miró de reojo haciendo una mueca sin entender muy bien el acercamiento repentino.

—¿Por qué tan cerca? —indagó él.

—Hagamos un trato: yo te contaré algo íntimo si tú me cuentas algo tuyo. ¿De acuerdo?

Devan sonrió con sarcasmo. Ella no pudo discernir si se tragaría sus palabras o pillaría sus intenciones. Sus facciones eran difíciles de descifrar.

—Suenas interesante —respondió—. Cuéntame por qué una chica como tú está encerrada en un sitio como este.

«Clásica pregunta», pensó ella.

—Por intentar matar a mi vecino —mintió—. El muy terco me rechazó, y yo no acepto un *no* por respuesta.

—Bueno, supongo que él se lo pierde.

—Cuéntame por qué Benister ha desaparecido del sótano —dijo, haciendo que él apretara su mandíbula.

Devan la miró con cierta molestia y resignación. Aquello lo había dejado desconcertado. Su mirada malhumorada hizo que ella se inquietase, pero la joven supo mantener la compostura. No se mostraba vulnerable a ojos de los demás.

—¿Por qué te has acercado a mí? Me da la sensación de que intentas entrometerte donde no te llaman.

—Se supone que era un trato, yo te contaba algo íntimo y tú me contabas algo tuyo. Sea lo que fuere que yo quisiera saber. Te he dado mi historia, ¿acaso no te parece suficiente íntimo?

Devan se acercó a ella a escasos centímetros de sus labios y sonrió con malicia. Ella aguantó la respiración con intimidación sin comprender su

acercamiento.

Su demonio estuvo al acecho y se preparó para defender a la muchacha.

—No juegues conmigo, chica. Soy lo suficientemente listo como para saber que esa ridícula historia que me has confesado es tan falsa como tu atracción hacia mí. No te metas en terreno ajeno, Massey.

—Yo no...

—He dicho que no te metas —interrumpió.

Dicho aquello, se levantó del asiento y se retiró de la mesa. Ella soltó un largo suspiro, no se imaginó que pudiera pillar su mentira, pues se suponía que nadie debía conocer su historia. Sabiendo la poca seguridad que albergaban las puertas del internado, pudo haber entrado en la consulta de Jenkins y leer los expedientes que más le interesaban para jugar con ellos a su favor.

Elliot podía tener algunas de las respuestas. El problema estaba en si el chico cooperaba o se negaba. Sabiendo el tipo de persona que era, sería muy complicado tratar de sonsacarle información.

Caym estaba en la mesa de siempre, junto a Lucas y Melissa, que miraban a Victoria con una expresión decepcionante. El chico les había contado que Benister estaba viva, sin embargo, no comprendieron cómo lo sabía si nadie más estaba enterado de su paradero. Lucas era el único que empezaba a sospechar de la carencia de humanidad de Caym, pues en más de una ocasión presenció aquellos ojos demoníacos, aunque él prefería creer que su enfermedad le hacía ver cosas que no eran reales. Era lo más lógico de pensar.

—¿Dónde crees que está Benister? —preguntó Melissa preocupada.

—En algún sitio oscuro. Quizá no tenga suficiente oxígeno.

—¿Por qué siempre respondes con tanta seguridad? Pareces saberlo todo —inquirió la rubia fascinada.

Caym no respondió.

Victoria se acercó a sus compañeros resoplando por su boca, frustrada por fallar en su misión. Estaba claro que no era apta para seducir si ella misma no traía la confianza consigo.

—Su nombre es Devan Akers y no va a decirnos dónde está Benister —informó la joven.

—Entonces, habrá que improvisar, querida —objetó Caym—. Habrá que hacerlo a la antigua usanza. Emplearemos el sufrimiento para que suelte prenda. Recuerda que no nos queda mucho tiempo y la fiesta debe de comenzar —esbozó una sonrisa burlona.

*

Más tarde, Victoria y Caym se dirigirían a sus habitaciones para irse a la cama cuando escucharon un estruendo proveniente de la consulta de la psicóloga Jenkins. Se mantuvieron quietos esperando oír algo más que pudiera servir como excusa para que se acercaran a aquella habitación. Sonaba como casilleros moviéndose, cajones abrirse y papeles caerse. Era exagerado.

Desde la llegada del nuevo profesor no era de extrañar que el hombre quisiera indagar en los documentos de Jenkins, así que, con preocupación, se dirigieron a la sala. Para su grata sorpresa no se encontraron allí al profesor Dwayne, era Elliot con un par de carpetas en sus brazos. Se inquietó cuando vio a ambos presenciarse en la sala sin llamar. El chico suspiró aliviado al ver que no era la psicóloga.

—Ah, sois vosotros —musitó con su voz rasgada.

—¿Qué estás haciendo? —indagó Victoria.

Las carpetas que tenía en sus manos eran los expedientes de algunos alumnos con la letra «D». ¿Acaso estaba indagando en el expediente de su amigo Devan?

Caym lo estudió con la mirada. Él fue quien había enviado a su desviado amigo para apuñalar su mano, y no pudo evitar apretar su mandíbula, matándolo con el pensamiento.

—Estoy espiando los expedientes de algunos alumnos, ¿acaso eres ciega?

—Está prohibido hacer eso.

—¡Oh, por favor, Massey! —se mofó—. No te hagas la santa. Fuiste la primera en romper la norma al llegar. ¿Cuándo piensas dejar esa máscara de niña buena? Me cansas.

Ella se mordió las mejillas internas con rabia. No lograba comprender por qué ese joven siempre adivinaba las cosas que hacía si no estaba presente. La espió en varias ocasiones.

Caym rodeó al joven tan rápido como un pestañeo, lo agarró del cuello y lo empotró contra el escritorio. Elliot soltó una risa incómoda. Se había quedado un tanto desconcertado, pues hacía menos de un segundo había aparecido tras él sin previo aviso. El joven agarró las manos fuertes de su atacante tratando de evitar que lo asfixiara.

—¿Por qué mandaste a tu amigo a que me apuñalara?

—¿Lo hizo? No veo que tengas un solo rasguño —murmuró con un hilo de voz, buscando el aliento.

—Si quieres que el aire llegue a tus pulmones, responde con coherencia y te creeré.

—Para ver si era suficientemente valiente para agredir a alguien —confesó.

—Es lo más absurdo y poco creíble que podías decirme.

Elliot tosió tras la presión de su cuello. Si no fuera porque el chico escondía secretos, ya lo habría matado. El joven dejó de asfixiarlo cruzándose de brazos.

—Devan no es mi amigo —informó, mirando sus rostros con hastío—. ¿Qué os hace pensar eso?

—Te paseabas con él por el comedor como si nada —habló Victoria.

—Él se acercó porque Benister se interesó por mí. Reconozco que me gusta jugar con la mente débil de una chica y que esta llegue a hacer cosas horribles por el chico que le gusta. No sabes lo estúpida que puede ser la mente humana y qué tonterías es capaz de causar al estar envenenada con eso que llaman «amor» —Elliot se acarició su cuello tras el intento de asfixia. Aún notaba la fuerte presión a pesar de que había parado—. Me regodeo cuando le intereso a una chica. Benister se acercó tratando de averiguar algo sobre vuestro extraño grupo de cuatro, yo tan solo me burlé de ella. Le prometí que la ayudaría con palabras melosas y ella cayó en la trampa.

—¿Por qué me incitabas a matarla? —cuestionó la muchacha. No se fiaba ni lo más mínimo de él.

—Ella estaba segura de que uno de vosotros asesinó a su compañera de cuarto. Hablé contigo para ver hasta dónde llegaban tus limitaciones. En el caso de que aceptaras matarla, sabría cómo de manipuladora eras a cambio de información barata. Ese es mi juego, Massey.

—Dijiste que Benister era tuya, te irritaste cuando desapareció. ¿Por qué te enfadaste si ella no te importaba?

Elliot se mantuvo callado unos segundos. Parecía estar pensando su respuesta.

—Un niño aborrece su juguete si juega en exceso con él, pero, cuando otro juega con lo que le pertenece, el infante lo querrá de vuelta —respondió, mirándola a los ojos.

No había duda de que Elliot era una persona difícil de tratar. A Victoria le desagradaba esa cruel manera de jugar con los sentimientos de las personas, como si fueran marionetas que solo sirven para seguir órdenes de alguien manipulador. Le daban ganas de abofetear su cara si con ello conseguía que reaccionara ante sus actos, pero sabía que no conseguiría nada.

—Entonces, ¿por qué querías que Devan agrediera a Caym? ¿Con qué fin hiciste eso?

—Si Devan fue capaz de agredir a Caym con solo haber empleado un poco de manipulación, ¿qué te hace pensar que no lo hizo con Benister? Te recuerdo que se acercó a mí porque ella lo hizo primero. Mira, no sé la mentalidad de ese chico, pero sospecho que estaba obsesionado con ella. Benister lo llegó a rechazar más veces de las que ese maniático hubiera podido aguantar.

Victoria se quedó en silencio durante algunos segundos. Estudiaba las facciones del varón como si en ellas pudiera lograr averiguar sus pensamientos. Elliot agachó la mirada hacia el piso, fingiendo que el suelo era más interesante que la expresión seria que detonaba el rostro de la muchacha.

—Elliot.

—¿Qué?

—¿Les causas todo eso a las chicas porque alguien alguna vez te hizo daño?

El muchacho no respondió.

La psicóloga Jenkins se llevó las manos a la cabeza dando un fuerte suspiro al presenciar tal desorden en su sala. Había carpetas esparcidas en el escritorio, los cajones abiertos y papeles desparramados por el suelo. No se podía creer que hubieran invadido sus documentos.

—¡Fuera de aquí! —exclamó enfurecida—. Está totalmente prohibido que un alumno lea el expediente de otro. ¡Esto es intolerable! ¡No puedo más con vosotros!

—Cálmese, psicóloga Jenkins. Si usted me hubiera dado las respuestas desde un principio, se ahorraría todo este drama —dijo Elliot sosegado.

—¿Con qué derecho invades mi sala para lograr tu propio beneficio? ¡Estoy cansada de ti! Que seas el sobrino del director no te da ningún derecho a robar mis expedientes. Espero que tengas consciencia de que no dejaré pasar esto desapercibido —Laura fulminó con la mirada a Caym y Victoria, creyendo que ambos también habían participado en su juego.

La mujer soltó un bufido por su boca, frustrada por toda aquella situación. Comenzó a gritar que se marcharan a sus habitaciones.

*

Mientras ambos subían las escaleras para acudir a sus respectivos aposentos, Melissa se encontraba en los pasillos, parecía estar buscando a alguien con la mirada. Cuando se encontró con su compañera, acudió a ella de inmediato con grandes zancadas. La rubia tenía en sus manos una hoja de libreta que alguien había escrito para Victoria. La carta estaba doblada con mucho cuidado.

—Te he estado esperando. Devan ha venido a la habitación buscándote. Esto es para ti.

Le tendió la nota para que la agarrara. Ella con rapidez la leyó.

Sube a la azotea esta noche y te diré dónde está Benister. Será nuestro pequeño secreto.

Devan

—Dice que suba a la azotea y me confesará dónde está Benister —informó

ella con mala espina.

Nadie se creería aquello. ¿Tan fácil le confesaría dónde estaba Benister? Era una trampa. Sobre todo, por cómo se puso en la cena al preguntar por ella. No podía deducir con qué fin quería que subiera a la azotea, pero lo que sí estaba muy claro era que no traía nada bueno consigo.

—¿Vas a ir? —cuestionó la rubia con asombro.

—Sí —respondió con seguridad.

Caym sonrió con satisfacción. Antes de marcharse a la azotea, fue aprisa a su habitación para coger la jeringuilla que había robado de la enfermería. Si las cosas empeoraban con Devan, no le quedaría más remedio que arremeter contra él. Todo podría salir mal esa noche si la joven no poseía un arma con la que defenderse, y aún más si era un chico con la doble fuerza que ella.

Su compañera no estaba muy convencida de que partiera sola a la llamada de Devan, se preocupaba por su amiga más de la cuenta. Victoria aseguró que sabría defenderse si la cosa se descontrolaba.

Cuando la joven marchó por las escaleras, Caym la siguió detrás con una expresión relajada. Ella giró sobre su eje para observarlo. Se suponía que debía ir sola para que Devan le confesara dónde estaba Benister.

—¿Qué haces?

—No pienso dejarte sola, Victoria.

—No me dirá nada si estás tú.

—No me subestimes. No soy humano, no podrá verme si yo lo deseo.

Continuó subiendo a la azotea. Al menos, si Caym permanecía a su lado, estaría más segura.

Cuando llegaron arriba, de inmediato el gélido frío del invierno golpeó las mejillas de la joven. El aire meció su cabello azabache y su falda de uniforme. Devan estaba apoyado en la barandilla observando el cielo, fingiendo que no la había visto llegar. La tenue luz de la luna alumbraba la azotea, que se veía un tanto lúgubre por el óxido de las barandillas.

Victoria recordó que la última vez que estuvo allí fue para matar a Alexandra.

Ella se acercó a Devan, con las manos escondidas en su americana, agarrando

la jeringuilla con fuerza.

—Vaya, has venido sola. Qué valiente por tu parte —habló el joven.

«Caym debe de estar merodeando a mi alrededor», pensó ella con tranquilidad.

Devan se acercó a ella y acarició su cabello, esbozando una sonrisa malintencionada. Ambos se hallaban pegados a la barandilla y la joven empezó a intimidarse. El vacío hacia abajo era aterrador.

—Benister es mía —dijo sin dejar de tocar su cabello—. Elliot me la quitó.

—Elliot no te la quitó, Benister se interesó en él.

—¡Ella es mía! —insistió—. Nadie como tú va a decirme lo contrario.

Victoria lo desafió mirándolo a los ojos. El castaño parecía aguantarse las ganas de estallar y arremeter contra la muchacha. No le gustaba que nadie le llevara la contraria, mucho menos cuando se trataba de la persona que consideraba de su pertenencia.

—Hemos quedado aquí para que me digas dónde está Benister. ¿Vas a decirlo o no?

Devan se carcajeó de ella, mofándose en su cara como si fuera objeto de burla. Victoria agarró con más fuerza la jeringuilla que custodiaba. Solo por esa risa supo que no la había llevado ahí para decirle la verdad, sino para deshacerse de ella.

—Qué inocente eres, Massey. ¿En serio has creído que te he traído aquí para decirte dónde está? Si Benister no quiso ser mía estando viva, será mía estando muerta.

De inmediato, Devan arremetió contra Victoria tratando de empujarla al vacío. La joven soltó un alarido y se intentó defender de las manos de su agresor, que, a juzgar por la fuerza, en cualquier momento podría hacerla caer.

—Nunca más vas a volver a entrometerte en asuntos que no te conciernen —dijo el joven, carcajeándose de ella—. Benister está oculta dentro de un armario desechado del sótano, y tú jamás podrás salvarla.

Devan presionaba sus brazos, haciendo que le fuera difícil sacar la jeringuilla

de su chaqueta. Victoria buscaba con la mirada a Caym, rogando que no la ignorara. No quería morir en aquellas circunstancias.

Acto seguido, Caym se dejó aparecer, agrediendo a Devan en la parte posterior de su cabeza. El castaño dejó de sujetar a Victoria y giró sobre su eje, encontrándose con el varón. Se agarró la cabeza con dolor sin comprender quién había sido el susodicho que lo había atacado con tanta fuerza. El golpe lo había dejado un poco atontado, pero a los pocos segundos volvió a reaccionar.

El rostro de Caym estaba transformado en su lado demoníaco. Sus ojos sin pupila, sus dientes perfectamente afilados, sus venas marcándose de forma sobrenatural.

Un sonido espeluznante distrajo al muchacho cuando se percató de que las uñas del demonio parecían enormes garras dispuestas a cortarle en pequeños pedazos. Por unos segundos el castaño creyó que estaba alucinando tras el golpe. Aquello no podía ser real, no podía estar viendo a un monstruo digno de las fábulas de los cuentos. Un ser horripilante. No podía ser real que lo que horas atrás había presenciado en los baños fuese el mismo monstruo que observaba en aquel rostro.

Victoria inyectó aire en la vena del cuello de Devan, y Caym, sin previo aviso, rajó la garganta del chico, cuya sangre salpicó en su rostro. La muchacha abrió los ojos como platos, apartándose de él, que agonizaba entre convulsiones y sangre derramándose de su tráquea. A los pocos segundos falleció.

Aquella masacre había dejado atónita a Victoria. Observaba a su demonio, relamiéndose la sangre que había salpicado en su rostro y en sus labios. El chico volvió a su manera humana y miró a su compañera.

—Se acabó la fiesta —murmuró.

—¡Le había inyectado aire en vena! —le regañó—. ¿Qué necesidad tenías de hacerlo más sangriento? ¡Has creado un desastre!

—Es mi naturaleza, querida. No puedo evitarlo. Ese parásito pretendía matarte —él se acercó a su cuerpo y dijo—: Bésame.

La sangre de su rostro y parte de su boca le hizo sentir un poco de repulsión a la muchacha.

—No pienso hacerlo. Estás cubierto de sangre.

—He dicho que me beses, Victoria —repitió.

Ella no podía negar que, incluso manchado de toda aquella sangre, su gallardía no se marchaba. Admitió que deseaba besarlo, aunque conllevara saborear el líquido rojo esparcido por sus carnosos labios. Así que, con rapidez, lo besó con lujuria. Jugeteó con su lengua, saboreando la sangre que el joven había relamido.

Le pareció una situación tan macabra y repugnante que comenzó a gustarle. Experimentó una nueva forma de dejarse llevar por la adrenalina: saboreando una sangre que no era la suya propia.

Se sintió culpable por el agrado que le había causado aquel sangriento beso.

Capítulo 22: Psicótico

Esa misma madrugada, Victoria no pudo conciliar bien el sueño. La simple razón de haber provocado un completo desastre en la zona alta del internado la hizo sentirse inquieta toda la noche. Su demonio dijo que las muertes debían parecer un accidente. Sin embargo, el muchacho cometió el error de rajar su cuello, dejándose poseer por su monstruo interior. No comprendía si lo había hecho porque sintió la necesidad de ver salir toda aquella sangre, o porque Devan quiso deshacerse de la muchacha. Al fin y al cabo, no podía permitir que nadie acabase con su vida, pues era sagrada. Un alma tan macabra y despiadada como la de la chica era digna de interesarle a su demonio y protegerla como si de un diamante se tratase.

Daba vueltas sobre el colchón sin dejar de acariciar sus labios. Notaba un fuerte hormigueo cuando recordaba la sangre desparramarse por su boca conforme besaba al varón. Jamás había experimentado un beso como aquel, tan siniestro y repulsivo. Su cuerpo le decía que quería más, que deseaba saborear otros besos similares.

«¿Me estoy volviendo loca?» se dijo para sí misma.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando escuchó cómo introducían una hoja de papel bajo la ranura de la puerta. Ella salió de la cama apresurándose para abrir la puerta y encontrarse con el individuo, pero, antes de que pudiera darse cuenta, allí no había nadie. Agarró la hoja y la leyó.

¡Vaya! La mosquita muerta y su perrito faldero son los causantes de la muerte de Devan Akers. Es un alivio, debo admitir. Pero, por el hecho de que os hayáis animado a deshaceros de él, me cuestiono en qué más cosas andáis involucrados Zipi y Zape.

Elliot.

Frunció su ceño y arrugó la nota en su puño. Si el muchacho había sido testigo del crimen, las normas de Caym decían que debía deshacerse de esa persona.

*

Benister estaba tumbada en la camilla de la enfermería cuando los rayos de la

luz solar la hicieron despertar del sueño. Caym la rescató del armario en el que llevaba días encerrada. Lucía desaliñada, con el uniforme escolar sucio, manchado de su propia sangre. Habían desinfectado las heridas superficiales y vendaron su antebrazo, en el que había recibido una puñalada. La joven estaba confusa. Todo el tiempo que había estado sumida en la oscuridad de ese sótano creyó que su castigo aún no había finalizado, y que quien la agredía era alguien enviado por el director para que esta aprendiera la lección. Supo que aquello no era cierto cuando el hombre aclaró sus pensamientos, dándole el brazalete que con anterioridad había perdido.

Cuando sus ojos se habituaron a la claridad de la luz, divisó la silueta de una señora mayor a su lado. Era la enfermera Margaret, que la miraba con cierto desagrado. Benister no supo qué denotaba aquella expresión facial tan sombría.

—Tengo sed —murmuró ella en un hilo de voz. Estaba tan débil que le costaba incluso hablar. No sabía cuántos días llevaba sin comer decentemente.

La señora se levantó y preparó un vaso de plástico con agua. Como la muchacha ni siquiera tenía fuerzas para incorporarse, tuvo que dárselo con cuidado. Ella agradeció el agua. Sin embargo, Margaret no respondió. Empezó a figurarse que estaba enfadada por alguna razón, pero no lograba recordar por qué.

—Te lo mereces —dijo la enfermera. Benister quedó confusa.

—¿Qué?

—Te mereces lo que te ha ocurrido.

Sus ojos se nublaron ante ese comentario. ¿Con qué derecho decía que merecía algo como aquello? Hizo el amago de intentar que sus lágrimas no se resbalaran por sus mejillas, pues no le apetecía que la vieran más débil de lo que ya estaba.

—¿Cómo puede decirme eso? —musitó con la voz quebrada—, ¿qué clase de persona es usted?

—Soy la clase de persona que no tolera a las chicas como tú. Te regocijabas en el dolor ajeno, en culpar a los demás y en humillar a quienes eran débiles. Tu grupo de amigas, que se han ido marchando poco a poco, te manipulaban

a su antojo. Con cada sangre nueva que ha llegado al internado, tú has estado ahí para recordarle por qué jamás debió entrar.

La señora contó aquello con mucho afecto. Se notaba que la angustiaba sobremanera ver cómo una alumna recibía malos tratos de otras. Las leves arrugas de la enfermera se marcaban más con aquella expresión.

Todo lo que comentó hizo que la chica se sintiera culpable. Que alguien señalase sus errores y su mal comportamiento pudo abrirle los ojos. Admitía que era fácil de manipular y muchas veces se había acercado a la chica popular para que esta no se riera ni se burlara como hacía con los demás. Siempre buscó la manera de tratar de encajar en los grupos, aunque estos solieran humillar a otros.

—Llevo los años suficientes aquí para haber presenciado todo tipo de maldades, y las chicas como tú no me dan lástima —añadió.

—Lo siento.

—A mí no tienes que pedirme perdón. No soy víctima de tu maltrato.

Benister se mantuvo callada. Prefirió apartar la vista de la dura y fría mirada de la señora.

—Tienes una visita —informó antes de salir de la enfermería—. Que sepas que el karma a veces se presenta en forma de persona.

Dicho aquello, Margaret se marchó. De inmediato entró Elliot, sonriendo a la joven con malicia. Ella se inquietó y empezó a respirar con rapidez.

—¡Hola! —le dijo saludando con su mano.

—¡Vete! —espetó ella. Ni siquiera su grito fue audible.

—¿Cómo te encuentras? —cuestionó acercándose a su camilla.

—He dicho que te vayas. ¡Me manipulaste!

—¿Qué esperabas? Soy Elliot Lestrangle, la culpa fue tuya por confiar en alguien como yo.

Elliot se sentó en la camilla a su lado y la miró. Su sonrisa estaba llena de arrogancia, parecía disfrutar de verla en ese estado.

—¿Devan te hizo todo esto? —cuestionó.

Benister pareció sorprenderse un poco al escuchar ese nombre, algo que a Elliot le extrañó.

—¿Devan? No lo sé. El sitio estaba oscuro. Me tenían amordazada y con los ojos vendados. ¿Él me hizo todo esto?

—Se supone que eso debes responderlo tú. ¿Acaso no te hablaba?

—No. Solo me causaba heridas y de vez en cuando me daba agua. Recuerdo que a veces notaba un ligero pinchazo, que lograba que me adormeciera — hizo una pausa tragando saliva—. Tengo miedo. Aún tengo la sensación de que me están observando. Siento como si rondara a mi alrededor.

—Devan está muerto.

—¿Qué...? ¿Quién lo ha matado? ¿No estás bromeando?

—No es una broma. Intuyo que los sangres nuevas han tenido algo que ver en ello. Sorprendente, ¿verdad? Creen que Devan ha huido tras descubrir dónde te hallabas. El director está tratando de localizarlo, supongo que tendré que hablar con él.

—¿Hablar de qué? —indagó ella—, si ellos me han salvado, ¿qué pretendes?

Elliot se levantó de la camilla sonriendo. Odiaba con todas sus fuerzas que se las diera de misterioso. Aunque el joven le hubiera ocasionado daño sentimentalmente, ella aún seguía sintiendo atracción hacia él, cosa que no podía controlar por mucho que quisiera.

—Me voy, tengo que asistir a clase.

—Adiós —musitó con fastidio.

Él se rio con burla.

—Oh, no te enfades conmigo. Estás viva, deberías agradecerlo.

—Tú no has hecho nada para salvarme.

—No, no lo he hecho, pero has vuelto a estar a mi lado. Sé que lo añorabas.

Dicho aquello, se marchó de la enfermería dejando con las palabras en la boca a la chica. Ella apretó su mandíbula con rabia, controlando las ganas de arremeter con todo lo que había en la habitación. Sí, estaba viva, pero en un sitio como el internado Fennoith hubiera preferido morir.

*

Caym asistió a clase atrayendo las miradas de sus compañeros cuando vieron la vestimenta que traía puesta. No llevaba su uniforme; en lugar de eso, portaba unos pantalones azabaches, junto a una camiseta del mismo color y una gabardina. La misma vestimenta con la cual conoció a Victoria. La joven no pudo evitar estudiar con sus ojos esmeraldas cada curva de su figura. Ver a un chico que no llevara un estúpido uniforme era extrañamente atractivo, y eso las muchachas lo notaban. La gallardía y el encanto con el que se movía su chaqueta, los pasos elegantes y masculinos.

A Victoria le atraía sobremanera aquella vestimenta tan sombría con la cual el joven se identificaba.

—¿Qué ha pasado con tu uniforme? —murmuró la joven viéndolo sentarse a su lado.

—Me lo manché de mermelada de arándanos, querida —le dijo guiñando un ojo.

Le hubiera creído si no fuera porque no fue precisamente mermelada con lo que se manchó.

—Deberás inventarte una buena excusa si no quieres que te impongan un castigo.

Elliot estaba sentado en una esquina de clase, ojeando a Caym por el rabillo del ojo. Victoria se percató de la mirada indiscreta del chico. ¿Por qué lo miraba? ¿Qué veía en él? ¿Era la falta de su uniforme, o era lo que podía haber presenciado la noche anterior? No podía soportar la idea de que él supiera la identidad de su demonio. Quién sabía a lo que podía jugar con aquella información.

El profesor aún no había llegado a clase, así que Elliot se levantó de su asiento e insinuó a un compañero que se levantara de su pupitre para cambiárselo por el suyo. Él asintió de inmediato sin rechistar. El muchacho se había sentado a la derecha de los pupitres de Caym y Victoria, en la primera fila. Con actitud altanera, se dirigió a ellos para conversar.

—Os gusta jugar a ser Dios, ¿cierto?

Caym no respondió, fingió que la pizarra sin nada escrito era más interesante

que la cara del joven. Elliot percibió la ignorancia del varón, haciéndolo mosquear.

—¡Psst! Eh, tú —dijo en un bajo murmullo hacia Caym. Victoria pretendía hacer oídos sordos, pero aquella voz rasgada que poseía era imposible de ignorar.

—¿Qué quieres? —inquirió con hastío. Mejor responderle si así conseguía quitárselo de encima. Elliot sonrió con chulería.

—He hablado con Benister.

—¿Y?

—No sabe quién la atacó. Ni siquiera cree que fue Devan. Sospechoso, ¿verdad?

—¿Por qué no cierras ese pico que tienes por boca? Hazme el favor de no ser una molestia.

—Benister está muy confusa. No debe ni recordar parte del suceso —opinó Victoria.

Elliot emitió una risa de las suyas, tan perversa y tétrica. ¿De qué diablos se mofaba? Caym estuvo a punto de levantarse de su pupitre, pero el profesor Dwayne entró en clase, ordenó silencio y comenzó su tarea. Cuando Dwayne se fijó en la vestimenta del joven alumno, no pudo evitar mirarlo con curiosidad. Por supuesto que al ser el nuevo profesor tenía entendido que todos debían llevar uniforme, y que ese muchacho no lo portara le resultó extraño.

—¿Qué pasa con tu uniforme? —indagó con amabilidad.

—Oh, me lo manché anoche en la cena. No se preocupe, pronto estará limpio.

Elliot murmuró algo entre dientes que no se pudo entender. Caym lo miró de soslayo y dijo:

—¿Qué diablos te pasa? ¿No te has tomado la medicación esta mañana? —se burló.

Las risas al unísono se pronunciaron en la sala haciendo que Elliot los fulminara con la mirada.

—Chicos, tranquilidad —regañó el hombre. Ambos se miraron desafiantes—.

Bien, comencemos el día. No vayamos a provocar un escándalo infantil, ¿de acuerdo?

*

Cuando terminó la hora de clase, la psicóloga Jenkins detuvo a Caym, que deambulaba por los pasillos junto a Victoria, y lo obligó a que pasara a su consulta. La expresión facial tan adusta de la mujer hizo preguntarse por qué estaba tan seria con él. Victoria siguió su camino, con curiosidad por el repentino llamamiento de la psicóloga.

Jenkins invitó a que se sentara en el sofá y el joven se tumbó, recostando sus brazos en su cabeza. Ella no podía dejar de observar la ausencia de su uniforme, que le hacía parecer más gótico de lo que ya lucía. Su tez pálida contrastaba de manera espectacular con su sombría ropa, y parecía de porcelana. Sus ojos grises observaban a la mujer, quien no detenía su descaro en mirarlo.

—¿Se ha enamorado de mí? Oh, psicóloga Jenkins, no puedo corresponderla. ¡Me dobla la edad!

Laura se sonrojó con grata vergüenza ante ese vulgar comentario.

—¡No digas tonterías! ¿Dónde está tu uniforme? No se te ocurra mentirme.

—Lavándose.

—¿Por qué razón se está lavando?

Él soltó una pequeña risa audible hacia los oídos de la mujer. Jenkins se cruzó de piernas con indignación. Estaba logrando que su paciencia se acabara. Desde que Bellamy murió, la curiosidad hacía Caym había aumentado de manera inmediata. Sobre todo, por su ayuda para enterrar el cuerpo en el bosque. Para colmo, en las visitas de consulta que tuvo con él, apenas había averiguado nada de su historia. No conocía dónde vivía, ni de dónde venía, quién era su familia, o por qué estaba en el internado Fennoith. No poseía datos de su registro, como si el muchacho hubiera aparecido de la nada.

—¿Quiere que me lo quite aquí mismo? ¿Tanto le desagrada mi vestimenta?

—Responde de una vez —espetó sin calma.

—Está bien. Se me derramó zumo en la cena y tuve que lavarlo.

—Te observé en la cena y no presencié indicios de líquido en tu uniforme.

Caym le dedicó una sonrisa juguetona. Se incorporó en el asiento y miró a los ojos caramelo de Jenkins. Ella pensó que si mantenía esa seriedad en su manera de expresarse lograría intimidar al alumno, pero no surtía efecto.

—No se dedique a observarme tanto, puedo llegar a causarle pesadillas.

—¿Qué estás diciendo? —indagó malhumorada.

—Psicóloga Jenkins, ahora compartimos un secreto. Te ayudé a enterrar a tu amorcito sin pedir nada a cambio. ¿De verdad desea someterme a este interrogatorio? Lo que hice anoche es cosa mía y, si usted desea que se lo cuente, automáticamente se verá vista en problemas.

Ella deslizó la hoja de su libreta haciendo que su dedo índice desfilara por el fino y cortante papel, lo que le causó una herida superficial. Maldijo por lo bajo. Estaba más sumergida en las palabras de varón que en lo que debía hacer con aquella libreta. Una minúscula gota de sangre brotó en su dedo, Caym se levantó del asiento, agarró el dedo de la mujer y se lo llevó a la boca. Jenkins se apartó con descaro agarrándose su muñeca. Sus mejillas sonrosadas hicieron que el chico emitiera una risa. Ella no supo con qué intención limpió la sangre con su lengua, pero él sí.

—¿Qué diablos haces? ¿Estás loco? ¡Soy tu psicóloga!

—Qué pregunta tan absurda cuestionar la locura de un alumno dado en el sitio en el que se encuentra —sonrió con arrogancia—. La saliva humana tiene efectos curativos en heridas superficiales. Debería saberlo.

—Márchate —espetó con nerviosismo.

—¿Ya no quiere saber qué hice anoche, psicóloga Jenkins?

—Prefiero mantenerme al margen con jóvenes como tú.

—Veo que le asusta. ¿Tiene miedo de involucrarse más de lo que ya se involucra?

—¿Qué...? —masculló—, ¿de qué hablas?

—¿De qué cree que hablo? De pronto se comporta muy susceptiblemente —se acercó a la puerta de salida, pero antes de irse giró sobre su eje para hablarle—. Usted debería escoger mejor a sus parejas. Suelen causarle muy

malas experiencias en la vida.

Dicho aquello, se marchó de la consulta. Jenkins quedó pensativa ante ese comentario.

Caym, al haber saboreado la sangre de Laura Jenkins, había podido presenciar sus recuerdos, desde los pasados hasta lo más recientes. Jenkins tuvo parejas a lo largo de sus años muy controladoras, machistas y agresivas. Más de uno la llegó a agredir, y Bellamy no fue una excepción. No obstante, aquello no era lo más sorprendente. La mujer llegó a tener problemas con la policía por la desaparición repentina de su anterior novio, de quien se desconocía su paradero. La policía sospechó sobremanera de ella, que se declaró inocente en todo momento.

El paradero de su exnovio jamás fue conocido.

Las piezas del puzle iban encajando a la perfección. Jenkins actuó de esa fría manera ante la muerte del profesor Bellamy por miedo a que la policía volviera a señalarla ante la desaparición de su ex. No quiso volver a verse en un juzgado y que aquello jugase una mala pasada en su trabajo. Al parecer, todos poseían un oscuro pasado.

*

Victoria paseaba por los pasillos junto a Melissa y Lucas cuando observaron la puerta de la enfermería entornada. Tuvieron curiosidad por ojear cómo se encontraba Benister. Lucas mostró indiferencia hacia la castaña, pues saber que esa joven se aprovechó del sonambulismo que padecía no era santo de su devoción. Decidieron entrar y observar su estado. Ella estaba en la camilla tumbada mirando a la nada, parecía aburrida de estar en aquella habitación de enfermería. Cuando vio la presencia de ellos allí plantados, los observó con detenimiento.

—Hola —saludó Victoria.

—Hola.

Benister notó la ignorancia de Lucas, que fingía que los pósteres del cuerpo humano que había colgados en la pared eran más interesantes que mirarla. Trató de incorporarse en la camilla con debilidad.

«A mí no es a quien debes pedir perdón. No soy víctima de tu maltrato»

recordó las palabras de la enfermera. Recapacitar es de sabios.

—Siento el daño que os causé —confesó—. Entended que mi compañera de cuarto desapareció y sospeché de vosotros. Me arrepiento mucho.

—¿Ahora te arrepientes? —inquirió Lucas con un falso asombro—, ¿hacía falta que te vieras en una situación difícil para que recapacitaras?

—Nunca es tarde para arrepentirse, ¿no?

—No me creo tu perdón —espetó.

—¿Por qué no? —indagó ella.

—Estás bajo el dominio de Elliot y no confiamos en su persona. Si él dice que causes daño, tú lo harás, porque no puedes evitarlo.

—Ojalá pudiera —musitó ella apartando la mirada.

Victoria miró a Lucas de soslayo. Parecía saber cosas de Benister que ella no sabía. Era evidente que el chico llevaba más tiempo en el internado y este conocía mejor a sus compañeros.

«¿Qué sucede con Benister y su comportamiento con las personas que la tratan mal? ¿Acaso se excita? Es una extraña conducta», pensó Victoria.

Dicho aquello, Lucas se marchó de la enfermería sin articular ninguna palabra. Melissa lo siguió detrás con nerviosismo y Victoria se quedó mirando a la castaña. Su mirada lucía taciturna y eso la llevaba a preguntarse todo tipo de cosas.

—Benister —la llamó captando su atención—. ¿Recuerdas quién te causó todas esas lesiones?

—No. Estaba vendada. ¿Cómo iba a saber quién era? Solo sé que fue una persona silenciosa. Si me causó Devan esto, espero que las larvas hagan su trabajo.

Victoria no tenía nada más que añadir, no deseaba dar detalles ni entablar una conversación profunda con la joven. A pesar de que había salvado su vida, aún desconfiaba de sus intenciones, pues los actos de una persona pueden cambiar si estaban bajo el dominio de un manipulador sociópata como Elliot. Prefería mantenerse neutra.

Más tarde, Caym deambulaba por los pasillos buscando con la vista a Victoria. Las muchachas paseaban sus ojos por la figura del joven. Si ya llamaba la atención por su increíble belleza, su vestimenta era digna de quedarte embobada. No obstante, los varones se indignaban, especulando sobre su persona y la razón por la que las chicas babeaban por él. Los celos eran evidentes por su gallardía y su encanto. Era tan odiado como amado.

Cuando divisó a la muchacha junto a sus compañeros, dibujó una sonrisa torcida en su rostro. Tenía un regalo para ella.

—Ven conmigo —la agarró con sutileza de su muñeca.

Melissa observó cómo se marchaban hacia alguna parte del internado. Sin embargo, Lucas parecía distraído en su ensimismamiento.

Anduvieron hasta llegar a una clase despejada de alumnos, se metieron en la sala y cerraron la puerta. Caym parecía esconder algún objeto bajo su gabardina, cosa que le resultó curiosa a Victoria. El muchacho sonreía de oreja a oreja, como si lo que custodiara le hiciera ilusión.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Qué cosa?

Dejó mostrar un cuchillo de cocina, con la hoja brillante y afilada. Las pupilas de la joven se dilataron con deseo. Por fin poseía aquella arma, por fin había ascendido de nivel. Victoria se lo arrebató de las manos observando cada curva del cuchillo.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó asombrada.

—Dije que si me sorprendías podía conseguirte el cuchillo que tanto deseas. No preguntes cómo lo hice y disfruta el momento.

—¿En qué te sorprendí? —indagó con curiosidad.

—En mostrar valentía al presentarte en una terraza junto a un desquiciado y, sobre todo, en inyectarle aire en vena sin sentir remordimientos. Pensé que no llegarías a utilizarla.

—Gracias.

Caym no tenía nada más que añadir, e iba dispuesto a salir de aquella clase, pero Victoria detuvo su paso agarrándole de la mano. El joven se giró

mirándola sin entender qué más quería de él. Ella lo miraba con detenimiento, clavando sus enormes ojos esmeraldas en su rostro, cosa que hizo que alzara ambas cejas cuestionándose aquella extraña expresión.

—¿Qué pasa?

—¿Hay alguna posibilidad de que tú y yo podamos actuar juntos en un futuro? Podrías permanecer a mi lado.

El muchacho soltó una risa silenciosa.

—¿Permanecer contigo en qué sentido? Sabes la razón por la cual estoy aquí.

—Lo sé, pero me sería muy difícil no volver a verte nunca más.

—¿Te estás enamorando de mí?

—¡No! —profirió—. Es solo que siento como si todo mi ser te perteneciera y, si no estás a mi lado, la soledad me consumiría. Tenemos un vínculo.

—¡Por supuesto que tu ser me pertenece! Firmaste un pacto, Victoria. Tu alma es mía. ¿Qué diablos quieres?

Ella se enrabió apretando su mandíbula. Caym no se inmutó por su comportamiento. La respiración de la joven lucía acelerada, siendo audible para los oídos de él. Empezó a apretar su puño haciendo que sus nudillos se tornaran blancos.

—Quiero que sepas que, si desapareces de mi lado, buscaré la manera de invocarte de nuevo —dijo ella con egoísmo, mirando a sus ojos grises desafiantes.

Caym se acercó a la joven y frunció su ceño con molestia. El hecho de que de pronto se mostrara encaprichada y egoísta hizo que su mal humor contagiara su rostro.

—¿Por qué me haces esto? —indagó el varón, sin entenderla.

—Porque estás en mi infierno y yo decido con qué demonio me quiero complicar la vida.

De ninguna manera la expresión desafiante de Caym podía intimidar a Victoria. Ella lo miraba a los ojos, sin miedo ni armadura. Ambas respiraciones estaban aceleradas a causa del enojo, pero el silencio se hizo presente sin emitir ninguna palabra más.

La voz enfadada del director Newell inundó los pasillos alertando a ambos de lo sucedido. Pareciera discutir con alguien.

—¡No! Elliot, no quiero oír ninguna palabrería más —exclamó disgustado—. ¡Estás castigado! No te atrevas a rechistar o el castigo será peor.

Cuando el director se marchó apresurado, Elliot apretó sus puños, irascible ante la voz enfadada de su propio tío. Quiso arremeter con todo lo que se interpusiera en su camino, no podía controlar su gran enojo. Su vista parecía nublarse en sus pensamientos.

¿Por qué lo había regañado? ¿Qué le había contado Elliot para que el hombre reaccionara de esa manera?

Capítulo 23: Expediente E

Victoria y Caym salieron de la clase en la que permanecían ocultos encontrándose de frente con Elliot. El joven estaba tan ensimismado que no prestó atención a quienes salieron de allí. Su respiración lucía alterada, denotando la furia por haber sido castigado. Creyó que al poseer parte de la misma sangre que su tío sería tratado de diferente manera que el resto de alumnos, pero no fue así. Algo debió de irritar mucho al director para que reaccionara de tal manera.

Ella guardaba escondido el cuchillo con el que le había obsequiado Caym bajo su uniforme. De inmediato, el varón se alejó de la joven por primera vez, dejándola sola sin la necesidad de permanecer con ella. Parecía molesto por la conversación que habían mantenido, sobre todo por las palabras empleadas. Cuando quiso seguir su paso, la enfermera Margaret la interrumpió.

—Hola, querida —saludó con una amplia sonrisa.

—Hola.

—¿Cómo estás? ¿Te siguen molestando por ser sangre nueva?

—Bueno, por momentos —emitió una risa incómoda.

En lo poco que conocía a aquella señora, se le mostraba muy amigable y gentil. No obstante, resultaba incómoda la amabilidad tan descarada que poseía con ella. Era una simple alumna más del rebaño y no podía comprender la cercanía.

—¿Sabes? Me recuerdas mucho a una alumna muy especial de antaño —comentó con brillo en sus ojos.

—¿Quién? —inquirió ella.

—Oh, ella ya no está, pero solía tener una actitud parecida a la tuya. No se dejaba intimidar por nadie.

No respondió bien a su pregunta. No dijo a qué alumna le recordaba. Si aquella alumna tenía problemas parecidos a los de la joven, no pudo discernir qué había pasado con la susodicha. El brillo en los ojos de la enfermera cuando hablaba de ella era sospechoso. Parecía ser muy íntima e importante

para Margaret. Victoria no era callada, si esta tenía curiosidad sobre algo, indagaba en ello, aunque tocara la fibra sensible.

—¿Ella murió aquí? —indagó. La mujer colocó una expresión en su rostro que la joven no pudo descifrar.

—Me temo que sí. Por eso te digo que te andes con ojo, mi niña. Aquí todos son lobos disfrazados de corderos.

—Usted siempre me avisa de eso, ¿por qué lo hace? ¿Qué sabe que yo no sepa?

—No es lo que yo pueda saber, es lo que tú puedas ver.

Dicho aquello, finalizó la conversación; se despidió y se marchó a la enfermería. Cuando Victoria quiso darse cuenta, Elliot ya no estaba en los pasillos.

*

Ella subió las escaleras buscando a su demonio, que se había alejado de ella con cierta molestia. Dedujo que se había ido a su habitación, ya que estaban en la hora de descanso. Cuando la muchacha divisó su habitación, se percató de que estaba cerrada. Pegó la oreja en la puerta de madera, pero no oyó nada. Decidida, giró el pomo y se encontró a su compañero tendido en la cama, simulando descansar en sus ratos libres como el resto de alumnos que allí vivían.

Cuando la joven se posicionó a los pies de su cama, el chico abrió los ojos y observó su figura. Esperó a que el varón hablara.

—Siempre estás curioseando.

—Ser curiosa es mi virtud.

—Me irritas.

—No parecía que te irritara tanto cuando decidiste salvarme de morir en las escaleras —objetó ella. Caym chasqueó la lengua y soltó un bufido.

—No hagas que me cabree.

—Siempre dices lo mismo. Acepta que no te tengo miedo, Caym. Soy el mismo monstruo que tú.

Él trató de ignorarla tumbándose en la cama con las manos tras su cabeza. La mirada ilusionada de la joven comenzaba a irritarlo. El hecho de que le recordase constantemente que salvó su vida de resbalar por las escaleras le asqueaba bastante. Evitó que la joven sufriera una gran y desastrosa caída cuando en sus normas no decía nada de proteger que esta se lesionara. Aquel acto salió de él y supo que le iba a traer más consecuencias de las que creyó.

—Que te haya salvado una vez no quiere decir que no pueda quitarte la vida —comentó sin apartar la mirada de su rostro.

—Morir en tus brazos sería mejor que acabar sola en este mundo.

Siempre tenía una respuesta para todo, logrando desconcertarle por completo. No podía comprender por qué no había miedo en sus ojos cuando el muchacho la amenazaba. Era evidente que podía hacer con su persona lo que quisiera, y ella no mostraba signo de debilidad. Caym no quería admitir que esta era una humana diferente, pues ese cliché no iba con él, pero sí confesaba que ella era rara, tan sombría y perfectamente loca que la admiraba. Solo el hecho de no mostrar ni un ápice de temor ni intimidación era algo fascinante.

—Eres extraña.

—Tú también.

—¿Cómo puede alguien preferir morir en mis brazos? ¿Sabes siquiera lo que dices?

Ella se sentó encima de su regazo sin importarle mucho aquella postura. El joven continuó con las manos tras su cabeza, esta vez mirando el rostro de ella.

—Sí, sé lo que digo —respondió ella—. ¿Crees que preferiría estar sola en este mundo? Para mí no hay peor castigo que ese. No tengo a nadie. ¿Adónde crees que iría? Un fajo de billetes no me devolverá la felicidad.

—¿En serio crees que voy a estar a tu disposición siempre que quieras? Eres absurda. Te he dicho ya la razón por la que estoy aquí.

—También me mentiste cuando evitabas decirme la verdadera razón por la cual me salvaste. ¿Por qué debería creerte ahora? ¿Cuál es tu miedo, Caym?

El muchacho desvió la mirada a la izquierda y respondió:

—Yo no tengo miedos.

—Todo el mundo tememos a algo. Los monstruos también sienten miedo de vez en cuando.

Él la fulminó con la mirada, penetrándola con sus ojos grises, queriendo intimidar. Aquella conversación ya comenzaba a enojarlo más de la cuenta. Estaba siendo demasiado insistente en el tema y, para colmo, no podía hacerla callar, pues más hablaría si no respondía a sus preguntas. La ignorancia no iba con ella.

—Deja el tema.

A veces parecía que ambos iban a permanecer juntos, ardiendo en el segundo infierno llamado vida, y en otras ocasiones él se mostraba reacio, como si le diera miedo llegar más allá del compañerismo, quizás por las reglas de su mundo. Por esa razón, ella se ilusionaba.

Finalizó la conversación cuando el muchacho se incorporó del colchón y apartó con cuidado a la chica de su regazo.

—Tenemos que ponernos al día, Victoria. No nos distraigamos con tonterías.

Él se percató de que la corbata de la joven estaba aflojada, así que, sin pudor alguno, la agarró y la colocó correctamente. Ella dio un pequeño suspiro al tener sus delicadas manos tan cerca de su pecho.

—No estás enfadado conmigo, ¿verdad? —cuestionó dubitativa, observándolo.

—Los monstruos también se enfadan de vez en cuando —dijo él, imitando las mismas palabras que ella había pronunciado con anterioridad.

Le dedicó una sonrisa ladina y agarró su mano para marcharse de la habitación.

Lucas Ashworth estaba junto a Melissa esperando a que sonara la sirena del almuerzo cuando divisó a Elliot entrando en la biblioteca con cara de pocos amigos. Su castigo era ordenar todos los libros que no correspondían a la sección en la que estaban, algo que odiaba hacer con todas sus fuerzas. Lucas se alejó de la rubia por unos minutos queriendo indagar en las acciones del chico. Ella no le dio importancia y siguió esperando allí mismo.

Cuando el chico se adentró en la gran biblioteca, observó al joven, que farfullaba palabras ininteligibles. Se le veía molesto por hacer ese trabajo. Ashworth no era muy hablador con él, pues prefería mantener las distancias con alguien que era experto en la manipulación, sobre todo si el castaño era débil. No obstante, el hecho de que estuviera castigado sin poder almorzar lo llevó a preguntarse la razón de aquello.

Elliot no se inmutó por la presencia del chico, ya que estaba tras su espalda, pero cuando los pasos paulatinos se pronunciaron en la sala ni siquiera se giró sobre su eje para observarlo. Ya sabía quién era.

—¿Qué haces aquí, Ashworth? —indagó con hastío mientras ordenaba un par de libros.

—¿Te han castigado?

—¿Tú qué crees, idiota? Ni que hiciera esto por amor al arte —Lucas apretó su mandíbula con fastidio—. Ha sido por culpa de la psicóloga Jenkins. Entré en su consulta queriendo indagar en sus documentos y me encontré allí, así que avisó al director.

—No ha sido por culpa de ella, ha sido tu culpa por entrometerte donde no te llaman.

Elliot emitió una risa burlona. Le resultaba graciosa aquella frase viniendo de alguien que se juntaba con el grupo de Victoria, en el cual todos eran entrometidos.

Agarró un libro con la cubierta negra y se lo enseñó a Lucas esbozando una sonrisa.

Demonología. Todo sobre los demonios se titulaba la obra.

—¿En qué sección debería colocar este libro? —preguntó con falso asombro.

—Ficción —respondió él.

La manera de mostrar aquel libro le llevó a preguntarse por qué se lo enseñaba. Su gran elevado tono irónico era extraño, como si quisiera decirle algo que Lucas no pudo descifrar.

—¿Ficción? ¿Crees que esto solo son patrañas, Ashworth? —indagó a la vez que inspeccionaba las hojas del libro.

—¿Qué crees tú? Prefiero creer en algo que sea real.

—Curioso, viniendo de alguien que oye voces que no son reales.

—¡Qué sabrás tú lo que oigo! Quizás escucho lo que tú no puedes oír.

—Eso ya sería interesante, pero he leído tu expediente y me temo que tu trastorno no es algo que se considere real por los expertos. Está todo en tu cabeza, amigo.

Su respiración se aceleró. ¿Con qué derecho se atrevía a burlarse de su trastorno con ese descaro? En ningún momento el joven le había faltado al respeto. Para colmo, había leído su expediente, algo que enervó sobremanera la actitud y comportamiento de Lucas. No le gustaba que Elliot LeStrange supiera su debilidad, su historia. El pulso se le comenzó a acelerar de tal manera que prefirió marcharse de la biblioteca antes de que sus actos hablaran por sí solos. No quería dañarlo bajo los frutos de su psicosis. Antes de que saliera de la biblioteca, Elliot detuvo su paso con simples palabras.

—¿No has visto nada raro en tu compañero de cuarto? —preguntó con una risita.

Empezó a sospechar de Caym.

—¿A qué te refieres con *raro*?

—No sé, algo así como... fuera de lo normal.

Lucas no respondió y se marchó de la biblioteca. Sabía que si respondía a aquello se notaría que estaría mintiendo, pues sí había apreciado cosas fuera de lo normal en Caym, pero prefirió guardárselo.

*

En el almuerzo, Victoria presenció cómo Lucas jugueteaba nervioso con la comida de su plato. Movía con rapidez su pierna derecha como si los nervios no le dejaran que la comida bajara para su estómago. Debía de pensar en algo que lo llevaba a tener aquella reacción en su cuerpo. Cuando ella iba a preguntarle qué le ocurría, él se apresuró a contestar.

—Elliot ha mirado mi puto expediente —confesó mirando a los ojos de sus compañeros, quienes levantaron la vista del plato para mirarlo.

—Es la primera vez que te oigo soltar algo soez. Ya era hora —comentó

Caym.

—¿No lo entiendes? ¡Es mi expediente! —se señaló a sí mismo—. ¿Por qué no hacemos lo mismo con el suyo? No sabemos siquiera por qué demonios está encerrado aquí. Quién sabe qué atrocidad ha cometido.

«¿Otra vez vamos a colarnos en la consulta de Jenkins? Parece que todos los caminos llevan allí» pensó Victoria para sus adentros.

Lucas estaba en lo cierto. No sabían la historia de Elliot ni la razón de su encierro, solo el hecho de saber que era el sobrino del director ya convertía su expediente en algo curioso. Podían incluso estar cerca de un maniático asesino y no saberlo. Sin duda era extraño y merecía una indagación en su historia.

—¿Sugieres entrar en la consulta de la psicóloga? Ten en cuenta que es arriesgado y no siempre sale de allí —alegó Victoria.

—Bueno, Jenkins no siempre va a estar ahí metida. Tendrá necesidades como todos nosotros. Además, creo que ya va siendo hora de saber qué diablos pasa con Elliot, ¿no crees?

Ella asintió.

Cuando terminaron de almorzar, deambularon por los corredores inspeccionando si la psicóloga se hallaba fuera de su consulta. No se la veía por ninguna parte, así que los cuatro quisieron saber si se encontraba dentro de la habitación. Cuando Lucas divisó el despacho de la mujer con la puerta entreabierta, vio la oportunidad de entrar, pero a Victoria le dio mala espina. Le hizo un ademán al joven para que no entrara aún, él hizo caso omiso a la chica. Se percató de que la silla de escritorio estaba girada dando la espalda a los jóvenes, algo inusual en aquella habitación. Parecía haber alguien sentado mirando a la ventana. Entraron los cuatro a la sala y, en el preciso momento en el que Lucas quiso abrir el cajón de los expedientes, la silla giró sobre su eje, alertando a los muchachos.

El profesor Dwayne estaba sentado en ella.

—¡Qué grata sorpresa! —exclamó juntado sus palmas con asombro—. ¿Qué hacéis aquí, chicos?

—Podríamos preguntarle lo mismo, profesor —respondió Victoria adusta.

Dwayne esbozó una sonrisa mirando el rostro serio de la chica. Aquella simpatía en un internado como Fennoith no era bienvenida de ninguna forma. Si supiera lo que se cocía allí dentro, su sonrisa se borraría.

Si el profesor estaba sentado en el lugar perteneciente a Jenkins... ¿dónde estaba la psicóloga y por qué él estaba ahí? ¿Acaso estaba indagando en sus documentos?

Capítulo 24: Muerte súbita

—No os preocupéis, la psicóloga Jenkins ha ido a por tinta para la impresora —informó sosegado—. Al dejar su despacho, el director me ordenó que lo custodiara, ya que han dado el aviso de que su sobrino está mirando los expedientes de sus compañeros.

La joven respiró aliviada. Por unos instantes, había sospechado de Dwayne, y creyó que el hombre había lesionado a Jenkins. Nadie desearía tener al hermano de Bellamy como psicólogo, si es que sabía de psicología. El hecho de que él se sentase en la silla de escritorio de Laura Jenkins no era muy normal, pues se paseaba por la consulta como si esta fuera suya. Apenas se sabía de las intenciones de aquel misterioso caballero, no estaba muy claro cuál era su designio al entrar en el internado Fennoith.

Estar en una consulta llena de expedientes de alumnos con problemas y leer sus historias era muy interesante, pero, aparte de los expedientes, Jenkins guardaba el bate de béisbol en el armario con el que golpeó a Bellamy. Era posible que Dwayne hubiera visto el bate. Nadie se mantendría quieto en una consulta como aquella sin echar un vistazo a su alrededor. La curiosidad, a veces, es más poderosa que la ignorancia.

—¿A qué habéis venido los cuatro a la consulta? Tengo entendido que es una por persona.

Hubo una pausa de silencio. Dwayne frunció sus ojos estudiándolos con la mirada.

—Nuestros problemas se los contamos a la psicóloga Jenkins. Usted no hace aquí las preguntas —respondió Melissa sin mostrar un ápice de nerviosismo.

—Concuerdo contigo, no soy quién para preguntar —se encogió de hombros, restando importancia al asunto.

—¿No es un poco extraño que esté sentado en el lugar perteneciente a la psicóloga Jenkins? —indagó Caym sonriendo con suficiencia.

Dwayne dirigió la mirada hacia él. Hizo una mueca y se apresuró a contestar.

—Soy curioso. Quería saber qué se siente al poseer un despacho para uno solo. Las sillas giratorias siempre son divertidas, ¿verdad, muchachos?

—Depende de la edad que tenga —contestó el varón.

Dwayne dio una respuesta muy poco convincente. Parecía que quería encajar en la mentalidad de unos adolescentes al responder de esa infantil manera. Para un hombre ya en sus cuarenta las sillas giratorias no tendrían por qué tener ningún misterio.

—A ella no le hará mucha gracia verlo ahí. Es una mujer con carácter —alegó Lucas.

—La señorita Jenkins entenderá por qué estoy aquí, no tienes que preocuparte por eso, chico.

Y, sin añadir nada más, los jóvenes se marcharon del despacho. Para su mala suerte, no habían podido indagar en el expediente de Elliot, como pretendían hacer, así que tenían que volver a intentarlo en otra ocasión. Sobre todo, por lo malhumorado que lucía Lucas.

Aún estaban intrigados por la actitud oculta del profesor Dwayne, y no querían marcharse de los corredores sin espiar la conversación que mantendría con Jenkins. Cuando la mujer se presentó en los pasillos, los cuatro fingieron entablar una conversación como buenos amigos en hora de descanso. Laura los saludó con una sonrisa y se adentró en su consulta. El seductor sonido de sus tacones se detuvo cuando apreció a Dwayne en su silla de escritorio. El hombre de inmediato se levantó y esbozó una sonrisa. Ella entornó la puerta ante los ojos curiosos de los alumnos y se apresuró a indagar.

—¿Qué hace usted en mi despacho?

—El director Newell me ordenó que lo custodiara cuando usted salió sin avisar. Su sobrino está espiando sus documentos. Debe cerrar con llave si sale por ahí.

—Lo tendré en cuenta —espetó—. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

Ella hizo un ademán para que este saliera por la puerta, pero, en vez de eso, se dirigió a la mujer y soltó una risa. La actitud tan fría le resultaba graciosa, pues la primera vez que se le presentó le pareció muy risueña. Cuando él se acercó, la mujer quiso mantener las distancias.

Dwayne se percató del rechazo.

—La última vez que la vi lucía con falta de sueño y, aun así, era agradable hablar con usted. Qué extraño proceder —dijo observando su ceño fruncido.

—Escuche, tengo mucho trabajo y alumnos a los que atender. Dígame qué quiere.

—Me gustaría invitarla a un café y así poder platicar como buenos compañeros.

—¿Invitarme a un café en un centro de alumnos problemáticos? Qué encantador —comentó con ironía.

—Es usted un tanto difícil —dijo soltando un suspiro exasperado.

—O será que usted está acostumbrado a lo fácil.

Dwayne volvió a reír. Jenkins observó que el hombre llevaba un cuaderno azul marino sujeto bajo su axila. Ella había visto con anterioridad ese cuaderno, pues perteneció a Bellamy, a quien más de una vez vio escribiendo en él. Con intriga, se cuestionaba qué había escrito en aquellas hojas y por qué su hermano lo poseía. Nunca se había parado a pensar que Bellamy pudo tener un diario en el cual narraba sus problemas.

—Ese cuaderno...

—Oh, sí —la interrumpió—. Por lo que veo es de mi hermano. Lo tenía bajo llave en uno de los cajones de su escritorio.

Ella trató de sonreír forzosamente. Estaba segura de que en aquellas hojas debía de haber escrito algo de ella. A Bellamy le excitaba mantener una relación prohibida junto a una psicóloga, y ella daba por hecho que aquello estaba escrito.

—Entonces, ¿puedo invitarla a un café, por favor? Como compañeros, nada más —insistió.

Si ella aceptaba, podía contarle qué había hallado en las hojas. Cabía la posibilidad de que hubiera algo más aparte de su relación con él. Así que la mujer no lo pensó mucho y asintió.

—Como compañeros, nada más.

Cuando él iba dispuesto a salir del despacho, giró sobre su eje como si

hubiera recordado algo. Ella lo miró con recelo.

—Mi hermano habla mucho de usted y de la alumna, Victoria Massey, en este diario. Ustedes son mujeres de armas tomar, ¿no es así? —terminó la frase junto a una pequeña y silenciosa risa.

Jenkins tragó duramente y su pulso se aceleró.

Cuando Victoria escuchó aquella última frase del profesor, dedicó una mirada cómplice a Caym, quien le empezó a leer los pensamientos. Estaba claro que quería robar ese diario. No podía imaginarse qué clase de palabras había empleadas en aquel dichoso cuaderno, pero era evidente que Dwayne había empezado a mirar de diferente manera a Victoria. Sus ojos parecían estudiarla de arriba a abajo, como si en ella tratara de encontrar el enigma que traía consigo.

—Se avecina tormenta —murmuró Lucas, acechando la presencia de Dwayne.

El hombre pasó de largo al lado de los cuatro jóvenes y se marchó a clase. Melissa se adentró en la consulta de Jenkins y, con rapidez, la abrazó con cariño. La psicóloga se sorprendió de la repentina muestra de afecto que le había dedicado aquella adolescente. Por alguna razón, la rubia parecía estar preocupada y la pesadumbre estaba presente en su rostro. Jenkins correspondió a su abrazo con dulzura. Desde que se confesó con la psicóloga, y la mujer le había dedicado muestras de afecto, sintió la falta de cariño que su familia no le había proporcionado.

—¡Pensé que ese bastardo te había matado! —dijo sin liberarla de sus brazos.

—El profesor Dwayne no me ha hecho nada.

—Por ahora —comentó Caym.

—¿Se ha dado cuenta del maldito cuaderno? —indagó Victoria—. Si no lo roba usted, lo haré yo misma.

—No hagas nada precipitado, Victoria. Me encargaré yo misma de inspeccionar ese cuaderno.

—Ten cuidado —musitó la rubia observando el rostro de la mujer. Dicho aquello, se marcharon de la habitación.

Pasada la hora de la cena, los alumnos debían encerrarse en sus aposentos y

descansar hasta la mañana siguiente. Subieron las escaleras sin rechistar y, antes de que Caym se marchara por otro pasillo junto a su compañero, ella lo detuvo agarrándolo con delicadeza del antebrazo. El varón la miró curioso y quiso saber qué le pasaba. La muchacha de inmediato se acercó a él y susurró:

—Me dijiste que si alguien me veía cometer un asesinato sería testigo y debía deshacerme de él —le recordó la joven mirando su rostro burlesco—. Si Elliot nos vio cometer la muerte de Devan Akers, ¿se supone que es testigo de lo ocurrido y debo deshacerme de él?

Caym sonrió con picardía.

—Averigua si Elliot nos vio y entonces te responderé, querida.

Dicho aquello, se despidió de su compañera y se marchó a su habitación.

*

A la mañana siguiente, en el desayuno, la joven divisó a Lucas sirviéndose la comida en su bandeja junto a los demás alumnos. Se había levantado con dudas y tenía la esperanza de que Ashworth se las resolviera. Era evidente que el chico llevaba más tiempo encerrado allí que los demás, debía de saber bastante, pero silenciaba la mayoría de los secretos. Sin duda era un joven cerrado en sí mismo.

Se acercó a él y agarró una bandeja. Lucas le dio los buenos días.

—¿Has dormido bien? —cuestionó ella.

—Sí. Excepto por mi compañero de cuarto, que me observa por las noches, sí he dormido bien. No te haces la idea de lo siniestro que es encontrarme a Caym vigilándome.

Caym no tenía la necesidad de dormir como los humanos, por esa razón, Lucas se lo encontraba incorporado en la cama sin hacer nada, lo que se veía bastante siniestro para sus ojos. Fingía dormir como el resto de ellos, pero cuando el castaño se desvelaba en mitad de la penumbra, se encontraba a su compañero de esa forma. Su pálida tez lucía tan brillante en la noche que, en ocasiones, el joven creía estar viendo a un fantasma.

—Supongo que te vigila por tu sonambulismo. La última vez apareciste en el patio.

Victoria miró por el rabillo del ojo a Caym, que se servía también su comida unos metros más adelante. Ella se acercó un poco más a Lucas para que nadie más escuchara lo que iba a decir a continuación.

—La enfermera Margaret actúa extraño conmigo —confesó—. Es muy cercana y amigable, me dijo que le recordaba a una alumna pasada. ¿Tienes idea de por qué?

El castaño respondió:

—Hace dos años que murió esa alumna. Era su hija —murmuró—. Dicen que se suicidó, pero todos saben que la mataron.

Ella se asombró por aquella confesión. Jamás habría imaginado que la hija de la enfermera estuviera matriculada en el internado Fennoith y que la habían asesinado. ¿Cuántas historias macabras guardaban aquellas paredes? Qué dolor más punzante debió de sufrir la mujer al saber que su hija había fallecido en duras circunstancias y, sobre todo, a pocos metros de ella.

—Los sangre nueva son los más odiados —continuó hablando—. Ella trató de luchar contra todos los alumnos que se le lanzaron a la yugular con las peores intenciones del mundo, pero al final pudieron con ella. Jamás entendí la necesidad de causar daño a una única persona, y que esta sea objeto de burla para todos los demás. Pero lo más indignante son aquellos que están presenciando esa crueldad y están de brazos cruzados, mirando hacia otro lado. Su muerte sigue siendo un gran enigma. Nunca se encontró al culpable y se especuló que se suicidó.

Sin previo aviso, Victoria desvió la mirada hacia su compañera Melissa, a la que se le veía incómoda por estar rodeada de un joven que parecía acosarla con palabrería. Caym estaba mordiendo una manzana jugosa cuando se percató del acontecimiento y empezó a prestar atención. La rubia quiso soltar su bandeja y salir corriendo, pero aquel chico impedía su paso.

—Melissa, se rumorea que no eres virgen y que te gusta jugar con hombres mayores que tú. ¿Qué te parece si me haces un trabajito en los baños? Venga, nos divertiremos mucho —dijo el chico junto a la risa de sus compañeros.

Melissa intentó no ponerse a sollozar allí en mitad de sus compañeros. El nudo en su garganta impidió que lograra tragar saliva con facilidad. Aquellas palabras cayeron como una lluvia ácida hacia los pétalos de su corazón.

Lucas arrojó su bandeja al suelo haciendo que sonara estrepitosamente. Aquello que había oído logró que se enervara en su más profundo ser. Su vista comenzó a nublarse, y su lado psicótico estaba impidiendo que pensara con razonamiento. Necesitaba impedir que su esquizofrenia se apoderara de todos sus actos o crearía una masacre en aquel comedor. Ver la aflicción de su compañera junto a sus manos temblorosas y su debilidad le hizo sentir la gran necesidad de defenderla y contraatacar. De ninguna manera iba a permitir que se burlaran de ella de esa cruel y sucia manera.

—¿Te crees más hombre por acosar a una mujer?! —vociferó el joven con las venas de su cuello marcadas. De inmediato, un silencio inundó el comedor.

—Eh, tío. Relájate, ¿vale?

—¿Que me relaje? ¡¿Me dices que me relaje?!

«Mátalo, Lucas. Se ha burlado de ella. Nadie se burla de ella. Es un monstruo. Merece morir. Mátalo. Es tu momento. No seas cobarde. Nadie te dice que te relajes. Nadie te controla. Tú eres tu propio control. Tienes fuerza. Hazlo. Hazlo. Sabes que puedes».

Todas aquellas voces y las risas siniestras que empezó a escuchar estaban apoderándose de sus propios pensamientos. Zarandeaba su cabeza como si así pudiera espantar a las dueñas de su mente, pero fue inútil. Seguían insistiendo y diciéndole lo cruel que era lo que había hecho.

El castaño se acercó al acosador de Melissa y lo empujó con dureza, haciendo que tropezara con una de las mesas en las que había alumnos prestando atención al espectáculo. Dieron un alarido y se alejaron de la mesa dejándola despejada. Melissa se sobresaltó con espanto al ver la fría actitud que estaba teniendo su amigo. Sabía que su psicosis estaba actuando por él.

Habría seguido agrediéndolo si no fuera porque el director Newell se presentó allí con apuro y paró la discusión. La psicóloga Jenkins se llevó a Lucas del comedor obligándolo a seguirla. El joven siguió farfullando palabras. Algunas de ellas pudo escucharlas Victoria a la perfección:

—¡No he acabado contigo! —exclamó, mirando al chico que yacía tendido en el piso fingiendo más dolor del que le había ocasionado.

Melissa se acercó a su amiga y se reconfortó en sus brazos. Necesitaba un

abrazo más que nunca y ella no iba a negárselo. ¿Cómo alguien podía jugar con el dolor de una persona tan dulce como Melissa? A veces, las palabras hieren más que un puñetazo. A la joven le dolieron tanto que estalló en llanto. Recordar que su propio padre abusaba de ella y llamaba a hombres para que hicieran lo mismo a cambio de dinero era un dolor inmenso que tenía tatuado en su corazón. Por más que intentara borrar aquel sucio recuerdo, era imposible.

Las pesadillas horribles invadían su sueño por su dura adolescencia.

—Tranquila, ya pasó. Estoy contigo —susurró Victoria acariciando su largo cabello rubio.

—¿Qué miráis, parásitos? La fiesta se ha terminado —alzó la voz Caym hacia las miradas indiscretas de los jóvenes, quienes apartaron la vista de inmediato de ambas muchachas.

«¡Cobardes! No tienen valor de defender lo injusto. Son rebaños de corderos riéndole la gracia al lobo para que no les coma», pensó Victoria para sus adentros.

Era cierto. Allí nadie tenía el valor de defender, no había compañerismo, no había buena vibra. Preferían el silencio.

El profesor Dwayne se quedó observando a Victoria, mientras estaba apoyado en el marco de la puerta de entrada del comedor. Caym se percató de la mirada curiosa del hombre y empezó a fruncir el ceño.

*

Más tarde, la psicóloga Jenkins regañó a Lucas por no haber estado tomando su medicamento. Supo de inmediato que mentía ante los síntomas evidentes de sus paranoias. El joven tenía la mirada perdida, creyó que todos por alguna razón estaban en su contra, conspirando contra él. Veía la reprimenda de Jenkins como algo malo, lo que hacía que su psicosis aumentara. Las voces lo insultaban, diciéndole lo inútil que fue al no tener la fuerza de librarse del acosador de Melissa. Empezó a ver rostros que no había en ninguna parte, sintiendo como si los alumnos lo señalaran y se burlaran de él. Comenzó a ver incluso a Jenkins, mofándose en su cara, llamándolo cobarde.

—¡Cállense! ¡Cállense, mierda! —exclamó, llevándose las manos a sus oídos.

—¿Lucas? ¡Lucas! —lo llamaba Laura tratando de tranquilizarlo. No podía permitir que perdiera el contacto con la realidad.

Por unos segundos, el muchacho tuvo un momento de lucidez, que aprovechó para alejarse de Jenkins y correr hacia el baño de caballeros. Cuando estuvo dentro, recobró el aliento apaciguando sus jadeos. No había nadie, parecía estar vacío. Evitó mirar su propio reflejo en el espejo, pues odiaba mirarse a sí mismo. Abrió el grifo y se humedeció el rostro. Apoyó sus palmas en el lavamanos con la cabeza cabizbaja, y se deslizaron pequeñas gotas de agua sobre su perfil. Trató de concentrarse en el sonido del agua cayendo del grifo y evadir todo tipo de pensamientos. En ocasiones, lograba que desaparecieran, pero, al llevar tantas semanas sin tomar una sola pastilla, las paranoias aumentaban sobremanera.

—Quizás debería tomarlas. No tengo control sobre mí mismo —se dijo a sí mismo.

Sin previo aviso, el alumno que había acosado a Melissa salió de unos de los baños tambaleándose y llevándose una mano a la garganta como si le faltara el aire. Lucas lo miró estupefacto. Tuvo que parpadear varias veces, creyendo que lo que veía no era real. El chico se acercó a él jadeando, parecía querer decir algo, pero él no lo entendió. Retrocedió unos cuantos pasos y, cuando el muchacho quiso agarrarse a Ashworth, de inmediato cayó con inercia al suelo.

No entendía qué demonios le había pasado. Se limitó a observarlo sin comprender la razón de su colapso. ¿Estaba muerto o se había desmayado? No mostraba indicios de desmayo, ni siquiera su abdomen subía ni bajaba. No respiraba.

Caym se adentró en los baños y estudió con la mirada la escena. Lucas, de inmediato, se alarmó y alzó las manos como si un policía lo hubiera descubierto en el crimen. Su rostro se desfiguró y el sudor frío comenzó a caer de su frente. Imaginó que su compañero sospechaba que él lo había asesinado tras la trifulca que tuvieron en el desayuno.

—No he sido yo, no he sido yo. ¡Lo juro! No he sido yo —farfulló con nerviosismo.

—Te creo —respondió el muchacho, mirando sus ojos pardos.

Caym no estaba seguro de que hubiera sido una muerte súbita. Sospechaba que alguien lo había asesinado con algún artilugio, haciéndolo parecer una causa natural. No había sangre, no había moretones. Esa persona debía tener la suficiente experiencia para hacer creer al resto que no hubo crimen. Si ese joven había sido asesinado, ¿quién había sido y qué motivo lo llevó a hacerlo?

Capítulo 25: Toc, toc, ¿quién es?

La ambulancia se había presentado en el internado llevándose al joven, que parecía haber sido asfixiado. Los murmullos y especulaciones de los alumnos se oían a la vez que apreciaban el acontecimiento de su compañero. Al parecer, había tenido una reacción alérgica tras ingerir cacahuetes. Se adentró en la muerte de inmediato cuando su tráquea se hinchó impidiéndole respirar con facilidad. Algunos de los frutos secos se habían caído del bolsillo del joven, que con anterioridad había permanecido en los baños.

Victoria inspeccionó la escena, aún dudando de que su muerte fuera un mero accidente. Si fue un síncope, ¿por qué el muchacho iba a ingerir el fruto seco sabiendo su reacción alérgica? Nadie en su sano juicio querría comer algo que su organismo no acepta, a no ser que no supiera que padecía tal reacción.

El director Newell había inspeccionado con la mirada la cocina del internado, sospechando primeramente de la cocinera, que poseía todo tipo de alimentos. Sin embargo, la mujer se defendió, alegando que ella no había servido frutos secos en el desayuno. Las sospechas eran evidentes y las personas se lanzaban miradas furtivas, mirándose por encima del hombro. ¿Quién querría deshacerse de aquel alumno? ¿Fue un accidente o planeado?

—Alguien más debe de haberse sentido ofendido cuando él se burló de Melissa —musitó Victoria.

—Yo no he sido, ¿vale? No he hecho nada, no le he tocado —dijo Lucas, que seguía nervioso ante lo ocurrido. Aún insistía en defenderse y decir que él no había causado su muerte, a pesar de que ya lo habían oído perfectamente. Estaba delirando.

—Tranquilo —musitó Melissa acariciando su hombro.

La muchacha observó a la enfermera Margaret, que estaba afligida inspeccionando con ahínco cómo se llevaban al joven asfixiado en la camilla de ambulancia. Negaba con la cabeza a la vez que se santiguaba haciendo el signo de la cruz sobre su pecho con pesadumbre. No se podía creer lo que había pasado, o eso denotaba su melancólica expresión.

Victoria la estudiaba por el rabillo del ojo con cierto escepticismo. El hecho de saber que jóvenes tan crueles hubieran asesinado a su amada hija la

llevaba a cuestionarse hasta dónde llegaban las limitaciones y la cordura de una señora sucumbida por el dolor de la muerte de la susodicha. No obstante, Margaret era la típica señora entrañable y sin no parecía capaz de causar daños a terceros, por esa razón sus sospechas se disipaban, restándole importancia a su persona.

El clima se había presentado oscuro. Las nubes negras parecieran sonreír con sorna, danzando por el grisáceo cielo. Pronto caería una llovizna acorde con la macabra situación que se había presentado aquella mañana. De nuevo, como cada vez que un alumno se marchaba, el director los reunió en el salón principal para comunicarles el percance. Nadie se apenó, nadie mostró ni un ápice de desaliento ante la noticia del joven asfixiado. Parecían robots, seres sin escrúpulos ni humanidad, seres inhumanos que no sienten la más mínima compasión ni aflicción por la muerte de un compañero. Algunos esbozaban una sonrisa llena de bigardía, luciendo más macabros de lo que ya se veían. La chica observó a sus compañeros, sospechando de si alguno podía ser partícipe de la muerte del chico, pero, al ser todos tan iguales, tan lúgubres, era casi imposible averiguar algo en sus comportamientos.

—No te sorprendas, querida —musitó Caym sin mirarla—. Tratar de mantener la cordura, en estos tiempos, puede llevarnos a la locura.

El único que no se hallaba presente en el salón principal era Elliot. El joven seguía castigado haciendo a saber qué. Cuando la chica se percató de que el chico no estaba allí, empezó a cuestionarse si tuvo algo que ver con los cacahuetes. Estaba claro que Victoria prefería opinar que la muerte no fue un accidente a pensar que sí lo fue. Sin embargo, juzgar a Elliot sin pruebas era algo descabellado. Quizás el varón estaba ensimismado en su castigo, y no estaba implicado de ninguna manera en la muerte del alumno.

*

Más tarde, la joven Victoria divisó la figura de Elliot en la biblioteca. Estaba sentado en una de las sillas con las piernas reposadas en la mesa. Parecía leer algún libro con el cual estaba tan distraído que no se percató de la presencia de la chica, o más bien, fingía no verla. A su lado, había una caja llena de estos, los cuales debía ordenar en sus respectivas secciones. No parecía que su castigo le importara, su actitud arrogante y pasota denotaba todo lo contrario a un alumno recibiendo disciplina. Respiraba calmado, cualquiera diría que parecía de lo más inocente en aquella biblioteca.

—Elliot —lo llamó ella sin importarle la interrupción.

—¿Sí?

—¿Te has enterado de lo que ha ocurrido?

—Claro que sí. Las paredes son de papel, se caen a trozos. ¿Cómo no iba a enterarme? —dijo sin despegar la vista del libro.

Ella, con curiosidad, quiso saber qué libro lograba adentrarlo de esa bella manera en la lectura. Así que, intrigada, leyó las letras que estaban escritas en la portada.

El cuervo, de Edgar Allan Poe.

—Buen libro —halagó la joven.

—¿Verdad que sí? Una vez leí que: «los buenos libros son como un salto al vacío, caes sin paracaídas, te aprisionan el corazón en el camino y mueres al golpear la última hoja». Razón no le falta.

Demasiado sosegado, demasiado sospechoso. ¿Por qué lucía tan tranquilo? Quizá quería pasar desapercibido por un día entre tanta locura.

—Me estás interrumpiendo. ¿Te importaría largarte de una maldita vez, Massey?

«Y ahí está. Mucho ha tardado en salir», pensó la muchacha para sí misma.

—¿No has visto nada raro? —insistió.

—Si lo que quieres saber es si tengo algo que ver en la muerte de ese chico, la respuesta es no. Además, ¿no es lo que querías? Tarde o temprano tu grupito de salvadores acabaría con él.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mírate, actuando como una niña santa en cualquier colegio religioso. No te hagas la estúpida, Devan murió en vuestras manos.

—¿Qué viste, exactamente?

El joven sonrió con suficiencia.

—Pude observar a Caym volviendo de algún sitio del exterior. Estaba

manchado de tierra y algunas gotas secas que parecían ser sangre.

Si solo vio a Caym volver del bosque, entonces no presencié la transformación demoníaca del joven. Por unos segundos respiré aliviada, pero su calma se esfumó en cuanto recordé que Elliot era un experto en la manipulación y las mentiras. Podía estar jugando y ella no darse ni la más mínima cuenta.

—Debéis de guardar muchos secretos. Me gustaría unirme a vosotros.

Aquello había dejado un tanto pasmada a la joven. ¿Elliot queriendo unirse a su grupo? No tenía muy claro si eso traería más problemas que calma. Era evidente que el joven era astuto, solía moverse por las sombras sin que nadie se percatara de su extraña presencia. También guardaba secretos, oscuros secretos de los que nadie estaba enterado. No obstante, Lucas le tenía bastante aborrecimiento, y aquello no le haría mucha gracia.

Desde un principio, Victoria supo que Elliot era un joven enterado, su personalidad denotaba inteligencia. Podía pasar desapercibido en la sociedad sin ningún inconveniente, aparentando ser un chico de lo más corriente.

—Agradezco todos los traumas de mi infancia que deformaron mi personalidad. Me hubiera odiado como un idiota más del montón —añadió, esbozando una media sonrisa.

—¿Por qué alguien como tú querría unirse a alguien como nosotros?

—Porque me necesitáis.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Soy el sobrino del director, ¿quieres que te diga más? Dispongo de puertas en las que nadie más puede entrar. Ya te lo dije.

Ella guardó silencio. No tenía nada más que añadir, prefirió darse media vuelta y consultarlo con sus compañeros. Aunque, claro estaba el hecho de que, si Elliot se unía, el joven poseía habilidades que lograrían que aumentara la posibilidad de que sus actos fueran más invisibles de lo que ya eran.

Antes de que saliera de allí, Elliot detuvo su paso llamándola.

—Victoria.

—¿Qué?

—«La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia» —citó una de las famosas frases de Poe.

La muchacha le lanzó una mirada furtiva. Sin decir nada, se apuró en irse.

La campana había sonado anunciando a los alumnos la siguiente clase. Cuando Victoria salió de la biblioteca, se encontró de rostro con Caym, ella dio un sobresalto y lo miró a la cara. De su expresión burlesca y arrogante podía deducirse que había escuchado toda la conversación con Elliot. Victoria trató de sonreír ante su inesperada presencia, pero, en vez de eso, solo consiguió una mueca forzada.

—Te encanta inmiscuirte donde no te llaman, ¿verdad, querida? Nunca aprendes.

—No he hecho nada. Solo he ido a hablar con Elliot.

Sus ojos grisáceos conjuntaban de maravilla con el oscuro cielo y la tormenta que se aproximaba.

—Es posible que la tormenta cause un apagón, así que no te separes de mí.

—De acuerdo.

Al pasar por delante de la enfermería, los jóvenes se percataron de que Benister no estaba en la camilla. Desde su secuestro había permanecido allí, recuperándose de las lesiones y la deshidratación. No obstante, a Victoria le pareció extraño que la muchacha no siguiera en la enfermería; tampoco se paseaba por los pasillos ni su habitación estaba ocupada. Dirigió una mirada cómplice a su compañero, él tan solo se encogió de hombros.

La presencia de la enfermera Margaret resolvió sus dudas respecto a su compañera ausente. Al parecer, su familia se la llevó a casa para alejarla del siniestro hecho en el que se vio involucrada.

—¿Cuándo se la llevaron? —indagó ella.

—De madrugada.

—¿Por qué todos los alumnos se marchan de madrugada? ¿Acaso no hay otro horario para que se los lleven? No entiendo por qué sois tan raros.

Margaret soltó una risa amigable.

—Ella estaba apurada en llamar a su familia y salir de allí. Sus temores

aumentaron y no confiaba en nadie. Prefería estar segura en casa. ¿Por qué estás tan susceptible, mi niña? Cálmate, nadie va a morderte.

«Me incomoda que me llame *mi niña*. Me hace sentir extraña», pensó.

—Nos vamos a clase. Hasta luego —espetó la joven queriendo finalizar la conversación.

*

Al anoecer, la tormenta había aumentado con fuerza. Las ramas de los árboles se movían con ímpetu, y las gotas de lluvia golpeaban el cristal. Melissa tenía miedo, se encogía en las sábanas como un perrito asustado, a veces gimoteaba en cada trueno que escuchaba, tapándose los oídos. Esa manera tan asustadiza e inocente la hacía lucir como una niña pequeña. Sin embargo, Victoria disfrutaba de la tormenta, el mecer de los árboles y las gotas resbalándose por el cristal.

—Quiero dormir y esta tormenta no me va a dejar hacerlo —se quejó la rubia en la penumbra.

—Tengo dos pastillas para dormir, si quieres te puedo ofrecer una.

Melissa sonrió con entusiasmo y se tomó la pastilla que le ofreció su amiga. A los pocos minutos, se fue adentrando en el sueño con placidez, a pesar de la llovizna tan fuerte que caía. Victoria se removía en las sábanas sin sueño alguno. En la noche, su activa mente lograba que se desvelara tras tener todos aquellos pensamientos. Sin duda, pensar por la noche es toda una actividad masoquista.

La presencia de Caym rondó su mente, imaginándose si yacía en la cama fingiendo dormir. Debía de ser estresante permanecer todas aquellas horas de la noche simulando ser un humano ordinario.

«¿Cuántas noches se queda mirando el techo sin hacer nada? ¿Hará algo aparte de quedarse en silencio?».

—¿Por qué estás pensando en mí? —preguntó de repente el varón, que había aparecido a los pies de su cama.

Victoria se impresionó por la repentina voz masculina que había oído. Aún no se acostumbraba a sus apariciones sin la necesidad de utilizar las puertas. No se imaginó que, si pensaba en él, lo sabría. El joven se cruzó de brazos

observándola en la oscuridad. Algunos relámpagos lograban alumbrar su rostro, que lucía bastante sombrío.

—¿Qué haces por las noches cuando todos duermen? —preguntó incorporándose en la cama.

—Nada de lo que puedas sorprenderte.

Se miraron con fijación sin decir nada, parecía que Caym no tenía intenciones de marcharse. Quizá saber que ella estaba despierta le daba el gusto de no aburrirse. Ella se colocó un mechón de cabello tras su oreja. Sabía todo tipo del lenguaje no verbal, y que ella hiciera ese gesto le hizo saber que tenerlo ahí le agradaba.

—Tengo miedo. ¿Te gustaría acurrucarme en las sábanas hasta que me duerma? —dijo Victoria con notable falsedad.

—Mientes. Te gustan tanto los días grises como a mí.

—Abrazame hasta que me duerma —insistió.

—No.

—Por favor.

—Mis abrazos tienen un precio. ¿Estás dispuesta a pagar lo que sea?

—¿No es suficiente con tener mi nauseabunda alma en tu poder? Pides demasiado.

—Soy exigente.

—Ven de una maldita vez, Caym.

—Te lo tendré en cuenta, quedas advertida.

Se metió bajo las sábanas con ella y la abrazó por la espalda rodeando su brazo por su cintura. Ella sonrió con satisfacción al lograr que su demonio la obedeciera por una vez en la vida. Escuchaba su respiración en su oreja y no pudo evitar que su piel se pusiera de gallina. Tenerlo de esa hermosa manera lograba que la joven no pudiera contener los pensamientos obscenos hacia su persona.

Hubo un silencio ensordecedor en el que lo único que se oían eran sus respiraciones al mismo compás. Ninguno de los dos se atrevía a romper el

silencio; Victoria, por escuchar su hermosa respiración, y Caym, por la incómoda posición en la que tenía abrazada a la muchacha.

—Los demonios son ángeles revolucionarios —dijo ella captando su atención.

—¿Por qué dices eso?

—No seguís normas, no os gusta la monotonía. Vais por libre, ansiando disfrutar de todo lo que conlleva vivir. Os deleitáis en la lujuria. Sois, en todo su esplendor, ángeles revolucionarios.

Caym no respondió. Tampoco hizo falta que lo hiciera, disfrutaba del silencio si era junto a él.

—Nadie se hace adicto a algo que no destruya. Incluso el amor es capaz de destruirte en todas sus formas. Sé que tú me vas a doler, pero quizá sea un dolor que merezca la pena vivir —musitó la joven sin importarle lo que acababa de soltar por su boca.

—Aléjate de esos pensamientos, Victoria.

Ella se giró con rapidez para mirar su hermoso rostro. Caym miró sus ojos esmeralda, que no parecían querer apartar la mirada de su cara.

—Eres mi demonio, por lo tanto, puedo tener todos los pensamientos que me dé la gana, y, si eso conlleva aferrarme a la esperanza con el único propósito de pensar que tú estás ahí, seguiré aferrándome con tanta fuerza que odiarás haberme conocido.

—Victoria... —regañó él, apretando sus dientes.

Una nota fue deslizada por la ranura de la puerta haciendo que la joven se sobresaltara de la cama y acudiera a ella. La última vez que alguien introdujo una nota fue Elliot. Cuando quiso ver al individuo que había dejado la carta, los pasillos estaban lo suficientemente oscuros como para no divisar ninguna silueta en ellos.

Sin apuro, leyó la carta a la vez que Caym se posicionaba a su lado.

Puerta abierta para la cena y el miedo. ¿Será santo o pecador su dueño? Hay que escanear la tierra si quieres ver algo dentro.

—¿Qué diablos es esto? ¿Un acertijo? —formuló ella sin comprender aquella misteriosa nota.

Caym sonrió con suficiencia. La nota no estaba firmada por nadie, y en la letra parecía que el individuo se había esforzado lo suficiente para hacerla distinta. Ella sospechó de Elliot, pero, si fue el joven, ¿qué quería lograr con aquel acertijo? ¿Era una pista para desenterrar un secreto?

Capítulo 26: Enigma

Caym estaba sentado en la silla de escritorio giratoria dando vueltas sobre sí mismo. Observaba a Melissa con atención, estaba intrigado con su dulce sueño. La rubia ni siquiera se percataba del ruido en la habitación o los murmullos. Aquella pastilla para dormir la había dejado bien anestesiada en su fase REM.

La tormenta no parecía querer menguar en unas horas, pero al menos los relámpagos ayudaban en escasos minutos a alumbrar el cuarto de la joven.

Mientras el varón estaba juguetón en aquella silla, Victoria inspeccionaba la extraña y curiosa nota que habían dejado bajo la puerta. Leía y releía aquel acertijo, queriendo resolver el enigma que se traía. Admitía que los acertijos siempre le habían gustado, pero no en aquella situación tan macabra. ¿Qué había que escanear bajo la tierra? ¿Qué escondía bajo sus pies?

—Veo que le has dado uso a las pastillas para dormir. La tienes bien drogada a tu compañera —murmuró el joven junto a una risita perversa.

Victoria lo ignoró ensimismada en la nota. Trataba de encontrarle alguna lógica con la cual continuar. No tenía muy clara la finalidad de aquel acertijo. Podía estar jugando con su mente de manera burlesca o podía ser una buena pista.

—Caym, ven aquí —hizo un ademán para que el muchacho se posicionara a su lado. De inmediato, se acercó a ella, acudiendo a su llamado—. «Puerta abierta para la cena y el miedo...» —releyó en voz alta—, ¿crees que se refiere a la cocina? Quizás allí haya otra pista.

—Hmm, puede ser.

—¿Quieres venir conmigo?

—Siempre estoy dispuesto a meterme en problemas junto a ti —se acercó veloz a escasos centímetros de su cara y la miró con malicia—, pero no te confundas. Tu extraña actitud de querer poseerme cuando todo esto termine hace que quiera acabar con tu miserable vida antes de tiempo.

Victoria lo desafió pegando su frente contra la de él con dureza, Caym frunció sus cejas confundido. La joven desvió su mirada a los labios carnosos

de él, queriendo saborearlo. El joven, sin embargo, estaba lo suficientemente molesto como para matarla de pensamiento repetidas veces. No comprendía cómo tenía la desfachatez de enfrentarse a él sabiendo que podía arrancarle el corazón de cuajo en un santiamén. Su personalidad hacía que la odiara a la vez que la admiraba, pues su actitud mezquina y egoísta, en parte, le recordaba a sí mismo. Era como apreciar su propio reflejo.

—Puedes apretar mi cuello cuanto quieras, no tengo nada que perder en esta vida —musitó ella.

—Me asombra tu increíble valentía de desafiar a quien sabes que tiene tu vida en sus manos. ¿Qué clase de ser humano eres, niña? ¿Por qué no gritas ni te arrodillas ante mi presencia?

—Puedo gritar y arrodillarme siempre que hablemos de otro concepto.

La muchacha acudió a uno de los cajones de su escritorio para agarrar una linterna por si hubiera un apagón repentino. A pesar de que la tormenta, por suerte, no había causado tal cosa, prefería ir con aquel pequeño foco que llamar la atención encendiendo los interruptores de cada pasillo y cada habitación. No podía permitirse que el director Newell los encontrara merodeando por los corredores como almas en pena. Aunque se mostrara jovial, el hombre empleaba dura disciplina en los castigos que imponía, y la joven no quería recibir uno de ellos. ¿Quién querría ser encerrado en un sótano dejado de la mano de Dios? No era una persona que padeciera claustrofobia, pero no obtener libertad en un espacio diminuto la inquietaba sobremanera, sobre todo por lo último sucedido con Benister.

Deambularon por los pasillos con sigilo, tratando de llegar hasta la cocina sin ser detectados. La joven caminaba en camisón, llamando la atención del muchacho, que lanzaba miradas indiscretas. Ella odiaba que la viera de aquella forma y trataba de esconderse en sus propios brazos, pero era inútil. El camisón que obsequiaban en Fennoith no era para nada atractivo, más bien parecías estar durmiendo con un trapo viejo de 1930.

—Deja de mirarme, lograrás que me irrite más de la cuenta —bisbiseó alumbrando las puertas de los corredores.

—¿Se supone que eso debería asustarme? —se burló conteniendo soltar una carcajada.

La chica se detuvo alumbrando la puerta de la cocina. A primera vista parecía estar cerrada, pero, cuando giró el pomo, se sorprendió de inmediato. Se suponía que todas las puertas debían estar cerradas pasada la hora de la cena, y que aquella no estuviera bajo llave era extraño. ¿Acaso había una pista como bien había acertado ella? ¿Quién era la persona que tenía las llaves de todo el internado?

Inspeccionó con ahínco cada cacharro que se hallaba ahí dentro. Lo único que parecía estar bajo llave era un cajón de encimera donde se escondían los cubiertos, incluyendo los cortantes cuchillos. Debían de tener problemas con aquello si un cajón de cocina estaba bajo llave, ya que era inusual verlo así.

La joven alumbró la despensa sospechando primeramente de ella. Atisbó varios tarros de especias y un largo catálogo de comida, nada interesante.

—¿Por qué miras aquí? —quiso saber el joven.

—Una pequeña hoja de papel puede estar escondida en uno de los tarros de especias.

—Si tú lo dices...

—Cuando la encuentre, te aseguro que te cerraré la boca.

Se alejó de ella con actitud altanera, buscando por sí mismo lo que la chica quería encontrar. A pesar de la oscuridad que había, el varón se movía audaz sin chocar si quiera con ninguna esquina. No hacía falta que ella alumbrara por donde pisaba, ya que él sabía perfectamente valerse por sí solo. Sus habilidades sobrenaturales eran de gran ayuda.

—¡La tengo! —exclamó Caym agitando la pequeña nota para que le alumbrara. La joven soltó un bufido—. Parece ser que te he cerrado la boca yo. Qué sorpresa, ¿verdad, mi querida Victoria?

Ella hizo una mueca con molestia.

—¿Dónde la has encontrado?

—Dentro de una cacerola. No era tan difícil.

Victoria le arrebató la nota de las manos para leerla en voz baja.

—«Si me conoces, querrás compartirme; si me compartes, me perderé. ¿Qué soy?».

—Un secreto —contestó su demonio.

Ella lo miró asombrada ante la facilidad del chico al resolver esa adivinanza. Sin embargo, empezaba a mosquearse con aquellas dichas notas. ¿Quién las escribía y quién guardaba ese oscuro secreto?

—Esto no tiene gracia. ¿Acaso están jugando con nosotros? Ya sabemos que cada acertijo nombra los secretos, pero ¿quién diablos los guarda? —comentó la joven con cierto hastío.

Unos pasos paulatinos se pronunciaron en los pasillos dirigiéndose a la cocina. Caym agarró con fuerza a Victoria y la obligó a esconderse en el cuartillo de la despensa junto a él. El espacio era diminuto y había que tener mucho cuidado para que ninguno de los tarros de especias se balanceara en las estanterías. No tenían ni idea de quién era quien había entrado, pero se lo veía molesto.

—¿Qué hace la puerta abierta? ¡Maldita mujer! Le tengo dicho que la cierre —se quejó el director para sí mismo.

El sonido estrepitoso de un manojito de llaves sonó en la cocina junto a las maldiciones que soltaba el director Newell.

—Espero que no hayan robado nada estos niños. Bastante tengo ya con Elliot.

Seguía hablando solo a pesar de que no había nadie a su lado. Claro que el hablar solo era tranquilizador, y en ocasiones es hasta terapéutico. Newell era un señor en sus cuarenta y muchos. Dado el lugar en el que se encontraba, rodeado de tanta malicia y locura, no era de extrañar que en ocasiones se le fuera la cabeza.

La puerta fue cerrada con llave desde fuera. Victoria se inquietó mirando el rostro burlesco de Caym. Él no parecía intimidarse al darse cuenta de que estaban encerrados en la cocina.

—¡Nos ha encerrado! —exclamó en un susurro alto.

—¿Y qué? Más diversión para nosotros.

—No es ninguna diversión, Caym. Es una maldita cocina, no hay nada interesante aquí.

—Yo soy interesante, querida.

—¿No lo entiendes? Nos impondrán un castigo si amanecemos aquí dentro.

Caym soltó una risa silenciosa haciendo que la joven soltara un suspiro. No aguantaba cuando se reía de ella y de su frustración. No quería permanecer allí hasta el amanecer, pues a saber qué diría la cocinera sabiendo la mala relación que ambas sobrellevaban. Esa mujer era muy dura y malintencionada, no soportaba a los adolescentes ni sus problemas mentales.

Victoria sabía que el varón estaba jugando con ella. Si por él fuera, ya habría salido de aquella cocina sin necesidad de abrir la puerta. De alguna forma parecía castigarla, quizá por la posesión que quería tener ella sobre él, o su egoísmo. La joven comenzó a dar vueltas sin sentido alguno, mientras que el chico se apoyó en la pared de brazos cruzados, observándola con diversión.

—No me hagas esto, idiota —dijo ella con desagrado.

—¿Hacer qué? No te estoy tocando.

—¡Vámonos de aquí, ya! Me estás poniendo de los nervios con tus estúpidos juegos infantiles.

—Menos lobos, Caperucita. Tranquilízate, y ya veremos el resto.

—Caym, sabes perfectamente la clase de poderes que tienes. Abre la puerta de una maldita vez.

—¿Qué mezquina! ¿Así te educaron? ¿Dónde están los buenos modales?

Ella giró sobre su eje dándole la espalda. Habría gritado todo tipo de blasfemias si no fuera porque debía guardar silencio. ¿Con qué derecho se atrevía a jugar con ella? No le parecía nada gracioso estar en aquella situación. Sin embargo, él se lo tomaba a chiste.

—No me hables de buenos modales sabiendo de dónde vienes tú.

El joven sonrió con soberbia. En pocos segundos, se posicionó tras ella, dándole un pequeño abrazo, rodeando su antebrazo por encima de sus pechos. Que le dedicara aquella extraña muestra de afecto hizo que ella se confundiera más de la cuenta.

—¿Qué haces? —inquirió con cierto rubor en sus mejillas.

—¿Te gustaría complicarte un poco más la noche, mi querida Victoria? —cuestionó con una sonrisa pintoresca.

—¿A qué te refieres?

En un abrir y cerrar de ojos, el joven se había transportado de un lugar a otro en brazos de Victoria. Ella quedó estupefacta, y al principio perdió un poco el equilibrio del repentino mareo por el extraño cambio de imagen visual que él la había hecho observar. Parecía estar soñando, jugando con los espejismos y la realidad a su antojo, apoderándose de su mente. La expresión de su demonio denotaba malicia con un ápice de travesura. Victoria lo miró sin comprender muy bien cómo habían llegado a la mitad de aquellos corredores en penumbra, ni por qué estaban allí.

El hecho de que el chico hubiera usado su poder junto a ella la había dejado pasmada y con un repentino cansancio. Sin embargo, alucinaba al experimentar tal poder sobrenatural, y fantaseaba con que lo hiciera más de una vez. ¿Quién no querría jugar con ello si era algo extraordinario? Era digno de quedarse boquiabierto.

—¿Qué hacemos en la consulta de Jenkins? —comentó con un bajo murmullo.

La luz de la luna se asomaba por el ventanal, como única guía para moverse en aquella habitación.

Los cuadros tan extraños y sombríos que en las paredes se hallaban lucían más tétricos que durante el día. ¿Cómo alguien podría abrirse mentalmente en aquella habitación con cuadros como *La cara de la guerra* de Salvador Dalí? Era espeluznante a la vez que surrealista y fantástico. Sin duda, Jenkins era una fanática de Dalí y de sus curiosas obras maestras.

Caym se paseó por la consulta, jugueteando con cada cosa que tocaba. El joven señaló un cajón de los archiveros en donde se guardaban los expedientes de los alumnos, para que lo abriera Victoria. Parecía ser el de los nombres que empezaban por E. Ella tragó saliva mientras observaba su sonrisa burlesca que tanto lo caracterizaba.

—¿Qué quieres que haga?

—La última vez vinimos aquí para espiar el documento de Elliot. Adelante, observa por ti misma qué esconde ese parásito.

Se acercó al archivero y buscó con vehemencia su expediente. Ojeaba cada uno de ellos hasta lograr encontrar su correspondiente nombre y apellido. No

se podía imaginar qué historia grotesca ocultaba ese joven ni por qué estaba en Fennoith. Su extraña personalidad sociópata era lo único que se sabía de él. Sus ganas de manipular y robar la felicidad de otros para luego hacerla añicos en sus propias manos como un desecho.

Cuando por fin encontró su correspondiente expediente, lo agarró con sorpresa y se apresuró a leerlo.

Todo parecía correcto, hasta que leyó aquella frase que la dejó absorta.

«La historia de Elliot Lestrage es desconocida».

¿Había leído bien? ¿De verdad la historia de ese joven era un enigma? Si Jenkins le hacía consulta al alumno, ¿por qué desistía de conocer el motivo de su encierro? ¿Acaso el director Newell era quien le había prohibido confesar por qué se hallaba allí? La psicóloga no era una mujer que se rindiera con facilidad, husmeaba en tu interior, haciendo que tu fibra sensible se despertara y rompieras en confesar, era muy buena en lo suyo. Pero, en este caso, ella no parecía querer entrometerse en la vida pasada de Elliot.

—¡Ese parásito no tiene historia! Qué injusto que los demás tengan que contar su pasado y este no hable del suyo. ¿Por qué Laura Jenkins no le presta importancia?

—Quizás porque Laura Jenkins esté acobardada —comentó con desdén—. No sabemos qué ha hablado Newell con ella o en qué la intimidó para arreglárselas en que Jenkins no investigue a Elliot.

Y, sin objetar nada más, salieron de la habitación sin ocasionar ruido alguno. Dieron las tres de la madrugada cuando ambos deambulaban por los pasillos para llegar a sus habitaciones. Victoria tuvo la extraña sensación de ser observada en la penumbra. A pesar del silencio, en ocasiones, se percibía una sombra moviéndose muy cerca de ellos. Era como si la persona que los espía no quisiera ser detectada. No obstante, se imaginaba que su notable agotamiento le estaba jugando una alucinación.

*

A la mañana siguiente, después del desayuno, el director Newell llamó por megafonía a Victoria y Caym, refiriéndose a ellos como los sangres nuevas. Las miradas indiscretas de sus compañeros fueron evidentes, especulando qué habían hecho ambos para que el hombre los llamara. Recorrieron el

pasillo hasta llegar al despacho del director.

La joven tocó a la puerta con dos suaves golpes y el hombre los invitó pasar. Newell estaba taciturno, sentado en su silla de escritorio, fingiendo observar el nubloso día que se había presentado después de toda la madrugada lloviendo.

Cada vez que ella contemplaba el cuadro del director con aquella expresión vanidosa, hacía todo lo posible para no reírse en su cara. Aquel retrato de sí mismo era lo único que cubría las paredes de color pardo desgastadas. Newell giró su asiento y los miró encorajinado, como si aquella expresión fuera a intimidar a ambos. Caym tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, luciendo desinteresado de lo que un director pudiera decirle.

—¿Qué clase de relación mantienen ustedes? —preguntó frunciendo el ceño.

—La clase de relación que no es de su incumbencia —respondió Victoria haciendo que Caym sonriera de medio lado.

Newell hizo una mueca de desagrado ante aquella respuesta.

—Puede que no sea de mi incumbencia, pero se me ha dado el aviso de que Sybarloch estuvo anoche en tu habitación. ¿Acaso debo recordarte que está prohibido la presencia de un varón en la habitación de una chica a altas horas de la noche?

Newell sacó de un pequeño armario productos de limpieza que tendió para que ambos los agarraran.

—¡Estáis castigados! —voceó de repente.

—¡Ni siquiera me ha dado la oportunidad de explicarme!

—Fregaréis los baños que os correspondan. Más os vale que queden impolutos o lamentaréis no haber cumplido las reglas.

—¡Él no estuvo en...!

—¡Fuera, a limpiar! —la interrumpió señalando la puerta.

Victoria apretó su mandíbula con enojo, conteniéndose para no maldecirle en su rostro. Salió de allí dando fuertes pasos. Sabía que la sombra que había presenciado en la madrugada no era producto de su imaginación. Esa maldita persona había ocasionado que ambos estuvieran castigados.

La joven estaba tan enfurecida que, cuando llegó al baño, arrojó los productos al piso soltando un gruñido. Caym ni siquiera le quiso dar importancia a su comportamiento de rabieta de niña pequeña. De inmediato, la muchacha se dirigió a él y le propinó un pequeño empujón.

—¡Ha sido tu culpa!

—¿Mi culpa? Tú decidiste indagar en la cocina —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Tú apareciste en mi habitación!

—Y tú me dijiste que me quedara a dormir contigo.

Al no tener argumentos, la joven empezó a insultarlo dando vueltas de un lado a otro como una histérica. Sin embargo, Caym estaba sosegado, haciendo que ella se enfureciera aún más. No comprendía su serenidad al ser castigado, ni siquiera había expresión en su rostro. Ella odiaba por todos los medios limpiar la suciedad de los demás, odiaba actuar como una señora de la limpieza, ya que le recordaba en parte a su ama de llaves Bernadette.

Las memorias de Benjamín junto a Bernadette rondaron por la mente de la joven, imaginándose cómo ambos gozaban de la considerable cantidad de dinero que había dejado su difunta madre, aprovechándose de ella, riéndose en su tumba.

Su vista se nublaba ante aquellos recuerdos. Los mataba tantas veces de pensamiento que ya no le causaba efecto analgésico. Deseaba tanto verlos arder en las llamas del infierno que no veía la hora de que llegara el día.

Caym apreciaba cómo Victoria maldecía sin control alguno, cegada de sus actos. Estuvo a punto de hacer añicos el espejo del baño cuando él la detuvo agarrando su puño. Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Déjame!

—¿Te estás oyendo? Estás perdiendo la cabeza. Vas a conseguir que te suministren cualquier calmante.

—¡Tú tienes la culpa! —repitió—. ¿Cuándo piensas sacarme de aquí? ¡Cuándo! Esos hijos de puta se están aprovechando de mi madre y de su casa. ¡Es mi casa! ¡Es mi herencia! —exclamaba zafándose de su agarre.

Y, sin previo aviso, Caym la besó. La besaba desenfrenado, mostrando cierta

agresividad con una pizca de deseo. No supo por qué lo hizo, pero de alguna manera ella dejó de gritar. No opuso resistencia, no le rechazó. Quizá para que la muchacha se silenciara y no la drogaran con cualquier calmante.

El muchacho la agarró por los muslos para sentarla en el lavamanos y continuar besándola. El sonido provocador de sus besos era lo único que se oía en aquel mugriento baño. Victoria lo presionaba rodeando sus brazos a su cuello queriendo que no se separara de ella. Él acariciaba su entrepierna por debajo de su falda haciendo que la joven se pusiera nerviosa. Le mordió el labio causándole una pequeña herida superficial, ella soltó un gemido sin importarle mucho el dolor. Saboreó su sangre con excitación, logrando que él jadeara y respirara más aceleradamente de lo normal.

De inmediato, se separó de ella con rapidez y la miró a los ojos.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella.

—Nada —respondió con extrañeza—. ¿Estás más calmada?

Ella no respondió. Prefirió mirar el rostro sobrecogido del chico que responder a su pregunta.

Elliot entró a los baños y los observó con aquella actitud de creerse superior. Victoria se bajó del lavamanos y se ajustó la falda al verlo entrar. Este estudió con la mirada la escena y los productos de limpieza arrojados por el suelo. Sonrió para sí mismo y dijo:

—¿Te gustaron mis acertijos, Victoria?

Antes de que ella pudiera responder, el varón la interrumpió emitiendo una de sus risas perversas.

Capítulo 27: Roedor

La joven Victoria quiso embestir a Elliot tras confesar que él había sido el de los acertijos, pero Caym la sujetó del antebrazo, impidiendo que cometiese una tontería. Elliot fingió un falso temor al ver a la joven con aquella exasperación que emanaba.

—Tranquila, Victoria. No recomiendo que los corderos se crean más valientes que el lobo. Te pueden comer viva —comentó sonriendo con suficiencia.

Ella apretó su mandíbula con enojo. Ya estaba lo suficientemente molesta como para tener la presencia de Elliot delante de sus narices y no poder hacer nada. Que a ese muchacho le gustase jugar por ahí a ser el chico misterioso sin historial le causaba una irritación insoportable. ¿Qué podía guardar con tanto esmero ese chico? ¿Era inocente o pecador?

Después de haber logrado interceptar lo que quería, Elliot salió del baño con aires de fanfarrón, despidiéndose de ellos con una sonrisa arrogante.

Todavía no había entendido el propósito del muchacho escribiéndole aquellos ridículos acertijos. Ni siquiera se había explicado. Parecía que le gustara que Victoria corriera en busca de él, tratando de hallar las respuestas que quería escuchar. Que una joven como ella no cayera en la manipulación ni en sus encantos era obvio que a él le resultaba todo un excitante juego. Sin embargo, por mucho que intentara manipularla con palabrería melosa, no caería en sus redes; pues si algo sabía hacer muy bien la muchacha era no fiarse ni de su propia sombra.

Siempre había cuestionado a las personas, desconfiando a la primera de cambio, aunque no podía negar el hecho de que Elliot estaba guardando algo gordo y debía descubrir el qué. Su blanco historial era todo un ejemplo de ello.

*

Más tarde, Lucas Ashworth estaba sentado en el sillón de la psicóloga Jenkins con notable nerviosismo. La mujer había salido unos minutos, diciéndole que la esperara, pero el joven no podía controlar sus impulsos de indagar los documentos de los demás alumnos. Estaba convencido de que

Elliot conocía los expedientes de sus compañeros, fanfarroneando de ello y burlándose.

«¿Cómo sabía el chico que murió por los cacahuets el pasado de Melissa? — se cuestionaba para sí mismo — . ¿Quién se lo había contado?»

Cuanto más pensaba que había sido Elliot quien difamaba a su antojo los expedientes que había atisbado, más ganas le daban de arremeter contra él y darle una paliza. Pero sabía que las cosas con violencia no se resolvían, por mucho que intentara controlar el impulso. Sus pensamientos psicóticos parecían decirle que la violencia estaba bien si así conseguía que le temiesen, pero Lucas no quería ser temido, sino ser tratado como un chico corriente y ser aceptado por la sociedad. Desde que le diagnosticaron la enfermedad de esquizofrenia paranoide, las personas le habían tachado como el típico demente aislado al que nadie quiere acercarse, y aquello era algo que entristecía al chico, sobre todo por su madre, esa mujer que lo excluyó para no tener que escuchar las críticas de los demás creyendo que así lo protegía.

—Siento la tardanza —dijo Jenkins con amabilidad.

—No pasa nada.

—Dime, ¿qué te ocurre, Lucas? ¿Por qué has acudido a mi consulta?

Lucas tardó unos segundos en responder.

—Mis... Yo... —titubeó— arrojé mis pastillas a la basura.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Las voces te lo ordenaron?

—No, fue decisión mía. Siento que cuando me las tomo voy demasiado drogado. No me gusta el efecto que me dejan, parece que me he metido cualquier cosa.

—Entiendo, es parte del medicamento. Comprendo que sientas que te arrebatara los sentimientos, pero así estás controlando tus episodios psicóticos. De esa manera podrás sentirte normal, como el resto de las personas.

—No puedo estar normal rodeado de tanta locura, como sucede en este internado.

Jenkins hizo una pausa.

—Debes acudir a la enfermería para que Margaret te dé los antipsicóticos.

—No sé si quiero tomarlos.

«Si las tomas nosotros desapareceremos. Somos los que te ayudamos. Sin nosotros estás muerto, no eres nada, solo carne y huesos», le decían en un susurro alto. Podía sentirlos tan cerca que parecía tenerlos delante. Voces sin rostro, demoníacas, que no eran visibles.

—Debes hacerlo, Lucas. Si no lo haces, harás que la situación sea mucho peor para ti. Cuando tengas un episodio, no nos quedará más remedio que medicarte a la fuerza, y de esa manera te sentirás mucho peor contigo mismo.

«¡No la escuches!».

—No quiero que ustedes me mediquen —murmuró. Comenzaba a tener la vista perdida, mirando de un lado a otro.

«La medicación es más perjudicial que beneficiosa. Te hacen adicto a ella para que, una vez la tomes, la sigas consumiendo hasta el final de tus días. Te matan lentamente. No hay ninguna cura. No las tomes», continuaban diciéndole al joven.

—Recuerda que estoy aquí para ayudarte. Debes tomar las pastillas si quieres que tus episodios disminuyan.

—¿Disminuir? ¿No desaparecerán? —cuestionó con desilusión.

—Poco a poco irás teniendo menos, conforme te vayas medicando llegará un punto en el que apenas tendrás. No puedo afirmarte con seguridad si desaparecerán, pero sí estoy segura de que disminuirán mayormente.

«Es una mentirosa. Solo quiere que te hagas adicto a ellas, como un jodido yonqui. A nadie le importas».

—Cállate... Cállate... —musitó. Jenkins frunció el ceño.

—¿Qué te dicen las voces ahora mismo, Lucas?

—Dicen que las pastillas hacen que me vuelva adicto.

—Eso no es cierto. No contienen ningún ingrediente que vuelva adicta a una persona. Te puedo asegurar que en la gente que ha tomado antipsicóticos sus paranoias ha disminuido notablemente. Tú debes saberlo, Lucas. Cuando te las tomabas tus episodios no eran tan fuertes.

Tenía razón, pero con aquellas voces en su cabeza le era difícil fiarse de ella.

—Iré a la enfermería —dijo poco seguro de sí.

—Bien. Hazlo, no te arrepientas en el camino o tendré que tomar una decisión contigo.

No supo qué quiso decir con aquel ultimátum. Restó importancia a sus palabras y salió de allí.

Daba pequeños pasos queriendo llegar a la enfermería. No estaba muy seguro de si quería seguir consumiendo aquel medicamento, pero tampoco podía saber con exactitud qué tipo de reacción iba a tener si no se automedicaba. No quería volverse agresivo ni lesionar a nadie a la mínima que se alteraba, ¿qué iba a ser de él si dañaba a los que le importaban? No podría perdonárselo jamás y acabaría yendo por la vía fácil del suicidio, porque así nadie lo echaría en falta y no podría herir a terceros.

«¿Pensando en suicidarte? ¡Eso es! ¡Cobarde! ¡Siempre fuiste un cobarde! Hazlo, venga. El mundo iría mejor sin ti».

—¿Por qué están tan negativos hoy? ¿Qué he hecho mal? ¡Dejadme en paz!

Una mano entrelazó la suya con dulzura sin previo aviso. El joven giró su cabeza a su derecha y se encontró con el rostro dulce de Melissa. La joven lo sonreía como si no sucediera nada, como si él poseyera la más absoluta cordura. Lo miraba con un brillo en los ojos que jamás había apreciado en una mirada. Irradiaba ternura, sencillez, inocencia. El hecho de que ella hiciera contacto físico agarrando su mano por alguna razón apaciguó sus miedos. No se sentía solo, la soledad hoy no quería apoderarse de él, pues la compañía de la rubia parecía no querer dejarlo por un buen rato.

La joven, que casi parecía una muñeca de porcelana, con sus cicatrices tanto externas como internas, no quería abandonar a Lucas, aunque él se lo ordenara un millón de veces. Sabía que, aunque el muchacho pidiera soledad, se autodañaría con sus pensamientos y quién sabía qué sería capaz de hacer.

—Margaret me ha dado tu medicamento. ¿Quieres aceptarlo? —le preguntó tendiendo aquel bote de pastillas que tanto odiaba.

—¿Hay luz al final del túnel? —inquirió él con pesadumbre.

—Siempre hay luz, solo tienes que seguir avanzando hasta encontrarla.

—¿Tú la encontraste?

—Sí. Sonará gracioso, pero encontré felicidad en un internado para dementes. Eso te incluye a ti.

Agarró el bote de pastillas y se lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Melissa sonrió al ver que aceptó el medicamento.

—Te ayudaré a encontrar tu luz, Lucas —murmuró en un pequeño susurro inaudible.

*

Más tarde, el profesor Dwayne se acercó al baño de chicas y llamó a la puerta asomando su cabeza. Observó a Victoria limpiando los espejos del baño con un trapo. La cara enfurruñada de la joven hizo que el hombre emitiera una risa incómoda.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Massey?

El hecho de que el hermano de Bellamy estuviera en los baños de chicas no pudo evitar que las memorias de lo sucedido invadieran su mente. Que ese bastardo intentara apoderarse de ella le repugnaba hasta el punto de juzgar a Dwayne como a uno de ellos. Al fin y al cabo, la mala sangre se hereda.

—¿No ve que estoy ocupada? ¿Cree que limpiaría los baños por amor al arte? Ande a corregir sus tareas, o lo que quiera que haga usted.

—Veo que te han castigado.

—¿En serio? ¿En qué lo ha notado?

Dwayne se aclaró la garganta con incomodidad. Se adentró en los baños alertando a la joven. Con disimulo, ella agarró el líquido para limpiar cristales por si debía arrojarlo en sus ojos. Mejor prevenir que lamentar.

—Escucha, Massey —habló con cordialidad—. He estado leyendo el diario de mi hermano y siento que, por alguna razón, te llegó a acosar de algún modo. Cabe mencionar que me avergüenza decir que ese insensato sea parte de mi sangre.

El profesor apoyó su palma en el hombro de Victoria como consolución. Ella se disgustó y quiso sacudirse de su agarre tan repentino, pero no lo hizo y aguantó.

—Lo siento, no quiero pensar que te molestó de alguna manera. No es la

primera vez que lo hace.

—No entiendo en qué se disculpa. Su hermano es un veneno para la humanidad y espero que usted no sea de su misma calaña. No me haga dar el aviso al director precipitadamente.

Dwayne alzó sus cejas con asombro.

—¿Dar el aviso de qué? No te estoy haciendo nada.

La joven apartó su mano con repugnancia de su hombro. Dwayne percibió aquel gesto y se separó de ella.

—Si trata de consolar a una alumna por lo que sea, no hace falta el contacto físico, profesor. No le estoy pidiendo que me toque, ni que me consuele. Así que, por favor, le pido que no vuelva a hacerlo.

—De acuerdo, discúlpame si te he causado una molestia. No hace falta que le digas al director Newell nada, no soy tu enemigo —comentó con una risa nerviosa.

—¿Tiene miedo de algo?

—¿Qué?

—¿Por qué no debería decirle nada al director? —indagó adusta—, ¿esconde usted algo?

El profesor tragó saliva, confuso por su actitud. Se sentía juzgado, observado y, sobre todo, amenazado. Que una joven de dieciséis años lograra intimidarlo con simples palabras hizo que retrocediera el paso, y con lentitud se marchara de los baños. Aunque solo hubiese ido a intentar consolar a Victoria, supo que esa muchacha era dura de roer y difícil de tragar. Sin embargo, para ella era muy normal tener aquella actitud tan sombría y cortante, ya que lo sucedido en Fennoith le hizo dudar de todos y desconfiar siempre de sus palabras. Aunque la joven se muriera de miedo por dentro, jamás se mostraba débil ante aquellos que creían ser superiores, ya sea por edad o por la simple etiqueta de profesor. Tenía una armadura cubriendo su cuerpo para que nadie se atreviera a oler su miedo ni percibirlo. Y, si eso conllevaba sobrevivir ante los lobos, sería la oveja perfecta disfrazada de uno de ellos.

Pudo respirar aliviada cuando el hombre se marchó de allí. Le daba igual si

no le había respondido con el fin de que la viva imagen de Bellamy se esfumase.

Caym se dejó mostrar en los baños, ya que se había ocultado para que el profesor no se percatara de su presencia. Su cara denotaba desconfianza, sin embargo, estaba orgulloso de la actitud fría de la muchacha, que había logrado que así el hombre se planteara hablar de nuevo con ella.

—¿Te lo puedes creer? —rompió el silencio la muchacha—. Ahí va otro loco con aires de cordialidad.

Caym cruzó sus brazos sobre su pecho y se apoyó en la pared fría, observando a la joven.

—Recuerda que tú tampoco estás muy cuerda, Victoria. Quieres asesinar a tu padrastro y a su amante.

—*Touché*. Pero, si quiero hacerlo, es para lograr un bien haciendo el mal. Esos parásitos no merecen estar vivos.

Caym continuaba mirándola con aquellos penetrantes ojos, haciendo que la joven lo observara a través del espejo, eclipsada.

—No puedes volverte loca cada vez que te castiguen. Entiende que harán que te encierren para suministrarte cualquier calmante. No estás en un internado corriente —comentó con el ceño fruncido.

—Suminístrame tú la cura para mi locura —giró sobre su eje para dedicarle una sonrisa traviesa.

Caym frunció su ceño creyendo que aquella expresión la intimidaría, pero Victoria continuó traviesa jugando alrededor de él. La joven se balanceaba como una niña pequeña, haciendo que la falda se moviera a su compás. Tarareó alguna melodía desconocida para él y emitió una risa. Él la miraba sin comprender muy bien su regocijo.

—¿Qué te pasa ahora? —inquirió con hastío.

No respondió. Siguió meciéndose como una serpiente, danzando en un baile hipnótico.

Cuando creía que los límites de la joven no sorprenderían al muchacho, de inmediato se pegó a su cuerpo y acarició su abdomen por debajo de su camisa. Él exhaló y con rapidez agarró sus muñecas con fuerza evitando que

se sobrepasara.

—Victoria, que te haya besado antes no ha significado nada. Lo hice para calmar tus gritos de histérica.

—Entonces me pondré histérica de vez en cuando.

Caym se ocultó al ojo humano de nuevo tras percatarse de los pasos paulatinos del director Newell. Él debía estar limpiando los baños de caballeros. No obstante, no siempre necesitaba actuar como un simple humano para acabar la tarea, con solo un chasquido de dedos todo estaría impoluto, al contrario de Victoria, que debía fregar con todas sus ganas sin ninguna clase de brujería o magia paranormal.

Newell asomó la cabeza para inspeccionar cómo iba el asunto, pensando que la joven se había escaqueado. Al verla limpiar, hizo una mueca y pasó los dedos por cada zona en la que podía haber suciedad. La muchacha, con desagrado, siguió limpiando sin dar importancia al comportamiento estricto del hombre.

—Sigue así —había dicho tras no encontrar una mota de polvo.

—¿Qué relación tiene usted con su sobrino Elliot? —indagó la joven imitando las mismas palabras que Newell había empleado con anterioridad.

—¿Y eso a qué viene, señorita?

—Bueno, se me ha dado la información de que Elliot LeStrange no posee historial. Algo habrá hecho para que sea el único joven que no hace consulta con Jenkins.

—¿Quién ha sido el parlante que te ha dado la información?

—Un pajarito.

—Señorita Massey, le recomiendo que no juegue conmigo. No hace falta que le diga que puedo agravar el castigo si se anda con esas.

—¿Así espera que un alumno con problemas mentales le obedezca? Si usted va por ahí queriendo intimidar a sus alumnos por el mero hecho de ser etiquetado como el director del internado Fennoith, va a conseguir todo lo contrario. Bastante tenemos ya con los problemas de nuestro pasado para que ahora usted nos trate con desprecio. No hace falta recordar a todos en qué está titulado usted. Es más, permítame dudar que no emplea la misma

disciplina hacia su sobrino.

—Elliot está castigado de la misma forma en la que lo estás tú.

—O sea que... ¿Elliot tiene el derecho de pasearse por los corredores en su castigo y yo no?

Newell guardó silencio unos segundos.

—Eres un tanto egoísta, Massey.

—No me importa lo que piense de mí, ningún águila ha dejado de volar por la opinión de una mosca.

—Esa actitud te traerá graves consecuencias —la señaló con el dedo índice.

—Las mismas que usted amenaza con esa facilidad.

Sin duda, Victoria podía continuar dando cortantes respuestas si así lo quisiera, pero Newell se marchó de los baños finalizando la conversación.

*

Cuando la joven acabó de limpiar, buscó con la mirada a su compañero, que había acabado mucho antes. Ella sintió celos de su poder sobrenatural, que en ocasiones le permitía librarse de situaciones desagradables.

Subieron las escaleras hasta sus habitaciones y se encontraron con Melissa y Lucas mirando a través de las ventanas de los pasillos como si en el exterior hubiera algo que los dejaba intrigados. Parecían estar observando algo con ahínco.

—¿Qué hacéis? —cuestionó la joven con fisgoneo.

—En el patio hay una ardilla —dijo Melissa en un bajo susurro, como si las voces la fueran a espantar—. Tiene algo brillante en sus pequeñas manos.

Por unos segundos, la joven creyó que Melissa estaba drogada, quizá sus pastillas para la depresión la hacían estar más calmada de lo normal. Cuando Victoria se acercó a observar lo mismo que veían los ojos de Melissa, quedó estupefacta al ver que tenía razón. Había una ardilla en el patio, posada con placidez en el atardecer. En sus diminutas manos parecía tener un brazalete de plata con el que maquinaba creyendo que se podía comer. Elliot se presentó allí, curioso por lo que los jóvenes estaban observando con interés. Quiso soltar unas de sus extravagantes frases, pero se detuvo en seco cuando

vio lo que la ardilla tenía.

—He visto ese brazalete antes —comentó Caym.

—Pertenece a Benister —añadió Victoria.

Y, sin previo aviso, Elliot echó a correr con exasperación queriendo agarrar lo que poseía la ardilla.

Capítulo 28: El bosque

No habían pasado ni tres segundos cuando Elliot salió exasperado tras la ardilla en el jardín. Que el muchacho hubiera tenido tal reacción hizo que Victoria lo siguiera, queriendo indagar en su actitud sospechosa. Podía sacar todo tipo de conclusiones si el varón se apuraba en robar lo que la ardilla poseía, pues ninguno se inquietó por el brazalete tanto como él lo había hecho.

«¿Acaso Benister no se marchó por voluntad propia?», se cuestionaba la muchacha para sus adentros.

En el tiempo que había permanecido en Fennoith, aún le costaba descubrir todos los secretos que el chico guardaba. No era fácil de tratar, ni mucho menos de sonsacar.

Bajaba las escaleras impetuoso, sin percatarse de que Victoria y sus compañeros lo estaban siguiendo. Estaba más ensimismado en el brazalete que en quienes caminaban junto a él. Una vez llegó al patio, se abalanzó sobre la ardilla, pillándola por sorpresa. El pequeño animal soltó un quejido ante las bruscas manos humanas que le agarraban con agresividad.

—¡No te atrevas a herir a la ardilla, Elliot! —exclamó Melissa tratando de sonar amenazante.

Cuando el muchacho consiguió quitarle el brazalete de sus pequeñas manos, liberó a la ardilla. Esta corrió con rapidez, perdiéndose entre los árboles del bosque que se hallaban tras la verja del internado.

El joven se sacudió el uniforme, ya que se lo había ensuciado tras echarse al césped. Ignoraba a sus compañeros como si no estuvieran ahí, ni siquiera se detuvo a observarlos, quizá por el hecho de estar apreciando lo que en su día estuvo enroscado en la muñeca de Benister. Victoria estudió el rostro ensimismado de él, queriendo sacar alguna expresión melancólica por ello. Sin embargo, la expresión facial de Elliot denotaba enojo. Ella no tardó mucho en averiguar el porqué de su hastío al acechar la pulsera.

—Se supone que Benister se marchó por lo sucedido en el sótano —comentó el joven sin dejar de observar el brazalete—. ¿Por qué entonces una ardilla cualquiera tenía su pulsera? ¿Me han mentido?

—En varias ocasiones se le había caído. Fue encontrada en el sótano la vez pasada. Quizá se le aflojó de su muñeca —alegó Victoria.

Elliot alzó la vista para mirar al rostro de la joven.

—Si eso fuera cierto, quiere decir que Benister se adentró en el bosque. Ella no se marchó con su familia.

—¡Mentiroso! ¡Maldito mentiroso! —farfulló Lucas juzgando su reacción. Elliot lo fulminó con la mirada.

—¿Qué coño haces juzgándome, Lucas? Si vamos a echarnos mierda los unos a los otros, tengo mucho que repartir para vosotros.

—¡Odiabas a Benister! —alegó el joven asqueado—. ¿Cómo esperas que te creamos? Ni siquiera te importó su vida. ¡Seguro que tuviste algo que ver en ello!

—Y qué sabrás tú lo que me importa.

—Eres un sociópata. ¡No te importa nadie! Careces de remordimientos y culpabilidad.

Elliot quiso agredir a Lucas dándole un fuerte empujón, pero Melissa se colocó por medio, como una leona protegiendo a sus crías. Por una vez, a la rubia se le encendió la mirada, alejando su lado más sosegado e inocente. El muchacho la miró queriendo apartarla, pero ella colocó sus palmas en el pecho de él y lo desafió con la mirada.

—Tócale y te juro que me haré un colgante con tus dientes.

Elliot soltó una risa sarcástica al escucharla decir aquella amenaza, pues, si algo caracterizaba a Melissa, era su simpatía y amabilidad. Oírla provocar con simples palabras fue de alguna manera inquietante. Estaba claro de lo que era capaz la chica por defender a quien creía importante, ya fuera su propia vida o la de otro. No iba a dejar por nada del mundo que hirieran daño a Lucas, aunque eso conllevara defenderlo contra alguien corpulento e intimidador.

Retrocedió su paso desafiando con la mirada a Lucas. El castaño era vulnerable, podía soltar todo tipo de palabrotas y blasfemias, pero, dada la ocasión, se acobardaba cuando alguien se le enfrentaba. La única manera en la que obtenía las fuerzas que siempre quiso era cuando las voces le

ordenaban qué hacer y cómo hacerlo.

—Puede que sea un sociópata —dijo mirando cada uno de los rostros de sus compañeros—, pero jamás se me ocurrió dañar a Benister.

—¿Y por qué no? Ya la dañabas con tu palabrería —conceptuó Victoria.

Elliot hizo una pausa de silencio ahogando su voz al mirar el brazalete. A los pocos segundos contestó:

—No tenéis que cuidaros de mi presencia, no soy vuestra amenaza.

—¿Cómo se supone que podemos creerte?

—Es simple: si me creéis, yo liberaré uno de los tantos secretos que guardo.

—Libera ahora mismo uno.

El joven sonrió con suficiencia. Victoria creyó que no respondería, pero el chico se apresuró a contestar.

—El profesor Dwayne intenta cortejar a la psicóloga Jenkins.

Melissa suspiró sin poder evitarlo, Victoria frunció el ceño sin dejar de observar el rostro de Elliot. No podían permitir que Laura Jenkins volviera a caer en el mismo juego, sobre todo por el gran secreto que ahora compartían.

—¿En qué te basas para revelar tal información? —indagó Caym.

—Tengo el placer de merodear libremente por sitios en los que nadie me cree haber visto. Los vi a ambos demasiado cerca, ella con una actitud frívola y él muy bien confiado en su encanto.

No era algo de lo cual dudar. Jenkins tenía la mala costumbre de no conocer muy bien a los hombres antes de llegar a algo más, lo que le causaba graves problemas sentimentales. No era extraño que Dwayne intentara algo como aquello, aunque al hombre no le interesara en absoluto, cabía la posibilidad de que la estuviera seduciendo para inspeccionar sobre el paradero de su hermano o averiguar qué sabía la mujer de él, dada la relación que mantuvieron.

El hecho de que todos se mantuvieran callados al revelar esa información hizo que Elliot se confundiera, pues sus rostros denotaban que sabían algo que él no, y eso le intrigaba. Desconocía la muerte de Bellamy y lo que había intentado hacer con Victoria. Sin embargo, no atisbó en ello.

—¿Me creéis ahora?

—Te creeremos cuando lo apreciemos con nuestros ojos —respondió Melissa.

—Caminad por las sombras y averiguaréis todo tipo de cosas. No sabéis la cantidad de secretos que puede albergar la oscuridad —comentó él dirigiendo una mirada a Caym, con aires de vanidad. El joven tan solo lo observó con aborrecimiento.

Dicho aquello, se marchó del patio, agarrando con fuerza el brazalet de Benister.

*

Más tarde, el olor a comida se asomaba por los pasillos. Victoria se dirigía al baño cuando el olor la distrajo y la hizo cambiar de dirección. Era curiosa y, si no le gustaba la cena que estaban preparando, no dudaría en recomendar otras opciones, aunque no le hicieran caso y la ignoraran. De todas maneras, ver las reacciones tan enfurecidas de la cocinera era digno de espectáculo y admitía que causarle un berrinche era divertido. Aquella señora debía aguantar a cada alumno que se quejaba.

Anduvo con cautela, como un gato acechando a un ratón. Cuando se asomó, pudo ver a la señora, con su delantal blanco atado en su robusta cintura y su cinta de rejilla enroscada en su cabello gris. La mujer movía algún tipo de sopa en una olla, callada y entretenida.

—¿Qué hay para comer? —la interrumpió la joven, dando un pequeño brinco.

Al girarse, pudo leer su nombre en el uniforme de cocina. Al menos ahora podía llamarla de alguna forma.

Beatriz.

La señora de pronto se acercó a la joven con aspecto amenazante y le dijo:

—¿Crees que soy idiota? Ese cabello azabache tuyo lo reconocería a kilómetros. Estuviste en mi cocina la pasada madrugada. ¡Otra vez robando mis cuchillos!

Victoria retrocedió el paso, pero Beatriz la jaló del cabello y amenazó con cortárselo de cuajo. El mal genio que tenía era espeluznante, cualquiera diría

que aquella mujer sería capaz de asesinar a toda persona que robara sus pertenencias. Sus expresiones y su extraña agresividad con quien se dirigía a ella no eran muy normales, viniendo de alguien a la cual se la considera sana mentalmente. Parecía tener un maldito problema con su conducta y violencia, que le hacían ser incapaz de mantener la compostura.

Caym la defendió provocándole quemazón en su estómago con solo penetrar la mirada en ella. Beatriz se quejó sin percatarse de la presencia demoníaca que la estaba causando tal escozor, como llamas consumiendo su interior. La señora se agarró su abdomen y fulminó con la mirada a ambos jóvenes, que se hallaban en los corredores. Ver la extraña expresión del chico, que la miraba con aquellos ojos encendidos en furia, hizo que ella detuviera su agresividad y lo observase con inquietud.

—Si la tocas de nuevo te arrancaré cada una de tus extremidades —intimidó sin dejar de observarla—. Nadie se daría cuenta de qué carne estarían comiendo si quisiera trocear tu cuerpo con la sopa que estás preparando. No subestimes mi demencia, Beatriz. No sabes quién soy ni lo que soy capaz de llegar a hacer.

La cocinera no respondió. Se limitó a cocinar y a hacer como que no había pasado nada. No iba a tener una trifulca contra tal chico sabiendo la amenaza que le había dedicado. Prefirió apretar la mandíbula y no cuestionar las palabras de tal adolescente con problemas mentales.

Caym agarró de la muñeca a la joven y la alejó de allí.

—Gracias por defenderme —confesó ella.

—¡Qué *gracias* ni qué narices! Te dejo un segundo sola y ya estás metida en problemas. ¿No aprendes nunca?

—¡Ha sido ella la que me ha agredido!

Caym se detuvo para demostrarle lo fácil que sería apretar su cuello y que el trabajo de unas robustas manos la llevara a la asfixia.

—Eres una humana, ¿ves lo fácil que sería apretar tu cuello y que murieras asfixiada? No te enfrentes a quien sabes que tiene más fuerza que tú, y mucho menos si no estás armada —comentó él, observando cada una de sus facciones—. No abuses de mi poder, porque no estaré siempre para defenderte.

Silencio. No hubo respuesta por parte de ella, se limitó a agarrar las manos del muchacho, con las que sujetaba su cuello. Sus hermosas manos dignas de parecerse a la estatua del *David* de Miguel Ángel.

Cuando Jenkins pasó al lado de jóvenes, ordenó que se separaran de aquella postura en la que parecían estar a punto de agredirse. El joven siguió con la mirada los pasos elegantes de Jenkins, que inundaban la estancia con el sonido de sus tacones pisando la madera. La mujer se metió en su consulta.

—Vamos a tener una queridísima charla con nuestra psicóloga —murmuró él ladeando su cabeza con diversión—. Ven, sígueme.

Cuando ambos se adentraron en la habitación de Laura Jenkins, la mujer giró sobre su eje estudiando sus facciones. La expresión del muchacho era malévola con una pizca de travesura, la de Victoria era severa e insípida. No supo por qué se encontraban allí, pero le resultó incómodo.

—Buenas noches —habló él dirigiéndose a ella.

—Si queréis consulta, de uno en uno. No admito dos personas a no ser que ambos estén involucrados.

—Victoria y yo somos uno solo. Ella es el alma, yo soy el cuerpo.

Jenkins soltó una risa ante ese comentario. Era evidente que ambos siempre merodeaban juntos, viéndose, así, demasiado unidos. Sin embargo, Jenkins creía que eran solo buenos compañeros, sin nada inusual por lo que alarmarse.

—Psicóloga Jenkins, ¿está usted acostándose con Dwayne? —indagó Victoria sin apuro. La mujer suspiró a la vez que fruncía el ceño. La vergüenza se apoderó de ella y el rubor en sus mejillas se hizo presente.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —profirió con desagrado—. ¿Qué os hace pensar eso?

—Entonces, ¿puede usted desmentir que Dwayne intenta seducirla? —cuestionó esta vez Caym.

Laura guardó silencio durante algunos segundos. Desvió la mirada hacia algún rincón de la habitación prefiriendo no mirarlos a la cara.

—El profesor Dwayne está últimamente demasiado confiado conmigo —confesó con pesadumbre—. Nos tomamos un café y a raíz de aquello quiere

pasar parte de su tiempo a mi lado. No sé con qué intención lo hace, o si en realidad le gusta.

Victoria se sorprendió al saber que Elliot había dicho la verdad. Por unos instantes desconfió de su palabra, pero, al escuchar la afirmación de la mujer, estaba claro que el muchacho no mentía.

—Ay, psicóloga Jenkins —dijo Caym soltando un largo suspiro exasperado—, si usted no aprende a diferenciar las buenas personas de las tóxicas, va a ir muy mal encaminada. ¿Hace falta recordar cómo me hizo enterrar el cuerpo de su amorcito?

—No he correspondido los buenos modales del profesor Dwayne. No me juzguéis.

Quizá era cuestión de tiempo que Jenkins cayera en las zarpas del profesor. Si tuviera un poco de sentido común, ni se le ocurriría tomarse algo con tal persona. Aunque el hecho de que ella tuviese una actitud cortante con él al menos le aseguraba que no quería llegar a nada más de lo profesional. Pero Dwayne no se rendiría tan fácilmente.

—No es una adolescente, tiene sus años para saber qué está bien y qué está mal. No permita que vayamos controlándola en cada error que cometa porque usted es mayorcita y puede cuidarse por sí sola. No cuente conmigo en sepultar su próximo cadáver si va a bajarse la ropa interior con cada hombre tóxico que la corteje.

Escuchar ese lenguaje obsceno que empleaba el muchacho hacia su psicóloga hizo que la mujer se indignara.

—¡Caym Sybarloch! —le regañó—. ¡Estás hablando con tu psicóloga!

—¿Acaso he dicho algo incorrecto? Usted ni siquiera aprende de sus errores. Los humanos tropezáis una y otra vez con la misma maldita piedra.

Jenkins cambió su expresión facial a una más seria, quizá la más sombría que habían apreciado en ella. Se acercó al joven intimidándolo con la mirada. El varón se mostró juguetón ante tal comportamiento que había logrado revelar en Laura.

—Si Dwayne intenta sobrepasarse conmigo, ya sea por abusar o por indagar en donde no tiene que indagar, no dudaré en golpearlo con el mismo bate de

béisbol con el que maté a su hermano. ¿Te queda claro? —musitó con hastío.

—Como el agua —respondió él sonriendo con soberbia.

—Si es eso lo que queríais saber, ya podéis marchaos.

Había algo más por lo que preguntar a Jenkins: el expediente vacío de Elliot. Ella debía saber por qué era el único alumno que no poseía historial. Era frustrante no saber la oscura historia de aquel muchacho, y carecer de información, o tener certeza de su supuesta inocencia en un mundo cruel y lúgubre. Tan solo podían basarse en los hechos constatados del chico, que tampoco eran muchos.

—¿Por qué Elliot Lestrangle no tiene expediente? —cuestionó la muchacha con interés.

Jenkins alzó sus cejas son asombro.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—No pregunte el cómo y responda con simpleza.

La psicóloga no quiso responder. Se comportó de manera incómoda, ojeando algunos papeles de su escritorio creyendo que, si la ignoraba, la joven dejaría de preguntar, pero no fue así.

—Tengo mucho papeleo y debo ponerme a ello.

—No me marcharé sin una respuesta.

—No tengo ninguna respuesta congruente, Victoria. No puedo darte lo que deseas oír porque ni yo misma sé cuál es la historia de él. Y, aunque lo supiera, se me está prohibido revelar información confidencial. No pienso cometer el mismo error. No quiero ser despedida.

—¿Qué pasó para no poder indagar en su expediente? ¿El director Newell la amenazó?

—Hoy en día la mayoría de los conflictos se resuelven con amenazas.

No parecía que Jenkins quisiera soltar prenda, y era lógico que rehusase hablar dado el estado encolerizado que había emanado ante todas aquellas preguntas de Caym. Aún seguía molesta y no era un buen día para sincerarse. Quizá en otro momento menos violento pudiera atisbar en ello.

Sin nada más que objetar, salieron de la consulta de Jenkins.

*

Cuando llegó la hora de la cena y los alumnos se reunieron para servirse su comida, Elliot agarró una pieza de fruta, se acercó a Victoria y le dio una nota en una hoja arrancada de uno de sus cuadernos. Acto seguido, se apresuró a irse del comedor a alguna parte. Parecía tener prisa y prefirió no comer la sopa que estaban sirviendo. El joven siempre parecía estar entretenido, maquinando cualquier cosa que no fuera lo cotidiano. Desde que había encontrado el brazalete de Benister se lo veía distante, apresurado y, sobre todo, intrigado.

Antes de que la joven llegara a la fila y se sirviera la comida, agarró a Caym del antebrazo y lo alejó del bullicio de alumnos. Le enseñó la nota que el chico le había obsequiado.

Tengo la llave de la puerta de la verja. Voy a entrar al bosque para ver si Benister se encuentra allí. Puedes seguirme con tus amigos o quedarte donde estás. No voy a delatarlos.

Capítulo 29: Advertencia

Victoria dudó si abstenerse de seguir a Elliot adentrándose en el bosque, pues el joven no era de fiar y, por mucho que se esforzara en sonar afable, a ella le costaba tratar de fiarse de su palabrería. No supo la razón por la que le informaba de que iba a buscar a Benister afuera, no comprendió tampoco por qué quería que lo siguieran. En un santiamén, el chico podía engañarlos, hacer como que había ido a tal sitio para así lograr que Newell les impusiera un duro castigo. Sin embargo, no pareciera que el varón estuviera mintiendo. Su actitud precipitada, ansiosa y exhausta la hizo cuestionarse si de verdad él estaba intrigado en la chica o fingía hacerlo para pasar desapercibido entre el rebaño de jóvenes dementes.

Pasaban los segundos y parecían ser eternos, mientras decidían si debían seguir al muchacho o dejar su curiosidad por una vez a un lado. Ella empezó a sospechar que en el bosque se hallaban algunas pistas para la saciar la incertidumbre que poseía.

«¿Y si allí se maneja toda la malicia y crueldad que se esconde en Fennoith?», pensó.

Tuvo inquietud cuando recordó que Bellamy estaba enterrado allí. Su pulso se aceleró, notando los latidos palpar con furor en su pecho.

«¿Qué pasa si Elliot decide cavar bajo la tierra, creyendo que Benister está sepultada? ¿Y si descubre el cuerpo del profesor Bellamy?».

El bosque era grande, con gran cantidad de árboles, tierra y follaje. Sería mucha casualidad que precisamente en el sitio en el que decidiera cavar, estuviera el cuerpo inerte de Bellamy, consumiéndose por los insectos y gusanos. Caym estaba muy seguro de que lo había enterrado muy lejos, alejándose de la estructura antigua del internado.

Elliot no se alejó tanto para lograr volver con rapidez sin que nadie echara en falta su presencia. Además, debía regresar antes de que los alumnos terminaran de cenar o Newell sospecharía de la ausencia de su sobrino.

—No me gusta la idea de seguir a ese bicho sin historial —comentó Lucas, que empezaba a cruzarse de brazos.

—Somos cuatro, él solo uno. Si la cosa se complica, tengo un cuchillo en mi

mesita de noche que no dudaré en usar —confesó ella con seguridad.

—¿Desde cuándo posees un arma? ¡Podrían pillarte! —se alarmó Melissa, llevándose una mano sobre su pecho.

—Un profesor intentó violarme y varios alumnos matarme —recalcó ella frunciendo el ceño—. ¿Cómo esperas que no tenga un arma? Vosotros también deberíais.

Tenía razón. Por ser una sangre nueva, a los demás les resultaba más fácil intimidar y marcar su territorio si así conseguían atemorizar a los nuevos, pero sabían que con Victoria era complicado. Jamás mostró vulnerabilidad, ni se dejó acobardar por ninguno de ellos. Era una muchacha dura, fuerte y, sobre todo, dispuesta a dañar a quienes la herían a ella. Que la joven poseyera tal armadura, que no podían traspasar aquellos adolescentes, les era frustrante y en ocasiones les resultaba envidiable. Hacía mucho tiempo que una chica no tenía el valor de mirar a los ojos y enfrentarse a los demás como lo hacía la muchacha.

—Cuanta más prisa nos demos, antes acabaremos —murmuró a sus compañeros.

—Recuerda que la curiosidad mató al gato —dijo la rubia con recelo.

—Yo soy la curiosidad, los demás son los gatos.

Cuando la joven volvió aprisa a su habitación para coger el cuchillo de carne, lo escondió bajo su chaqueta y partió con sus compañeros fuera del internado. Procuraron que Newell estuviera lo suficientemente entretenido para no sospechar de la ausencia de los cuatro. Sabían que era arriesgado, y que, conociendo al director, podría verlos si decidía lanzar una mirada de lince. No obstante, el hombre estaba ensimismado charlando con el profesorado y parte del personal médico.

En cuanto salieron en la penumbra de la noche, el frío invernal golpeó sus pieles, erizándolas al instante. Sus narices comenzaron a tornarse rosadas y el vaho de sus bocas era notable.

A simple vista, la oscura y oxidada verja parecía estar cerrada, pero cuando trataron de abrirla se sorprendieron al encontrarla entornada sin llave. Elliot sí que había salido allí fuera. El chirrido que ocasionó al deslizarla hizo que se inquietaran creyendo que a la mínima podían oírlos. En ocasiones, caminar

por las sombras era complicado si cada cosa que tocaban crujía u ocasionaba mucho estruendo por ser antiguo y viejo. La discreción es difícil en la noche, los sonidos se perciben mucho mejor.

Se adentraron en aquel sombrío bosque, con la única luz de la luna como guía. No querían alejarse demasiado por si después no sabían volver.

Las ramas arrojadas en la tierra crujían conforme los jóvenes caminaban encima de ellas. Los minutos y segundos aumentaban sin detectar la presencia del varón, buscando con ahínco a Benister. Comenzaron a figurarse si de verdad se había adentrado o era una simple trampa. La desconfianza era muy elevada con un chico como Elliot. Para su sorpresa, divisaron al muchacho, jadeando y alumbrando la tierra con una pequeña linterna. Su ropa parecía haberse manchado de suciedad y en su rostro se resbalaban churretes que él se había intentado limpiar sin resultado.

Cuando Elliot los contempló allí, no supo qué decir y se limitó a quedarse en silencio mirando sus rostros.

—¿Has encontrado algo? —indagó Victoria, mirándolo con curiosidad.

—No —respondió haciendo una mueca, frustrado.

—¿Por qué tanto interés en Benister cuando tú mismo aseguraste que no sentías nada por ella?

—¿Y qué te hace pensar que siento algo por ella solo por intentar averiguar su paradero? —respondió él con otra pregunta—. Sé que algo está sucediendo. Se está cociendo aquí, y no huele para nada bien.

De pronto Elliot comenzó a andar por el bosque alumbrando su paso, buscando con vehemencia lo que deseaba encontrar. Ella no entendía por qué actuaba tan paranoico. Quizá el brazalete de la joven se aflojó de su muñeca, como tantas veces se le había caído. Sin embargo, él prefería pensar que alguien la había asesinado.

Un fuerte *crack* resonó en mitad del silencio cuando Melissa pisó lo que creía que era una rama de árbol. Caym había escuchado varias veces cómo sonaba un hueso quebrándose, y el recuerdo de cuando le lesionó el dedo a Benister se le vino a la cabeza como una imagen instantánea. El muchacho detuvo su paso con cierta fascinación, sabía que lo que había oído no era una simple rama. Empezó a morderse el labio inferior mientras se giraba con lentitud.

Los demás se habían detenido observando al pelinegro con aquella expresión divertida. Miró a Melissa, que estaba tras su espalda. Parecía avergonzarse por la mirada de Caym.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Levanta tu zapato de la tierra, bonita —dijo él en un pequeño susurro.

Cuando la rubia observó con curiosidad qué se hallaba bajo sus pies, reprimió un alarido llevándose las manos a la boca. Dio unos cuantos pasos hacia atrás, tropezando y cayendo de trasero sobre la fría tierra.

Tres dedos inertes se asomaban por la tierra, implorando una ayuda que nadie brindó. Elliot comenzó a cavar con sus manos, sin la necesidad de que los demás colaboraran. El chico ya comenzaba a hacerse daño en las palmas mientras desenterraba con desespero y apartaba la tierra a un lado. Cuando apreció la cara desfigurada de Benister junto a los gusanos que empezaban a hacer su trabajo, no pudo evitar colocarse en pie y apartar la mirada de la chica.

Silencio. Nadie se atrevía a decir nada. Melissa no dejaba de respirar con dificultad, haciendo que el agobio se apoderara de ella. ¿Quién la había matado? ¿Quién se había ensañado con ella? Devan estaba muerto, entonces, ¿quién odiaba tanto a la joven como para arrebatarle la vida? Muy pronto todo empezaría a cobrar sentido.

Victoria dedicó una mirada cómplice a Caym. Él sabía qué quería decir con aquella expresión. Estaba designada a matar a quienes eran pecadores y malas sangres. Benister no era uno de ellos. Si ella no causó su muerte, empezó a sospechar que alguien del internado Fennoith estaba jugando a su mismo juego, pero sin tomar en cuenta la inocencia de una joven, llevándose así la vida de otros por mera diversión o por venganza.

Jamás imaginó que un lugar así albergara tanto misterio. Creía que sería fácil salir de allí con solo matar a quienes Caym decía, y listo, se acabaría, pero no era tan simple. Las muertes que habían empezado a surgir eran de alumnos que habían herido a otros con palabrería.

—Les dije que estaba pasando algo —musitó Elliot con la voz enervada.

—¿Quién crees que puede haber sido? —indagó Lucas.

Elliot se mantuvo unos segundos callado. Al principio deseó echarles la culpa a ellos, pero sabía que no habían tenido nada que ver, pues salvaron a la chica cuando estuvo en apuros. No tendría sentido juzgarlos si pretendieron ayudarla a pesar de los problemas que había causado.

—No lo sé. Espero que mi tío tenga la respuesta —respondió apretando sus puños.

—Deberíamos irnos, quedan menos de diez minutos para que la cena acabe —apuntó Melissa con la voz temblorosa.

Y, sin añadir nada más, arrojaron la tierra tapando el cadáver de la joven y partieron al internado.

*

No tuvieron problemas para volver. Elliot parecía conocerse muy bien el bosque y los guiaba por donde debían seguirlo. Aquello a Victoria le pareció extraño. Si el muchacho se conocía el camino para llegar a Fennoith, debía de haber estado con anterioridad escapándose allí y recorriendo el camino de memoria. No tuvo recelo ni reparo en preguntarle al chico cuánto tiempo llevaba encerrado en el internado, a lo que él respondió: «Llevo aquí tres años».

Era lógico que en tres años que llevaba se conociera de memoria el camino al internado, pero aquello no era lo que le resultaba extraño. Lo que en realidad se desconocía era por qué Elliot salía al bosque. Desde un principio sospechó que Benister se hallaba allí. Nadie sospecha de un lugar así si no ha sucedido algo en el pasado.

Al menos, agradeció no tener que manchar el cuchillo que custodiaba bajo su abrigo. No le dio motivos para hacerlo y no parecía que fuera a dárselos.

Llegaron a tiempo antes de que todos terminaran y acudieran a sus habitaciones. Ninguno se percató de la llegada y nadie parecía darles importancia. No obstante, cuando Newell apreció la suciedad en el rostro de su sobrino, no tuvo reparo en dirigirse a él y preguntarle. Elliot escondió de inmediato en su bolsillo las llaves de la verja que le había robado.

Victoria se percató de la frialdad con la que miraba a su propio tío, como si lo aborreciera. Nunca se había parado a pensar que Elliot podía estar odiando a Newell por razones coherentes. Aquel hombre seguía siendo sospechoso de

sus propios actos. El director no quiso mantener una conversación con los demás compañeros que escuchaban atentos. Empezaba a irritarle que todos lo señalaran por tratar de distinto modo a su sobrino por ser de su propia sangre, cosa que él consideraba que no era cierto.

—Ven a mi despacho —dijo el hombre esperando a que el chico lo siguiera.

Elliot apretó su mandíbula y siguió su paso.

La psicóloga Jenkins examinó con detenimiento los rostros de los cuatro jóvenes, que lucían confusos. Cuando Melissa correspondió su mirada, la mujer le hizo un ademán para que ella y sus amigos la siguieran a su consulta. No dudaron si quiera en acudir.

Laura cerró la puerta ante los ojos de los curiosos y se apresuró a indagar.

—¿Dónde habéis ido? He estado buscándoos por todo el internado.

—Salimos al bosque —confesó Melissa.

Victoria le dedicó una mirada con hastío y la rubia tan solo se encogió de hombros. No le importaba confesar dónde estuvieron, ya que se lo estaban contando a Jenkins, no a una cualquiera.

—El cuerpo de Benister está enterrado allí —dijo esta vez Caym, esperando con ansia la reacción de la mujer.

—¿Qué? —masculló—. Pero si ella se...

—Sí, se marchó de madrugada —la interrumpió el joven—, eso es lo que han informado, pero ya ve que no es cierto. ¿Tiene alguna idea de quién ha podido matarla?

Laura trató de no alterarse y controló su pulso cardíaco respirando con tranquilidad. No podía creerse que hubieran matado a una alumna, ni tampoco se imaginó quién era la persona que se lo había provocado. Todos poseían aquellas máscaras de amabilidad y cordura que era complicado destapar o señalar a uno de ellos. Al principio sospechó de Newell, ya que su actitud sombría llevaba a preguntarse la sensatez de aquel señor. ¿De verdad había razones para sospechar del director Newell?

—Dios mío —murmuró con la voz temblorosa—, ¿qué está sucediendo? ¿Quién querría matar a una simple chica adolescente?

No había respuesta para aquello. Estaban tan perplejos como ella. Si hubiera sido Victoria la que se hubiera encargado de su muerte con la ayuda de Caym, su cuerpo jamás se habría encontrado. Al parecer, la chica fue enterrada viva y logró sacar algunos dedos de debajo del montón de tierra, pero fue inútil y no logró sobrevivir. Solo de pensar la agonía y el sufrimiento que debió pasar al ser sepultada con vida hacía estremecer.

—No diga nada de lo que le hemos contado. Si llega a oídos de la persona que está haciendo todo esto, es capaz de hacer algo mucho peor —comentó Victoria.

Jenkins no diría nada al respecto. Si algo sabía hacer muy bien era mantener la boca cerrada. Cuando finalizó la conversación, decidieron irse cada uno a sus respectivas habitaciones.

*

La joven aún no quería irse a dormir, no sin antes haberse pegado una ducha. Cuando ella tenía que ducharse junto a sus compañeras se sentía incómoda y pudorosa. Odiaba tener que hacerlo con espectadores. No podía disfrutar de un rato de soledad sin que las risas y los murmullos en las duchas la distrajeran sobremanera. Cogió su ropa interior y partió hacia allí.

Estaba sola, por fin, sin la colaboración de las demás chicas revolucionadas. Al menos el agua caliente cayendo sobre su piel podía despejar toda la cantidad de problemas que albergaba en su dichosa mente. Con satisfacción, se desvistió y se colocó bajo los chorros de agua de la alcachofa. Estuvo allí durante unos minutos, disfrutando de su soledad sin anhelar la compañía de alguien, pero algo extraño empezó a inquietarla.

El chirrido de la puerta de los baños abriéndose se escuchó, pero no pudo observar a nadie. El champú depositado en su cabello empezaba a caer sobre su frente, impidiéndole abrir los ojos y apreciar con atención quién era la persona que había entrado. Su pulso se aceleró. Podía escuchar cómo abrían una taquilla y la cerraban con fuerza.

Se quiso aclarar el cabello con rapidez. Sin previo aviso, unas fuertes manos la empujaron de espaldas haciendo que resbalara de inmediato. Ella soltó un fuerte alarido cuando cayó de bruces contra el suelo. Imploró la ayuda de Caym conforme observaba los pasos rápidos marcharse de allí. Empezó a gimotear tras la caída y algunas lágrimas de rabia se empezaron a camuflar

con las gotas de agua deslizándose sobre sus mejillas.

Pudo arrastrarse por el suelo y agarrar la toalla para cubrir su cuerpo. Sentía dolor en alguna parte, pero no tenía claro dónde. Solo pensaba en taparse y salir de allí.

El varón acudió a su llamada y la ayudó a levantarse del piso, abrazándola con delicadeza. No le importó que la joven estuviera empapada, solo pensaba en calmar su lamento tan repentino. Victoria hundió su rostro en el pecho de él gimoteando de dolor. Estaba frustrada por no haber podido apreciar el rostro de la persona que la había agredido.

—Creo que me han dejado algo en mi taquilla —dijo la muchacha tratando de aparentar ser fuerte. Odiaba lucir vulnerable en brazos de un ser del infierno.

La ayudó a caminar hasta su taquilla, para que la joven pudiera ver por sí misma qué le habían dejado. Abrió muchos sus ojos cuando pudo ver una nota escrita a ordenador. Muy inteligente hacerlo de ese modo, si alguien no quería ser descubierto por su caligrafía.

Aléjate de lo que no te concierne, sangre nueva. No quiero causarte daño, pero, si sigues entrometiéndote, no me dejas otra opción. Tus amigos también quedan avisados.

Lo que esconde el más allá, tras la muerte, se sabrá.

Capítulo 30: Investigación

Las gotas de agua resbalaban por las puntas del cabello de la joven mientras quedaba eclipsada con la extraña nota con la que la habían amenazado. Estaba claro que era la misma persona que había asesinado a Benister, y que esta se había enterado de la salida al bosque de la muchacha y sus amigos. No tuvo miedo, ni mucho menos temió por su vida, pero sí la inquietó si herían a sus compañeros. Al fin y al cabo, fue Victoria la que los había arrastrado a seguir a Elliot.

No podía imaginarse quién era la persona que estaba detrás de todas las muertes cometidas. El muchacho de los cacahuets debió de morir en manos del sujeto, al igual que Benister. Se percató de que las muertes halladas se trataban de alumnos que de alguna manera se dedicaban a herir a los débiles. Entonces, cabía la posibilidad de que una persona de Fennoith estuviera tan desazonada con ello como para causar tal desgracia. Pero no logró entender qué quería conseguir eliminando a jóvenes adolescentes revolucionarios. La mente humana es demasiado compleja como para averiguar por qué razón un asesino se dedica a matar; algunos lo hacen por venganza, otros por diversión, otros por una infancia en la que sufrió abusos...

Hay tantos que creen tener motivos para hacerlo y otros que, sin embargo, lo hacen por placer, para satisfacer sus banales deseos y necesidades... Por esa razón, Victoria quiso pensar que el motivo que llevaban a esa misteriosa persona a cometer tales crímenes era querer dar una lección a aquellos que un día fueron sanguinarios con quienes no lo merecían. ¿Era algo personal o se trataba de alguien que asesinaba por puro menester?

—¿Te duele algo? ¿Estás herida? —cuestionó Caym rompiendo el silencio que se había creado en las duchas.

La joven cerró su taquilla con hastío y aseguró que estaba bien. El joven frunció su ceño sin tomar en serio su palabra.

—Acude a la enfermería. Será mejor que te revisen. Es posible que mañana te duela el cuerpo tras sufrir una fuerte caída. Deberían darte una pastilla.

—No me apetece ir a la enfermería —dijo ella con desdén.

—No te he dado elección.

La inquietante mirada del varón lograba que una frase como aquella no se te ocurriera desobedecerla. Puede que actuase preocupado, y eso a Victoria le resultó entrañable, pero sabía que Caym no se angustiaba por ella, tan solo le importaba el regalo que venía consigo: su alma. De nada le servía si la joven fallecía antes de cumplir su venganza, y, si fallaba en su misión, habría sido una absoluta pérdida todo el tiempo que había permanecido a su lado para obsequiarle con su importante alma. No obstante, prefería mentirse a sí misma y pensar que él se preocupaba tanto como la joven lo haría si nunca más volviera a saber del muchacho.

—Si acudo, ¿te quedarás más tranquilo? —cuestionó ella con fastidio.

—Sí.

—Bien. Dame unos segundos para que me vista. ¿De acuerdo?

Caym le dio la espalda insinuando que se vistiera. Ella lo observó con recelo y se quitó la toalla enroscada en su cuerpo. No iba a dejarla sola, aunque solo fuera para vestirse. El hecho de saber que la habían agredido le daba motivos para permanecer junto a ella y no despegarle el ojo de encima.

—¿Observaste a alguien saliendo de las duchas cuando acudiste a mi llamada? —indagó Victoria agarrando su ropa interior.

Caym la acechó de reojo sin que ella se percatara de aquello. Él esbozó una sonrisa ladina al estudiar su cuerpo desnudo. Su pálida piel conjuntaba de maravilla con su largo cabello azabache mojado. Las gotas de agua se deslizaban por su espalda, con suaves y escurridizas caricias. Se sintió extraño por ansiar tocarla de la manera más sucia y perversa que solo él sabía demostrar. Algunos lunares decoraban su cuerpo, como granitos de arena, y quiso dibujar las líneas que seguía cada uno de ellos para ver qué atípica figura creaban.

Al notar que no le había contestado, se apuró antes de que la joven lo observara examinando su cuerpo de manera obscena.

—No vi a nadie, pero el director Newell lucía muy mosqueado tras la charla que mantuvo con Elliot.

—¿Crees que ha descubierto nuestra escapada al bosque?

—Depende de la contestación que le haya dado su sobrino.

*

Cuando terminó de colocarse el pijama, ambos salieron y acudieron a la enfermería. Como la cena ya había finalizado hacía más de media hora, los alumnos se hallaban en sus habitaciones esperando un nuevo día; por esa razón los pasillos se apreciaban desolados, sin todo el bullicio que se creaba en el día. Victoria agradecía para sus adentros poder disfrutar de un poco de silencio en la noche sin tanta demencia que mirar.

La enfermería seguía con la luz prendida, pues Margaret estaba limpiando un poco antes de irse a la cama. Cuando contempló a ambos jóvenes adentrarse en la sala, la mujer se alegró, aunque se sintió un poco confusa al verlos allí.

—He sufrido una caída en las duchas. ¿Podría examinarme?

La señora hizo un ademán para que se acercase y poder verla con más ímpetu. Le tocó partes de su cuerpo, presionando y viendo si sentía dolor en alguna zona. Primero empezó por su costado, y Victoria soltó un leve gruñido, luego en la parte baja de su espalda notó más dolor. No era nada grave, pero por el impacto de haber caído de bruces contra el suelo era lógico que le saliera un moretón. Al menos, agradeció no haberse roto nada que pudiera perjudicarla para caminar o hacer vida normal.

—Mi niña, debes tener más cuidado. Te suministraré una pastilla para que mañana no sientas el cuerpo tan dolorido.

Mientras la señora buscaba en los cajones la pastilla que le obsequiaría, Victoria sintió la necesidad de preguntarle qué había pasado con su hija para que la asesinaran, pues podía tratarse de la misma persona que se dedicaba a arrebatar la vida de otros alumnos. No era una pregunta fácil de hacer. Aunque Victoria fuera directa y concisa, la muerte de un ser querido no era un tema sencillo de digerir, ni mucho menos algo de lo que poder hablar tan a la ligera.

—¿Cómo se llamaba su hija? —preguntó tratando de sonar afable.

La mujer siguió rebuscando en los cajones y sin mirarla respondió:

—Kimmie Bonheur —cuando por fin encontró el medicamento, se lo tendió a la joven para que lo agarrara. Ella creyó que cortarían la conversación, pero, para su sorpresa, Margaret continuó hablando—. Seguro te habrán dicho que tu actitud se parece mucho a la de Kimmie. Ella solía ser fuerte, aunque se

burlaran al ser sangre nueva, sabía plantarles cara e intimidar como sus compañeros lo hacían.

—¿Cómo murió? —cuestionó con curiosidad.

—Se escapó una noche al bosque y amaneció muerta —confesó afligida.

—¿Nunca se supo quiénes la mataron?

—No. Parecía haber sucumbido a un sueño aletargado del que jamás despertaría. Me afirmaron que planeó suicidarse, que me robó pastillas para hacerlo, pero Kimmie nunca tuvo tendencias suicidas. Ella solo era una jovencita rebelde, que debía arreglar su conducta. Mi hija no se suicidó y nadie me volverá a asegurar que sí lo hizo. Una madre conoce bien a su hija, no unos simples desconocidos con problemas mentales.

Victoria guardó silencio. No supo qué responder a aquello, sobre todo por la melancolía de la señora, cuyos ojos, al recordar, se habían humedecido invadiéndola con memorias.

—Hace dos años que murió y aún me cuesta asimilar que su presencia no estará nunca más aquí.

—Su presencia nunca se marchará del todo. Un alma nunca muere si se la recuerda.

Margaret sonrió con dulzura ante las bellas palabras de la joven.

—Id a descansar. Es tarde para merodear por aquí, queridos —dijo acariciando la mejilla de la muchacha.

—Buenas noches.

—Buenas noches, niños.

Sintió mucha tristeza al ver la aflicción de la enfermera Margaret. Aunque la joven se mostrara severa y sombría, la había conmovido ver el amargor y desaliento que debía de sobrellevar la señora. Ni siquiera se habían tomado las molestias de investigar la desafortunada muerte de Kimmie Bonheur, dando por hecho que fue un suicidio adolescente. El hecho de estar encerrado en un internado para alumnos con problemas no quiere decir que todos ellos planeen matarse con tal de obtener la libertad, algunos necesitaban de alguien como la psicóloga Jenkins, que les daba esperanza de salir de allí más sanos de lo que entraron. Algunos deseaban la salvación de sus caóticas mentes.

Era injusto lo que hicieron con ella y, sobre todo, un gran desasosiego para su madre.

*

A la mañana siguiente, Victoria se retrasó colocándose el uniforme cuando su amiga Melissa ya había salido de la habitación. Le dolía la espalda y deseó quedarse dormida en la cama todo el día sin la obligación de acudir a clase y observar el rostro de Dwayne o escuchar sus chistes malos.

Se estaba colocando la camisa blanca cuando se inspeccionó la parte baja de la espalda en el espejo. Pudo verse un moretón de varios colores, casi parecía tener la galaxia en un pequeño hematoma. Al menos, la pastilla que le recetó Margaret había calmado un poco el dolor.

—¿Te duele? —indagó el muchacho sentado en la silla de escritorio de la joven.

No se había percatado de la presencia del varón hasta en entonces, pues le gustaba aparecer en los momentos más inoportunos. Caym jugueteaba con su corbata a la vez que posaba su mirada lasciva sobre la joven. No podía negar que él lucía mucho mejor que la muchacha en ese ridículo uniforme. Si ya el chico era todo un galán, se aflojaba la corbata haciendo que se viera más rebelde y desenfadado. No le gustaba seguir las normas de un ridículo director, aunque eso conllevara llamar la atención.

—¿Acaso no ves que no llevo la camisa puesta?

—Desconoces cuánto rato te he estado observando. No es lo único que no llevabas puesto.

Ella infló sus mofletes con fastidio mientras él soltaba una risa burlona. Se colocó el uniforme con fatiga, deseando que los minutos se detuvieran y disfrutar más de lo debido con Caym en aquella habitación. El pelinegro siguió con su actitud juguetona esperando a que esta acabase de emperifollarse.

—No has opinado nada de la muerte de Kimmie Bonheur —comentó ella observando su rostro.

—A veces es mejor no decir nada, Victoria.

—¿Crees que fue injusto?

—Como todo lo que sucede aquí dentro, querida. He visto infiernos personales y aberraciones horribles, pero jamás imaginé que un simple internado para alumnos problemáticos albergara tales siniestros. Estoy llegando a la conclusión de que el que se etiqueta de presumir de la más absoluta cordura es el que más carece de ella.

Y, sin añadir nada más, terminó de acicalarse y partió a clase.

Acudieron a la clase del profesor Dwayne. Aún no había llegado el hombre, por lo tanto, el barullo de los alumnos conversando se hizo presente. Elliot estaba circunspecto, sentado en el pupitre sin hablar con nadie. Prefería observar a través de la ventana que iniciar una conversación. No supo por qué estaba tan apático cuando él solía soltar alguna de sus extravagantes frases. La muchacha decidió preguntar qué le pasaba, ya que había discutido con su tío.

—Déjame en paz, Massey —espetó. Se desilusionó al escucharlo hablar de nuevo de esa forma, cuando la noche pasada estuvo de buenas con ella.

—¿Te ha castigado?

—No tengo ganas de hablar. Déjame.

Victoria quiso darse media vuelta, pero le surgió una duda que no tuvo recelo en indagar.

—¿Conociste a Kimmie Bonheur?

Elliot alzó la mirada para observarla. El chico siempre mostraba esas enormes ojeras como si tuviera problemas para conciliar el sueño y resultaba inquietante cuando te miraba con el ceño fruncido.

El barullo se había disipado cuando ella formuló aquella pregunta. Sintió las miradas clavadas en su nuca, juzgándola como si el nombre de la joven fuera innombrable. No obstante, no quiso observar tras ella cómo la estudiaban. Lucas Ashworth también examinó la situación con detenimiento, pues el sangre nueva jamás debía indagar en pasados alumnos, ni preguntar por ellos. No tenía el derecho de saber quiénes eran.

—¿Por qué preguntas eso? —cuestionó Elliot sin dejar de mirarla.

—Porque se me compara con ella y tengo la necesidad de saber quién era.

Elliot guardó silencio. No parecía que fuera a responder, así que se sentó en

su pupitre sin indagar más en el tema. Victoria dedicó una mirada cómplice a su demonio, que siempre parecía saber qué querían decir sus ojos.

—Gatita, gatita —canturreó el pelinegro—, siempre jugando con la curiosidad.

—Sé que me ayudarás para saber qué está sucediendo aquí —dijo ella en un bajo susurro.

Caym tan solo le dedicó una sonrisa bañada en suficiencia.

El profesor Dwayne entró e inició la clase.

*

Cuando terminó, el hombre lanzó una mirada furtiva a Victoria, que guardaba su cuaderno sin prestar atención. Estaba esperando a que sus ojos coincidieran con los de él para iniciar una charla, pero, cuando se percató de que la muchacha lo ignoraba, decidió llamarla por su nombre completo.

—Victoria Massey, ¿puedo hablar unos minutos contigo?

Al ver que Caym permanecía al lado de la chica sin salir por la puerta, Dwayne insinuó que los dejara unos segundos a solas, pero el varón rehusó marcharse. No iba a darle el gusto también de estar en soledad con ella.

—Creo que lo que tenga que decir puede comentarlo si estoy presente. No voy a dejarla sola con alguien que posee la misma sangre que Bellamy —dijo él haciendo que Dwayne colocara una extraña mueca en sus labios.

—Me ofende que se dude con tal magnitud de mi persona —opinó el hombre, taciturno—. Quería decirte que os vi la pasada noche merodeando con tu compañero por los corredores.

La joven frunció su ceño y con total desagrado contestó:

—¿Usted fue quien hizo que el director me castigara? ¿Quién se cree que es?

—Tu profesor, señorita Massey —respondió adusto—. Creo que ya va siendo hora de que una chica como tú aprenda a acatar las normas de este internado. No puedes ir contra ellas.

La muchacha soltó una risa burlona.

—¿Usted me habla de normas? Qué ironía, viniendo de alguien que intenta

cortejar a la psicóloga Jenkins. ¿Eso no le parece una norma que no hay que incumplir? Están rotundamente prohibidas las relaciones amorosas entre el personal.

Dwayne se alarmó por unos instantes ante la contestación de la joven. Lo había pillado desprevenido y no comprendió cómo había sabido aquello si actuaba bajo las sombras.

—Eso que dices es incorrecto.

—Si es incorrecto, vayamos juntos a desmentirlo con el director Newell —dijo ella cruzando sus brazos sobre el pecho.

El hombre se retiró para hablar con ella. Sin duda, la joven era toda una rebelde y muy perspicaz. Tenía respuesta para todo y podía callar al rebaño de personas con sus cortantes palabras, tan afiladas como la hoja de una espada. Sin embargo, Dwayne no sintió intimidación por la joven, sino por su actitud. Esa personalidad no era bienvenida en un internado como Fennoith. Si quería pasar desapercibida de cada alumno problemático, debía acatar las normas, comportarse como las demás ovejas y lucir funesta y sombría. Nadie se atrevería a intimidar a un profesor de esa calaña sabiendo en la cárcel en la que se encontraba, con duros y disciplinados castigos. A ninguno le gustaba que le salpicasen las verdades a la cara como lo hacía ella.

—Massey, sé que no hemos empezado con buen pie, pero ten mucho cuidado. A mí no me importa que me hables de ese modo, pero te aseguro que hay otros que no toleran ese comportamiento. Como ya te dije, no soy tu enemigo. Estoy tratando de que no te desvíes del camino y no te perjudique el destino. Por favor, actúa como tus compañeros —comentó Dwayne desanimado.

Ver la expresión melancólica del hombre le hizo preguntarse la razón por la que trataba de ayudar. Por una vez, apreció a Dwayne preocupado, casi con angustia de ver el rumbo que estaba tomando la joven. Quizá solo trataba de protegerla y evitar que se le lanzaran a la yugular como tantas veces habían hecho con los sangre nueva. También, al estar en plena fase adolescente, se podía comprender su actitud desobediente, pero por culpa de la gran curiosidad de la muchacha, se había entrometido en asuntos que no la concernían.

En los minutos de descanso, sus amigos y la joven pudieron ver a Elliot en el patio, mirando eclipsado hacia la zona del bosque, frustrado por la enorme verja que lo separaba de la realidad. Su rostro lucía adusto, más circunspecto de lo normal. El hecho de que no merodeara por los pasillos con su actitud fanfarrona era inusual. Haberle recordado a Kimmie le había provocado extraños y fatídicos pensamientos.

Se guardó las ganas de indagar en sus pensamientos y pasó de largo, conversando con su amiga Melissa. Cuando Elliot divisó a la joven, su ensimismamiento se apagó y se acercó a ella. Caym observó el lenguaje no verbal del chico y supo que estaba un tanto triste. Algo extraño viniendo de alguien a quien se tacha de no tener sentimientos ni remordimientos.

—La próxima vez que quieras saber algo de Kimmie, pregunta cuando no haya compañeros alrededor —comentó el joven—. El sangre nueva no puede indagar en alumnos pasados.

—Solo quería saber por qué se me compara con ella.

—Kimmie fue muy importante para mí —confesó él sin mirarla a los ojos.

—Dijiste que los monstruos como tú no pueden amar —le recordó la muchacha, confusa.

—Dije muchas cosas que no son ciertas, Massey. Tú fuiste la que se las creyó.

Sus compañeros empezaron a figurarse que Elliot Lestrage no tenía ningún trastorno de la personalidad antisocial, y que era una armadura para sobrevivir entre tanta demencia que albergaba aquel lugar. Sin embargo, Victoria empezó a sospechar que quien lo tenía bajo manipulación y explotación era su propio tío. Ese hombre maniático y reservado tenía todos los motivos para ser sospechoso. Pero también cabía la posibilidad de que Elliot estuviera jugando con ella, fingiendo que Kimmie fue un pilar cuando no era cierto.

No sabía en quién confiar, pero no tardaría en hacer su propia investigación de ello.

Capítulo 31: El sótano

El profesor Dwayne se había presentado esa misma mañana en la consulta de Jenkins. El hombre lucía preocupado y eso a Laura Jenkins le resultó inusual. Apenas lo conocía y en lo poco que charló con él no se le vio con intenciones oscuras ni anormales, ni mucho menos abstraído. Pero, como bien sabía, la mente humana es una caja de sorpresas. En Fennoith no resultaba estrambótico si de pronto a uno del personal del internado se le iba la cabeza al lidiar con tanta demencia como la que allí se hallaba. Muy cuerdo se lo veía a Dwayne para saber en el lugar que se había metido.

—¿Está usted ocupada? —preguntó con cortesía, asomándose por la puerta de madera.

—Ahora mismo no.

Jenkins lo invitó a pasar aún recelosa de sus intenciones. Lo que menos le apetecía era actuar ruda e ignorarlo sabiendo lo persistente que era Dwayne, incluso si lo rechazaba cientos de veces.

No le daba motivos para despacharlo de allí. De todas maneras, quería conocerlo mejor antes de precipitarse y sacar conclusiones absurdas y erróneas. Estaba muy cansada de confiar a la más mínima de un hombre que le brindara una sonrisa. Debía aprender de sus errores y no caer en la seducción barata y poco molida. Ella admitía para sus adentros que sus inseguridades le jugaban malas experiencias con varones, y recordar las duras palabras de Caym Sybarloch hizo que la mujer frunciera el ceño, porque sabía que el adolescente tenía razón.

—Estoy algo preocupado por la alumna Victoria Massey —dijo, haciendo que Laura lo mirase con curiosidad.

—¿Hay algún problema?

—Su actitud es el problema. Es una muchacha que va con la verdad por delante. Ella es una sangre nueva y no tiene el derecho de indagar en los hechos en los que jamás estuvo presente.

—¿Y eso en qué lo daña a usted?

Dwayne se percató de la contestación tan fría de la mujer.

—No es que me haga daño, es solo que quiero que le llame la atención. Debe de actuar como sus compañeros.

—Usted tampoco estuvo presente en varios de los acontecimientos y aun así sabe la mitad de las cosas que circulan por aquí. Tanto usted como Massey han indagado en lo que no les incumbe.

—Intuyo que trata de defenderla.

—No estoy defendiendo a nadie. Tan solo digo que no comente en lo que peca Victoria Massey cuando usted no es un santo.

El profesor soltó un suspiro exasperado. Se acercó a la mujer haciendo que Jenkins se incomodase. Sus penetrantes ojos color zafiro miraron los ojos caramelo de ella, con un brillo que le resultó de alguna manera inofensivo.

—Si a usted le importan sus pacientes, proteja a Victoria Massey. Llévela por el buen camino, no permita que la devoren —dijo el hombre circunspecto.

—Profesor Dwayne, no comprendo a qué viene todo esto. ¿Por qué se preocupa tanto?

—A Kimmie Bonheur la mataron por no mostrar signos de demencia ni ningún trastorno mental. La alumna Bonheur fue asesinada por su cordura, por ser más audaz que el resto y por generar odio en alguien que no estaba acostumbrado a escuchar la hiriente realidad que se negaba a aceptar. Algunos consideran un estorbo si una chica está en sus cabales en un internado como este, creen que es más fácil deshacerse de ella que convivir con ella.

Jenkins se sorprendió lo suficiente como para abrir con ligereza sus ojos.

—¿Cómo sabe eso? Usted no estaba aquí cuando...

—Su propia madre me lo contó —interrumpió, desviando la mirada hacia algún punto fijo de habitación—. Usted sabe más que nadie que la muerte de Kimmie Bonheur no fue un suicidio.

La psicóloga prefirió guardar silencio ante aquella afirmación. Dwayne la inspeccionó con detalle sin poder evitar contemplar el carmín de sus labios. Sin embargo, su silencio confirmó una de las pocas verdades entre las tantas mentiras que circulaban allí dentro.

*

La joven Victoria estaba sentada en la cama de su habitación, observando los rayos solares que entraban por la ventana. Las pequeñas partículas de polvo se podían apreciar en la luz, siendo así hipnotizante para ella.

Estaba pensativa, ensimismada en su mente tras la extraña confesión que le había dedicado Elliot. Que el muchacho admitiera que Kimmie fue una persona muy importante para él hizo que ella dudara de sus palabras. Según el poco conocimiento que tenía sobre las personas con el trastorno TPA, eran expertos en la manipulación gracias a su sabiduría y asertividad. Por esa razón, tenía todo el derecho de cuestionar las mentiras de Elliot y su gran afán de jugar con ello. No obstante, por el brillo en sus ojos al hablar de la alumna fallecida parecía estar diciendo la verdad.

«¿Por qué iba a sentir aflicción un sociópata? Elliot afirmó que los monstruos como él no pueden amar».

«Dije muchas cosas que no son ciertas. Tú fuiste la que las creyó», recordó las palabras del joven, antes de que se marchara del patio.

Puede que dijera muchos embustes, de eso no había duda, pero era intrigante saber qué relación mantuvo Elliot con Kimmie. En algunas ocasiones, Victoria deseaba abstenerse de indagar en la mente de los demás, le era irritante que la curiosidad le fuera más grande y poderosa que la ignorancia: siempre le ganaba la batalla. Sabía que en más de una ocasión había fisgoneado lo que no debía, pero un lugar tan sombrío y funesto como Fennoith merecía todas y cada una de las investigaciones para así hallar las verdades que nadie se atrevía a confesar.

«De todas formas, esa es mi misión si quiero salir de aquí: debo averiguar quiénes son malas sangres y merecen surcar los valles del infierno para toda la eternidad».

Su rostro palideció cuando recordó al individuo que la había empujado en las duchas. Esa persona desgraciada se paseaba por los corredores, quizás con una de las mejores sonrisas, mofándose de ella por desconocer su identidad. Si la joven se hubiera negado en seguir a Elliot, no habría pasado nada.

Pudo dar por hecho que ninguno de sus amigos, ni siquiera Elliot LeStrange, fue quien la agredió, ya que entonces no tendría sentido amenazarla por escaparse al bosque y atisbar el cadáver de Benister. Debía de ser uno de los alumnos de allí dentro.

Lucas Ashworth interrumpió sus pensamientos cuando tocó a la puerta de su habitación. Ella lo invitó a pasar.

El castaño se posicionó a su lado, sin sentarse en la cama, y dijo:

—Un sangre nueva no puede preguntar por alumnos pasados.

La joven puso los ojos en blanco. Ya había escuchado dos veces aquella frase en todo el día, por mucho que la repitieran no le iba a quedar más claro.

—¿Qué diablos os pasa? —inquirió con hastío—. Cuando he preguntado por ella en clase, todos vosotros os habéis sorprendido. Ni que Kimmie Bonheur fuera *Voldemort*.

—He dicho que un sangre nueva no puede preguntar, pero no he negado darte un poco de información que ansías saber.

Ella sonrió con entusiasmo.

—Cuéntame.

—Es cierto que Elliot anduvo detrás de Kimmie, lo que desconozco son las intenciones con las que iba —contó—. Ambos merodeaban juntos, parecían buenos amigos. Ella era rebelde, solía escaparse al bosque con él y al amanecer volvían. Nunca tuvieron intenciones de fugarse de Fennoith. Un día fue una sangre nueva, como tú. Sin embargo, el único que no tuvo deseo de hierla en público fue Elliot —hizo una pausa tragando saliva—. No estoy afirmando que él sintiera algo por ella, tan solo te estoy confesando que fue el único alumno que se escapaba con ella al bosque. Como ya sabes, Kimmie murió allí.

—¿Piensas que él la mató?

—No estoy seguro. Tampoco deberías creer las palabras de un esquizofrénico —dijo el muchacho con cierta amargura.

—Tengo todo el derecho de creer las palabras de un esquizofrénico, como las de cualquier otro. Y créeme cuando te digo que, a veces, tienen más coherencia las de un enfermo mental que las de un presidente del Gobierno —Lucas esbozó una sonrisa—. El loco pierde todo, menos la razón —añadió Victoria correspondiendo su sonrisa.

*

Más tarde, la joven buscó con la mirada a su demonio, al que no divisaba por los pasillos. Lo buscó durante varios minutos, pues pronto sería la cena y debía asistir. En cierto modo, no era humano. ¿De verdad alguien como él necesitaba ingerir comida? Era absurdo preocuparse por eso. No obstante, ella prefirió tenerlo a su merced que verlo desaparecido por Fennoith. Era suyo, su arma. No quería tenerlo lejos.

La puerta del teatro estaba abierta, y dedujo que Caym se encontraba dentro. Cuando por fin lo encontró, el pelinegro estaba en lo alto del escenario, echado sobre el piso, simulando descansar la vista durante algunos minutos. Las cortinas burdeos combinaban de maravilla con la palidez de Caym. Era digna de apreciar la gallardía y esplendor que poseía, siendo así lo mejor que se hallaba subido en aquel funesto teatro. Parecía haberse revuelto el cabello entre sus dedos, porque lucía desordenado sobre su frente. Abrió los ojos, penetrando con su grisácea mirada en el rostro de ella, que se encontraba adorándolo como si fuera una obra de arte.

—Te he estado buscando —dijo ella haciendo que su voz sonara con eco.

—Lo sé. Aquí me tienes.

—¿Puedo tumbarme contigo?

—Adelante.

La joven subió al escenario haciendo que cada paso resonara en el sombrío lugar. Se tumbó a su lado y ambos simularon apreciar el cielo. La respiración del muchacho era calmada, y su rostro denotaba tanta paz que no pareciera que un simple demonio guardara consigo tanta perversidad y malicia. Ella lo estudiaba con sus grandes ojos verdes y él fingía no prestarle atención.

—A veces me pregunto si la realidad en la que vivo es una mera ilusión. ¿Cómo puedo afirmar que lo que estoy viendo es real? ¿Cómo sé que los que me rodean existen? —murmuró ella sin apartar la mirada de sus facciones.

—Te dije que este lugar te haría plantearte tu cordura. No pierdas la cabeza, Victoria. Es lo que ellos quieren.

—¿No se supone que ya soy una lunática? Aún deseo con toda mi alma matar a quienes me están robando mi herencia y mi hogar.

—No fue decisión tuya, fue lo que ellos te llevaron a hacer. Un monstruo no

se convierte en monstruo si la sociedad no le da motivos para hacerlo.

Le agradó que el muchacho le dedicara aquellas palabras. A veces, se planteaba con seriedad su cordura, pensando que estar rodeada de tanta locura terminaría de llevarla hacia el abismo. Sabía que el acto que cometería al salir de Fennoith no era la mejor solución para sus problemas, pero también reconocía que dejarlo a manos de la justicia era una absoluta pérdida de tiempo. ¿Quién iba a tomar en cuenta las palabras de una simple adolescente, que ha estado en un internado para locos? Nadie, absolutamente nadie le daría la razón. La triste realidad es que una persona que es tachada de loca pierde valor y coherencia en sus palabras y sus actos, aunque esta esté diciendo la verdad. Un demente no tiene los mismos privilegios que una persona cuerda.

Nadie echaría de menos al cazafortunas de su padrastro y su amante.

—Todos en esta sociedad somos unos completos monstruos —murmuró ella mirando el techo destartalado—. Cada uno tiene su infierno personal, solo que yo me atrevo a salir de las llamas. Tengo las suficientes agallas para no atemorizarme ante la idea de poder ir a la cárcel o un manicomio mucho peor que esto.

Caym la miró de reojo.

—Una vez también fui un revolucionario como tú. Iba en contra de las normas impuestas, rebelándome y convirtiéndome en la peor versión de mí mismo —murmuró el chico con una sonrisa ladina. Victoria siguió mirando el techo escuchándole—. Sería interesante ver el mundo arder contigo.

—¿Y eso en qué me convertiría? —inquirió ella.

—En mí.

Se miraron. No supo qué había querido decir con eso, pero de alguna forma le entusiasmó la idea. Victoria entrelazó sus dedos en la palma de la mano de Caym. El joven no repudió su contacto físico y la correspondió.

—Tú eres yo —dijo ella.

—Yo soy tú —acabó él.

El director Newell llamó por megafonía al grupo de la joven, incluido Elliot Lestrangle. Ambos se levantaron confusos del piso y acudieron a la llamada

del hombre. La manera adusta de pronunciar sus nombres y apellidos les hizo cuestionarse el mal humor de Newell.

Al llegar al despacho, todos sus amigos se hallaban allí, Melissa siempre con la actitud desconcertada y preocupada. Elliot lucía mosqueado. El hombre se levantó de su escritorio y sentenció un castigo – el peor de todos de los que había impuesto –. Su sobrino lo miraba con hastío y aborrecimiento. Matándolo con el pensamiento como tantas veces hacía de impotencia.

—¡Estáis castigados por salir al bosque anoche! —exclamó escapándosele un poco de saliva al gritar—. ¿De verdad creísteis que no me daría cuenta de los zapatos manchados de tierra? ¡Castigados! ¡Malos alumnos! ¡Insurrectos!

Victoria sintió cómo Newell la fulminaba con la mirada a excepción de los demás que se hallaban allí dentro. La mandíbula del hombre estaba apretada, y se podía ver formarse un pequeño músculo en sus mejillas. Esa actitud y su respiración acelerada fueron intimidantes.

—¡Pasaréis una noche entera en el sótano!

—¡No! —bramó Melissa recordando su historia—. No puede hacernos eso. ¡Sabe lo que me pasó! ¡Tengo pánico!

—¡Me da igual! Así ustedes aprenderán a no ir contra las normas de mi internado. Ninguno de mis alumnos va contra mis reglas, por muy sangre nueva que sea. Cada acción trae su consecuencia.

Aquello pareció una amenaza, más que una simple disciplina, y, sobre todo, pareció que se dirigía a Victoria en todo momento. Como si la joven hubiera sido la que los había manipulado para indagar en el bosque. Ella frunció el ceño, queriendo gritarle todo tipo de blasfemias en su cara.

El director los condujo hasta el sótano, llevando consigo el manojito de llaves de todas las puertas. Finalmente, los empujó dentro y cerró con rapidez el candado haciendo que sonara estrepitosamente. La oscuridad de inmediato los invadió.

Melissa empezó a sollozar al apreciar la penumbra de allí abajo. Conforme bajaban las escaleras, Victoria tranquilizó a su amiga agarrándole la mano. Lo que menos quería era que sufriera un ataque de pánico por recordar las memorias de lo sucedido. La actitud de Newell fue sin duda cruel. Hubiera preferido limpiar los baños que acabar una larga noche encerrada allí abajo,

donde Benister sufrió y a saber qué más había sucedido con anterioridad.

El aislamiento de aquel sombrío sótano le recordó a la habitación blanca de todo psiquiátrico, solo que menos clara, y más aterradora. En un escritorio desechado había una vela encendida, consumiéndose conforme pasaban los segundos. El director la había prendido antes de encerrarlos allí, ya que carecía de luz y ventanal. También dejó comida para cada uno. En cuanto aquella pequeña vela se fundiera, la oscuridad se adentraría sin previo aviso.

Lucas se aisló en una esquina, abrazando sus propias piernas. Balbuceaba palabras ininteligibles. Elliot se sentó en el polvoriento suelo con la cabeza cabizbaja.

Debían permanecer allí durante una noche entera.

Eran las siete y media de la tarde.

Capítulo 32: Error

Victoria observaba cómo se consumía la pequeña vela depositada en el escritorio de madera. Se había sentado en el suelo, apoyando los brazos en sus rodillas. Las caras de sus compañeros estaban tan amargadas que no se atrevía a romper el silencio, pero eso no hizo que las dudas invadieran su mente, sobre todo, al tener a Elliot a escasos metros. El chico estaba circunspecto, ensimismado en sus fatídicos pensamientos. Ella le lanzó una mirada furtiva sin que el joven se percatara de sus grandes y llamativos ojos.

Por el hecho de presenciar el mal humor de Elliot y su aborrecimiento hacia su propio tío empezaba a sacar conclusiones por sí misma. Debía de haber algún motivo para que actuara con frialdad cuando Newell se acercaba. Quería que el muchacho le resolviera de una vez las dudas que invadían su mente, y necesitaba con urgencia una respuesta. ¿Por qué lo odiaba? ¿Por qué no tenía historial? ¿Por qué anduvo con Kimmie Bonheur? ¿De verdad Elliot pudo matarla?

Cabía la posibilidad de que él no evadiera sus preguntas al no tener posibilidad alguna de marcharse del sótano, y eso era un gran punto para la joven. Podía acabar ignorándola, pero sabía que, si podía indagar bien en el tema, acabaría confesando algunos de los acontecimientos. Tan solo debía tener paciencia y saber en qué dirección tirar.

Miró a su demonio, que parecía estar entretenido observando la misma vela que había estado mirando ella. La cera derretida empezaba a deslizarse. Como Caym tenía poderes demoníacos y sobrenaturales, podía salir del sótano cuando quisiera, pero eso implicaría delatarse ante todos y no podía permitirse ser detectado. No iba incluido en su misión, pues solo podía saberlo Victoria. Sin embargo, la joven empezó a magnificar una idea que no dudó en susurrarle a su compañero, siendo inaudible para los demás.

—Caym —lo llamó.

—¿Qué?

—En algún momento de la noche todos acabaremos dormidos menos tú. Sé que tienes habilidades que ningún humano puede poseer, entonces, ¿podrías usar tu esencia y hacerte invisible para el ojo humano? Quiero que vayas al despacho del director Newell y averigües si puede haber algo por lo que

incluirlo a la lista negra.

—Veo que te has dado cuenta de que su conducta no es el mejor ejemplo para alumnos problemáticos —dijo colocando una sonrisa ladina.

—¿Podrías hacerlo por mí, por favor? —insistió.

—Últimamente hago demasiadas cosas por ti. ¿No te parece?

—Eres mi demonio.

—Y tú mi humana. Vulnerable y miserable humana.

—Dijiste que somos uno solo. Yo soy el alma, tú el cuerpo. Por lo tanto, debemos actuar unidos.

Guardó silencio durante unos segundos. Al final, terminó accediendo.

—Si alguien se despierta, di mi nombre en voz baja, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Alguien tiene reloj? —cuestionó Lucas inquieto por el funesto y sombrío lugar en el que se hallaba.

Todos negaron con la cabeza.

—¡Me va a dar algo! ¡Quiero salir! ¡Me falta el aire! —exclamó Melissa tratando de que algún alma caritativa la oyera desde arriba.

—Por mucho que grites, ellos se harán los sordos —murmuró Elliot—. No está permitido ayudar a quienes han incumplido una norma.

—¡Fue culpa tuya! —lo señaló la rubia con la voz quebrada.

—Que yo sepa, dejé muy claro a Victoria que podía seguirme al bosque si quería, no la obligué en ningún momento —se defendió él.

Melissa guardó silencio mirando a su amiga con pesadumbre. Al ver la mirada que le dedicó Lucas y Melissa, no pudo evitar malpensar que estaban resentidos con ella al hacerles caminar al bosque.

—No merece la pena echarse la culpa ahora. Lo hecho, hecho está —habló Lucas hundiendo su cabeza en sus brazos.

La rubia se tumbó en el piso en posición fetal y se mantuvo en silencio. Tenía razón, era inútil discutir en aquella absurda circunstancia. No iban a llegar a

ninguna parte si decidían acusar a su amiga, pues tampoco la joven los arrastró en contra de su voluntad, ellos decidieron seguirla.

Al haber sacado el tema del bosque, Victoria aprovechó para preguntarle a Elliot la razón de su desesperada búsqueda por encontrar a Benister. Cuando la joven estuvo viva y castigada en el sótano, recordó que la chica le advirtió de la manipulación de Elliot y sus extrañas intenciones. Quizá ella no conoció del todo al muchacho y lo tachó por aparentar ser quien no era, o simplemente él sí tenía el trastorno TPA y Benister conocía cómo de crueles son las personas con sociopatía.

—Elliot, ¿por qué buscaste con tanto ahínco a Benister si dijiste que no te importaba? —preguntó la joven mirando su rostro taciturno.

—Supe que no estaba viva en cuanto encontré su brazalete. Claro que ella no me importaba, pero quise buscarla para saber si su muerte coincidía de la misma manera que la de Kimmie Bonheur —confesó correspondiendo su mirada.

Melissa y Lucas levantaron la vista para atender con vehemencia las confesiones de Elliot.

—¿Su muerte coincidió?

—No. Benister fue enterrada viva y lo de Kimmie aparentó ser un suicidio. Las personas que las mataron son diferentes.

—¿Por qué no tienes expediente? —indagó sin apuro.

Elliot calló. La joven no vio indicios de nerviosismo en sus gestos al formular aquella pregunta. Se mostraba tan frío que le era difícil averiguar si sus confesiones eran ciertas. Parecía mantener la compostura a la perfección.

—¿Sabes por qué quiero unirme a tu grupo, Massey? —cuestionó él, esquivando su pregunta—. Para que no te suceda lo mismo que a Kimmie Bonheur.

—¿Por qué iba a sucederme lo mismo?

—Porque te estás metiendo en terreno que no te concierne. Te dije que dispongo de llaves que abren lugares en los que nadie más puede entrar, recuerda que soy el sobrino del director. Llevo intentando engatusarte con palabrería desde que llegaste, porque una sangre nueva no tiene los mismos

privilegios que los demás. He visto cómo tu curiosidad es más poderosa que tu ignorancia. He presenciado tus noches en vela por deambular por donde no se puede entrar. Te he mandado absurdos acertijos, insinuando que poseo algunos de los tantos secretos que se guardan con esmero. ¿Quieres saber algo más? Kimmie hizo todo lo que tú estás haciendo y acabó muerta.

—¿Por qué simplemente no me dijiste la verdad? Hubiera sido más fácil creerte con todo lo que estás diciendo ahora.

—Los chivatos siempre son la comidilla de los demás. Si me hubieran visto ayudarte, creo que no te estaría contando nada de esto. Ni siquiera estaría aquí.

¿Había razones para desconfiar de él? Puede que unas cuantas. No obstante, las palabras que soltó tuvieron un profundo significado; eran una extraña y dolorosa confesión de sus ganas de proteger lo que en su día perdió. Cada vez que mencionaba a Kimmie, sus ojos mostraban un brillo especial que en ningún momento había apreciado antes. Puede que su actitud arrogante, soberbia y fanfarrona hiciera que te plantearas dos veces el fiarse de su persona. Sin embargo, había peores personas que Elliot paseando por Fennoith y ninguno se percataba de su presencia oscura.

Quizás Elliot Lestrage fue el individuo del que menos se debió desconfiar.

—Benister me dijo que tramabas algo —recordó ella con recelo de sus palabras.

—Por supuesto que tramaba algo, y acabo de decírtelo. Benister tenía una versión de mí errónea, como la que tenéis vosotros.

—¿Solo querías protegerme?

—*Proteger* no es la palabra que yo utilizaría, porque no me importas hasta tal punto de sentir aflicción por ti como la sentiría por un ser querido o por Kimmie. Tan solo quería llevarte por un buen rumbo. Estoy muy cansado de observar cómo los sangres nuevas son castigados por cosas que no merecen.

—¿No sabes quién fue la persona que mató a Kimmie?

El muchacho negó con la cabeza.

—¿No sospechas de nadie? —indagó esta vez Melissa.

Elliot calló.

*

Al poco rato de cenar con la comida que dejó Newell, el sueño los iba arrastrando cada vez más. Se habían echado sobre el frío y duro suelo tratando de descansar para que las horas transcurrieran más deprisa. Caym y Victoria yacían tumbados, uno al lado del otro, mirando de soslayo cómo sus compañeros cerraban sus vistas cansadas, deseando que el sueño se los llevara.

La joven miró el rostro hermoso de su demonio, que fingía cerrar los ojos como todos los demás, simulando que el sueño se adueñaba de su cansado cuerpo. Ella aún se fascinaba de lo que su vista veía. Ese ser espléndido que se solía etiquetar como un demonio era digno de maravillarse con su lindura. Sus extravagantes poderes le daban cierta envidia, pues desearía no formar parte de la humanidad, coger la mano de Caym y surcar los valles que le deparara el destino.

Victoria se acercó con disimulo a su cuerpo, creyendo que él no se percataría. El frío suelo no ayudaba a entrar en calor, y para colmo su falda de uniforme no colaboraba en taparla. El muchacho se dio cuenta de que ella se había pegado a él para que su calor corporal le proporcionara algo de calidez.

Sin previo aviso, Caym la rodeó con los brazos y trató de que su frío disminuyera. La joven aspiró por sus fosas nasales el agraciado aroma que desprendía su compañero, haciendo que se sintiera a gusto y afectuoso.

—¿Estás mejor? —cuestionó en un bajo susurro.

—Sí.

—Que conste que lo hago por tu salud.

—Lo sé.

Ella no quiso dormirse, pero no pudo evitarlo en brazos de Caym junto a su armónica respiración.

La vela que había prendida se consumió dando la bienvenida a la oscuridad.

*

Cuando Caym se hizo invisible al ojo humano, salió del sótano sin la necesidad de abrir la puerta y anduvo buscando el despacho del director Newell. Algunas de las luces de los pasillos se hallaban encendidas,

alertándolo de que aún seguían despiertos. No tenía por lo que preocuparse, ya que su invisibilidad estaba a su favor.

Escuchó voces, gritos furiosos de la psicóloga Jenkins queriendo saber una explicación de los castigos impuestos a los alumnos. Continuó andando, siguiendo la voz de la mujer que le llevó hasta donde se encontraba.

Laura Jenkins estaba en el despacho de Newell de brazos cruzados y con el ceño fruncido. El hombre estaba en pie, frente a su escritorio, como si aquella posición intimidara a la psicóloga, pero no dio resultado. La expresión del director denotaba enojo.

—¿Cómo se atreve a castigarlos de esa fría manera? ¡La alumna Melissa Sellers no puede estar en sótanos! —exclamó la mujer fulminándolo con la mirada.

—Mire, psicóloga Jenkins, las normas son las normas. Si mis alumnos incumplen una de ellas, no me queda más remedio que actuar.

—Puede actuar sin ocasionar peores vivencias de lo que ya han experimentado. ¿Usted se piensa que eso fue correcto?

—No tengo por qué darle explicaciones. Haga su trabajo, y yo haré el mío.

—Insisto en que la alumna Melissa Sellers no puede estar en sótanos. Tenga un poco de humildad y sáquelos de allí.

—Por favor, váyase a su habitación. No tengo nada más que decir.

A regañadientes, Jenkins se marchó a su dormitorio malhumorada por el comportamiento estricto del hombre.

El director se quedó unos segundos allí, suspirando con impaciencia. Caym se adentró en el despacho con cuidado y observó su comportamiento. Sus ojos estaban encendidos en rabia, apretaba los puños haciendo que sus nudillos se tornaran blanquecinos. Empezó a irradiar una furia tan absurda que el joven comenzó a figurarse que el señor no podía controlar su conducta sin llevarse a alguien por delante. Su respiración acelerada; sus continuos suspiros; su vista cegada por sus pensamientos. ¿Quién era el loco aquí?

Finalmente, se marchó del despacho apagando la luz y cerrando la puerta con llave.

El muchacho buscó con ahínco algún indicio por el cual considerarlo

sospechoso. Algunos de los cajones se encontraban cerrados, así que tuvo que buscar algún manojito de llaves que guardara el hombre de repuesto. Por suerte, no tardó en encontrarlas, ya que estaban depositadas en el escritorio.

Con ellas pudo abrir los cajones que en varias ocasiones había visto custodiando al director y, para su grata sorpresa, encontró un diario.

El diario de Kimmie Bonheur.

Abrió sus ojos con fascinación, pues para el joven era todo un drama que un señor como él custodiara bajo llave el diario de una muerta. Ganas no le faltaban de arrebatarse el alma de Newell. Esperó encontrarse en las páginas alguna confesión de película, pero se sorprendió sobremanera al ver que la tinta de las hojas estaba corrida, como si hubieran emborronado sus letras con algún tipo de líquido. Pasó de una en una, creyendo que alguna se había podido salvar, pero no fue así. Estaba todo incomprendible.

¿Por qué iba a guardar Newell el diario de Kimmie Bonheur? ¿Podía hablar de él en aquellas hojas? Sin duda, era un hecho sospechoso.

«Caym...», escuchó decir a Victoria, que había implorado su nombre.

Guardó todo en su lugar y partió hacia ella.

Se presentó en el sótano, viendo a la joven incorporada, a diferencia de sus compañeros, que parecían haber sucumbido al sueño. No entendió por qué lo llamó antes de que alguno de ellos se despertara y no viera su presencia.

Se acercó a ella y le preguntó qué ocurría.

—Me pareció oír una discusión. Los fuertes tacones de Jenkins me han despertado —susurró.

—Ha discutido con Newell. No ve correcto el castigo que ha impuesto.

—¿Has encontrado algo?

Caym no respondió. Obligó a Victoria a tumbarse de nuevo en el suelo y dormir como el resto de sus compañeros. No quería decir lo que había encontrado porque desconocía cómo de agudo era el oído de sus amigos, sobre todo de Elliot. Pronunciar el nombre de Kimmie podía sacarlo del sueño.

—Mañana te lo cuento. Ahora duerme.

—Dímelo —insistió ella con impaciencia.

—Si te digo que duermas, te duermes. Ya he hecho lo que me has pedido.

Victoria lo obedeció y prefirió aguantar hasta la mañana, aunque eso conllevara que a una joven como ella la curiosidad terminara devorándola.

*

Eran las ocho de la mañana cuando un estrepitoso estruendo los alertó incorporándolos de inmediato. Habían abierto la puerta del sótano y alguien se aproximaba por las escaleras. El director Newell ordenó que subieran a desayunar.

—Espero que hayáis aprendido la lección —dijo el hombre viendo cómo sus alumnos subían por las escaleras con fatiga.

Melissa le dedicó una mirada rencorosa, pero Newell la ignoró por completo.

Cuando salieron de allí, los rayos solares que entraban por las ventanas de los corredores hicieron que entrecerraran sus ojos a causa del sol. Estar toda una noche bajo la oscuridad lo hacía inevitable.

Sus cabellos lucían despeinados, pero no les importaba. Victoria observó a Elliot por última vez antes de que se marchara a desayunar por su cuenta. El chico se giró para mirarla y dijo:

—La próxima vez que quieras jugar a los detectives, recuerda que tengo las llaves de las puertas por las que no puedes entrar ni salir. No juegues sin mí. Hay personas que están esperando a que lo hagas de nuevo para deshacerse de ti.

Dicho eso, se marchó al comedor.

—¿Vienes, Victoria? —preguntó Melissa al ver que su amiga no seguía la dirección de Elliot.

—Id vosotros, tengo que ir al baño un momento —tenía que hablar con Caym y no iba a hacerlo junto a ellos en el desayuno.

Restando importancia, cada uno siguió su camino. Ambos decidieron mantener la conversación privada en los baños, ya que a esas horas todos estaban dispuestos a servirse el desayuno y no deambular por el internado. Se metieron en las puertas de unos de los baños y en aquel minúsculo espacio la

muchacha decidió indagar en lo que fisgoneó su compañero en el despacho de Newell.

—El director Newell guarda el diario de Kimmie Bonheur en unos de los cajones de su escritorio —informó haciendo que la joven abriera su boca con sorpresa.

—¿Por qué iba a querer mantenerlo? ¿Había algo escrito?

—Sus hojas estaban emborronadas con algún tipo de líquido. Intuyo que es hecho a propósito.

El rostro de la chica palideció cuando oyó una de las puertas de los retretes abrirse. Alguien había estado ahí todo el tiempo. Era el baño de chicas, así que, ¿quién era la susodicha?

Ella salió con disimulo de los baños encontrándose en los lavabos con la persona que menos habría deseado que escuchara la conversación.

La enfermera Margaret.

Habían cometido el error más estúpido que podían vivir en aquel lunático internado.

Capítulo 33: Carmesí

La enfermera Margaret sonrió a la joven Victoria, que se reflejó en el espejo del baño con una expresión que denotaba preocupación. El hecho de que la señora hubiera oído la conversación que había mantenido con Caym la inquietaba sobremanera. No sabía qué clase de intenciones podía tener ni con qué fin hablaría con el director Newell. No quería volver a ser castigada en aquel mugriento y polvoriento sótano.

Su congoja se apagó cuando vio que la enfermera llevaba puestos en sus oídos unos diminutos auriculares negros, de los que se desprendía una melodía clásica. Fue ahí cuando se percató de que la señora no había escuchado la confesión.

—Hola, mi niña. ¿Cómo estás de la espalda? ¿Te sigue doliendo? —preguntó con amabilidad.

Respiró aliviada.

—No, estoy mejor. ¿Por qué escucha música tan temprano en la mañana?

—Suelo hacerlo hasta que el desayuno se inicia. Me relaja mucho.

«¿La relaja de qué? ¿De sus caóticos pensamientos homicidas?», se cuestionó la joven con burla.

Caym permaneció oculto en unas de las puertas de los retretes, escuchando con atención la charla de ambas.

Al menos pudo agradecer que Margaret no hubiera escuchado la conversación, ya que el hecho de que supiera de la existencia del diario de su hija podía alterarla y sacarla de sus casillas, pues haría todo lo posible por descubrir la verdad. ¿Qué madre no querría averiguar qué le ocurrió a su amada hija? Claro que era muy sospechoso que Newell conservara su diario, más aún si las letras estaban emborronadas. Por esa razón, la joven no tardaría en indagar en ello. Podían estar ante el asesino de Kimmie Bonheur y no saberlo.

La enfermera miró el retrete en el que se hallaba escondido Caym, con una mirada que la muchacha no pudo descifrar. Acto seguido sonrió y dijo:

—El desayuno va a comenzar. ¿Vienes?

—Apúrese usted, debo lavarme las manos antes.

—De acuerdo. No te retrases, ya sabes lo exigente que es el director Newell.

Y, sin decir nada más, la señora partió de allí.

Caym salió del baño haciendo que la puerta de madera chirriase con un sonido desagradable y molesto. Hasta en las puertas podían notarse la edad del internado. El chico poseía su mirada penetrante y sus labios apretados, fastidiado por la poca intimidad que podía haber entre aquellas paredes desgastadas.

—La próxima vez deja que mire si hay alguna persona en las demás puertas de los baños. No me metas de sopetón en uno de ellos por tu maldita curiosidad —dijo el muchacho con hastío—. Aprende a ser paciente.

—Lo siento. Lo tendré en cuenta.

Caym sonrió con suficiencia. No iba a negar que adoraba que le pidieran perdón, y más sabiendo qué era y quién era. Le hacía sentir superior.

Falta le hacía a Victoria alguien que recalcará sus errores continuos, de los cuales le costaba aprender. Era una muchacha tan ansiosa que en ocasiones la discreción no era su fuerte.

—¿No te da la sensación de que la enfermera Margaret se muestra demasiado pacífica para el establecimiento en el que trabaja? —cuestionó Caym apoyando su espalda en las baldosas frías—. Quiero decir, su hija ha sido asesinada. ¿Dónde está la venganza? Quiero verla.

—Quizás crea que las cosas con violencia no se resuelven.

—Si por venganza quiere creer que no se resuelven y la policía confirmó que fue un suicidio cuando no era cierto, entonces, ¿por qué medio se busca la verdad de Kimmie Bonheur? ¿Qué está haciendo Margaret por averiguar la historia de su hija? ¿Nada?

—No estoy muy segura de qué está haciendo por destapar la verdad.

—Cuestión de tiempo —se encogió de hombros.

—Me da la sensación de que sospechas de ella.

—Sospecho de todo aquel que muestra la más absoluta cordura dado el lugar en el que se encuentra.

Cuando la joven se aproximó a uno de los lavabos, miró a su demonio a través del espejo y dijo:

—¿Crees que deberíamos avisar a Elliot de la presencia del diario de Kimmie?

—Creo que es mejor que lo averigüe él a que lo digan por otras bocas —alegó correspondiendo su mirada—. En el caso de que tú se lo confesaras, es capaz de ir con las quejas a su tío y, en un claro acto de defenderse, te nombre a ti como la persona que le confesó la existencia del diario.

—No tenemos suficientes pruebas para juzgar a Newell del asesinato de Kimmie Bonheur —añadió ella con fastidio.

—Exacto. Cuando todas las piezas del puzle encajen, será el momento de actuar y llevarme las almas abominables que han sucumbido por la maldad.

Cuando llegaron al desayuno, los alumnos dedicaron una mirada furtiva al grupo de los cinco jóvenes que habían sido encerrados toda una noche en el tétrico sótano. Podían sentir cómo sus ojos se clavaban en sus nuca, juzgándolos y especulando cualquier disparate por el cual entender su castigo impuesto. Señalaban a Victoria y Caym, los sangre nueva que querían rebelarse contra las normas impuestas, sin miedo ni armadura. Parecían afirmar que eran monstruos, fenómenos extraños a los que no te daban ganas de acercarte por temor a que emplearan dura disciplina contra los demás. Ver cómo agarraban sus bandejas, quietos y susurrándose a los oídos era, de alguna manera, irritante. Los miraban como si tuvieran la peste.

Para colmo, ver al director con una actitud vanidosa al presenciar cómo sus niños y niñas especulaban contra el grupo de cinco jóvenes rebeldes les creaba una rabia incontrolable. Se sentía superior por los castigos que imponía, creyendo que eran la mejor disciplina para sus alumnos. ¿De verdad era correcto imponer el temor y la cobardía para que un adolescente no cometiera más lo que se consideraba prohibido?

Los cuchicheos se esfumaron cuando acudieron a la fila y agarraron la bandeja para servirse el desayuno. Victoria apretó con fuerza lo que sostenía, llena de impotencia por no poder callar cada una de las bocas que no tenían ni idea de lo que se cocía entre las paredes. Al menos agradecía no formar parte

del rebaño de ovejas inútiles que había creado Newell con su pavor. Quizá eso era lo que lo cabreaba, que no fueran iguales que el resto. No todos surten el mismo efecto. El director parecía haberle tomado desprecio a Victoria, pues su mirada denotaba antipatía.

Ella no quiso dedicarle más importancia a Newell de lo que ya le daba. Por una vez, no quiso fulminarlo con la mirada y matarlo de pensamiento como tantas veces hacía. Solo de observar su cara sentía aborrecimiento.

Un mal aura.

—¿Por qué nos mira de ese modo? —cuestionó Melissa con recelo.

—Porque es idiota —respondió Victoria—. Solo fíjate en la absurda mueca que se le crea. Dan ganas de abofetearle.

Se sirvieron su comida y se sentaron en la mesa alargada que tanto caracterizaba a los comedores de Fennoith. Aun así, el bullicio estaba presente, pero esta vez por hablar de ellos y no de sí mismos. No daban ganas siquiera de ingerir comida con tanta mirada clavando sus espaldas, pero debían mantenerse bien alimentados y no perder las pocas fuerzas que podían tener allí. Era mejor ignorarlos.

Resultaba curioso tener a Elliot comiendo en la misma mesa, ya que el joven solía apartarse del resto y comer en soledad sin la necesidad de tener compañía. Aún era intrigante saber por qué estaba internado. Se preguntaba qué grotesca historia tenía, si es que poseía alguna. Parecía que Newell se sentía molesto al ver que el muchacho se había añadido al grupo de Victoria. No dejaba de fruncir el ceño y observarlos por el rabillo del ojo, atento de lo que pudiera hablar su sobrino.

Al cabo de diez minutos, Lucas Ashworth se empezó a mostrar nervioso. Mirando a todas las direcciones como si buscara ansioso. Había dejado comida en el plato cuando de repente se levantó y marchó a alguna parte con la excusa de dirigirse al baño. Decidieron no seguirlo, ya que Newell los estaba vigilando. Ir en grupo no era buena idea.

«Lucas...», escuchó decir a una voz femenina muy cerca de él. No pudo discernir si fue en su cabeza o cualquier alumna que lo había llamado. A veces solía costarle distinguir la realidad. No obstante, en los pasillos no había nadie, salvo el joven. Estaba muy claro que era fruto de la paranoia.

—¿Qué? —preguntó con nerviosismo.

«Ve a la consulta de Jenkins», le dijo la fémina.

—¿Para qué?

Al ver que no respondía su pregunta, sin dudar, obedeció a la voz y anduvo buscando la habitación. Laura Jenkins se encontraba desayunando, por lo tanto, su consulta estaba despejada. Pero eso no quitó que el muchacho sintiera un nudo en su garganta, que lo asfixiaba solo de pensar que podía volver a ser castigado en el mugriento sótano.

Cuando una vez se halló allí, la voz femenina volvió a pronunciarse.

«Acércate, abre el último cajón de los archivos antiguos y mira los alumnos pasados. Encuéntrame».

El chico se acercó con sumisión y atisbó en los archivos antiguos como bien había ordenado. Intentó no hacer mucho ruido al abrirlo, ya que el óxido de los cajones provocaba demasiado estruendo al deslizarlo. Había polvo por el cual tuvo que controlar un par de veces no soltar un estornudo. Su nariz le picaba con cada mota o partícula que acariciaba su rostro. Le frustraba.

—¿Cómo te llamas?

«Ya sabes cómo me llamo».

Agarró un expediente en una carpeta de cartón color beige desgastado y sopló para leer el nombre sucio del expediente.

—Kimmie Bonh...

Dejó las palabras en el aire al encontrarse cara a cara con aquel expediente. Sus ojos se abrieron con sorpresa, y no por el archivo, sino por la voz que había estado hablando con él. Su corazón palpitó con rapidez, notando cada latido golpear en su pecho. Su saliva se secó por la necesidad de humedecerse la boca. ¿Acaso las voces de su cabeza habían tenido tanto sentido como lo poseía en aquel entonces? No daba crédito a lo que había escuchado. Dudó varios segundos en dejar el expediente de Kimmie en su respectivo sitio, pero algo le obligaba a robarlo y esconderlo, ansioso de saber qué clase de palabras podía haber ahí contadas por la joven.

Sin darle muchas vueltas, cogió la carpeta, la escondió bajo la camisa de su uniforme y se lo llevó de allí para custodiarlo en su habitación. Deseando

observarlo con ahínco.

Más tarde, Lucas estaba sentado en el piso de su habitación observando el expediente con cierto recelo. Era la hora del descanso, por lo tanto, sus compañeros podían estar buscándolo antes de acudir a clase. Sobre todo, Melissa, que en cierto modo se había convertido en su protectora. La muchacha no dejaba ni un segundo solo al chico por miedo a que sufriera un brote psicótico y no estuviera tomando la medicación.

Ashworth exhaló al presenciar que la puerta de madera se había abierto. Sin embargo, no vio a nadie entrar. Frunció el ceño sin entenderlo, pero le restó importancia. Continuó examinando el archivo con vehemencia.

—¡Boo!

Dio un fuerte sobresalto evitando soltar un alarido. Cuando giró sobre su eje, presenció el rostro de su compañero de cuarto a escasos centímetros del suyo. Su pálida piel le resultaba inquietante junto a sus ojos grisáceos, que lo estaban examinando con detenimiento. Lucas le propinó un pequeño empujón, avergonzado de haberse asustado.

—¡Nunca asustes a un esquizofrénico! ¡Imbécil!

—¿Qué escondes ahí, niño? —indagó ignorando sus palabras.

El castaño agarró el expediente y lo protegió sobre su pecho, haciendo que Caym colocara una sonrisa ladina. Su actitud le recordó a un simple infante, custodiando lo que creía que era suyo.

—Dámelo. Quiero verlo.

—No es asunto tuyo. Márchate —espetó.

—Lucas, los secretos no son difíciles para mí. Soy muy bueno torturando hasta que confiesan. ¿Quieres probar?

—No.

—Entonces, déjame ver.

—Ni siquiera lo he podido leer.

—Pues ábrelo y lo vemos juntos.

Hubiera preferido leerlo en soledad, pero la actitud persistente de su compañero no parecía que fuera a dejarlo disfrutando del archivo. Así que, con cierta desconfianza, abrió el expediente.

Kimmie Bonheur fue trasladada a Fennoith por crear cierta polémica y meterse en problemas con los compañeros de su antiguo instituto, creándoles así una vida de infierno como hicieron con ella en su infancia. Guardaba mucho rencor en aquellos lares, y, sobre todo, a las personas que un día se mofaron de ella. Recibió desde abucheos hasta maltrato por parte de los que creía sus amigos.

Por lo que me cuenta, pretende cambiar su actitud y no pagar con la misma moneda. Admite que, teniendo a su madre cerca, la podrá corregir con moderación, haciendo que sienta cierta motivación y confianza para no defraudar a su sangre. Añade también que siente alegría de poder contar con una psicóloga y no depender primordialmente de los consejos de Margaret. Dice tener ataques de ira cuando sus nuevos compañeros le apodan «sangre nueva». No obstante, con mi respuesta a sus dudas ha entendido y parece controlar su rabia ante algún comentario similar.

Pasaron un par de páginas, ignorando la mejoría de Kimmie en sus primeros días de internado. Caym hizo que detuviera la hoja en algo que había llamado su atención:

La actitud de la paciente Kimmie Bonheur ha decaído. Se encara con todo aquel que le haga lograr sentirse amenazada. Ha perdido la confianza, me responde con evasivas y no logro entender sus pensamientos. He notado que con la única persona que suele reír y mostrarse tal cual es con Elliot Lestrage. Añado que la actitud de mi paciente frente al director Newell es sombría y calculadora. Ambos se miran por encima del hombro.

Volvieron a pasar un par de páginas.

Kimmie tiene miedo de algo, pero no me cuenta de qué. Rehúsa comer y evita pasar por el comedor. Intento ayudarla,

pero, si la chica no me muestra confianza, no puedo hacer nada. Actúo como una amiga para ella, pero me he percatado de que es un error, ya que me ha llamado embustera por creer que quiero ganarme su amistad falsamente. He notado ciertas marcas en su cuerpo que antes no había. Me ha pillado estudiándola y se ha cubierto abrazándose sí misma.

He hablado con Margaret y desconoce qué puede estar ocultando su hija. La mujer está angustiada al figurarse que Kimmie está callando algo que podría ser grave. Sospecho que alguno de sus compañeros está acosándola.

La alumna Kimmie no ha aparecido por consulta hoy. No obstante, Elliot ha preguntado por su presencia en mi habitación. Se le veía preocupado y con cierto nerviosismo.

La última hoja de su historia decía:

El expediente de Kimmie Bonheur está incompleto.

Antes de comenzar la siguiente clase, Victoria se había apartado de su amiga Melissa con la excusa de acudir de urgencia al retrete. Por supuesto, la muchacha no iría detrás para observar si era cierto. Confiaba en su palabra. Deambuló por los pasillos, queriendo llegar con suma cautela hasta el despacho de Newell, ya que el hombre estaba entretenido junto al profesorado. Una vez llegó allí, se adentró mirando si algún ojo curioso estaba espiándola. Cerró la puerta tras de sí y estudió el despacho.

El hecho de saber que el diario de Kimmie estaba ahí hizo que deseara ver por sí misma las hojas del cuaderno. Quizás Caym se había dejado alguna palabra que podía leerse y entenderse bien. Agarró el manojito de llaves y abrió el cajón del escritorio. Cuando cogió el diario en busca de algo inteligible, pasó hoja por hoja, intentado hallar aunque solo fuese una palabra. Con tan solo una palabra podía describir un hecho.

Abrió mucho sus ojos cuando encontró una que llamó su caótica atención. Sin embargo, su asombro fue interrumpido cuando se encontró al director Newell entrando al despacho. No supo cómo reaccionar, ya que ni siquiera le dio tiempo a esconderse en aquella diminuta habitación. El hombre la fulminó con la mirada al presenciar a la alumna Victoria Massey ocultando algo tras su espalda.

—Deja lo que tienes sobre la mesa —ordenó.

La joven lo ignoró y quiso pasar de largo, pero él la agarró con fuerza de su brazo haciendo que soltara un leve quejido. Arrebató lo que tenía en sus manos y lo lanzó al escritorio. Antes de que la muchacha pudiera responder, el director Newell le propinó una bofetada en la mejilla.

Grave error.

Victoria notó su mejilla arder con escozor. Ladeó su cabeza con la respiración acelerada, recordándole en parte las agresiones que le había dedicado Benjamín en el tiempo que vivió con él. Vio su rostro en la cara del director, alterada y en cólera. Su cabello se había despeinado sobre su rostro conforme fulminaba con sus hermosos ojos esmeralda a la persona a quien veía delante. Su vista y sus pensamientos estaban nublados, psicóticos. Deseaba con todas sus fuerzas matarlo, verlo arder, agonizar. ¡Que suplicase por su miserable vida!

—¡Tú no puedes pegarme! —vociferó con un chillido histérico.

Agarró lo único punzante que tenía a su alcance: un bolígrafo.

Quiso clavárselo en su garganta, pero el hombre la esquivó agarrando sus muñecas. Llamó en voz alta al profesor Dwayne y el varón acudió de inmediato. Se entristeció al ver en el estado de cólera en el que se encontraba la joven. Gritando con frustración.

—¡Sujétala los brazos! —ordenó.

Dwayne asintió sin entender la situación. Newell los condujo hasta la enfermería exigiendo a Margaret que le suministrara un calmante. La mujer se llevó una mano a corazón al ver a Victoria retorcerse en los brazos del profesor, soltando todo tipo de maldiciones.

Cuando la señora agarró la aguja y colocó el líquido, acudió Caym al escuchar los gritos de su compañera. Todo alumno se había revolucionado al ver la actitud de la sangre nueva. Estaban atónitos, especulando sobre el porqué de su irritación.

—¡Qué coño hacéis! ¡Soltadla! —exclamó el pelinegro.

—¡Aléjate, Sybarloch, o, si no, irás con ella al sótano!

El calmante fue inyectado en su brazo. Poco a poco la muchacha dejó de

zafarse de los brazos de su profesor. Al ver que Caym seguía insistiendo en llevársela consigo, a Newell no le quedó más remedio que castigarlo junto a ella. Ambos fueron empujados al sótano. La joven Victoria estuvo a punto de caerse por las escaleras si no hubiera sido por el agarre de su demonio. Aún estaba despierta.

—Voy a matarlo... —balbuceó la chica, adentrándose en el sueño.

El rostro de Caym se fue transformando a su lado más puro, más siniestro. Ansiando descuartizar con sus propias manos a ese bastardo y a todos los que participaron en la agonía de su compañera.

—No te preocupes, Victoria. Quedarán preciosas las paredes cuando el carmesí las bañe —musitó con una voz de lo más demoníaca y distorsionada.

Capítulo 34: La cabaña desconocida

Habían pasados un par de horas desde la administración del calmante a Victoria. Caym la había tumbado en el piso del sótano, deseando que despertara de una buena vez y que le diera una explicación de su psicótica reacción. No comprendió sus gritos ni sus continuos insultos deseando la muerte de Newell.

Más de una vez la había advertido de las consecuencias de jugar con la curiosidad y tocar lo que no le pertenecía. Sabía que había irrumpido algo, pero no discernía el qué y aquello despertaba su demonio interior. Ponerse hecha una loca frente a un hombre de esa calaña no fue buena idea.

El joven deseaba con todas sus ganas destruir al director y llevarse su nauseabunda alma al infierno, donde sufriría lo que nunca sufrió en su miserable y patética vida. No obstante, no podía adelantarse a tal hecho sin antes descubrir cómo de podrido estaba por dentro. Sus pupilas se dilataban ante los pensamientos homicidas, imaginándose la hora de aspirar todas las almas oscuras que aquel lugar albergaba. Con toda la malicia que se cocía podría llevarse a más de una, y eso era toda una gran satisfacción.

«Deberían ascenderme por aguantar tanta humanidad. Más les vale estar orgullosos de las almas que les llevaré. ¡Esto es caótico!», pensó para sí mismo.

Oyó a su compañera gimotear en sueños y eso captó su atención. La miró atento, estudiando sus delicadas facciones. Sus cejas se fruncían y sus labios lograban hacer una extraña mueca. ¿Se estaba despertando o teniendo una pesadilla? Él no lo entendía, pues desconocía qué se siente al estar dormido. Era algo que un demonio no necesitaba en absoluto, pero le fascinaba mirar su inercia. Tan débil y vulnerable.

—Victoria —la llamó meciendo su hombro para que despertara. No hubo respuesta.

Soltó un suspiro. A veces no tenía paciencia y ansiaba que despertara de una maldita vez para obtener respuestas. Más le valía inventarse una buena excusa si su castigo había sido por entrar en donde no debía.

—¡Despierta, maldita seas!

Ella gimoteó de nuevo.

Algunos de los mechones azabaches de su compañera se habían esparcido sobre su rostro al mecerla; Caym, con cuidado, los apartó para inspeccionar con detalle su cara. No podía ser brusco, aunque su paciencia se fuera a paseo, era humana. Debía tener cuidado y no sobrepasar los límites. Los humanos eran frágiles, tan quebradizos como la misma porcelana. ¡Qué tortura no disponer de las fuerzas de un ente sobrenatural! ¿Cómo de complicada sería la vida si abusáramos de nuestro dicho poder? ¿Cómo de egoísta puede ser nuestra propia raza?

Caym soltó un largo suspiro exasperado. Comenzó a dar vueltas de un lado a otro. Pero, sin previo aviso, Victoria murmuró algo.

—Abuso sexual... —dijo la joven aún con los ojos cerrados.

—¿Qué? —inquirió Caym, perdido por lo que acababa de soltar por su boca.

—En el diario de Kimmie había dos palabras que no estaban lo suficientemente emborronadas como para poderse leer: «abuso sexual».

—¡Lo sabía! ¡Idiota! ¡Has indagado en su despacho! Te tengo dicho miles de veces que no hagas nada sin mi presencia. Odio tus estúpidos errores humanos, así no llegamos a ninguna parte.

—El error lo cometiste tú al no presenciar dichas palabras. Las ignoraste.

—No las vi —se justificó

—No le prestaste atención. Son dos palabras muy importantes, Caym.

El muchacho se cruzó de brazos ante la regañina de su amiga, pero estaba dispuesto a darle disciplina por ponerse toda hecha una furia.

—¿A qué vino tu estado de loca de manicomio? —preguntó. Victoria frunció sus cejas cuando lo recordó.

Tardó unos segundos en responder, ya que intentaba incorporarse del piso. Aún estaba adormecida, pero debía echarle fuerzas.

—Me agredió en la mejilla por tocar el diario de Kimmie Bonheur.

—¿Ese bastardo te agredió? Debería salpicar las paredes con su sangre, me estoy controlando demasiado.

—Sí. Estamos en pleno siglo XXI. ¿Qué profesor propina agresiones a sus alumnos? Se me nubló la mente, recordé a Benjamín y entonces se me fue la cabeza. Te juro que quise matarlo. ¡Intenté clavar un bolígrafo en su garganta! —Caym se mantuvo callado unos segundos, escuchando las palabras de ella—. No lo entiendo. Se supone que somos alumnos con problemas, depresivos, marcados por la privación emocional y la soledad. Un director debe ser un hombre que se muestre familiar, no un tío que intimide y agrede.

—Es un internado estricto.

—¿Y qué? Por muy estricto que sea un internado, ya no se le permite agredir. No son tiempos antiguos. Ese hombre no debe de estar cuerdo.

—¿Y quién lo está hoy en día, querida?

Victoria hizo una pausa de silencio mirando sus ojos grisáceos.

—No quiero perder la cabeza.

Caym se acercó a ella y posó sus palmas en las mejillas de la joven.

—Tu cabeza ya la perdiste hace tiempo, Victoria. No te sientas mal por ello, hoy en día lo difícil es mantenerse cuerdo.

Ella no respondió. Se limitó a corresponder su hermosa mirada, observando su sonrisa burlesca.

*

Esa misma mañana, Melissa y Lucas acudieron a la consulta de Jenkins buscando alguna respuesta al castigo tan repentino de sus compañeros. Las especulaciones y habladurías de los demás alumnos los llevaron a indagar ellos mismos antes de sacar cualquier disparate absurdo, pues con todos los secretos que guardaban y sabían, estaban enterados buenamente de que algo malo debió de ocurrir para imponer tal disciplina.

La esbelta mujer estaba sentada en la silla de su escritorio, ojeando lo que parecían ser algunos de los tantos expedientes que manejaba. Ambos jóvenes tocaron con dos suaves golpes a la puerta de madera y Laura los invitó con cortesía a entrar.

—¿Dónde están Victoria y Caym? —indagó Melissa con recelo.

Laura Jenkins alzó la vista.

—Han sido castigados.

—¿Por qué? ¿Otra vez están en el sótano?

—Me temo que sí. Victoria Massey ha entrado en el despacho de Newell y eso lo ha cabreado. Le han suministrado un calmante.

—¿Qué vio allí dentro tan grave como para que la calmasen? —preguntó esta vez Lucas.

Parecía que a la psicóloga Jenkins le costaba confesar la existencia del diario de Kimmie, pues la pausa de silencio que hizo antes de hablar era extraña.

—El profesor Dwayne me ha contado que ha visto un diario sobre la mesa de escritorio del director, el cual parece ser que perteneció a la alumna Kimmie Bonheur.

Elliot estaba espiando la conversación pegando la oreja en la puerta. Cuando escuchó el nombre de Kimmie junto a su director, el corazón le dio un vuelco y salió exasperado de allí. Melissa se percató de los pasos apresurados de algún muchacho del internado y giró despacio sobre su eje, observando la ranura de la puerta.

—¿Por qué lo cabreó que Victoria viera el diario de Kimmie? —indagó Lucas.

—Quiero creer que lo que de verdad lo enfureció fue que entrara en su despacho y espiara sus documentos, cosa que ya saben que está prohibida.

—He oído que el director le ha dado una bofetada.

Jenkins no tenía nada que comentar sobre eso. Claro que veía mal que empleara la violencia para que sus niños y niñas se mantuvieran callados y siendo unos angelitos, pero no podía hacer cambiar de opinión a un señor chapado a la antigua. Sobre todo si era su jefe.

—Ya saben las normas del colegio, chicos.

—¡Pues vaya asco de normas! Se supone que sois la única familia que tenemos aquí dentro. Venimos de una familia desestructurada para que ustedes nos hagan lo mismo.

—Lucas, no me metas en el mismo saco. Sabes que estoy siempre aquí para

vosotros. No hace falta recordar el secreto que oculto.

El chico guardó silencio aguantando las ganas de debatir sobre el tema. El tirón de manga que le dio su compañera hizo que se distrajera.

—Creo que Elliot ha escuchado la conversación —susurró.

*

Elliot llegó al despacho de su tío, abriendo la puerta con violencia y logrando que el hombre se incorporara del asiento de inmediato. El joven jadeaba y las órbitas de sus ojos parecían querer salir con furor. Fulminó con la mirada al señor, que con una actitud de desconcierto le preguntó qué ocurría. Sin embargo, el chico se acercó en una postura encolerizada y dijo:

—¡Jodido mentiroso! ¡Tienes el diario de Kimmie Bonheur!

—¡Elliot! Bajo ninguna circunstancia permito que te dirijas de ese modo. ¡Siéntate!

—¡Y una mierda! —vociferó—. Dame el maldito diario. ¡Dámelo!

—Ordeno que te calmes y me des la oportunidad de explicarme. No es lo que tú piensas.

—Tienes cinco minutos. Da gracias a que no llame a tus amigos los policías.

Newell frunció el ceño. Su asombro ante las duras palabras de su sobrino le habían dejado noqueado.

—Una de nuestras señoras de la limpieza encontró el diario de Kimmie debajo de la cama de Ashworth.

Elliot se puso rígido. No tardó mucho en inquirir sobre ello.

—¿Lucas Ashworth?

—El mismo. Lo custodié bajo llave para mantenerlo seguro. Me temo que no podrás hallar nada escrito, todas las páginas están manchadas de tinta emborronada.

—No te creo.

—¿El qué no crees?

—Que le estés echando el muerto a Lucas Ashworth. ¡Es un enfermo! Ni

siquiera tenía relación con ella. ¿Estás insinuando que él la mató?

—En ningún momento he mencionado algo como tal. El diario lo tenía escondido él, quizás lo robó por intriga, o qué sé yo, Elliot. Te he dicho muchas veces que Bonheur se suicidó. No busques más explicaciones. Nadie la mató.

—Eso es lo que quieres que crea, pero sé bien que Kimmie no tenía ningún puto motivo para querer quitarse la vida. No trates de que cambie de opinión, porque no lo conseguirás. Ahora, dame el diario.

El hombre se lo pensó dos veces antes de abrir el cajón, pero, como no tenía nada que ocultar, se lo tendió con seguridad. Cuando Elliot agarró el cuaderno, partió del despacho finalizando la conversación.

La hoja que había visto Victoria estaba arrancada.

*

Habían pasado un par de horas desde que Victoria y Caym estaban en el sótano. El estómago de la joven empezó a gruñir, causando una leve risa al muchacho. Ella se abrazó el vientre con vergüenza y miró hacia otro lado. Tenía tanta hambre que, si hacía falta, se comería a sí misma. Era injusto estar encerrada entre aquellas mugrientas paredes. Aún tenía el instinto de matar al director Newell, su sangre ardía cada vez que recordaba la bofetada que le dedicó. No tenía ningún derecho a golpearla, por muy etiquetado que estuviera de ser «director». Si por atisbar el diario de Kimmie la embistió, entonces, ¿qué cosas le causó a la joven cuando aún estaba viva? Si afirmaban que su actitud era similar a la de la chica, la pobre tampoco debió de pasarlo nada bien.

—Deberíamos matarlo —rompió el silencio la muchacha.

—Por mucho que lo desee, no se puede matar a nadie sin saber si su alma merece arder. Hay que averiguarlo.

—Estoy cansada, tengo hambre y quiero gritar de frustración. Creo que tú tienes más fuerzas para jugar a los detectives.

—No hago tu trabajo.

La joven lo miró con hastío.

—Somos un equipo —masculló ella.

—Para lo que me conviene. Es divertido verte hacer lo que yo, en su día, hice por órdenes de mi superior.

—A veces, logras que te mate de pensamiento —comentó malhumorada.

—El sentimiento es mutuo.

En ese mismo instante, escucharon unos pasos paulatinos que parecían recorrer los pasillos del internado. Miraron al techo con fijación, pensando y reconociendo las pisadas lentas que tanto la caracterizaba.

—La enfermera Margaret se marcha a algún lugar —dijo el muchacho con una sonrisa ladina.

—¿Cómo lo sabes?

—Tan solo lo sé. Hagamos una cosa, mira, ponte en pie.

Victoria asintió y se incorporó mirando a su compañero con intriga. El joven entrelazó sus dedos en la palma de ella sintiendo su hermoso calor corporal.

—Vamos a salir de aquí por unos minutos y la vamos a seguir. No debes soltar mi mano o serás descubierta por el ojo humano. Si tenemos que correr, deberás seguir mi ritmo sin soltarte, ¿de acuerdo?

—¿Qué pasa si alguien baja al sótano y ve que no estamos?

—Llegaremos a tiempo —afirmó—. Vamos a ser invisibles. Procura no tocar a nadie, Victoria.

Acto seguido, ambos pudieron salir del sótano, traspasando la puerta como humo. La joven anduvo agarrando con fuerza la mano pálida de su demonio, que tenía sus ojos bañados en aquella oscuridad abrumadora que tanto se le conocía. Su rostro burlesco conforme caminaba le fascinaba. Era maravilloso presenciar su poder, andar junto a un mismísimo monstruo y ver el mundo como aquel ser lo observaba.

Su corazón bombeó con rapidez y su respiración se aceleró sin poder evitarlo. Sentía adrenalina con cada alumno que pasaba a su lado, esquivando sus choques e ignorando cada paso que daban. Quería permanecer siempre así, a su lado, disfrutando de los demás, deleitándose en lo ajeno. El muchacho, de vez en cuando, le dedicaba miradas tranquilizadoras a la vez que perversas. A cualquier persona le daría terror observar la cara desfigurada y demoníaca de su compañero cada vez que utilizaba su poder. Sin embargo, ella admiraba

cada facción, cada detalle tan espectacular y sombrío.

*

Margaret caminaba con despreocupación hacia la valla negra de afuera sin percatarse de la presencia de ambos adolescentes. Parecía llevar una llave entre sus dedos. Victoria la miró curiosa y se preguntó adónde iría sin la presencia de un auto con el que desplazarse. Cuando salió de la valla y se adentró al bosque, empezaron las preguntas sin respuestas. ¿Por qué llevaba una llave para adentrarse al bosque? ¿Qué tenía guardado allí?

La mujer siguió sus pasos, de vez en cuando, tarareaba alguna que otra melodía luciendo bastante siniestra en el silencio del bosque. Las aves se escuchaban volar de árbol en árbol, y a los cuervos gaznar por el grisáceo cielo sin nubes. Las hojas se mecían provocando un leve sonido relajante. No comprendía a dónde se dirigía tan dispuesta y alegre, más de lo que ya aparentaba entre cuatro paredes. De pronto, la señora se inquietó y se mantuvo quieta, haciendo que Caym detuviera su paso justo antes de que su cerebro le enviara la información. Al no oír nada por lo que alarmarse, la mujer avanzó su camino.

¿Había motivos para sospechar de la buena bondad y amabilidad de la enfermera Margaret? ¿Cuánto rencor podía guardar una madre dolida? Sin duda, las sospechas eran evidentes en una persona que no mostraba el más absoluto rencor hacia alumnos que le habían causado la supuesta muerte a su niña.

Tras unos minutos andando, ella se detuvo frente a una cabaña de madera que lucía vieja y pequeña. Los cristales parecían sucios, sin ser limpiados desde tiempo atrás, y la ranura de la puerta estaba oxidada. De inmediato, insertó la llave y entró sin apuro.

¿Esa cabaña era suya, o era de alguien de Fennoith y le había robado la llave? ¿Qué escondían esas diminutas paredes destartadas?

Caym y Victoria se miraron los rostros con una mirada cómplice que solo ellos sabían qué quería decir.

Capítulo 35: Lamento

Cogidos de la mano, caminaron con cautela hacia los ventanales sucios de la cabaña. El polvo empañaba el cristal, y apartarlo con la mano sería sospecha de que alguien había tratado de indagar, así que prefirieron abstenerse. La enfermera Margaret seguía dentro, pues el ruido que generaban sus pasos en la madera era evidente. Había cerrado la puerta ante los curiosos o algún animal que pudiera entrar buscando algo que llevarse a la boca. Victoria quería rodear la cabaña para así inspeccionar cómo de pequeña era, pero Caym se aferraba a ella sin dejarla curiosear hasta que la señora se marchara de allí. Le parecía muy inusual una diminuta casa en medio de todo aquel desastre. Quizás tan solo era un trastero, cosas sin importancia de las cuales no sospechar.

Cuando la mujer salió de allí, ambos jóvenes se apartaron con rapidez y aguantaron la respiración ante su presencia. Al principio, la enfermera se sintió observada, pero le restó importancia ante la soledad en la que estaba. Una persona en un bosque siempre se siente extrañada e inquieta, y más si a pocos metros se hallaban alumnos maniáticos de ese calibre. Ni entre tanta naturaleza podía sentirse uno a salvo.

Parecía que había ido a buscar algo allí, pues en sus manos llevaba una pequeña bolsa negra de la que se asomaban un par de paquetes de cigarrillos. Cuando por fin anduvo su paso al internado, Caym soltó la mano de su compañera y atravesó la pared dejando una especie de humo negro muy característico. Desde dentro abrió la puerta para que su amiga pudiera entrar.

A simple vista se veía una cabaña sencilla, con su sofá y sus muebles clásicos. Carecía de televisión, y en su lugar había una hermosa chimenea. La muchacha se movió lentamente, inspeccionando cada detalle de esta. Pudo apreciar una fotografía enmarcada, posada en una pequeña mesa auxiliar.

Salía el director Newell junto a lo que parecía ser su familia. Elliot también posaba en ella.

—Esta cabaña es del director —informó la joven ante la evidencia de las fotos.

—No me digas, Sherlock.

Victoria apretó sus labios.

—¿Por qué Margaret tiene la llave? —preguntó dubitativa.

Caym se encogió de hombros.

Al estar en continuo modo de alerta, a Victoria todo le parecía raro y atípico. No comprendía por qué alguien del personal de enfermería poseía la llave de la cabaña del director de Fennoith. Cabía la posibilidad de que tuvieran una relación íntima y eso lo explicaría todo, pero a Margaret no se la veía una señora con ganas de involucrarse en problemas amorosos, sobre todo, con el pasado de su hija fallecida en aquellos lares.

Caym la distrajo de su ensimismamiento cuando encontró un machete y un rifle de cazador guardado en un pequeño armario.

—Vaya, vaya... —canturreó el muchacho.

—Quizás practique la caza animal —apuntó ella. Caym la miró alzando una ceja.

—Bueno, eso sería otro tema, pero tú y yo sabemos que no es esa historia.

—No sabemos si las armas son tuyas o de otra persona. Por lo que hemos visto, aquí entran como si la propiedad les perteneciera.

Caym se había inquietado de repente, pues había sentido una llamada de alerta cuando alguien se aproximaba al sótano de Fennoith. Era el momento de marcharse.

—¡Tenemos que irnos! Agárrate a mí.

Ni siquiera pudo responder, ya que el muchacho la había abrazado con rapidez para hacer el cambio visual hasta el sótano. La teletransportación siempre lograba hacerla marear y sentir un poco de náuseas. La oscuridad del sótano la había dejado por unos segundos ciega antes de que sus ojos se habituaran a la penumbra. No obstante, Caym la sostenía para que no cayera de bruces contra el suelo tras el repentino cambio que una humana no estaba acostumbrada a sufrir.

Los pasos sonaron bajando las oscuras escaleras. El director Newell se había presentado allí para observar el estado de sus alumnos, pues llevaban horas sin comer y no podía permitirse algún imprevisto de gravedad.

—¿Qué estáis haciendo? —indagó el hombre al verlos tan unidos.

—Practicando el coito desenfrenado —respondió el varón con sarcasmo. Newell frunció su ceño—. ¿Acaso no la ve? Se encuentra mal. No ha comido en todo el día.

Aprovechó su estado debilitado para engañar al director con la excusa de la falta de alimento. Aunque la respuesta del chico hubiera sido soez y obscena, Newell se mostró apacible y prefirió que subieran para alimentarse. Ya les había dado disciplina y habían sido castigados por dos veces en dos días, merecían llevarse algo al estómago.

—Subid. Pronto será la cena.

Sin decir nada más, ambos subieron sin mirarle al rostro. Victoria controló las ganas de arremeter contra él y abofetearlo tantas veces hasta saciarse, pero era mejor callarse. La espera merecería la pena.

*

El profesor Dwayne se presentó en la consulta de Jenkins, asomando su cabeza por una pequeña abertura en la puerta. Laura lo invitó a pasar con cierta desgana. El hombre se acercó al sofá donde se sentaban sus pacientes y se acomodó esperando a que ella se levantara de su escritorio y le prestase atención. Jenkins se ajustó sus lentes y se apresuró en indagar en su repentina aparición, que estaba haciéndose cada vez más habitual.

—Mucho papeleo, ¿verdad? Siento si la interrumpo. Tenía algo que preguntar.

—Cuéntame.

—¿La alumna Victoria Massey tiene alguna enfermedad mental? —al ver la reacción malhumorada que denotó el rostro de la mujer, Dwayne trató de dar detalles—. Quiero decir, si padece de alucinaciones, esquizofrenia o algún trastorno parecido.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, su estado irritable hacia el director del internado no fue muy correcto. Empezó a llamarlo Benjamín. Parecía tener paranoias.

La psicóloga se cruzó de brazos.

—Newell la agredió. Su padrastro hacía lo mismo. ¿No cree que es normal que compare ambas situaciones? Viene de un hogar desestructurado.

Al decir la última frase se acordó de Lucas, quien la juzgó por no debatir los actos del director.

—Me preocupa su situación. Tengo el extraño sentimiento de que ha empeorado desde que llegó.

—No la conoció cuando llegó. No sabe nada de su situación.

—Correcto, pero he ido percibiendo pequeños cambios en su actitud y su modo de dirigirse a los demás.

—Ese es mi trabajo, no el suyo. Usted dedíquese a darles enseñanza, que yo me dedicaré a llevarla por buen camino.

—Señorita Jenkins, no sea así conmigo —dijo el hombre con una expresión melancólica.

—¿Así cómo?

—Frívola. No sé si usted es así con todos, o solo conmigo. Si he dicho algo que haya podido ofenderle, me disculpo. Tengo preocupaciones por mis alumnos y quería que usted resolviera alguna de mis dudas, pero ya veo que no está por la labor. Mejor me marchó.

—Espere —murmuró ella, echándose una mano sobre la frente con exasperación—. Llevo unos días malos y lo pago con todo el que se me acerca. No es nada personal, soy yo, que estoy irritada.

Prefirió poner esa excusa, que en cierto modo era verdad, a tener que lidiar con estar de malas vibraciones con un profesor con el que se veía con frecuencia. Claro que tenía la misma sangre que Bellamy, pero no se lo veía con malas intenciones. ¡Incluso se preocupaba por sus alumnos! Dentro de ese internado, ¿qué profesor se lamentaría por sus niños y niñas? Quizás no era tan aberrante como su hermano.

—La entiendo. Volveré en otro momento cuando esté más... calmada. Gracias de todas formas.

Dicho aquello, se marchó de la consulta.

*

Mientras andaban por los pasillos, Victoria caminaba junto a su demonio, cuando un muchacho le hizo la zancadilla provocándole una repentina caída. Acto seguido, su grupo y él comenzaron a mofarse llamándola por lo bajo *loca*. El hecho de que la joven horas atrás se hubiera puesto toda hecha una fiera con el director les había dado motivos para que sus compañeros la juzgaran de demente y se burlaran en su cara, sobre todo, ante la administración del calmante. Ver todo un acontecimiento así alimentó los instintos sádicos de los alumnos hacia la sangre nueva, afectada por toda la malicia que allí dentro había. La muchacha apretó su mandíbula, matándolo de pensamiento y pensando todo tipo de blasfemias. Cuando quiso defenderse, Caym se puso por medio, propinando un fuerte empujón al individuo causante de la caída.

—¿Quieres ver a un jodido loco de verdad? Búscame las cosquillas y ponme a prueba. ¡Saco de mierda! —exclamó Caym con algunas venas marcadas en su cuello.

El alumno quiso agredirlo, pero solo logró observar el perfecto zigzag en los movimientos de Caym, que le causó una fuerte frustración. El demonio le hubiera roto alguna que otra extremidad con mucho gusto si no fuera por la campana, que sonó insinuando que la cena había comenzado. Llevaba tanto tiempo sin romper un solo hueso que ya añoraba el fuerte *crack* melódico que consideraba música celestial.

Ayudó a su compañera levantándola del suelo y marcharon al salón.

Cuando Melissa vio a Victoria, se abalanzó a sus brazos. La joven se sorprendió con detenimiento y tardó unos segundos en corresponderla.

—¡Te he echado de menos!

—Vale. Suéltame.

—¡Es en serio! Mi habitación estaba tan vacía que he tenido que dormir en tu cama para sentirte cerca. Me da miedo si no estás tú.

Ella abrazó su diminuta cintura haciéndola sentir mejor.

Victoria se percató de Elliot, sentado en solitario en una mesa, con los ojos enrojecidos. ¿Había estado llorando? Jugeteaba con su comida en el plato, moviéndola de un lado a otro sin apetito. Sus ojeras, que tanto lo caracterizaban, se pronunciaban más oscuras de lo normal. Tenía mal

aspecto.

Cuando vio a Lucas Ashworth pasar a por su bandeja, el muchacho frunció su ceño y pareció estudiar sus movimientos. No comprendió por qué estaba malhumorado y tan decaído, pero prefería averiguarlo en otro momento. Estaba tan hambrienta que solo pensaba en llevarse comida a la boca.

*

En la madrugada, Victoria se había levantado en mitad de la oscuridad. Tuvo un mal sueño, pero no lo recordaba. No obstante, su somnolencia se había marchado por unos minutos. Observó a su compañera dormida con placidez en su colchón. Ambas adolescentes habían estado de acuerdo en dormir esa misma noche juntas, pues la insistencia de su amiga la había convencido. Satisfacer su deseo una sola vez no estaba mal.

Victoria agradecía que fuera la única que se preocupaba por ella, dado en el lugar en el que se encontraba. Aún le costaba creer que la actitud de Melissa fuera tan dulce y angelical sabiendo que había matado a sus padres. Era una chica que, aunque poseyera una historia tan cruel, no merecía estar en Fennoith.

La muchacha se levantó de la cama con sumo cuidado para no despertarla. Sabía que salir de la habitación a esas horas era todo un riesgo, pero por alguna razón necesitaba ver a su demonio.

Cerró la puerta de la habitación y partió.

Cuando llegó al cuarto de ambos varones, Victoria no tuvo la necesidad de llamar a la puerta, ya que Caym siempre se adelantaba a sus pensamientos. El chico la miró con una sonrisa burlesca y dijo:

—Estoy empezando a creer que eres masoquista. ¿Acaso quieres que te vuelvan a castigar? —ella hizo caso omiso a sus palabras y se coló en la habitación. Cuando el muchacho la vio meterse en su cama, acurrucándose en sus sábanas, hizo que chasquease la lengua—. No empieces otra vez, Victoria.

—¿Qué? Solo quiero estar aquí.

—¿Eres consciente de que no puedes?

—Habla más bajo, Lucas está dormido —bisbiseó ella.

—Sal de la habitación.

—Solo pienso quedarme unos minutos, dame el gusto. Llevo unos días de mierda y tú lo sabes.

El joven se mantuvo callado a los pies de su propia cama. Fingió estar cansado y fatigado, pero la muchacha no era estúpida y sabía que un ser sobrenatural no tenía necesidades humanas. Ella hizo un ademán para que se metiese en las sábanas.

—Te he dicho que solo serán unos minutos.

—De acuerdo.

A regañadientes accedió y se tumbó con ella. Pudo ver cómo su compañera sonreía al ver cómo se metía en la cama. La joven apenas solía mostrar siquiera una línea en sus labios, y que solo lo hiciera con él le hizo sentirse extraño, dado el acuerdo que tenían. No quería que se acostumbrara a su presencia ni dependiera del joven, pero empezó a pensar que ya era demasiado tarde. Uno de los dos estaba obsesionado.

Lo miró a los ojos con fascinación, él tan solo estaba ahí obligado a satisfacer su estúpido deseo.

—Gracias por defenderme, pero hubiera podido yo sola —murmuró la joven.

—Llevabas casi veinticuatro horas sin ingerir nada. Te hubieran tumbado con solo un soplo. Además, si te embisten, automáticamente se las verán conmigo. Recuerda que soy tu arma, puedes usarme cuando lo creas conveniente. Disfrutaré destripando algún que otro humano.

Ella se acercó a su cuerpo, hundiendo la cabeza en su pecho. Caym la rodeó acariciándole la cabeza, sabía que eso la tranquilizaba de sus pensamientos melancólicos.

Sin previo aviso, el muchacho pudo ver a su compañero Lucas levantándose de la cama buscando algo en la mesita de noche. Caym no dudó en preguntar si estaba sonámbulo.

—Se me ha olvidado tomarme la pastilla —dijo rebuscando sus antipsicóticos. Pareció ignorar la presencia de la muchacha en la habitación.

Cuando halló el bote, se puso rígido y su pulso cardíaco aumentó. Se podía escuchar su respiración acelerada. En su mano derecha tenía las pastillas,

pero estaba mirando con inquietud el cajón, pasmado y absorto.

Victoria giró sobre su eje para atender a Lucas, que no reaccionaba ante lo que veía. Cuando la muchacha observó lo que miraba atento, ella abrió sus ojos con sorpresa.

—Esa es una hoja del diario de Kimmie... ¿Por qué la tienes tú? —indagó.

—No... No he sido yo... Yo no he sido... —dijo con nerviosismo.

«Abuso sexual» se podía leer entre tanta palabra emborronada. Victoria miró a su amigo juzgándolo de aquello. Dio unos cuantos pasos alejándose de su presencia.

Ashworth comenzó a llorar.

Capítulo 36: Salto

El lamento de Lucas fue desolador. Las lágrimas se escapaban de sus ojos sin previo aviso, sus manos temblorosas y el hormigueo constante le estaban dando el fuerte aviso de un ataque de ansiedad. Se cubrió su rostro con sus palmas, avergonzado de sus sollozos y los incontrolables pucheros que hacían sus labios. Negaba una y otra vez que él hubiera tenido nada que ver en la muerte de Kimmie Bonheur. No obstante, el hecho de saber que padecía de esquizofrenia paranoide le hacía pensar de sí mismo que quizás, en un brote psicótico, le podía haber hecho algo. Desconfiaba de sí mismo, no podía callar las voces de su cabeza, ¿por qué no iba a herir a alguien si se lo ordenaban? Por mucho que tuviera dudas de lo que hizo, él pensaba que no poseía motivos para haber querido quitarle la vida a la joven. Apenas el muchacho solía relacionarse con sus compañeros y jamás se integraba en los grupos de alumnos. Siempre había esperado a que se le acercaran para poder socializar, ya que solía pensar que era un estorbo para los demás. Nadie querría lidiar con un enfermo mental, o eso opinaba de sí mismo.

Ver la actitud recelosa de su amiga Victoria hizo que su llanto aumentara sobremanera. No le gustaba ser juzgado de esa forma. Ya tenía bastante con las miradas de los demás para tener que aguantar el desprecio de la persona que consideraba su amiga. La joven quiso tener empatía y tratar de calmar su lamento, sobre todo por el ruido que estaba generando.

Ashworth continuó defendiendo su inocencia.

—Tranquilo —murmuró ella abrazando su tembloroso cuerpo.

—No he sido... Yo no he hecho nada... —dijo con la voz entrecortada.

—Él no lo ha hecho, Victoria —comentó Caym, que se había apoyado en el escritorio de la habitación.

No hizo falta que ella preguntara por qué estaba tan seguro de aquello. Cuando un demonio afirmaba algo, pocas veces era un embuste, y más sabiendo la misión que estaba destinada a cumplir la muchacha. Pero había algo oculto tras ello: si Lucas no había arrancado la hoja, ¿quién lo hizo? ¿El director Newell? El hecho de que hubiera tantas incógnitas la sacaba de quicio.

Detestaba su actitud vanidosa y calculadora. Si había sido Newell quien estaba planeando culpar a un enfermo mental para librarse él de su cometido, era un acto de lo más cruel y repugnante. No obstante, sin prueba alguna no se le podía juzgar por encontrar la hoja en uno de los cajones. Hubiera podido ser cualquiera de los de allí dentro, no todo tenía que rondar al director del internado.

Melissa se había presentado allí circunspecta ante la situación. Su cara denotaba que se acababa de despertar buscando a su compañera de cuarto, que había desaparecido de madrugada. Al ver el posible ataque de ansiedad de su amigo, preguntó de inmediato qué ocurría. Lucas no solía llorar nunca, y ella lo conocía más que nadie. Desde siempre lo había observado en las sombras, manteniendo una cierta distancia hasta que por fin pudieron entablar una conversación. Ashworth tenía un carácter susceptible, solía estar a la defensiva con constancia, pero jamás había llorado por nada. Ni incluso por el rechazo de su propia madre.

—Le han colocado una hoja del diario de Kimmie Bonheur en su mesita de noche —informó Victoria.

—¡Eso es horrible! —exclamó la muchacha con preocupación—. ¿Quién quiere mancharle las manos?

—No lo sabemos.

—Melissa, ¿tú sabías de la existencia de ese diario? —indagó Caym mirándola de soslayo.

—Escuché que ella solía escribir en uno, ya que cuando Kimmie desapareció en el bosque, Elliot discutió con el director queriendo saber dónde estaba su cuaderno.

Elliot era un joven que, desde la muerte de su amada Kimmie, no había podido conciliar bien el sueño, creándole insomnio en la larga noche.

Él había escuchado ruidos provenientes de la habitación de ambos varones y, como faltaba una hoja del diario de ella, quiso indagar en el tema.

Desde el primer momento en el que Lucas estalló en el llanto, se había quedado tras la puerta escuchando la conversación. En su brazo protegía el diario de la joven, abrazándolo con fuerza. Solo el hecho de saber que su propio tío había culpado a Ashworth del robo del cuaderno le daba motivos

para vigilar sus actos y ver cómo de responsable era de aquello, aunque en el fondo no podía creer con tanta facilidad las palabras de Newell.

—¡Tenéis que creerme! ¡No he sido yo! —dijo Lucas mirando los rostros de sus compañeros con pesadumbre.

—Sabemos que no has sido tú. No te preocupes —le calmó Melissa.

Como la rubia se había dejado la puerta entreabierta, Elliot decidió entrar, inquietando a Lucas con su reacción. El muchacho no se mostraba enfadado, ni siquiera hizo preguntas. Tan solo se dirigió a la mesita de noche y agarró la hoja que faltaba para completar sus letras. El castaño se disculpó y siguió defendiéndose. Por unos segundos pensó que le daría una paliza creyendo que él arrancó la hoja, pero no hizo falta que dijera nada. Creía su inocencia.

—¿Saben? Es muy astuto culpar a un esquizofrénico paranoide de la muerte de Kimmie Bonheur, porque, en el caso de ir a juicio, nadie creería las palabras de un enfermo mental. Es una cruz que pone la sociedad cuando oyen que una persona está demente. Es más fácil juzgar que conocer —alegó Elliot aferrándose al diario—. Pagarán por esto tarde o temprano. Sea quien sea.

—¿Y si ha sido tu propio tío? —indagó Victoria.

—Quien a hierro mata a hierro muere —respondió apretando sus dientes.

Antes de que Elliot se marchara, Lucas lo llamó interrumpiendo su paso. De debajo de su almohada sacó el expediente de la joven que había robado de la consulta de Jenkins.

—Lo único que tengo de ella es el expediente. Me dijo que lo buscara —lo tendió en el aire para que lo agarrase.

—¿Ella habló contigo? —cuestionó dubitativo.

—Sí. Me condujo hasta la consulta de Jenkins para buscar su historia.

Lo decía tan dispuesto que parecía creerlo. No obstante, sabiendo toda la clase de paranoias que poseía, no quiso juzgarlo más de lo que ya se sentía. Agarró la carpeta y se la llevó consigo.

Esa noche sus compañeros permanecieron con Lucas tratando de consolar sus pensamientos.

*

En la mañana, la psicóloga Jenkins había llamado a Victoria cuando la vio dirigirse a desayunar. La joven chasqueó la lengua molesta de tener que ir a esa hora a su consulta. Al pasar por los pasillos, observó a la enfermera Margaret mirando atenta a la puerta de madera del despacho del director. La mujer parecía en trance, ensimismada en lo que quiera que estuviera pensando. Ni siquiera el bullicio lograba distraerla de sí misma. Había algo espeluznante en ella: nunca se mostraba seria. Incluso estando en soledad, jamás dejaba de sonreír.

—¿Enfermera Margaret? —la llamó la muchacha, extrañada de su postura—. ¿Espera a alguien?

—Lo veo todo, lo escucho todo y lo oigo todo —respondió la mujer mirando su rostro. Mostró sus dientes en aquella sonrisa y la chica frunció el ceño.

Victoria quiso ignorarla, no porque la inquietase, sino porque prefería no iniciar una conversación tan inusual como aquella. Aunque sintió curiosidad de la frase soltada por la mujer, quiso abstenerse e ir de inmediato a la consulta de Jenkins. Sin embargo, recordó algo que hizo que se parara en seco. Margaret llevaba más de una década trabajando en Fennoith, de hecho, ella misma se lo contó. Añadió también que escuchaba todo tipo de secretos y habladurías. Quizás la mujer se enteró de algún chisme y por esa razón actuaba tan ensimismada. Pero el hecho de estar mirando el despacho de Newell con tanto la hacía preguntarse qué motivos la llevaban a estar allí.

«No me ha llamado *mi niña* — pensó para sí misma con desconfianza. Echó un último vistazo a la señora, que continuó mirando el despacho — . Quizás no está tan cuerda como aparenta».

Cuando llegó a la consulta de la psicóloga Jenkins, la mujer la recibió adusta, invitándola a que se sentase en el sofá que correspondía a las sesiones. Le pareció inusual que no le dedicara una sonrisa, ya que la mujer solía ser agradable con sus pacientes. Esta vez tenía motivos para actuar tan seria.

—Victoria, debes tener más cuidado con las cosas que tocas —habló Laura, sentándose en el sofá frente a ella.

—¿Qué he hecho ahora?

—Te has metido en el despacho de tu director. No puedes hacer eso.

La joven soltó una risa sarcástica.

—No lo hubiese hecho si no hubiera presenciado el diario de la alumna muerta. ¿Usted sabía ese dato?

—¿El diario de Kimmie Bonheur?

—Sí.

—Aunque Newell custodie el diario de ella, no puedes entrar e intentar leerlo. Ya has visto lo que ocurre.

—El me abofeteó sin venir a cuento. Puede que me hubiera metido donde no me llaman, pero no tenía ningún derecho a agredir a una alumna —Jenkins se mantuvo callada escuchando su versión—. Me da la impresión de que trata de justificar los actos injustos de ese monstruo.

—No lo justifico, sé que es duro su comportamiento, pero son las reglas. No puedo hacer nada.

—¿Sabía que tiene una cabaña el bosque, y que guarda un rifle de caza y un machete? ¿No le parece extraño?

Jenkins guardó silencio durante algunos segundos. No solía salir de aquellas cuatro paredes y no frecuentaba el sombrío bosque, salvo la única vez que tuvo que enterrar el cadáver de Bellamy. La pregunta de la muchacha la había inquietado un poco y no supo con qué palabras responder a la cuestión de ella. Sentía temor de poder decir algo inapropiado y que llegara a oídos del director. Por muy duro que fuera aquel internado, no quería ser despedida sin antes haber ayudado buenamente a sus pacientes. Pocos solían preocuparse tanto como ella lo hacía. Y, en parte, también deseaba descubrir qué secretos se callaban allí dentro para poder juzgar por sí misma los evidentes hechos.

—No sabía nada de eso —respondió al fin.

—Pues ahora lo sabe. Algún día, la verdad vendrá y todo lo que usted creyó tan inocentemente se sabrá que fue una absurda falacia.

—¿Qué quieres decir con eso, Victoria? —inquirió.

—Sé que le molesta que me meta donde no me llaman —dijo evadiendo su pregunta—, pero, si no lo hago yo, nadie lo hará. Solo he sido descubierta una vez. De los errores se aprende, ¿no es así? No se preocupe, no volverá a pasar.

—Te aconsejaría que te mantuvieras al margen, pero sé que no me obedecerás.

—Sé protegerme, no necesito que se preocupe por mí. ¿Qué me puede pasar? ¿Sufrir un par de noches en el sótano? Puedo vivir con ello.

—Sigues siendo una sangre nueva —recordó—. Hagas lo que hagas, serás juzgada por el resto de tus compañeros.

—Me importa una mierda —espetó.

Jenkins tragó saliva.

—No cambies, Victoria. No dejes que todo esto te afecte.

—Nada me está afectando —se encogió de hombros—. Déjame hacer la poca vida social que pueda tener aquí dentro. Usted cometa sus errores, yo cometeré los míos.

Laura no tenía nada más que añadir, ya que la joven rehusaba obedecerla y no parecía que fuera a cambiar de opinión. Seguiría entrometiéndose en asuntos que no la concernían porque era su misión, su escape para salir de allí.

*

Más tarde, Lucas Ashworth no estaba por ninguna parte. Pronto tenían que acudir a la clase del profesor Dwayne y el muchacho había desaparecido. La rubia se había preocupado, pues en la madrugada el chico estuvo bastante decaído y nadie sabía qué clase de pensamientos estaban rondando su caótica mente. Lo buscaron por los pasillos, su habitación y el salón. Sin embargo, el varón no se hallaba en ningún lugar. Victoria se extrañó de la repentina ausencia de él.

Cuando vieron a Elliot, le preguntaron de inmediato si lo había visto.

—Lo vi saliendo del despacho del director, poco después subió por las escaleras. Pensé que se iba a su habitación —comentó con desdén.

Exasperados, echaron a correr escaleras arriba. Tuvieron el presentimiento de que Lucas se había ido a la terraza del internado. Victoria sabía muy bien que ese lugar era poco seguro e inestable. Melissa hiperventiló sin poder evitarlo, imaginándose la peor desgracia que pudiera sucederle a un amigo.

Cuando se presentaron allí, vieron al muchacho en el bordillo, mirando la

larga caída que lo separaba del suelo. Lucas exclamó que no se acercasen a él entre sollozos y lágrimas que resbalaban por sus mejillas. El suave viento mecía la vestimenta del joven en aquel desastroso muro que se encontraba de pie.

«¡Asesino! ¡Suicídate! ¡Hazlo! ¡Loco!», escuchaba en su cabeza, haciendo que apretara los puños con frustración.

—Lucas, por favor, baja de ahí —imploró Victoria tratando de que obedeciera, pero no lo hizo.

—¡Soy un monstruo! ¡Un asesino! —vociferó—. No merezco vivir.

—¡Tú no la mataste!

—¡Estoy loco! ¿Quién me dice a mí que yo no lo hice? ¡Maté a Cassandra con una lámpara!

—¡Iba a matar a Victoria! ¡La defendiste! —alegó Melissa.

Lucas se mantuvo callado.

—Te están haciendo creer que tú lo hiciste, porque padeces de sonambulismo y esquizofrenia —dijo Caym, mirando su rostro con fijación—. ¿Qué te ha dicho el director? —no respondió. Lo único que se escuchó de él fueron sus incontrolables gimoteos y sollozos—, ¡Lucas, mírame!

—¡He sido yo! ¡Dicen que fui yo!

—Te están mintiendo, niño. ¡Baja de ahí!

Caym se acercó y Lucas se inquietó, amenazando con que se iba a tirar como diera un solo paso más.

—Dame la mano.

—¡No! ¡Dejadme en paz! —chilló desgarrándose el alma.

El cuerpo del joven temblaba de tal forma que parecía que fuera a colapsar en cualquier instante. El frío gélido del invierno no ayudaba a entrar en calidez, y aún menos en una situación tan desagradable como aquella. Los nervios eran evidentes en cada uno de los presentes. Lucas no entraba en razón y, por las voces que lo incitaban a suicidarse, la situación iba de mal en peor. Daba por hecho que él la asesinó, aunque ni siquiera tuviera recuerdos de haberlo cometido. Le estaban haciendo creer que fue él por su tipo de enfermedad y

para que alguien saliera impune.

Empezó a dar las gracias por haberlo apoyado todo este tiempo, por ser sus amigos y por estar siempre ahí con él.

Lucas quiso saltar.

Caym detuvo el tiempo.

Capítulo 37: ¿Suicidio?

El tiempo se detuvo frente a sus ojos, viendo los rostros horrorizados de los presentes ante el intento de suicidio del muchacho. La rubia se había tapado su rostro con temor del salto de Lucas y Victoria se hallaba con la boca entreabierta, asombrada por la reacción de su compañero.

Caym soltó un largo suspiro exasperado. En cierta parte, estaba asqueado. No necesitaba un alma como la de Lucas Ashworth, ese muchacho no era bienvenido en el infierno. No podía permitirse que un chico lleno de remordimientos y culpabilidad por sus actos surcara los valles del infierno para el resto de su eternidad, ni siquiera en el purgatorio. Carecía de maldad y, aunque hubiera asesinado a su padre, era algo de lo que muy el fondo el chico se arrepentía. Un alma de ese calibre no le interesaba, no lo quería cerca. Él se llevaba las almas negras bañadas en pura malicia y crueldad, no un alma blanca como la del varón, que solo era víctima de un trastorno mental.

Agarró al muchacho por los aires y lo colocó en el piso de la azotea. Ver las lágrimas de su rostro detenidas en el tiempo era algo desolador. Sus ojos y su nariz se hallaban enrojecidos.

Puede que lo que hiciera a continuación fuera algo que un demonio no debería hacer, pero alguien como Lucas necesitaba tener algo de paz por una vez en la vida, en esa psicótica mente. Estaba cansado de tener que apreciar su agónica angustia. Le borró los pensamientos de querer y desear suicidarse de nuevo. Colocó sus manos en la frente del chico y se concentró en eliminarle todo rastro de pensamiento de quitarse la vida. El suicidio es pecado, su alma sería condenada y Caym no lo necesitaba. No era divertido tenerlo allí. Mejor salvarlo que condenarlo, aunque eso fuera contra sus normas.

Las memorias de Ashworth rondaron la mente del demonio como imágenes instantáneas, guardándolas en lo más profundo de su retina. Cuando por fin lo obtuvo, hizo que el tiempo volviera circular.

Lo siguiente que apreciaron Victoria y Melissa fue a Lucas tumbado en el suelo, anonadado con lo que acababa de pasar. El pelinegro se cruzó de brazos, con una expresión en su rostro que denotaba seriedad.

—¿Qué...? —masculló el muchacho, consternado. Ni siquiera pudo formular una pregunta ante la falta de información. No sabía por qué estaba en la azotea.

—Has tenido un brote psicótico. Ya estás bien —mintió el varón, adusto.

Victoria lo miró de soslayo. Sabía lo que había hecho, pues a ella también la había salvado una vez.

—No entiendo nada... —masculló la rubia negando con la cabeza— ¡Lo vi saltar!

—Si lo hubieras visto saltar, estaría muerto —espetó apartándose del resto.

Melissa no pudo evitar sentir alivio al ver que su amigo no se había lanzado al vacío, a pesar de lo confusa que se había quedado. Sus ojos se iluminaron y lo abrazó, tirándose al piso con él.

Victoria agarró del antebrazo a su demonio y le murmuró:

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Hacer el qué? —inquirió.

—Salvarlo. ¿Por qué?

—Un alma como la suya no nos interesa. Si se hubiera suicidado no me quedaría más remedio que ver su alma y arrastrarla conmigo. No me apetece verlo más atormentado de lo que ya está. Ignoro a aquellas almas que sienten culpabilidad de sus actos.

—¿Qué te hace pensar que yo no pueda sentir remordimientos de mis actos? Mi alma tampoco podría ser bienvenida allí —alegó la joven.

Caym hizo una pausa de silencio, se acercó a su rostro y mostró una sonrisa burlesca.

—No me hagas reír, querida. Llevas mucho tiempo siendo la manzana envenenada que nadie quiere morder. Tu alma está tan putrefacta como mis ganas de sentir compasión por las almas atormentadas del purgatorio.

—Es lo único que te interesa —afirmó ella malhumorada.

—No solo eso: tu extraño parecido a mí también es digno de mi interés.

Caym quiso finalizar la conversación, pero ella tenía preguntas que hacer.

—¿Hay alguna manera de que pueda ser el mismo monstruo que tú? —él frunció el ceño, confuso—. Quiero decir, si podría ser tu compañera de *vida*, caminar junto a ti. Para siempre.

—¿Me estás queriendo decir que si puedes convertirte en demonio?

—Sí —Caym no respondió. La chica se percató de su silencio—. Todo demonio necesita a alguien que le acompañe en sus batallas. Tú y yo podríamos ser un dúo.

—Tu alma es mía, debo llevármela —reclamó con hastío.

—A veces un objeto pierde valor si se saca de su envoltorio. Puedo ser más importante si me conservas —dijo ella, observando sus ojos grises.

Caym le respondió soltando una risa burlona.

—Tienes miedo a morir, ¿verdad, querida? ¡Qué agradable sensación! No vas a convencerme con palabrería. ¿Quién te crees que soy? Debiste pensarlo dos veces antes de implorar con tanta maldad mi ayuda.

—Lo has dudado.

—¿Qué hablas ahora, niña?

—Cuando te he dicho lo de ser como tú, para siempre. Lo has dudado.

El muchacho la señaló con el dedo.

—Simplemente no te he respondido, Victoria. Deja de comerte la cabeza.

Ella se mantuvo callada unos segundos. No tenía miedo a morir, lo que la atemorizaba era quedarse sola en este mundo sin la compañía de alguien tan poderoso y perfecto como él.

Claro que, una vez que se llevara su alma, no querría decir que moriría al instante, sino que, cuando la joven falleciera por causas naturales de la vida, iría derecha al infierno. No podía esperar tanto para verlo, tanto tiempo en soledad caminando por las frías calles como alma en pena. Desconocía su paradero una vez acabara con su misión. ¿Qué sería de ella cuando matara a su dichoso padrastro? ¿Qué sería de él sin la presencia de Victoria merodeando a su alrededor?

—Buscaré la forma de quedarme contigo. Te arrastraré a mi infierno personal para que nunca más puedas salir —murmuró la muchacha clavando sus

pupilas verdes en su rostro.

—Eres una jodida egoísta —masculló él pegando su frente con la de ella.

—Puedes llamarme lo que quieras, no voy a sentirme ofendida por algo que ya sé que soy. Ya te lo dije, si te vas de mi lado, buscaré la forma de invocarte de nuevo.

Caym sonrió con sorna. Había repetido tantas veces esa misma frase que llegó a comenzar a creerla. Al principio pensó que era una simple rabieta de niña consentida, pero, al ver que la joven mantenía su palabra, no pudo evitar sorprenderse de tal actuación, aunque eso no impidió que se burlara.

Ella inclinó sus labios pillando por sorpresa su rostro. Caym se apartó con rapidez. Pudo apreciar cómo pequeñas venas se marcaban en sus manos y cuello, su respiración se aceleró a causa de la irritación y sus ojos luchaban por no perder su gris, evitando que la oscuridad se adueñara de ellos. La estaba fulminando con solo una mirada y a ella no le importaba. Que la matara de pensamiento no era su principal problema. Ver su mosqueo le gustaba, pues se sentía importante, llena de superioridad, tan alto como él. Al muchacho lo hastiaba que una simple humana no sintiese pavor por alguien venido del mismísimo infierno. Tenía las suficientes agalladas para enfrentarse sin miedo y sin armadura. Podía pensar todo tipo de maldades, que, aun así, seguiría maravillada ante su presencia.

Le resultaba adorable poder apaciguar a su bestia con un solo beso robado.

Ella lo sonrió con malicia, el demonio apretó su mandíbula.

«Si tengo que incendiar toda una ciudad para que él me preste atención, no dudaré en quemarlo todo — pensó para sí misma — . Tú mismo lo dijiste: *Juntos veremos el mundo arder, Caym*».

—Lucas está mareado. Deberíamos llevarlo a la enfermería —apuntó Melissa, preocupada por su amigo.

—Vamos.

La campana sonó informando de la primera hora de clase del profesor Dwayne.

*

Cuando llegaron a la enfermería, la señora Margaret no estaba. Parecía que

había salido a alguna parte, así que no les quedaría más remedio que esperarla. No obstante, no podían llegar tarde a clase o hacer novillos, ya que se abstendrían de sufrir otro miserable castigo. Lucas se sentó en la camilla de sábanas blancas esperando a la mujer. Había ordenado que se marcharan, que no hacía falta que se quedaran con él. Aunque a Melissa no le gustó la idea de dejarlo solo, prefirió obedecerlo.

Victoria se había percatado de que en la pequeña papelera de basura de la habitación había cáscaras de cacahuete y algunos frutos secos más. Cuando miró a su demonio para informarle de lo que había presenciado, él ya estaba observando lo mismo que ella concienzudamente. Ambos se miraron con complicidad.

—Tenemos que irnos o nos regañaran por asistir tarde —habló la rubia saliendo de la enfermería.

Cuando llegaron a clase, el profesor Dwayne los saludó como habitualmente hacía todas las mañanas. El mal tiempo en Fennoith no era algo inusual; como casi todos los días, caía un pequeño chaparrón y a los tantos minutos menguaba. La joven quedó eclipsada con las pequeñas gotas de lluvia que resbalaban por los ventanales con rejillas. Caym la miró de soslayo.

—Bien. Abrimos por la página número 46. Empezamos con la Revolución francesa —ordenó el hombre con el libro en mano.

Caym había mirado a su izquierda para observar a Elliot, quien fingía estar atento al libro de estudio. Se podía apreciar que encima tenía el diario de Kimmie. No lo dejaba solo ni un maldito segundo, pensando que podían robárselo y que no podría hallar más pistas de las que ya sabía. No iba a permitir que se lo usurparan. Era lo único que tenía de ella.

La luz de la clase empezó a tintinear queriendo apagarse en cualquier momento. Los alumnos sonrieron con sorna ante la evidencia del mal tiempo y el deteriorado internado. No era muy insólito si de pronto los fusibles saltaban y tenía que bajar un adulto al sótano para comprobar la situación. El profesor ordenó que dejaran de prestar atención a la luz de la sala y siguieran atentos a lo que él estaba leyendo. Todo profesor se mosqueaba si sus alumnos ignoraban sus palabras y no se concentraban en el texto del libro.

Y, como era evidente, el internado se quedó oscuro. Algunos soltaron unas risas macabras, otros chasquearon la lengua por la penumbra. El sol no estaba

presente, por lo que la única luz que entraba era minúscula. Dwayne sacó una linterna de unos de los cajones de su escritorio y dijo:

—Iré a comprobar los fusibles. Que nadie se mueva.

—¡Seguro que ha sido provocado! —opinó uno de ellos.

—Es una cosa normal. Permaneced quietos hasta que vuelva.

La joven sintió la necesidad de mirar bajo su pupitre, donde se guardaban los cuadernos, para ver si tenía algo que no fuera material escolar. Estaba tan aburrida bajo esos murmullos y cuchicheos que prefería entretenerse con cualquier cosa. Para su sorpresa, encontró una nota. La letra era cursiva, perfecta y escrita con mucho empeño.

No sé qué estás tramando, pero deja de inmiscuirte en los asuntos de los muertos. Te dije que no quiero hacerte daño. Esta historia es mía, no tuya.

Giró sobre su eje para ver si algún compañero la estaba mirando al encontrar la nota, pero nadie la observó.

Al poco rato, pudieron ver a Lucas en los pasillos haciendo un ademán a sus compañeros para que salieran de clase. En sus manos tenía una pequeña linterna que había cogido prestada de la enfermería.

No dudaron en ir y acudir a su llamado. Se lo veía nervioso. Elliot también fue detrás.

Titubeó algunas palabras con rapidez, haciendo que fuera imposible entender lo que decía. Como ni siquiera podía articular palabra sin balbucir, decidió hacer un gesto para que lo siguieran y poder mostrárselo sin la necesidad de la información.

Los jóvenes se aproximaron al baño de caballeros y en uno de los retretes había un alumno ahorcado, con su propia corbata y con quemaduras en su rostro y brazos.

El mismo alumno que horas atrás le había provocado una caída a Victoria.

—Decidme que estáis viendo lo mismo que yo, por favor —murmuró Lucas con las manos temblorosas.

Había ceniza a los pies del joven ahorcado.

De uno de los bolsillos del chico se asomaba una pequeña hoja de libreta. Caym la agarró con cuidado y decidió leerla. En ella se hallaban escritos un montón de números sin sentido, pero uno de ellos sabía con certeza qué significaban.

—Son coordenadas —dijo Elliot, apretando sus labios.

—¿A dónde llevan esas coordenadas? —cuestionó la rubia.

—No tengo la respuesta para eso. Un ordenador sí puede saberlo.

Iba a ser complicado adquirir un ordenador, ya que la sala de ordenadores siempre estaba bajo llave por la presencia de alumnos echando sus ratos allí cuando no tocaba la hora. Por motivos de seguridad prefirieron echar la llave. El señor que poseía las llaves de Fennoith era el director. No obstante, con la presencia de Elliot, la situación no sería tan difícil. Ante la aparición de un nuevo cadáver, se crearía un ambiente de tensión y desconcierto, y todos irán a la escena del crimen, incluido el director. En ese momento, los muchachos pasarían desapercibidos y nadie echaría de menos sus ausencias.

Victoria quedó eclipsada con los pequeños números que estaban escritos. No porque fuera extraño y característico, sino porque los números que el individuo había plasmado estaban escritos con una cursiva similar a la de la hoja que le habían dejado a ella. Estaba claro que era la misma persona quien dejó aquella hoja después de asesinar al alumno.

Cuando salieron del baño, poco después, entró la señora de la limpieza para hacer su tarea. Acto seguido, emitió un fortísimo alarido al observar el cadáver del chico ahorcado.

—Es la hora —musitó Caym, sonriendo con burla.

Capítulo 38: La llave

El alarido desgarrador que había soltado la empleada de la limpieza hizo que varios de los alumnos que estaban en clase salieran asombrados por tal grito. La mujer huyó de los baños tapándose con una de sus palmas la boca, oprimiendo volver a dejarse el alma allí. Caym sonrió de medio lado, con esa línea curva en sus labios tan característica y burlesca. Parecía disfrutar del drama y los continuos llamados a Jesús de la asistenta. Le resultaba hilarante que en casos como aquellos siempre nombraran al de arriba.

De inmediato, el bullicio en los pasillos fue algo que ningún adulto pudo parar. Corrieron a los baños, haciendo fila y apiñándose los unos con los otros para atisbar el nuevo cadáver de Fennoith, uno más para la lista de los tantos que iban. Cuando el director Newell salió de su despacho y observó aquello, quiso poner orden, pero los jóvenes ignoraron la voz del superior, deseosos de ver con sus propios ojos quién había caído esta vez. A simple vista parecía un simple suicidio, un chico ahorcado con su propia corbata de uniforme. Sin embargo, el grupo de la joven Victoria ya sabía que no era así.

—¡Orden, por favor! ¡Silencio! —exclamó el director intentando entrar a los servicios.

—¡Mira quién se ha suicidado! ¡Qué fuerte! —dijo una de las chicas con sorpresa.

Victoria miraba la situación de soslayo, sin pena alguna por la muerte del joven.

—¡Orden! ¡Salid todos! ¡No podéis estar aquí! —continuó el hombre sin resultado.

—Deberíamos ir a la sala de ordenadores ya. Estamos perdiendo tiempo. Os recuerdo que hay que coger la llave de la sala —alegó Melissa, jugueteando con los dedos de sus manos.

Sin decir nada más, con cautela, se adentraron en el despacho de Newell y del manojito de llaves cogieron la de la sala de informática, que tenía un pequeño plástico que informaba del aula a la que pertenecía cada llave.

Anduvieron a la sala de ordenadores alejándose del bullicio, los continuos cuchicheos y las habladurías hacia la nueva muerte en Fennoith.

Conforme se adentraron en otro pasillo, las voces se fueron disipando. La sala de ordenadores estaba más oscura que el resto de habitaciones. Unas cortinas azul marino tapaban los ventanales impidiendo que la poca luz solar que había ese día entrara con facilidad. Hubieran preferido no prender las luces, ya que llamaba demasiado la atención. No obstante, había un imprevisto: los fusibles habían saltado y no había manera de que hubiera corriente.

—¿Somos imbéciles o qué? —cuestionó Victoria con fastidio—. ¡No hay corriente!

—Dwayne está en el sótano. Dale tiempo —dijo Melissa.

—En cuanto la luz vuelva, la clase comenzará de nuevo. No nos va a dar tiempo. Nos van a buscar.

—No seas pesimista. Todos nuestros compañeros están fuera. Tenemos tiempo de sobra, Massey —alegó Elliot.

Cinco minutos más tuvieron que esperar para que la corriente volviera al internado. Actuaron con rapidez y encendieron el ordenador. Las computadoras no eran muy buenas, ya que eran muy antiguas y no habían sido repuestas por unas que se ajustasen a los años actuales. El procesador iba tan lento que llegaba a desesperar. Cuando por fin Windows les dio la bienvenida, tecleó directamente en Google Maps las coordenadas escritas en la hoja. Un poco de espera y ya lo tenían.

Las coordenadas llevaban a un lugar exacto del bosque, fuera de Fennoith. Parecía señalar un punto de la tierra con aquella peculiar flecha. Se miraron los rostros sin hallar sentido alguno. No parecían comprender qué quería decir con ese punto exacto de tierra y hojas.

—Quizá haya algo enterrado —dijo Lucas encogiéndose de hombros.

—Pronto será el almuerzo y la hora de descanso. En ese tiempo podemos ir a buscar qué se oculta ahí —habló Victoria.

—¿Cómo vamos a saber si estamos en el lugar exacto? ¡El bosque es grandísimo! —exclamó la rubia.

Victoria tomó como guía un árbol podrido con las ramas quebradas y hojas caídas, justo al lado de donde la flecha indicaba que estaba su destino. A

diferencia de los demás árboles, este había carecido de una buena vida, ya que los demás se hallaban con sus hojas y su verde alrededor.

—Ese árbol será fácil de distinguir.

Estuvieron de acuerdo.

Justo en el momento en el que cerraron la pestaña de Google, el profesor Dwayne los alertó al oír cómo el hombre había ordenado a voces a sus alumnos que se metieran en clase. Apagaron el ordenador y salieron de la sala volviéndola a cerrar con llave.

En el almuerzo, el grupo de la joven estaba terminando de comer para marcharse al bosque y atisbar la tierra escondida. Esa hora la mayoría del profesorado la pasaba charlando y era fácil pasar desapercibido. Venía la hora de descanso y no solían desvivirse por los internos, los adultos también necesitaban su espacio personal y no actuar siempre como superiores.

A veces, la psicóloga Jenkins se dedicaba a lanzar miradas furtivas a su grupo, vigilándolos con cierto recelo y preocupación. Sin embargo, Dwayne parecía distraerla de buena manera.

Victoria miró de soslayo a la cocinera, esa mujer desagradecida que aún continuaba mirando con asco a los que servía comida en la bandeja. La chica se regocijaba al verla tan mosqueada, dado el sitio en el que trabajaba y la relación pésima que ambas tenían. Cuando la señora vio que la muchacha la estaba observando, apretó los labios y el cubierto que sostenía. La mueca de desagrado que colocó hizo que Victoria le sonriese con malicia.

—Bueno, ¿habéis acabado ya de comer, corderitos? —cuestionó Caym mirando a sus compañeros.

—Lucas, apúrate. Eres muy lento —murmuró Elliot.

—¿Qué quieres, que me ahogue de lo mal que sabe esto? Ni siquiera tengo hambre.

—Pues vámonos.

—Tiene que sonar la campana. Aún los demás están comiendo. Debemos esperar —opinó Victoria.

Al cabo de unos largos minutos, los demás compañeros habían acabado de comer y la hora libre de descanso se acercó. De inmediato, salieron por la

puerta sin llamar demasiado la atención y con la ayuda de Elliot lograron salir por la verja sin mucha dificultad. El hecho de que hubiera conseguido el manojito de llaves de su tío era preocupante.

Conforme caminaban, iban observando los árboles que había, para poder diferenciarlos del resto. Un árbol oscuro sin hojas y podrido sería fácil de ver, pero el bosque era bastante grande. Debían darse prisa antes de que la hora libre terminara. El graznido de los cuervos sobrevolando por la zona hizo que la rubia se estremeciera. Nunca le gustó aquella ave. Lucas la tranquilizó agarrando su mano.

Curiosos, se preguntaban qué escondía ese punto exacto para ser tan misterioso. Cuando estudiaron las coordenadas, se inquietaron por el simple hecho de que en ese punto tan simple no parecía que se ocultara algo. Sería muy fácil tender una trampa y manipularlos, haciéndolos ir hasta donde el individuo de las cartas los quisiera llevar a su antojo. Iban como cabras, siguiendo a su pastor.

—Vale, es aquí —señaló Elliot al observar el árbol—. Estamos justo debajo de lo que sea que haya escondido.

Caym se percató de que de debajo de una enorme piedra sobresalía una esquina blanca. Parecía ser otra de las tantas absurdas notas que estaba dejando. El varón levantó la piedra y agarró el papel. Era un sobre, dentro de él también había una pequeña llave. Victoria se acercó a su demonio para mirar qué había esta vez escrito.

Preguntadle a Elliot qué sucedió la noche en la que Kimmie desapareció.

Decía plasmado en la hoja.

Los cuatro miraron al nuevo integrante del grupo con recelo. Elliot frunció su ceño sin comprender a qué venía tal comportamiento anormal. Le arrebató la hoja a Caym y la leyó para sí mismo. Acto seguido, miró a sus compañeros negando con la cabeza.

—No es lo que estáis pensando. No vayáis ahora a desconfiar de mi persona cuando os he brindado mi confianza —se defendió.

—No estás respondiendo a lo que hay escrito —apuntó Victoria.

El joven tragó saliva y se dispuso a hablar.

—Discutí con Kimmie esa noche —contó—. Vi que tenía moretones en su cuerpo, se comportaba de manera nerviosa y no quería contármelo. Le dije que, si no lo hacía, hablaría con Jenkins, pero no surtió efecto. Noté que deseaba contarle, pero algo en ella se lo impedía. Me frustraba que no confiara en mí, y, esa noche, como un estúpido orgulloso, me alejé de su lado. No la volví a ver. Pregunté por todo Fennoith dónde estaba; pensé que estaría con la psicóloga, que quizás mis palabras habían funcionado, pero me equivoqué. Se la llevaron.

Todo eso lo contó mirando los rostros de sus amigos, sin apartar ni una sola vez la mirada de sus ojos. Parecía estar diciendo la verdad. En su rostro se podía apreciar cierta aflicción por no haber protegido a Kimmie cuando pudo. En vez de eso, su orgullo fue más fuerte.

Tener orgullo no sirve de nada. Lo que puedas resolver a tiempo, hazlo. Te puedes llegar a lamentar.

Hubo una pausa de silencio después de la confesión de Elliot. Puede que estuviera diciendo la verdad y no era un embuste, pero ¿por qué la necesidad de escribir esa nota para que Elliot confesara aquello? ¿Qué quería demostrar el individuo? ¿Corroborar la confidencia? Era algo extraño. Victoria trataba de buscar alguna razón aparente, pero tenía tantas teorías que no sabía por cuál decantarse. Quizás solo buscaba que el joven manifestara tal hecho para sacarse de dudas, tratar de saber si Elliot diría la verdad o acabaría soltando una falacia.

—¿Y cómo sabemos que es cierto? —rompió el silencio Lucas—. Quizás estás pintando de rosa todo este drama, Elliot.

—Me ofende que a día de hoy se siga dudando de mí. Ya lo he dicho, no soy vuestro enemigo.

—¿Sospechas de alguien que esté causando todo esto? —indagó Victoria.

—Si sospechara de alguien, ya habría dado su nombre. No es fácil distinguir a un loco de los demás lunáticos.

—¿Adónde llevará la llave? ¿Qué abrirá? —cuestionó la rubia con intriga.

Un fuerte trueno se escuchó en el nublado cielo, avisando de que en pocos

minutos volvería a caer un diluvio. Los jóvenes decidieron volver al internado antes de que fuera demasiado tarde y sus vestimentas acabaran empapadas por la fría lluvia.

*

Al volver a Fennoith, tuvieron que rodear el patio para no ser percibidos, ya que la ambulancia había sido avisada del inesperado ahorcamiento del joven alumno. Fue inútil intentar reanimarlo, la asfixia había hecho su trabajo, deteniendo todo órgano interno.

El camión rojo y blanco estaba aparcado fuera, y estaban subiendo la camilla con el cadáver del chico. El director estaba circunspecto, buscando alguna lógica congruente del repentino suicidio. Nadie tenía la respuesta, no por ahora. Sin duda, había sido algo inesperado que nadie podía pensar que sucedería esa misma mañana. Ni siquiera hubo testigos, nadie vio que el chico se metiera en el baño de caballeros y planeara su muerte. ¿Fue en el apagón cuando lo mataron? ¿Los fusibles fueron manipulados?

Entre toda la multitud de personas husmeando el cadáver, pudieron divisar a la psicóloga Jenkins con los brazos cruzados sobre su pecho y con una expresión melancólica. Negaba con la cabeza sin comprender la imprevista situación. Demasiadas muertes en tan pocos meses. Se sentía como en un bucle temporal del que jamás se podía salir, que ocurría una y otra vez en el mismo orden. Fatídico.

*

En la hora de descanso, Victoria quiso echarse un rato en la cama de su habitación y disfrutar un rato de la soledad mientras sus compañeros estaban entretenidos. La lluvia golpeaba su ventana, resbalando las pequeñas gotas sobre ella.

«Qué libres deben de sentirse esas minúsculas gotas. No requieren de caóticos pensamientos, de sentimientos ni sufrimientos — se dijo para sí misma, eclipsada — . Ojalá todo esto termine pronto».

—¿Estás segura de que quieres que se acabe? —cuestionó Caym, que había aparecido en su habitación, sentándose en su silla de escritorio.

La joven alzó la vista para mirarlo. Poco a poco se iba sorprendiendo menos de sus apariciones. Ya las veía tan normales como el pan de cada día. Sin

embargo, no le gustaba que le desnudara la mente. Soltó un largo suspiro con exasperación; solo deseaba un poco de soledad, pensar en sus cosas y tratar de sacarles solución para poder sobrevivir.

El varón se revolvió el cabello azabache sobre su frente mientras daba pequeños giros sobre la silla en la que estaba sentado. Sus ojos grises estudiaban el cuerpo de Victoria echado en el colchón.

—No me gusta que te metas en mis pensamientos.

—Tengo el derecho a hacerlo, ya que en mi libro de almas tengo subrayado tu hermoso nombre.

—Gracias por recordarlo de nuevo —dijo ella con ironía.

—Por cierto, ¿te has dado cuenta de que las muertes que no estás cometiendo tú son de personas que un día se mofaron o te causaron algún mal? Todo gira en torno a ti, Victoria.

Cuando el demonio soltó una pequeña y sádica risita, la joven se incorporó y estudió a su compañero con la mirada.

—¿Me estás queriendo decir algo?

—Te estoy queriendo decir que a alguien no le gusta que se burlen del sangre nueva, querida. Descubre quién es, tal vez lo tengas más cerca de lo que crees.

—Dame una pista.

—No puedo, pequeña —sonrió con sorna.

—Genial. Gracias por nada.

—Es tu trabajo, no el mío. No me pongas mala cara.

—En verdad estoy haciendo tu trabajo. Tú estás aquí pasando unas increíbles vacaciones, viendo cómo una simple humana lo hace por ti, para luego llevarte gratis un par de almas para las cuales no has tenido que mover un solo dedo. Y encima te premiarán.

—¡Vaya! Me asombra que hayas descrito mi situación tan bien.

—Vete —espetó.

—Tanto tú como yo sabemos que no quieres eso.

Ella se sonrojó irritada.

—Pues entonces deja de hacer el estúpido. Trato de pensar cómo atar los cabos sueltos que tengo.

Caym le mostró la llave que había encontrado dentro del sobre en el bosque. La lanzó al aire y la joven la agarró al vuelo.

—Descubre a dónde lleva.

—Hay demasiadas cerraduras en Fennoith, es un maldito laberinto —se quejó ella.

—Compárala con el resto. Es pequeña.

Victoria se quedó observando con fijación la llave, imaginándose a dónde podría llevar y qué podría abrir. Caym se sentó en la cama en un santiamén, agarró el mentón de la chica y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Ten cuidado, mi querida Victoria. Si te ven husmeando en las cerraduras, es posible que recibas un nuevo castigo.

Ella lo miró con sus preciosos ojos color esmeralda y dijo:

—Debes ayudarme.

—Siempre, ya lo sabes.

Ambos salieron de la habitación, queriendo saber qué llave tan pequeña abría una puerta tan oscura.

Capítulo 39: Ajedrez

Anduvieron con mucho cuidado por los corredores con la llave en la mano, mirando cada puerta cerrada y cada sala echada con llave, pero ninguna parecía pertenecerle. Fue ahí cuando la joven recordó la pequeña cerradura de la cabaña en el bosque del director Newell. Tenía mucho sentido que encajase allí, ya que el sobre estuvo escondido bajo una roca a pocos metros. No dudó en comentárselo a su demonio, que asintió con ella. Victoria poseía muy buena memoria y todo lo que le resultaba curioso y extraño solía mantenerlo en su retina, como hizo con la pequeña cabaña de madera. Cuando Margaret estuvo allí, recogiendo algunos recados para Newell, vio cómo la enfermera sacaba la llave de su uniforme blanco y cerró la puerta con ella.

El hecho de que pudiera ser Margaret quien andaba tras todo eso la inquietó un poco. Esa mujer, sin duda, era un tanto siniestra. No obstante, se mostraba tan risueña, tan alegre, que te hacía dudar de la malicia que podía poseer, si es que yacía algo de perversidad en sus venas. Muchas veces había dudado de su persona, era algo que admitía sin pudor, pero quiso abstenerse de aquellos pensamientos y darle una oportunidad. Comprendió que no todo el que está allí tiene que ser un completo psicópata, algunos podían salvarse. ¿Había motivos para dudar de Margaret? ¿Cómo de lejos puede llegar una madre dolida por el asesinato de su hija?

Victoria se percató de que no había visto a la enfermera en todo el día y, cuando Lucas se presentó allí tras sufrir un pequeño mareo, la mujer estaba ausente.

«Lo veo todo, lo escucho todo y lo oigo todo», recordó la frase dicha por la señora, ensimismada en los pasillos.

—Estoy confusa —dijo la muchacha—. No quiero sospechar de Margaret, pero no me queda más remedio que hacerlo.

Caym sonrió con suficiencia.

—Hagamos una cosa: te voy a acompañar a la cabaña, pero estaré oculto al ojo humano. Si es Margaret quien está ahí, quiero juzgar su historia y qué clase de palabras empleará para justificar sus actos. Ella verá que estás sola y tendrá más motivos para expresarse libremente.

—¿Y si me hace algo?

—No va a hacerte nada. Eres *su niña*.

Asintió con cierto recelo. No estaba muy confiada con que sus demás amigos no la acompañasen. Sin embargo, las palabras de Caym tuvieron mucho sentido. Si era ella quien la esperaba allí, quien había estado mandando tantas notas de advertencia, el hecho de verla sola le daba motivos para explayarse. Sabía que Caym iba a permanecer a su lado. No tenía nada de lo que temer. En situación de peligro estaría allí para protegerla.

—No tengas miedo. Tienes a un demonio a tu merced, en un chasquido de dedos puedes ver volar extremidades por los aires —comentó el muchacho.

Ella forzó una sonrisa.

—Tenemos un poco de tiempo antes de que nuestro descanso termine. ¿Deberíamos ir a la cabaña?

—Podemos ir, lo que no te aseguro es que nos dé tiempo.

—Habrá que intentarlo.

*

Cuando caminaron delante del despacho de Newell, vieron al señor sentado en la silla de su escritorio con su computadora y sus lentes para ver mejor. Se le veía bastante entretenido.

En el patio no había nadie, ya que el césped estaba mojado por el repentino diluvio y los bancos restantes estaban empapados, por lo tanto, no tenían la necesidad de salir y divertirse fuera. La puerta de la verja no parecía haber sido cerrada con llave, quizás al director se le había olvidado cuando la ambulancia estuvo presente. El pobre hombre debía de tener tantas cosas en mente que comenzaba a resultar desesperante.

Caym ya se había ocultado, pero Victoria podía sentirlo muy cerca de ella caminando a su lado con su brisa gélida. La joven se sintió un poco observada conforme andaba por el sombrío bosque. Siempre estaba al acecho de que cualquier lunático la asaltara por detrás sin previo aviso. No confiaba ni en su propia sombra. Con tanto loco de ese calibre luchando contra sus demonios internos era normal que se mantuviera ojo avizor.

Aún no podía discernir quién diablos era la dichosa persona que se dedicaba a

recordarle que los asuntos de los muertos no la concernían. Si fuera por ella, se abstendría de atisbar las historias pasadas de los demás, pero no podía ignorarla. No era su decisión y, en parte, con esa curiosidad le era imposible rehusar.

Agarraba la pequeña llave en su mano, dando zancadas rápidas, queriendo llegar de una maldita vez a la cabaña. Sentía adrenalina en su cuerpo con un ápice de ansiedad y nerviosismo. No podía negar el hecho de que deseaba ver quién podía esperarla allí dentro.

Cuando divisó la cabaña a pocos metros, aceleró el paso y se apresuró a llegar e insertar la llave. Para su sorpresa, se dio cuenta de que había dado en el clavo cuando el *click* de la cerradura la abrió.

Su corazón dio un vuelco.

«Estoy aquí. Recuérdalo. Te estoy viendo», le tranquilizó el varón hablándole en su oído.

Cuando abrió la puerta de par en par, no se encontró a nadie allí. Trató de respirar normal y de que no se notara lo entrecortada que estaba por haber ido a paso ligero. Lo que menos quería y deseaba era mostrarse vulnerable. Todo estaba en orden, no había nada atípico.

Cuando Victoria se adentró, una voz desde dentro hizo que diera un pequeño brinco.

—¡Hola, mi niña! —saludó Margaret, que había salido de un pequeño cuartillo.

Victoria se sorprendió de que ella estuviera allí. Claro que ya se hacía la idea de que la enfermera tuviera algo que ver, pero siempre tuvo la pequeña esperanza de que ella no pecara de locura. Hubiera preferido no tener que lidiar con ella.

—¿Qué hace usted aquí? —indagó ella intentando recobrar el aliento.

—Esperándote, por supuesto —respondió, tan amigable como siempre. La señora se sentó en el pequeño sofá invitando a la joven haciéndole un ademán. Victoria prefirió tener una actitud sumisa a mostrarse rígida—. Debes de tener muchas preguntas que hacer, ¿verdad, mi niña?

—Usted... ¿Ha hecho todo esto?

—¿A qué te refieres?

—Todas esas muertes que han ido apareciendo, ¿fue usted?

—Todo aquel que cause un mal al sangre nueva tendrá el mismo destino que tuvo Kimmie —no hizo falta que lo afirmara con un *sí*, ya lo había hecho con ese comentario—. Te he estado protegiendo, viendo cómo se lanzaban a tu yugular por ser *la nueva*. Te han menospreciado tanto que vi en ti a la viva imagen de mi hija. Tú has sido mi vía de oxígeno, mi esperanza por descubrir quién está detrás de todo este secreto oculto.

—Ha estado matando a alumnos que creía que causaron la muerte de Kimmie. Ninguno de ellos fue, ¿tiene idea de la repercusión del asunto?

Margaret sonrió.

—Puede que ninguno de ellos fuera su asesino, pero eran personas que disfrutaban causando desgracias y regocijándose con el dolor ajeno. No puedo tolerar cómo se mofan, menosprecian, se burlan y agreden a los sangre nueva delante de mis ojos. No pienso aguantar que ninguno más sufra el mismo destino que sufrió ella. Arrebataron la vida de mi hija, yo arrebataré la vida de todos aquellos que la hirieron. No pretendo que estés de acuerdo con mi opinión, no busco compasión ni comprensión, busco una respuesta que me deje vivir en paz. ¿Tienes idea de lo que es que la propia Asociación de Criminología me afirme que mi niña se suicidó con pastillas para dormir? ¿Que la propia policía me diga que es un caso más de depresión adolescente? Ni siquiera le hicieron una autopsia. ¡Me ignoraron!

—¿Y no ha pensado que alguien pagó para que los criminólogos y la policía no indagaran en el caso? ¿Sabe cómo es el ser humano con tal de conseguir un par de billetes? Margaret, está sospechando de los adolescentes, pero los adultos de Fennoith se llevan las papeletas de encubrir y callar un crimen.

La enfermera colocó una expresión sombría.

—No puedo acusar a nadie si no veo con mis propios ojos que está silenciando lo que me pertenece.

—O sea, que lo sospecha.

—¿Sabes, mi niña? La justicia a día de hoy no es justicia. Claro que tienes razón respecto al ser humano, somos el peor virus para el planeta, somos

capaces de vender a nuestros seres queridos por un poco de fama, somos capaces de llegar hasta lo más alto si con ello hundimos a los que creemos que están por debajo de nosotros. No sabes lo cansada que estoy de ver cómo el pobre va a la cárcel por un absurdo delito y cómo el rico se queda en casa tras haber robado a todos sus ciudadanos. La palabra *justicia* solo se queda en eso, en una palabra. El mundo es tan injusto como los que vivimos dentro.

—¿Todo esto lo hace por venganza? Nada de lo que cometa traerá de vuelta a su hija.

—No la quiero de vuelta, quiero una respuesta. Si me mienten y afirman en mi cara que mi hija se ha suicidado con evidentes hematomas en su cuerpo, mi lógica es buscar por mí misma la verdad que todos se callan. No me hables de venganza, mi niña, eres la menos indicada para eso.

Victoria tragó saliva.

—¿Qué sabe de mí?

—Que tienes tu propio criterio para intentar envenenar a tu padrastro. No voy a juzgarte. Como bien sabes, la ambición vuelve loca a la gente.

—¿Benister murió en sus manos? —cuestionó con intriga.

La señora ladeó la cabeza.

—Ya he respondido a eso. Si le haces daño al sangre nueva, me lo haces a mí.

—Entonces, si usted trata de protegerme, ¿por qué me ha estado amenazando con notas?

Margaret frunció el ceño un tanto confusa.

—¿Amenazar? —cuestionó confusa.

La muchacha se había guardado la penúltima nota encontrada en su escritorio y se la mostró. La misma que decía que no se entrometiera en los asuntos de los muertos. Cuando la mujer la leyó, Victoria se fijó en que su respiración se aceleró. Se estaba cabreando.

—Hay un pequeño detalle que supongo que ha pasado desapercibido: puede que una simple adolescente como tú no diferencie una letra cursiva de otra distinta. Mis puntos en las íes son pequeños círculos, muy redondos y

perfectos, estos puntos plasmados son simples rayas, sin ningún trabajo en ello. Soy muy maniática y lo que más cuidado es mi letra. Un tanto irónico para una enfermera. Quiero decir con esto que alguien está tratando de que te confundas. Es posible que quieran inculparme a mí de todo, ya no solo de las muertes que cometí, sino de la propia muerte de mi hija. Dirán que padezco demencia y algún que otro brote psicótico que me haga perder la memoria. Cuando un gran grupo de personas está culpando a otra, aunque estas no tengan pruebas evidentes y sea mentira, los demás optarán por la vía fácil de creerlo.

—¿No la preocupa que la culpen de algo que no cometió?

—Me preocupa más que el supuesto asesino salga impune de todo esto. Si algún día me ocurre algo, confío en ti para que puedas averiguar qué pasó — la mujer desvió la mirada para contener el llanto.

—¿Qué pasa con Elliot? ¿Por qué lo has mencionado en la nota del bosque?

—Fue su novia. Nunca he escuchado su versión, ni jamás se la ha contado a nadie. Quise oír por mí misma qué palabras diría ante ello, si mostraría indicios de falsedad o no. Ya sabes, para descartarlo de la lista.

—¿Mintió?

—No estoy segura. Pero vi dolor en sus ojos.

Margaret se levantó y se acercó al pequeño armario en el que tenía escondido un rifle de caza y un machete, diciendo:

—Quédate la llave que te he dado. Aquí tienes dos armas, úsalas cuando creas conveniente —Victoria la miró con cierta pena. La señora se percató de aquello y soltó un pequeño suspiro—. Mi niña, no trates de justificar mis actos de ninguna manera. Todo lo que te he dicho es cierto, sí, pero no es justificable. Sé que soy un monstruo, una asesina deseosa de venganza. Por esa razón nunca trates de defenderme. Algún día pagaré por esto, y no tengo miedo. Lo único que quiero es saber la verdad. Me da igual lo siguiente.

Ella asintió.

—Tengo que irme. Volveré a Fennoith.

—De acuerdo. Ve con cuidado, Victoria —el simple hecho de que pronunciara su nombre le sonó extraño dicho de sus labios.

Antes de salir de la cabaña, miró por última vez a Margaret, que la sonrió con dulzura. Se despidió con la mano y partió hacia su camino

*

Cuando llegó al internado, miró con cierta resignación a todo adulto que se paseaba por los corredores sospechando sobremanera de sus actos, incluso de sus buenas y amables caras. Deseaba descubrir la verdad tanto como lo añoraba Margaret. Caym se dejó mostrar al ojo humano y agarró el hombro de su compañera. Sonriendo con sorna y malicia.

—Juguemos al ajedrez. Piensa que todos ellos son importantes, tú eres la reina. Elimínalos uno a uno —musitó el varón con diversión.

Ella apretó su mandíbula.

Capítulo 40: Tiembla

El rostro de Victoria mostraba la más profunda rabia, ya no solo por la confesión de Margaret, esa mujer que había estado matando por venganza a todo alumno que un día hirió a Kimmie de la misma forma que a Victoria, sino por el hecho de saber que alguien de allí dentro se estaba callando aquel oscuro asesinato; y eso la llevaba a enfurecerse, a hastiarse de tener que aguantar las notas de amenaza falsificando la letra de la enfermera para que así una loca más vaya al manicomio y los demás salgan impunes. No podía comprender la razón de culpar a una mujer, por no investigar la muerte de su hija sus pensamientos llegaron a causar terribles actos que todo cuerdo reprimiría.

La psicóloga Jenkins se percató del lenguaje no verbal que poseía la joven. Sus puños apretados, sus labios fruncidos y su respiración acelerada la hacían preguntarse qué la llevaba a estar tan angustiada.

Caym le susurraba cosas al oído, incitándola a cometer una masacre, a rebelarse y a incendiarlo todo. Pero sabía que por mucho que tuviera aquellos deseos debía averiguar quién diablos mató a Kimmie y quién era el susodicho que pecaba de tener un alma putrefacta que era digna de ser absorbida por su adorable demonio. No podía cometer el error de dejarse llevar por el ansia de huir de allí y matar a todos, pues entonces su misión no sería la correcta. Había almas que no merecían surcar los valles del infierno. No obstante, su ambición de hacer lo impensable por conseguir salir de Fennoith seguía siendo la misma.

—¿Victoria? —la llamó Laura Jenkins—. Entra en mi consulta, por favor.

Sus ojos verdes estudiaron la figura de Jenkins, que se sintió juzgada e incómoda. La mueca de sus labios generó desagrado ante su presencia, quizás desconfianza de su persona. No comprendió la razón de su mirada y verla así le hizo sentir interés por ella.

Jenkins detuvo el paso de Caym, que quiso entrar en la habitación con ella. Al ver que la mujer le ponía la mano en su pecho impidiéndole pasar, el joven alzó sus manos al aire y colocó una expresión divertida. Cuando la psicóloga se volteó dándole la espalda, el muchacho aprovechó para convertirse en humo azabache y entrar desapercibido en la consulta.

Finalmente, la mujer cerró la puerta para poder conversar con ella.

Caym se había ocultado solo para los ojos de Jenkins, no para los de Victoria, por lo tanto, ella podía verlo merodear por la habitación. Le ponía un poco nerviosa tenerlo allí, con su expresión burlesca y juguetona.

—Victoria. He visto tu extraña actitud y me ha preocupado. ¿Has discutido con alguien? —indagó Jenkins con curiosidad.

—Estoy cansada.

—¿De qué?

—De los secretos que aquí se guardan, de vuestra falsa amabilidad y de las miradas indiscretas que se dedican.

—No comprendo qué...

—¿Qué sabe de Kimmie que yo no sepa?! —la interrumpió inquiriéndole aquella rápida pregunta. La mujer abrió los ojos un poco sorprendida por el grito.

—¿Por qué actúas así?

—¿Por qué evita mi pregunta? —atacó ella.

Laura Jenkins observó los grandes ojos de la muchacha, acechando un punto fijo en la habitación. A veces solía seguir algo con la mirada y hacer extrañas muecas. La psicóloga malinterpretó su comportamiento y la juzgó de haber tomado algo extraño. Victoria simplemente observaba a su demonio.

—Massey —pronunció su apellido—. Siéntate.

—No quiero.

—Por favor.

A regañadientes, accedió y se sentó en el sofá.

—¿Te encuentras bien? ¿Has tomado algo?

—El almuerzo. ¿Quiere que se lo muestre o qué?

—No comprendo tu agresividad verbal. Sabes que te he ayudado en todo lo que he podido.

—No está respondiendo mi pregunta. ¿Qué sabe de Kimmie? —repitió.

—Sé lo mismo que tú.

—¡Mentira! Usted lleva trabajando aquí desde antes de que ella muriera. Debe de saber más cosas y no las quiere decir.

—Kimmie Bonheur no me dijo nada por lo que pudiera averiguar qué le paso, Victoria. Traté de ayudarla, pero no me dejó. Sé tan poco como tú.

Victoria soltó un suspiro irritada.

—¿Ni siquiera sospecha quién quiso asesinarla?

Laura se sentó a su lado y trató de tranquilizar su irritación acariciando su hombro. Ella repudió su contacto físico.

—¿Por qué indagas en eso, Victoria? ¿Qué necesidad tienes de averiguar qué le pasó? No es algo que a ti te incumba. Sabes perfectamente que puede meterte en problemas.

—¿Por qué? ¿Por intentar destapar la verdad? ¿Eso es lo que me meterá en problemas? ¡Sois todos unos parásitos!

«Querida, controla esa lengua o harán que te duerman», le advirtió Caym, que se había apoyado en la pared.

—Trata de tranquilizarte, no quiero volver a ver cómo te suministran un calmante —dijo Jenkins con preocupación.

—¿Se da cuenta de que está todo el tiempo evadiendo mis putas preguntas? ¿De qué tiene miedo? ¡Cobardes! ¡Mentirosos!

—¿Por qué hablas en plural?

—Oh, ¿eso sí le interesa? —se mofó la joven—. Vuelve a hacerlo, vuelve a no responderme. Me estoy desesperando, psicóloga Jenkins. Si usted no me dice ahora mismo qué sabe de Kimmie, confesaré que mató al profesor Bellamy. ¿Quiere eso? ¿Quiere que lo haga?

Laura exhaló sin poderse creer la malicia de la joven. La miraba sin remordimiento, sin culpa alguna de lo que acababa de soltar por su boca.

—¡Te salvé de una posible violación! —le recordó la mujer.

—Y se lo agradezco, pero ¿eso la convierte en una buena persona? ¿Matar a alguien malo la convierte a usted en buena? Ni yo misma podría decir eso de

mí.

—Victoria, te juro por mi vida que sé tan poco del caso de Kimmie Bonheur como tú.

—Entonces, ¿por qué me evade?

—Porque tengo miedo de todo lo que está pasando. Ha habido tantas muertes, tantos casos extraños y sádicos que temo de lo que pueda llegar a suceder. No quiero involucrarme en esto, ya tengo muchos problemas como para lidiar con uno más. Soy un ser humano y prefiero abstenerme en lo que me pueda ser perjudicial y vivir tranquila.

—Usted preferirá abstenerse, pero hay una madre dolida por la muerte de su hija. ¿Qué haría usted si estuviera en su lugar?

Jenkins guardó silencio durante unos segundos.

—Pero la muerte de Kimmie no tuvo por qué ser un asesinato, ya investigaron eso y dijeron que fue suicidio —respondió.

—Para ser psicóloga es usted un tanto ingenua. Sabiendo las atrocidades que se han cometido aquí, dudo mucho que fuera un suicidio. Rechazaron hacerle la autopsia, ¿no ve anormal todo ese drama?

—No me agrada tu actitud, Victoria. Quiero lo mejor para ti y preferiría que te alejaras de todo ese asunto.

—A diferencia de usted, yo no tengo miedo de meterme en asuntos que no me incumben. Quien quiera ir a por mí que venga. Aquí me tiene.

La psicóloga siguió insistiendo en los peligros que podía causar si un sangre nueva indagaba en asuntos pasados. Le estaba resultando tan repetitiva y desesperante que estuvo a punto de decir que Margaret estuvo asesinando a todo aquel que hirió a su hija. Prefirió cerrar su boca y no confesar aquello porque no sabía si la enfermera quería que ella lo hiciera. Quizás era perjudicial si lo comentaba, ya que podían hacer que se la llevaran de allí y la muchacha no quería eso. No iba a ser una chismosa, temerosa de lo que una señora pudiera hacerle. No la temía, no sentía el más mínimo pavor por alguien que buscaba la verdad de un modo que no era correcto. Cada cual, con sus demonios internos. No obstante, tarde o temprano, el alma de la enfermera sería arrebatada por Caym, tenía lo que el buscaba: malicia,

perversidad, crueldad y venganza.

La misma que poseía su compañera.

«Es irritante, ¿cierto? Esta mujer siempre está con sus miedos, que la impiden avanzar en la vida. No tiene nada de valor que pueda interesarnos», comentó el chico con diversión.

—Me iré. Gracias... por lo que sea —murmuró la muchacha levantándose del sofá.

—Victoria, por favor, no me traiciones. No confíes lo de Bellamy.

Ella la miró por el rabillo del ojo, agarró el pomo, pero antes de girarlo le respondió:

—Tampoco pensaba hacerlo. Usted me ayuda, yo la ayudo. Solo espero que sea sincera conmigo, no quiero mentiras.

«Pero, si tengo que meterte miedo para adentrarme en tus pensamientos, no dudaré en hacerlo», se dijo para sí.

Cuando la joven salió de allí, su amigo hizo acto de presencia en el momento perfecto para no ser descubierto. Victoria le regañó por haberla distraído un par de veces en la consulta cuando solo ella podía escucharlo. Ver la extraña actitud de Jenkins al observar a la chica mirar a direcciones en las que había una pared y que se distrajera con facilidad le hizo sentirse juzgada de loca, más de lo que ya se consideraba. Caym respondió emitiendo una risa burlona, admitiendo que le gustó haber hecho aquello.

*

Elliot vio la figura de ambos jóvenes en los pasillos y decidió acercarse. Su expresión adusta y sus ojos inexpresivos nunca eran nada nuevo para Victoria. Apenas podías discernir si el joven estaba contento, enfadado o triste, porque era tan sombrío, tan poco expresivo con sus rasgos, que podía hacerse pasar por un perfecto mentiroso, por el mero hecho de nunca poder averiguar qué quiere decir su comportamiento ni su lenguaje no verbal.

—Hay algo que quiero contarte antes de que saques tus propias conclusiones —murmuró el joven con su típica voz rasgada.

—¿Qué cosa?

—La razón por la que no hago consulta con Jenkins fue a raíz de la muerte de Kimmie. Me bloqueé mentalmente. No quería verla por no poder haberla ayudado más de lo que ya lo hacía, por no protegerla mejor que yo.

—La psicóloga no tiene la culpa de aquello.

—Sé que no tiene la culpa, pero todos son inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Cuál es tu expediente? ¿Por qué está en blanco?

—Como ya te comenté, muchas cosas de las que te dije no eran ciertas, como, por ejemplo, mi sociopatía. Claro que me gusta jugar con la mente del ser humano, exprimirla hasta no dejar gota. Pero, si lo hago, es por una razón, y ya la sabes. No confío en absolutamente nadie de acá dentro. ¿Puedes decir tú lo mismo? Te diré una cosa: en Fennoith, si no pareces loco, todos se echarán a tu cuello para alimentarse de tus miedos.

—O sea que finges tener un trastorno para sobrevivir entre los lobos.

—Exacto.

—¿Sabe el director eso?

—Supongo que cree que pertenezco al mismo rebaño que los demás. Mis padres prefirieron tenerme en manos de mi tío, que podía controlar mi comportamiento conflictivo por aquel entonces y moderar mi carácter. Mi familia es gente de negocios, ¿sabes? La mayor parte del tiempo tuve que sobrevivir en soledad, e intuyo que Fennoith fue la excusa perfecta para tenerme lejos de mi hogar y no ser un incordio. No podían ocuparse de mí.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Primero tenía que observar de qué pasta estabas hecha. Si me dabas motivos para añadirte al rebaño de ovejas, entonces no me hubiera acercado a ti. Alguien que no sigue las normas impuestas generará odio en los demás. Tú y Kimmie hicisteis eso.

Victoria no supo qué decir ante aquella confesión. Prefirió guardar silencio y analizar todo lo que había dicho Elliot y no cuestionar nada. Por mucho que mirara sus ojos oscuros, no podía discernir si lo que decía era una falacia o la realidad. No obstante, su seguridad al respecto, el pequeño y diminuto brillo cada vez que nombraba a Kimmie era algo que podía verse y no dudar de

ello.

El joven se despidió de ella y se marchó a alguna parte. No tenía nada más que añadir, pues ya se había explayado.

*

Más tarde, Victoria decidió ir a su habitación con su demonio para asegurarse de que su cuchillo obsequiado seguía allí. Llevaba un tiempo sin abrir su mesita de noche, y el dichoso individuo que se paseaba por allí jugando con la mente de la joven podía haberle robado su más preciada arma regalada por su querido demonio.

En parte debía esconder la llave de la cabaña que Margaret le había dado. No iba a permitir que alguien viera la llave cuando pertenecía al director Newell. Ese hombre tenía un carácter tan fuerte que no quería ser arrastrada a uno de sus dolorosos y poco efectivos castigos. Era horrible solo de pensar que podía volver a ser anestesiada con algún medicamento que ella desconocía. Esa sensación de estar drogada la detestaba.

Cuando llegó y abrió el cajón de su mesita, se le congeló la sangre al apreciar otra nota del individuo. Su cuchillo ya no estaba.

*Sigue adentrándote en lo que no te concierne y no me quedará más remedio que deshacerme de vosotros uno a uno.
Te advertí y me desobedeciste.*

Lucas había entrado a la habitación cuando los vio a ambos allí y preguntó dubitativo:

—¿Habéis visto a Melissa? Dijo que iba a tomarse la pastilla para la depresión y no ha vuelto.

Victoria por primera vez desde que había llegado, tembló.

Capítulo 41: ¡Despierta!

Victoria se inquietó tanto por la repentina desaparición de su compañera Melissa que echó a correr con exasperación en su búsqueda. Lo que menos quería imaginarse era que el individuo tenía como rehén a la rubia para que la muchacha dejara de meterse en sus asuntos o se había deshecho de ella matándola de la misma forma que a Kimmie. Solo de pensarlo la angustia se hacía presente en su cuerpo. Melissa no merecía ser prisionera de aquellas dichosas manos que jugueteaban a ser el rey de los misterios. Ella no podía morir, no se lo merecía. Con tan poca edad, una simple adolescente debía vivir y saber qué cosas maravillosas podía tener la vida. Sucumbir a una dolorosa muerte en Fennoith era lo último en lo que quería pensar Victoria.

Lograba correr sin tropezar por las escaleras, apartando a empujones a ciertos compañeros que impedían su paso. Las quejas y los insultos que generó su persona ni siquiera le importaron, tenía más presente a su amiga que a las caras burlonas que la miraban de arriba a abajo por su irremediable preocupación. El sudor que cayó por su frente hizo que lo apartase torpemente con su mano. Su corazón latía con ímpetu en su pecho y sus piernas en algunos momentos flaqueaban de tanto correr por el laberinto del internado. Gritaba y llamaba a su compañera a voces, entraba a las clases vacías esperando encontrarla sentada en algún pupitre. Nada.

Tuvo el instinto de salir al patio, el único lugar que no había inspeccionado. Odiaba pensar que allí encontraría un rastro de sangre entre la hierba muerta y seca. Todos aquellos pensamientos catastróficos no quería tenerlos, pero le resultaba inevitable preocuparse por su compañera a la que, en cierto modo, había llegado a tener aprecio, más del que hubiera deseado.

Cuando salió al exterior, su desasosiego se calmó al observar a la rubia intentando maquinar una pequeña fuente para beber agua.

—¡Melissa!

La muchacha dio un brinco haciendo que su pastilla para la depresión se deslizara de sus dedos y cayera al agua.

—Ah, mierda. ¡Mi pastilla! ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué respiras así? ¿Ha muerto alguien...?

—¿Estás bien? —preguntó recobrando el aliento. La rubia frunció el ceño, confusa.

—No estoy bien. Mi pastilla se ha ahogado. ¡Mírala! Se ha ido.

—Olvídalo, tómate otra —dijo ella con desdén.

Caym apareció en el exterior con su amigo Lucas. El castaño le comentó que se había preocupado al tardar tanto en tomarse el medicamento y que por esa razón la estuvieron buscando. No obstante, Victoria no admitió la aflicción que también había sentido, solo por el simple hecho de sentir vergüenza ante aquel pensamiento. Nunca consideró tener amigos de verdad, de esos que afirmas que dejarán huellas en tu corazón, y tener en un internado para alumnos con problemas a la amistad que siempre anheló le resultaba retorcido y de alguna manera adorable. Para ella era un sentimiento nuevo. Algo difícil de explicar.

La enfermera Margaret entró por la verja del patio haciendo que esta chirriara al deslizarla. Victoria la miró de soslayo y Caym no tuvo descaro en penetrar sus grisáceos ojos en el rostro de la mujer. La señora saludó como de costumbre al grupo con su caricaturesca sonrisa de oreja a oreja. Esa felicidad fingida sabiendo lo que había hecho y le quedaba por hacer resultaba inquietante a ojos de la joven.

Tenía la necesidad de contar lo que había confesado Margaret en la cabaña, pero, dadas las intenciones oscuras que la mujer poseía, quizás no le agradaba que sus amigos supieran su menester de asesinar a todo aquel que perjudicó a su hija. No sabía cómo podía reaccionar si lo comentaba.

Primero debía asegurarse de que podía hablarlo sin complicaciones.

*

Más tarde, la psicóloga Jenkins se había enterado por Melissa Sellers de que la mañana que Lucas se quiso suicidar tras sufrir un inesperado brote psicótico, el director le había comentado que el chico fue quien asesinó a Kimmie. Cuando Lucas corrió con violencia por las escaleras, fue en el mismo instante en el que lo juzgó de causar la muerte de la chica. Laura pensó mucho en acudir al despacho y comentarlo con Newell, ya que quería asegurarse de que aquello fue cierto, o el trastorno de la mente del joven le había hecho creer que lo señalaron con la palabra *asesino* cuando allí no

había nadie. No era una mujer que se involucrase en asuntos de otros, pero esa situación la había enervado. Newell no tenía ningún derecho a afirmarlo cuando ni siquiera se sabía qué le pasó con exactitud a Kimmie Bonheur.

Decidida, salió de su habitación y caminó por los corredores hasta el despacho del señor. Estaba insegura de hacerlo, pero quería sacarse aquella duda de la cabeza y poder continuar con sus quehaceres.

Cuando llegó allí, tocó a la puerta con dos suaves golpes y esperó a que el hombre dijera «adelante».

—Puede pasar.

Laura se adentró al despacho y examinó la postura de Newell, sentado en su silla de escritorio con sus lentes para ver mejor y leyendo algún libro por el que Jenkins no sintió curiosidad. Tenía un pequeño cigarro que tuvo que apagar antes de poder consumirlo, ya que era irónico que fumase dentro de un establecimiento en el cual no se podía. La mujer hizo ascos al humo del tabaco, se acercó a su rostro y lo apartó con la mano.

A veces, el que escribe las normas es el primero en romperlas.

—Me gustaría poder hablar de una cosa con usted.

El señor se quitó las gafas, las dejó a un lado de la mesa y levantó la mirada para corresponder a la mujer.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Hace dos días Lucas Ashworth se adentró en su despacho, ¿verdad?

—Sí, lo encontré sentado en la silla que tiene usted al lado. Parecía esperarme.

—¿Cómo era su lenguaje no verbal? ¿Sudaba? ¿Estaba nervioso?

—Creo que sí, a veces murmuraba cosas que no podía entender.

—¿Usted lo juzgó de haber matado a Kimmie Bonheur?

Newell hizo una mueca.

—Lucas acudió a mi despacho queriendo saber si él cometió algún imprevisto con Kimmie, incluso cuando se lo negué, no pareció escucharme. Traté de tranquilizarlo, pero no dio resultado y se zafó de mi agarre. No era a

mí a quien oía, sino a las voces que lleva ese pobre muchacho por dentro. Le dije que acudiera a la enfermería y salió huyendo de aquí.

Laura Jenkins dudó por unos instantes de su versión.

—Últimamente, la historia de la exalumna Kimmie Bonheur está causando demasiado revuelo, sobre todo desde la llegada de los sangre nueva —añadió el hombre con sospecha.

—Ya sabe cómo es la pubertad, muchos tienen curiosidad.

—Eso quiero creer.

Tras unos segundos de silencio incómodo, ambos mirándose los rostros, la mujer decidió dar por finalizada la conversación despidiéndose de allí. Seguía dudando de la versión del hombre. No obstante, el trastorno de Lucas era fuerte y sabía que en ocasiones solía evitar tomarse el medicamento, por esa razón se decantaba más por el brote psicótico que por las palabras del director.

Al salir del despacho se encontró de frente con Margaret, que la saludó con dulzura. Ella se sorprendió un poco al encontrarse su rostro tan cerca, como queriendo entrar al despacho.

Margaret no quería entrar.

Margaret estaba espiando la conversación.

—¡Me ha asustado! —exclamó Jenkins entre risas.

—Lo siento, querida.

—¿Quiere entrar?

—Oh, no. Solo paseaba por aquí.

Cuando la psicóloga asintió y se marchó por los pasillos, Margaret disipó su rostro risueño y cambió a uno sombrío.

*

Al anochecer, Victoria fingió acudir a la enfermería para dispersarse un poco de sus compañeros y poder charlar en privacidad con Margaret. La nota que había recibido, esta vez en uno de los cajones de su mesita de noche, estaba dispuesta a enseñársela a la señora y que esta opinara por su propia cuenta al

respecto. Puede que Melissa estuviera a salvo, pero nadie le garantizaba por cuánto tiempo lo estaría ni quién sería el próximo en caer.

Para colmo, el robo de su cuchillo le había dejado mal sabor de boca. Fue un gran obsequio de su demonio, que lo robó expresamente para ella.

Aún conservaba la llave de la cabaña en mano. Con el hurto de su arma no se sentía muy segura dejando la llave en su habitación, prefería tenerla consigo a que pudiera acceder con facilidad a ella.

—Entra. Me quedaré escuchando a tu nueva amiga —dijo Caym, sonriendo con suficiencia.

Cuando Victoria entró, Margaret la recibió con los brazos abiertos, siempre dispuesta a dedicar su mejor sonrisa y afecto.

—He encontrado esto en mi habitación —comentó sin rodeos, tendiendo la hoja al aire. La señora la agarró para leerla.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Nunca lo muestres, es lo que buscan.

—¿Quiénes lo buscan?

—Todo aquel que quiera dañarte. Eres su objetivo. Presta atención a quienes te rodean. Mira sus caras, sus muecas. Indaga por ti misma sin que nadie perciba tus pasos.

—No tengo idea de quién puede ser.

—Mientras sospeches de todos, estarás al acecho. Siempre hay una persona que te mira más que el resto.

—No es fácil, todos miran mal —la muchacha jugueteó con la llave en sus manos—. No sé dónde esconder la llave.

—¿Qué lugar te parece seguro?

—¿En Fennoith? Ninguno.

—Prueba bajo tu almohada cada vez que vayas a dormir. En el día llévala contigo.

—¿Puedo contar a mis compañeros tu historia?

—Por poder, puedes hacerlo. Ahora bien: depende de cómo reaccionen, yo reaccionaré.

«Vamos, que, si se les va la olla con la información, Margaret los matará... o eso he entendido», pensó para sus adentros.

—Preferiría que por ahora solo tú lo sepas, mi niña. Por la simple razón de que te buscan a ti, te quieren a ti y te dejan notas a ti. No tienen por qué saberlo todo. Ya llegará el día en el que todo se diga y yo confesaré mis crímenes. Pero ahora no hay nada resuelto y no descansaré en paz hasta que lo haga.

Si así lo quería, así se haría. Victoria no era una muchacha que no podía mantener un secreto, de hecho, era muy buena callando la mitad de las cosas que veía y escuchaba. Prefería no contar aquello si a la mujer no le parecía bien. Las intenciones de Margaret eran sádicas y, con tal de callar las bocas que están parloteando cosas de ella, quizás las silenciaba con un cuchillo en sus gargantas. No podía discernir tampoco hasta dónde llegaban los límites de la señora. ¿Quería matar a todo aquel que se burló de su hija, o le había cogido el gusto a asesinar? Ni siquiera mostraba culpabilidad por los crímenes que había cometido, lo contaba orgullosa con un ápice de rencor en sus venas.

La joven se despidió de ella y salió de la enfermería. Caym mostró su sonrisa ladina y dijo:

—Ya quiero que llegue el día en el que reduzca todas esas almas oscuras a cenizas —ella lo miró extrañada—. ¿Qué? No soy humano. No tengo que seguir vuestras estúpidas leyes morales sobre el bien y el mal. Todo es relativo.

—No he dicho nada. También pienso unirme a ti cuando lo hagas.

Él la miró con fascinación.

—Me sorprende tu actitud, mi querida Victoria.

—Y a mí me sorprende que todavía no te hayas dado cuenta de que por ti hago lo que sea.

Caym soltó una pequeña y silenciosa risa.

—Tengo muy presentes las cosas que haces por mí, Victoria.

«No parece valorarlas», pensó para sí misma.

Cuando la joven pasó por los pasillos, observó la habitación de Elliot con la puerta entreabierta. Ella se extrañó y decidió asomar su cabeza por la ranura. Pudo ver al muchacho en su escritorio con la cabeza echada sobre la mesa. Parecía descansar. El viento gélido que entraba por la ventana hizo que su piel se pusiera de gallina y se preguntó si el chico no tenía frío. No temblaba y, si se había quedado dormido, podía pillar la gripe.

—¿Elliot? —lo llamó con recelo.

No contestó.

Los cajones de su escritorio parecían haber sido revueltos, se apreciaban abiertos y había algunos papeles por el piso. Ella entró a la habitación y trató de despertar al joven con suavidad. Su cabello estaba desordenado sobre su frente y su tez estaba fría, quizás por tener la ventana abierta con la brisa del invierno entrando. Sus nudillos se tornaban enrojecidos y, por primera vez, no estaba agarrando el diario de Kimmie, ni siquiera lo tenía a simple vista. Lo zarandeó levemente esperando que este despabilase. No hubo respuesta.

Victoria miró a Caym con preocupación.

Elliot no despertó.

Elliot estaba inconsciente.

Capítulo 42: No tengas miedo

*Ambos tenían sus demonios personales
y juntos creaban la tormenta perfecta.*

Victoria y Caym habían llevado a rastras al inconsciente de Elliot hasta la enfermería. Desconocían el estado del muchacho, no sabían cómo de grave era su situación o si había sido golpeado para que se desmayase. Al llegar allí, informaron de la situación del chico, diciendo que lo encontraron en su escritorio simulando dormir. La señora lo examinó en la camilla. Miró la parte trasera de su cabeza, esperando observar un golpe contundente, pero no fue así. No tenía signos de agresión, ni siquiera una pista de su repentino dormir. Su corazón latía tranquilo, sereno. Margaret frunció su ceño y se llevó los dedos a su mentón.

—¿Qué guardaba Elliot con tanto esmero? —preguntó la señora.

—El diario de Kimmie y su expediente —informó Victoria.

—¿Habéis mirado si han desaparecido?

—Sí. Ya no están en la habitación. Los cajones de su escritorio estaban revueltos.

—Entonces lo han dormido. Supongo que con algún trapo y cloroformo. No muestra indicios de defensa física, ni siquiera hematomas. Fue rápido y conciso quienquiera que fuera.

—¿Quién demonios va a disponer de cloroformo en un internado?

—Se puede hacer de manera casera con lejía y acetona, mi niña. No es complicado si se indaga bien en el tema.

Margaret trataba de no mostrar su irritación al oír que le habían arrebatado el diario de Kimmie al chico. La enervaba sobremanera que esa persona actuara con tanto sigilo e inteligencia, haciendo difícil sospechar de quién podía rondar por Fennoith actuando de ese modo. También debía no darle a la lengua, ya que la presencia de Caym estaba allí, y prefería no hablar demasiado. Se suponía que Victoria guardaba el secreto de la enfermera. Sin embargo, el varón se regocijaba con ella y su actitud risueña fingiendo

cordura. No había nada más satisfactorio para él que creyeran todos esos necios que formaba parte del rebaño de humanidad y demencia que aquel lugar albergaba. Era todo un juego macabro del que debía participar con mucho gusto.

La persona que mató a Kimmie estaba lo suficientemente molesta como para no querer dejar pista ninguna de lo que le había pasado a la chica. Intentó culpar a Lucas, dejando una de las hojas del diario en su escritorio, pero cuando vio que con Victoria y su demonio no era nada fácil pasar desapercibido, se vio acorralado y no le quedó más remedio que afanar lo que un día perteneció a la joven. La jugarreta de culpar injustamente a Ashworth no resultó tan efectiva como creía. Debía de estar inquieto al apreciar cómo la inteligencia y la valentía de Victoria iba por delante del asesino, comiéndose los miedos y aguantando cada ultimátum que le dedicaba.

Victoria sabía que cada amenaza eran simples palabras. Era más perjudicial para esa persona repetir un crimen que quedarse en silencio. Alguien que no quería que se supiese qué le había pasado a la chica debía de tener miedo de que se supiera la verdad. No le convenía cometer otro asesinato con tal de silenciar a su grupo, por la simple razón de que, si esa persona la molestaba, Victoria y sus amigos no tendrían ningún inconveniente ni reparo a la hora de deshacerse de ellos de la misma manera que lo hizo con Bonheur. El crimen de la joven fue algo personal. No obstante, no podía negar el hecho de que desconocía las intenciones de esa mala sangre, y de lo que era capaz de hacer para que dejara de indagar en sus asuntos.

«Me preocupé por Melissa cuando el asesino estaba rondando a Elliot», dijo para sí misma con frustración. Si tan solo le hubiera dado por subir al piso cuando buscaba a su compañera hubiera podido ver a la dichosa persona rondar a Elliot.

—Cuidaré de Elliot. Estará bien aquí —dijo la enfermera.

Cuando Lucas y Melissa atisbaron al chico dormido en la camilla blanca, quisieron saber qué había sucedido, pero la señora los obligó a marcharse a todos de allí, comentando que no podían entrar tantos alumnos. Añadió que solo había sufrido un desmayo y cerró la enfermería en sus narices. La rubia quedó un tanto confusa, y observaba a su amiga esperando una respuesta.

—El diario de Kimmie y su expediente han sido robados —murmuró Caym.

—Se lo han robado a Elliot —aclaró Victoria.

Melissa soltó un suspiro irritado.

—Estamos atrapados en este bucle sin tener ni idea de cómo vamos a salir —comentó ella.

—Pienso que hemos avanzado. La persona que asesinó a Kimmie debe de estar cabreada por los pasos de gigante que hemos dado en tan poco tiempo. No quiere que se resuelva su crimen e intentó incriminar a Lucas dejando una hoja del diario. ¿No os dais cuenta? —alegó Victoria con entusiasmo.

—Puede que tengas razón, pero no me gustaría que, por intentar resolver el crimen de Kimmie, uno de nosotros tenga que ser eliminado para satisfacer el poder de ese asesino y ocasionar miedo —habló Lucas.

—Es lo que ese mala sangre quiere que tengamos: miedo. Sin miedo podrás avanzar en la vida, podrás mirar de frente a la muerte sin sentir un ápice de temor. Si tenemos miedo, eso enorgullecerá al asesino.

Hubo una pausa de silencio. Caym sonrió de medio lado y dijo:

—¿Desde cuándo te has vuelto tan optimista?

—No es optimismo, intento que veáis la realidad del asunto. Si vamos por la vida con miedo de ella, dando siempre pasos de bebé con temor a cada circunstancia que se nos presente, no sabremos valernos por nosotros mismos ni enfrentar nunca a nuestros miedos. Recordad que no siempre vamos a estar entre estas cuatro paredes, llegará el día en el que tengamos que sobrevivir allá fuera. A veces, en la sociedad hay peores personas que dentro de un manicomio.

Melissa y Lucas asintieron. Caym acarició la cabeza a su compañera con orgullo.

*

La psicóloga Jenkins divisó a Lucas en el pasillo y lo llamó para que acudiera a su consulta. El joven giró sobre su eje para observarla. No le apetecía tener que ir a ese cubículo, tenía un olor tan característico a vainilla que comenzaba a odiarlo. Tampoco le gustaba sentirse juzgado por su trastorno, ni tener que hablar de ello con una psicóloga que, a su parecer, en ocasiones fingía el interés. No debería ser así, ya que Jenkins era muy amable con sus pacientes

y les transmitía cariño y comprensión. El motivo por el que Lucas empezaba a odiar las consultas que realizaba era porque las voces se pronunciaban con mayor fuerza en su cabeza cuando entraba allí.

Se despidió de sus compañeros por el momento y acudió a su llamada.

Laura lo invitó a que se sentara en el pequeño sofá mientras ella agarraba su cuaderno, que usaba para cada consulta que realizaba. El muchacho frunció la nariz cuando a sus fosas nasales le llegó el aroma a vainilla. Se cruzó de brazos y apoyó su espalda en el respaldo del sofá.

—Lucas —habló la mujer—. ¿Qué pasó hace dos días cuando acudiste al despacho del director?

El chico pensó con detenimiento e hizo un amago de recordar. Caym le borró parte de su memoria cuando intentó suicidarse ese día.

—Ahora mismo no lo recuerdo, así que ilústreme.

—El director dijo que acudiste allí para saber si fuiste tú quien asesinó a Kimmie Bonheur.

Una pequeña memoria de luz cegadora rondó la mente del muchacho, haciendo que soltara un pequeño quejido. Aunque sus recuerdos estaban difusos, si se los comentaba, venía un pequeño vaivén que surcaba su memoria.

—Oiga, me duele la cabeza. Preferiría irme ahora —murmuró él.

—No puedes, te toca consulta. Lucas, necesito saberlo. No quiero pensar que uno de los dos me está mintiendo porque confío más en ti que en Newell.

—Solo sé que acudí porque estaba nervioso —confesó.

—¿Nervioso por creer que cometiste su asesinato?

—Quizás.

—¿Estaba Newell allí cuando entraste?

Otro recuerdo.

—Creo que sí.

—¿Te trató de tranquilizar por tu estado?

—Sí.

Se empezó a sentir mareado.

«Entonces Newell dijo la verdad», pensó la mujer para sí misma.

—¿Estás bien, Lucas?

—Sabe que no, ¿para qué pregunta? Quiero irme.

Al observar que el joven había palidecido, prefirió dejarlo ir y que se recuperara del repentino malestar. De todas maneras, ya le había dicho lo que ella quería escuchar. Newell le comentó la verdad y Lucas tan solo sufrió un brote psicótico. Lo que no comprendió era por qué dudó de si él la había matado y qué le había hecho dudar de ello. Tenía curiosidad. Sin embargo, no decidió atosigar al chico y prefirió dejarlo marchar.

*

Al anochecer, el olor a humo se pronunció en los patios de Fennoith. Nadie pareció darle importancia salvo Victoria, que empezó a arrugar su nariz ante la evidencia de olor a quemado. Avisó a Caym de aquello y él miró por la ventana. Las rejas impedían asomarse con facilidad y ver si allí afuera se encontraba algo consumiéndose. El chico pudo ver el humo gris que el viento mecía con sutileza, llevándoselo por los aires. Por la dirección a la que el humo se dirigía, podía discernirse que en la parte trasera del internado yacía algo quemándose. Caym agarró de la mano a su compañera y la obligó a correr hacia otra ventana que diera a la zona trasera del patio. Victoria se alarmó de la actitud de él y sintió curiosidad de qué había encontrado.

Cuando se aproximaron a otra ventana, pudieron observar un pequeño cubo dentro del cual se hallaba el expediente de Kimmie y su diario, consumiéndose en las cenizas, borrando todo recuerdo de ella. Ambos se miraron con complicidad y, en el preciso momento en que quisieron bajar al patio, Elliot se había despertado de su somnolencia, presenciando el cubo con los objetos de ella. Negó con la cabeza a la vez que lo hizo con su voz. Su cuerpo estaba débil, pero eso no le impidió que echara a correr escaleras abajo hasta llegar a la zona. Caym y Victoria lo siguieron.

Una vez allí fuera, Elliot agarró el cubo en pánico y quiso llevarlo a la fuente de agua, tratando de salvar las cosas que quedaban de ella.

—¡Agua! ¡Agua! —exclamó con el cubo en mano. Las llamas rozaron su piel, pero no le importó. Quería salvarlo todo.

Lo llevó a la fuente y echó agua. A los pocos segundos, el fuego se apagó. Elliot se tiró a la hierba seca y vertió todo el contenido en ella. No se había podido salvar nada. El expediente estaba quemado y su diario insalvable. Con el agua había empeorado y solo quedaba una bola negra arrugada y mojada.

Se quebró por dentro. Sintió su alma más quemada de lo que estaban sus pertenencias. Se llevó las manos al cabello conforme se lo agarraba con violencia.

—¡Era lo único que tenía de ella! —dijo a punto de estallar en llanto. Victoria nunca se imaginó poder ver al joven sumergido en lágrimas.

—Elliot...

—¿Quién ha sido?! —chilló con furor.

—Ojalá lo supiera —murmuró ella.

—¡Hijo de puta! —bramó mirando la estructura del internado. Solo de pensar que el que había quemado todo aquello podía estar regodeándose al verlo tan vulnerable le daba ganas de incendiar el edificio si así conseguía que sufriera de la misma forma que Kimmie.

El llanto y los gritos del joven habían provocado que varios de los alumnos se asomasen por los ventanales, observando la situación con sus tétricos rostros indiferentes. Cada vez eran más los que miraban el drama con sus ojos clavados en ellos. Eran tantos que poco a poco la tenue luz de los ventanales de Fennoith se convirtió en rostros sombríos y burlescos.

Victoria alzó la mirada para observar los tantos alumnos que los estaban viendo en el patio. Incluso el profesorado y parte del personal de cocina se había incluido.

—Fíjate, mi querida Victoria, somos más de treinta personas allí dentro y una de ellas es el mala sangre. Debe de estar mirándonos ahora mismo —musitó Caym en su oído

La chica observó con detenimiento cada uno de los rostros allí presentes con sus ojos esmeraldas.

«Siempre hay una persona que te mira más que el resto», recordó las palabras

de Margaret.

Frunció su ceño y apretó su mandíbula.

Capítulo 43: Llamado

La psicóloga Jenkins fue quien trató de levantar a Elliot de la hierba seca del patio. El joven, al principio, opuso resistencia, zafándose de los brazos de la mujer y lamentándose por el diario de Kimmie, calcinado por las cenizas. Sus manos se habían manchado de mugre, y su uniforme se había ensuciado tras echarse allí en mitad de todo. Ni siquiera le pareció importar su falsa máscara de aparentar tener un trastorno, y se veía vulnerable, débil y sentimental, a diferencia de una persona sociópata, que carece de todos aquellos sentimientos. Las lágrimas se escapaban de sus ojos sin siquiera poder controlarlas, sus sollozos y sus continuas maldiciones al individuo que causó aquello eran desoladores para alguien a quien lo único que le quedaba de la chica que amaba eran sus memorias. Era cruel que le arrebataran lo único que tenía de ella. ¿Con qué fin lo hizo? Estaba claro que había miedo, pavor por ser descubierto, y que no deseaba que ninguno de los cinco averiguara su identidad.

Laura Jenkins siguió insistiendo en levantarlo de allí y alejarlo de las miradas indiscretas, de los cuchicheos y las señas hacia su persona. Elliot estaba rompiendo su máscara, su falso trastorno. Si continuaba dejándose el alma en el patio, los lobos se echarían a su yugular. Por mucho que aparentase ser fuerte, bastó que quemaran aquel diario para que se hiciera añicos y explotara emocionalmente. Por supuesto, era consciente de su llanto y sus sollozos, pero no podía remediarlo. Era superior a él.

—¡Elliot! ¡Levanta! —exclamó Jenkins tirando de su brazo.

—¡Me lo han quemado! ¡Han quemado sus letras!

—¡Levanta, por favor! —insistió.

El muchacho se incorporó, y en brazos de la psicóloga salieron de allí para ocultarlo en su consulta.

Victoria se quedó observando las caras en las ventanas de todos aquellos chismosos que deseaban un poco de drama y locura para satisfacer sus más banales deseos. Todos lucían tan tétricos, tan malvados y oscuros que era difícil averiguar quién diablos era el mala sangre.

Cuando el joven se había marchado del exterior, las personas que estaban

atisbando el acontecimiento poco a poco se fueron yendo al finalizar el espectáculo, quedando allí solo Victoria y su demonio.

Nadie sintió remordimiento, pena o aflicción por ver a Elliot tan roto, tan inestable. Al contrario, se regocijaban en su dolor, sonriendo, mordiéndose los labios con diversión. ¿Qué clase de monstruos creaban en Fennoith? ¿Era un internado digno de recuperar el sano juicio, o hacerte perder tus cabales y ser un psicópata en la sociedad? Era lamentable.

Solo decir que se excitaban cuando un nuevo muerto aparecía allí dentro ya decía mucho de la clase de pensamientos que los alumnos problemáticos estaban teniendo. La cordura no habitaba dentro del internado, ni mucho menos dentro de sus caóticas cabezas.

—Me hierve la sangre solo de ver sus jodidas sonrisas —murmuró Victoria sin dejar de observar los ventanales.

Al no obtener respuesta de Caym, la chica lo buscó con la mirada. Él se había acercado a las cenizas de las pertenencias de Kimmie, curioso de en lo que se habían convertido en pocos segundos. Examinó el cubo. Era azul y parecía uno de los tantos cubos de las señoras de la limpieza. No obstante, no le resultó curioso ni mucho menos atípico. Cualquiera pudo robarlo, ya que esos dichosos cubos solían hasta dejarlos abandonados en los baños después de hacer su servicio.

—¿Qué estás mirando? —indagó ella con curiosidad.

—Trato de buscar algún error humano. Es complicado. La persona a la que nos estamos enfrentando es meticulosa, inteligente y audaz. Calcula demasiado bien sus pasos y lo que tiene que hacer. Trata de confundirnos.

—¿Qué quieres decir?

—Primero empezó con Lucas, cuando dejó una de las hojas de Kimmie en nuestra habitación, luego con Margaret, al imitar su letra cursiva, y ahora con los cubos y productos de limpieza. ¿Lejía y acetona? ¿Es acaso una mujer quien hace todo esto?

—Igual quiere hacernos creer que es femenina —apuntó ella.

—Me da la sensación de que intenta incriminar a quien sea con tal de que la verdad no salga a la luz. Qué lástima que las mentiras tengan las patas muy

cortas. Un humano de esa calaña no va a salirse con la suya.

Victoria alzó la mirada al observar la luz de la consulta de Jenkins prenderse. Ya habían llegado.

*

Laura Jenkins quiso ofrecerle una tila a Elliot, pero el joven la rechazó con desprecio. Se limpió las lágrimas que se escurrían por sus mejillas con fatiga. Explotar de esa manera le había causado un terrible dolor de cabeza, y solo quería estar en su habitación en soledad, sin ver a nadie por un par de largas horas. Se avergonzaba en cierta manera de haberse dejado mostrar el alma en pedazos, sobre todo con sus compañeros, que lo habían visto llorar. Había apartado su máscara a un lado luciendo demasiado vulnerable, demasiado humano. Ni siquiera tuvo tiempo de llorar a Kimmie sin que nadie indagara en su persona, y el hecho de hacerlo esa noche le tenía preocupado. No obstante, el chico era inteligente, se buscaría una excusa con la que justificar su repentino desasosiego y así poder pasar desapercibido.

—Lo siento, Elliot —dijo la psicóloga, dándole ánimos mientras acariciaba su hombro.

—No diga gilipolleces. Ni que usted tuviera algo que ver en la situación.

—Sé lo mucho que te importaba.

—Genial. ¿Puedo irme de aquí? —espetó.

Las lágrimas de sus ojos se habían detenido y su malestar ya no era el mismo. Quizás por estar en ese cubículo después de tanto tiempo sin hacer una sola consulta. Prefirió aparentar ser fuerte y estar bien que aguantar un segundo más en la habitación de Laura. Le recordaba a las horas en las que Kimmie se adentraba allí. Ya tenía suficiente con lo que había pasado, como para tener que soportar otra vez el recuerdo de su novia. Necesitaba esconderse bajo las sábanas de su cama y fingir que todo estaba bien, que todo algún día se resolvería.

—Te he traído aquí porque estabas siendo el centro de atención. Al ser el sobrino del director, no quería que los demás alumnos te causaran algún tipo de burla. No me gusta verte mal.

El muchacho apretó su mandíbula.

—No conozco mayor infierno que estar en este internado. Debería renunciar antes de que sea tarde, psicóloga Jenkins.

—Todo saldrá bien. No te preocupes.

—Tiene gracia que asegure eso cuando es a usted a la que le tiemblan las manos. Debería tomarse la tila que me ha ofrecido, parece necesitarla más que yo —dijo el varón, mirando sus manos temblorosas con las uñas pintadas de rojo carmesí.

La mujer trató de esconderlas tras su espalda con cierto pudor. Elliot soltó una risa sarcástica.

—Elliot...

—Si no tiene nada más que decir, me marchó a mi habitación. Estar aquí me obstruye la mente —interrumpió con frialdad.

—Me gustaría apoyarte en lo que estás pasando. ¿Por qué no confías en mí?

—No necesito ningún tipo de apoyo ni consuelo. No quiero confiar en nadie nada más que en mí mismo. Ninguna persona va a sacarme del agujero emocional en el que estoy metido. Solo yo puedo ayudarme.

El joven agarró el pomo de la puerta y se marchó de allí dejando a Jenkins con la palabra en la boca.

Cuando el chico anduvo por los pasillos hasta su habitación, el director Newell quiso saber qué había sucedido que había causado tanto revuelo y habladurías. Sin embargo, Elliot ignoró su llamado por completo, dejándolo con las dudas y el falso apoyo moral que solía dedicarle. No lo necesitaba en su vida, ni mucho menos que le brindara un cariño que no quería recibir de su persona. Newell siguió llamándolo por su nombre completo, pero el varón hizo oídos sordos, acelerando su paso hasta encerrarse en su dormitorio.

Después de la cena, nadie hizo ningún comentario irrespetuoso respecto a Elliot, pero sí especularon sobre qué se estaba quemando en el cubo y quién había sido el susodicho. Tampoco los alumnos pudieron hablar como quisieron, ya que Newell estaba en el comedor, y criticar a alguien que era de su sangre no era muy ingenioso. Prefirieron abstenerse y no soltar cualquier disparate por el cual ser castigados.

—Los sangres nuevas siempre están persiguiendo el mal augurio, sobre todo

Massey —dijeron un grupo de chicas que empezaron a mirarla de soslayo.

No era ninguna novedad que siempre la culpa la recibiera ella. Estaba tan acostumbrada a recibir ese tipo de comentarios en Fennoith que ya no era ninguna sorpresa. Sus ojos verdes penetraron en los rostros de todas aquellas personas que estaban hablando sin descaro ni vergüenza. Bastó solo una mirada para que las chicas silenciaran sus cuchicheos y prosiguieran su camino, aún comentado cosas referentes a Victoria. Nunca dejaría de ser sangre nueva hasta que otro nuevo alumno fuera internado en Fennoith y remplazase su puesto. Y así se repetía el mismo *bullying*, el mismo bucle sin fin hasta hacerlos explotar. Siempre los nuevos serán juzgados, sean de donde sean.

—He oído que le han quemado el diario a Elliot —comentó Melissa, ausente del acontecimiento.

—¿Dónde estabais Lucas y tú? —cuestionó Victoria, ignorando su comentario.

—En su habitación. Hizo consulta con Jenkins y se empezó a encontrar mal, así que lo estuve vigilando por si sufría algún episodio.

No iba a juzgarla. Sabía que decía la verdad, cuando Melissa mentía, su embuste era tan extravagante y llamativo que era difícil de creer. La rubia estuvo vigilando a su compañero como bien afirmó con seguridad. No había nada atípico en ese comentario.

*

En la madrugada, Victoria se sobresaltó del colchón cuando escuchó cómo alguien decía su nombre con una voz de lo más demoníaca. Tardó unos segundos en asimilar que estaba despierta y que el llamado que oyó era del exterior y no fruto de su imaginación. Miró a ambos lados de la habitación, habituándose a la oscuridad de la noche. Su amiga dormía con placidez sobre su cama, ignorante de la voz que ella escuchaba. Tal vez no debería despertarla, ya que solía ser bastante asustadiza y era un incordio si ambas decidían indagar de madrugada qué fue aquello. Melissa era más diurna que nocturna, y tenía sus motivos; odiaba la oscuridad por haber estado parte de su infancia encerrada en un sótano.

Cuando quiso echarse sobre la cama, la presencia de Caym la interrumpió

tras darle un enorme susto. Tuvo que taparse la boca para reprimir un alarido. El joven estaba tumbado viéndola dormir. Se había adentrado en su cabeza para hacerla despertar de una forma violenta y aterradora.

—Bien. Estás despierta. Sígueme.

—¿Cómo puedes hacerme eso?

—El vínculo que tenemos. Puedo hacerte muchas cosas que desconoces —respondió él con desdén.

Cuando se incorporó de la cama, salió de la habitación sin ocasionar mucho ruido. Los pasillos estaban oscuros, sin un ápice de luz que pudiera guiarla. Iba tocando las paredes frías como única guía para girar a otro corredor.

Era muy consciente de que caminar a las cuatro de la mañana por los corredores del internado era todo un riesgo, pero la insistencia de Caym para que lo siguiera era fuerte. Desconocía la razón de su repentino despertar. Ni siquiera la había informado de qué ocurría.

«Puede ser el asesino de Kimmie», se dijo para sí misma. Solo pensar que podía ser el susodicho le daba ánimos para pillarlo por sorpresa.

—Caym... —lo llamó por lo bajo esperando respuesta.

—Vamos, no seas tan lenta.

—No puedo ver en la oscuridad. Hay muy poca luz —se quejó ella.

Caym chasqueó la lengua y agarró su mano. A veces solía olvidar lo estúpidos que eran los humanos y las nulas habilidades sobrenaturales que estos poseían. Ella sonrió con perversidad bajo la oscuridad mirando su hermosa figura de espaldas. Preguntó a dónde la llevaba, pero el varón no respondió.

Bajaron las escaleras con cuidado hasta llegar al teatro. Frunció el ceño, confusa por el lugar en donde estaban.

—Estoy cansado de hacer de niñoero —espetó.

Cuando ella quiso entender lo que decía, se percató de que Lucas Ashworth estaba allí, mirando por la ventana con las cortinas burdeos. Su figura estaba a contraluz y de espaldas. En cierto modo se veía siniestro, inmóvil y sin emitir ninguna palabra. Victoria se acercó con recelo de que estuviera

sufriendo un episodio o simplemente estuviera sonámbulo.

A paso lento se acercó hasta él. El teatro estaba tan vacío que la carencia de muebles ocasionaba eco en cada pisada que creaba.

Caym se mantuvo apoyado en el marco de la puerta de brazos cruzados. Su expresión adusta decía lo mucho que odiaba vigilar a su compañero de cuarto.

Cuando Victoria tocó su hombro avisando de que estaba allí, Lucas no se inmutó. Su respiración era calmada y parecía estar observando algo con atención en la ventana. Le recordó al mismo comportamiento de un gato cuando acecha a un ratón. Sus ojos no parecían extraños, ni su comportamiento era inusual. Solo espiaba algo en el patio que Victoria no podía ver.

—¿Lucas?

—Kimmie está allí afuera —murmuró sin apartar la vista.

—¿Qué?

—Kimmie Bonheur está en el patio junto a las cenizas de su diario. Nos está llamando.

La joven quiso observar lo mismo que él. Miró a su compañero extrañada y tragó saliva.

Allí afuera no había nadie.

Capítulo 44: Déjà vu

Lucas había insistido en acudir al patio y ver más de cerca la presencia de Kimmie Bonheur. Al principio, la joven quiso abstenerse en el empeño de su amigo y las ganas de acudir al llamado de la alumna fallecida. El hecho de que Victoria no pudiera verla le hacía sentir la necesidad de ignorar sus palabras y tacharlo de loco, sobre todo por los continuos brotes psicóticos que tenía. Pero ¿quién era ella para juzgar? Estaba bajo órdenes de un ser demoníaco llamado Caym, que la acompañaba en sus días y sus noches más oscuras en aquel siniestro internado. No era digna de juzgar a Ashworth, a sabiendas de su querido amigo, que carecía de humanidad.

Cuando por fin accedió a las palabras de su amigo, los jóvenes salieron al patio con la mayor discreción ante los curiosos que se levantaban a indagar cualquier ruido exterior.

Aunque Lucas la mayoría de las veces solía temer a sus extrañas alucinaciones, esta vez sentía la necesidad de acudir al llamado de Kimmie. No obstante, cuando la vio a escasos centímetros, el joven se intimidó y no pudo evitar temblar. Respiraba entrecortadamente, también por el frío gélido del invierno que impedía que pudiera hacerlo con facilidad.

Mientras sus amigos miraban con desdén su comportamiento, Lucas podía ver con claridad la figura de la chica. Su uniforme se hallaba raído y con manchas de mugre. Su tez pálida, sus labios morados, y su rostro demacrado lograban que no pudiera evitar temblar ante la siniestra aparición de Bonheur. Su cabello oscuro caía de sus hombros descuidado y hediondo. En lugar de un bonito color de ojos, carecía de pupilas, sustituidas solamente por su globo ocular, luciendo en su totalidad blanquecinos.

Kimmie lo miró, a un lado de las cenizas de su diario.

—¿Kimmie...? —murmuró el chico, dubitativo.

«¡Está todo mal! ¡Nada está bien!», le habló. Su voz sonaba distante, como si estuviera atrapada en un pequeño frasco.

—¿Qué está mal?

«Las muertes. Nada me hará regresar a la vida», sonaba apresurada, parecía que su energía se consumía al dejarse manipular por la realidad de esa

manera. Sus huesos crujían y se movía rápido. Resultaba casi inhumano.

—No sé qué quieres decir...

«¡Aarrghh!», vociferó. Su boca se agrandó de una manera tan oscura que hizo que Ashworth retrocediera su paso y cayera con torpeza a la hierba. Su corazón se aceleró tanto que creyó que colapsaría allí mismo. Le había echado demasiada fuerza de voluntad para comunicarse con algo que solo él podía ver. Ignoró en repetidas ocasiones a todo ser extraño que quería adentrarse en su cabeza y adueñarse de su vida. Por esa razón era admirable que tuviera fuerzas para soportar tal figura siniestra.

«¡Buscad al causante de todo esto! ¡No puedo recordar nada! ¡Me durmió! ¡Me mató!».

—Yo... Yo...

«¡Quiero estar con Elliot! Estoy sola. No soporto la oscuridad. No puedo ir a ningún lado. Mamá... Elliot...».

—Lucas, ¿qué ocurre? —interrogó Victoria.

Los chillidos de Kimmie provocaron que el chico se tapara los oídos. Pues su voz con eco, distorsionada y agónica, le hacía sentir un pavor horrible, impidiéndole hacer contacto visual con la aparición. Sus huesos crujiendo y su boca agrandada era lógico que le hicieran sentir un miedo que le llevaba a querer esconderse en su habitación hasta que los rayos de luz solar dieran la bienvenida.

—No puedo hacer esto... —habló atemorizado.

Como Lucas no podía articular palabra alguna, Victoria tomó la iniciativa y se comunicó con Kimmie, aunque esta no pudiera verla. Se sintió estúpida y ridícula al hablar con algo que quizás era una alucinación de Lucas.

—¡Kimmie!

La joven se posicionó frente a Victoria a escasos centímetros en un abrir y cerrar de ojos. Caym la miró de soslayo.

«No dejes que te haga lo mismo que a mí. Eres tan odiada y despreciada como yo en vida. ¡Corres peligro!».

Lucas alzó la mirada, temeroso.

Kimie miró a Caym, cuando lo hizo, su cuello crujió con bestialidad. El muchacho estaba sombrío y cruzado de brazos. Aburrido de permanecer allí.

«Protege a Victoria. Eres el único que puede prever la muerte».

Dicho eso, se esfumó como humo de cigarro llevado por el viento. Lucas miró a Caym haciendo que este se encogiera de hombros.

—¿Qué miras?

—¿Por qué Kimie ha dicho que tú puedes prever la muerte?

Caym tardó unos segundos en responder. Los ojos verdes de su compañera lo juzgaron de arriba a abajo.

—¿Y qué sé yo? Eres tú quien estaba hablando con una muerta. Debió decírtelo a ti, no a mí. ¿Podemos irnos a dormir ya?

—Ha dicho que Victoria está en peligro.

—No está en peligro —aseguró él.

—Pero...

Lucas dejó su frase en el aire cuando vio a su compañero marcharse del patio e irse a su habitación, ignorando por completo sus palabras.

Caym frunció el ceño y apretó su mandíbula.

El chico miró a su amiga con preocupación. No estaba muy seguro de si lo que había visto era real o no. No quería hacerse a la idea de que los fantasmas existían, y que eran almas ancladas al mundo por no haber resuelto asuntos pendientes con los vivos. ¿Quién era él para poder verlos? Era solo un joven diagnosticado con esquizofrenia paranoide. Todo estaba en su mente, en su dichosa cabeza. No era posible que aquello fuera real ni mucho menos debía dar importancia las palabras de una simple alucinación. No obstante, había una cierta credibilidad en que más de una vez las amigables voces de su cabeza le habían protegido de ciertas personas tóxicas y le habían dado pistas de asuntos sin resolver. ¿Era aquella una situación diferente? ¿Era Lucas un simple joven con un trastorno?

—No tienes por qué creerme —rompió el silencio el chico, mirando sus propios pies.

—No te preocupes. Volvamos a nuestras habitaciones —respondió ella.

*

A la mañana siguiente, Victoria acudió a la habitación de Lucas y Caym con cierto hastío. Se encontró a su demonio, aún sin la camisa de uniforme puesta, con su torso desnudo. Se estaba subiendo la cremallera del pantalón cuando se encontró de cara con su compañera, fulminándola con la mirada. El muchacho le restó importancia. Prosiguió agarrando la camisa para vestirse, pero Victoria le dio un fuerte manotazo tirándosela al piso con brusquedad. Él sonrió de medio lado ante la irritabilidad repentina de su amiga. No comprendía su comportamiento, pero en cierta manera le resultó divertido.

Lucas se incomodó ante aquella situación y comentó que se marchaba al comedor para desayunar. Cuando este se fue, Caym dijo:

—¿Te encuentras bien, querida?

—¿Me estás ocultando algo? —interrogó enfadada.

—¿A qué viene todo esto, Victoria?

—¡Responde!

—No te estoy ocultando nada. ¿Qué coño te pasa?

Cuando Caym quiso agarrar de nuevo su camisa arrugada en el suelo, Victoria volvió a impedirselo como si fuera una niña mosqueada. Caym la detuvo agarrándola de sus muñecas con fuerza. Le obligó a mirarla a los ojos. Ella jamás se intimidó ante su presencia, y ese día no iba a ser una excepción. Ambos se miraban con molestia.

—¿Me estás protegiendo como tú dices? —inquirió.

Caym tardó en contestar. Al no hacerlo deprisa, Victoria volvió a gritarle haciendo que él también alzara la voz grave.

—¡Cálmate! Ya te he dicho miles de veces que debo protegerte, aunque me cueste la vida. Tú me invocaste. Debo ayudarte a cumplir tu maldita venganza.

—¿Cuánto te importo? ¿Y si de verdad estoy en peligro? Le estás restando importancia a un asunto que crees que es insignificante.

—¿Cuándo he dado a entender que es insignificante? No pienso tomar en

cuenta las palabras de un esquizofrénico por una jodida alucinación.

Victoria se acercó a su rostro, clavando sus ojos verdes en los suyos. Sin miedo, sin armadura.

—Te he visto.

—¿Hacer qué?

—Hacer contacto visual con lo que yo no podía ver. La miraste. Lo vi — musitó ella.

—¿De qué estás hablando?

—¿Crees que no te observo todo el tiempo? Donde Lucas miraba, tú lo hacías. Ves a las almas porque tú las absorbes, tú te las llevas.

Caym la acorraló contra la pared intimidándola, pero Victoria soltó una risa sarcástica, mofándose en su rostro. No había nada más satisfactorio que atrapar una mentira.

—Estamos aquí para llevarnos las almas negras, no para involucrarnos en asuntos de los inocentes. ¿Te queda claro? Las almas blancas no me interesan.

—No te he dicho nada de salvar a Kimmie. Sé perfectamente que estamos aquí para llevarnos el alma de quien le ocasionó la muerte. Hiciste creer que Lucas estaba teniendo una alucinación.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Delatarme ante todos, Victoria?

—Por supuesto que no. Dices que no quieres involucrarte en los asuntos de las almas blancas, pero ¿has sido consciente de que salvaste a Lucas del suicidio? ¿No va eso contra tus normas?

Caym apretó su mandíbula.

—Sé muy bien lo que hice.

—Un demonio que dice ser perfecto ha cometido errores.

—Ya te dije que no absorbemos almas blancas y, si con para hace falta que tu querido amigo se intente suicidar para saber de qué clase es su jodida alma, se hace y punto. No sé qué quieres oír de mí. No voy a regalarte el oído. ¿Qué quieres, tener una batalla verbal?

—Lo que quiero decir es que si me llega a ocurrir algo y tú no estás ahí para protegerme te atormentaré para el resto de tu eternidad. Si me traicionas, yo seré peor.

—Oh, ¿en serio? Mira cómo...

Lo interrumpió al ser besado por la chica. Él intentó apartarse, pero Victoria se aferró a su cuello impidiendo que despegara sus labios de los de ella. El muchacho sujetó sus manos, pero la fuerza de su compañera de alguna forma le llegó a sorprender. No se apartaba por mucho que rechazara su beso. Tal fue la sorpresa que, sin querer, Caym volcó el bote de lapiceros del escritorio.

La joven tenía tal control y posesión que esta vez fue ella quien lo acorraló en la pared sin escape. Lo besaba con desenfreno, añorando sus labios y, en cierta parte, deseando morderlos. Por mucho que este intentara zafarse de ella, no le importaba, no perdía nada por robarle los besos que no le daba. Era su demonio, quería creer que tenía el derecho de desear todo lo que ella quisiera, aunque Caym se lo hubiera prohibido. Las reglas están para romperlas, ¿no es así? Victoria no era una chica que obedeciera como una niña santa. Ella era la dominante, la que manipulaba, la que se ganaba el cariño con su inteligencia. Iba a ganarse al muchacho por mucho que aquello le costara. Algo así no podía dejarlo marchar. Y, si se iba, era con ella.

No era un capricho. Caym era su mano derecha, el trozo de infierno que deseaba tener. Su caos. Ambos se compenetraban de tal manera juntos que parecían mitad y mitad. Dos maldades dignas de caminar entre las llamas sin quemarse.

Cuando detuvo su beso, el varón la miró circunspecto. Algunas venas de sus brazos se marcaban de manera espeluznante, y las venas rojas alrededor de sus ojos parecían ir a estallar en cualquier instante. Le había mordido el labio, segundos antes, para que ella parase, pero la chica le sonrió con burla incluso con su labio inferior bañado en fluido rojo.

Él tenía su sangre en la comisura de sus labios.

—Sonríe, Caym. Vamos a salir de esta, aunque sea matando.

El varón pasó su lengua por sus labios y no respondió.

Ella salió de su habitación sin decir nada más.

*

Más tarde, Victoria iba a reunirse con sus compañeros para esperar el desayuno cuando se detuvo en seco al pasar por la cocina. A través del pequeño cristal con forma de círculo de la puerta pudo discernir su cuchillo de carne robado. ¡Estaba segura de que era ese! Un obsequio tan importante regalado por su demonio era algo que no podía olvidar con tanta facilidad. Era suyo, y nadie merecía tenerlo, así que con cautela se adentró.

El hecho de que su arma se encontrara tan a la vista de todos le resultó extraño. Pues con el hurto de todo cubierto en esa cocina deberían tener más vigilancia.

No había nadie allí. Los cocineros estaban ausentes, quizás porque era demasiado pronto aún para el desayuno. No obstante, se veía la comida ya preparada pero no servida. Ella quiso agarrar su cuchillo con fascinación, y en el momento en que lo tocó, recibió un fuerte golpe tras ella.

Su vista se nubló, y, al caer, su cabeza rozó la encimera ocasionándole un leve golpe. Gimoteó con debilidad y trató de concentrarse en el individuo que la había golpeado con violencia. Pudo notar un hilo de sangre saliendo por su frente.

—Cay... —quiso pronunciar su nombre, pero un pañuelo húmedo fue colocado en su nariz. Se retorció, pataleó defendiéndose, pero nadie parecía oírla.

Finalmente, cerró sus ojos adentrándose en el sueño.

Cuando el desayuno inició, Caym estuvo esperando a que su compañera llegara al comedor. Tardó tanto que se empezó a extrañar. No era inusual que la joven estuviera merodeando por los alrededores, así que quiso restarle importancia. Pero, cuando Victoria trató de buscar ayuda llamándolo, sintió algo extraño que no dejaba que se calmara por dentro. Se levantó de la silla y la buscó por Fennoith. Sus amigos quisieron saber a dónde iba, pero el varón los ignoró.

La buscó por todos los sitios en los que solía encontrarla y no había rastro de ella. La llamó por su nombre y nada. La joven no estaba.

Vio a la psicóloga Jenkins en los pasillos y la agarró del brazo con brusquedad queriendo saber dónde estaba su compañera de matanza.

—¿Dónde está Victoria?! —formuló irritado.

A Jenkins le recordó al comportamiento de Elliot, cuando trató de buscar a Kimmie la noche en la que desapareció.

—No lo sé. ¿No estaba contigo?

—¡Es evidente que no! —exclamó soltando su brazo con hastío. La mujer soltó un leve quejido.

Era la primera vez que lo veía tan alarmado.

Cuando corrió por los pasillos y pasó delante de la cocina, olió lo que minutos antes había probado de sus labios: su sangre. Se adentró abriendo la puerta de par en par ocasionando que chocaran con las paredes. Los cocineros que estaban allí se asustaron por la presencia de un alumno.

La sangre de la joven estaba en un rincón cerca de la encimera. La tocó y se llevó la sangre a la boca para ver su vista ajena.

Abrió muchos sus ojos y su respiración se aceleró. Los cocineros que estaban allí sirviendo la comida agarraron al varón y lo echaron fuera de la cocina, exclamando que un chico no podía entrar allí dentro. Caym se zafó de sus brazos con una fuerza brutal y corrió por todo Fennoith buscando a Victoria.

Capítulo 45: Juguetes

Caym corría exasperado buscando por los alrededores del internado a su compañera, cuya repentina desaparición le había dejado un mal sabor de boca, sobre todo con la insistencia de Lucas en comentar que su amiga estaba en peligro. El joven no le había dado la importancia que merecía a ese peculiar comentario ni a las palabras de advertencia de Kimmie. No obstante, prefería buscarla en soledad que acudir a los amigos de Victoria e informar de lo ocurrido. En cierto modo, era su culpa no haberla protegido esa misma mañana y haberla ignorado. No tenía la necesidad de involucrar a terceros cuando aquel asunto le pertenecía.

No podía permitirse que la joven falleciera por un estúpido descuido. Jamás le premiarían por lo que hizo y su alma no sería tan satisfactoria si no terminaba la misión que se le encomendó.

«¡La he protegido muchísimas veces! ¡Solamente la he dejado sola un maldito segundo!», pensó con irritación. Trataba de justificar su acto, pero él mismo sabía que no se autoconvencería.

No había pasado ni una hora desde que ella se había presentado en su habitación amenazando y ordenando que la protegiera como si se tratara de su misma vida. Todo pasó tan rápido que le costaba asimilar que quizás Victoria tendría el mismo cruel destino que Kimmie. Podía imaginarse las barbaridades que estaban haciendo con su cuerpo, con su delicada y delgada figura, como si se tratara de una sucia muñeca de trapo.

Las peores desgracias en la tierra las causa el ser humano, y eso lo sabía el varón a la perfección. Son sádicos, crueles, repugnantes y no tienen miramientos. Le daban arcadas solo de pensar en el individuo que le estaba causando todo aquello a la chica. Una terrible repulsión y una furia descontrolada quería salir de su demonio interno.

Miraba allí y allá por todo Fennoith y no había rastro de ella. Empezaba a jadear con desesperación queriendo calcinar a todo humano que se hallaba en los interiores. ¿Quién tenía a la muchacha? ¿Quién la había herido?

Algunos alumnos se cruzaban en su camino y el muchacho los empujaba con hastío, haciendo que tropezaran y se quejasen de la brutalidad del varón.

Pudo ver el alma de Kimmie afuera en el patio. Por alguna razón nunca entraba dentro del internado. El demonio salió con rapidez al exterior y se plantó frente a su presencia. Su aspecto horrorizaba. Sin embargo, la que se intimidó fue Kimmie, que suspiró al ver la figura de Caym.

—¿Dónde está?! —le gritó con frustración.

Los alumnos que estaban descansando en el patio miraron al varón de soslayo al figurarse que había formulado una pregunta a algo inexistente – más bien a algo que ellos no podían apreciar –. Pero le restaron importancia, pues alguien hablando para sí mismo en aquel siniestro lugar no era atípico ni mucho menos anormal. Sobre todo, con los jóvenes macabros y dementes que aquel lugar albergaba. Ver a alguien con aquella actitud de loco era el pan de cada día.

—Te dije que estaba en peligro —le respondió ella.

—¿Dime dónde está! —bramó apretando sus puños.

—Vi cómo la adentraba en el bosque alguien vestido de negro y con la cara tapada.

—¿Cómo era físicamente?

—Corpulento.

Sin decir nada más, Caym se adentró en el bosque con cautela, pasando la enorme verja que lo separaba del internado.

La buscaba con ojo avizor mirando de un lado a otro queriendo hallarla en buen estado antes de que fuera demasiado tarde. Como bien decía escrito en el diario de Kimmie: primero se divirtió abusando de ella para luego terminar de matarla.

La llamó a gritos esperando oír respuesta. Las aves que estaban posadas en lo alto de los árboles desplegaron sus alas al oír la voz grave del varón.

Siguió corriendo y adentrándose en el frondoso bosque.

Cada vez que recordaba las palabras de Victoria, ardía por dentro. Lo que peor solía sobrellevar era reconocer sus errores y sabía que si la encontraba con vida se lo reprocharía como tantas veces había hecho cuando no acudía a tiempo a su llamado. Pero aquello podía soportarlo, era más importante la vida de la joven que la suya propia.

Al cabo de varios minutos buscándola y adentrándose cada vez más, la pudo ver tendida en un montón de hojas secas con la camisa desabrochada. Él corrió de inmediato a ella y la trató de despertar zarandeándola.

Su corbata había desaparecido.

Supo que, en cuanto había llamado a la chica a voces, el individuo echaría a correr ante la evidencia de una persona siguiendo sus pasos, pues no le convenía ser descubierto. Quería salirse con la suya, violarla para luego cometer el mismo patrón que con Kimmie. Se estaba cansando de ella. El susodicho prefería quitársela de en medio para que nunca jamás se descubriera su identidad.

La cremallera de la falda de ella estaba ligeramente bajada. Caym no tuvo pudor en tapar a su compañera para abrochar su camisa y su falda. Pudo ver el hilo de sangre que sobresalía de su frente cuando se golpeó en la cocina, y que ya estaba coagulada. El chico acarició su herida.

—¿Victoria? —la llamó intentando que reaccionara. No hubo respuesta.

Estaba tan dormida que era imposible que despertara hasta pasadas unas horas. Había inhalado cloroformo. Maldijo por dentro. Estuvo a punto de ser abusada sexualmente dos veces. Apretaba su mandíbula con tanta fuerza que el pequeño músculo de sus mejillas se pronunció considerablemente.

Antes de marcharse buscó con la mirada si el susodicho estaba espiando la situación tras los árboles, pero no había nadie allí acechando. Había huido, quizás para volver al internado y no estar ausente antes de que alguien lo echase en falta.

La aupó en sus brazos con cuidado y se la llevó de allí con rapidez.

*

Al volver a Fennoith, el director Newell se percató de la presencia de ambos al ver a Caym cerca de la verja del patio. El hombre se apresuró a paso ligero para regañarlos por su escapada al bosque, pero antes de que el hombre articulase palabra Caym lo interrumpió.

—¡Cállese de una maldita vez! —vociferó con la joven en brazos—. ¡Habían secuestrado a Victoria! Usted no tiene seguridad para sus alumnos, ni siquiera sabe la clase de personas a las que contrata. ¿Acaso no ve la sangre

de su frente, su inercia y la carencia de botones de su camisa? ¿Está usted ciego?!

Newell se quedó atónito. No solo por la actitud del chico, también al verificar que la joven estaba herida y manchada de suciedad. Puede que las palabras malsonantes de Caym no fuesen las adecuadas para dirigirse a un superior como lo era un director. No obstante, el hombre prefirió no objetar nada y mandarlo a la enfermería. En una situación diferente le hubiera dado disciplina o una regañina, pero en aquel caso no tuvo nada que decir. El varón llevaba la razón.

Le recordó mucho al caso de Kimmie Bonheur, pero prefirió no opinar. Estaba tan asombrado que no podía hablar. Newell tenía entendido que la alumna Kimmie se suicidó, pues los especializados en criminología y la investigación policial le habían afirmado el suicidio. Sin embargo, tenía las mismas evidencias en Victoria y eso le preocupó. ¿Por qué unas personas especializadas en aquellos casos iban a mentir sobre la alumna Bonheur?

Cuando Caym llevó a la enfermería a la muchacha, le explicó toda la situación a Margaret para que se encargara del cuidado de ella. La mujer asintió horrorizada y curó la herida de la frente, tapándola con un pequeño parche.

El varón se cruzó de brazos mientras veía cómo la atendía. Ver la somnolencia de su compañera le hizo sentirse extraño al no haber estado ahí para ella, como siempre prometió. Necesitaba que despertara con rapidez para poder explicar qué pasó en los pocos minutos que él no estuvo a su lado. Margaret quiso dar tema de conversación al muchacho; agradeció que siempre estuviera a disposición de Victoria y que la hubiera salvado a tiempo de una desgracia.

Él no respondió.

¿Qué quería que dijera? Ya estaba lo suficientemente mosqueado por romper su propia palabra y restar importancia a algo que era de tal repercusión.

No quería marcharse ni dejarla sola, aunque sabía que con el cuidado de Margaret no necesitaba su presencia. La mujer le ofreció un asiento agarrando una pequeña silla. La posicionó frente a la camilla de la joven para que este descansara los pies. Se sentó y soltó un bajo suspiro que la enfermera no pudo escuchar. La observó maquinando con algunas cosas de

medicina por las que el varón no sintió curiosidad.

Margaret era tan amable y gentil que era irónico que hubiese cometido tantos crímenes de alumnos con tal de buscar la verdad que tanto ansiaba. Él sabía que un humano no necesitaba ser terriblemente malo para cometer un crimen, a veces la simple pérdida de un ser querido te hace perder tus cabales, aún más si le han quitado la vida con algún propósito. A ella le movía la venganza y empleaba su propia justicia.

La mujer se sintió observada por el adolescente y lo miró confusa. Sus ojos grises le estudiaban de tal manera que resultaba inquietante.

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien? —formuló con recelo.

—¿Cuánto tardará Victoria en despertar? —respondió él con otra pregunta.

—No puedo asegurarte cuánto tardará. Cada cuerpo es un mundo. Esperemos que sea pronto.

Caym se cruzó de brazos y apoyó su espalda en el respaldo de la silla.

No supo cuántas horas pasaron. Había perdido la noción del tiempo entretenido jugando con un hilo desgarrado de la manga, siendo aquello lo más divertido que pasó en la habitación blanca. Ningún intruso asomó la cabeza por la ranura de la puerta, ni nadie sintió la curiosidad de ver si ella se encontraba allí, ni siquiera el mala sangre. Le resultó extraño que los amigos de la joven no estuvieran merodeando alrededor ni preguntando qué había pasado.

Fue ahí cuando Margaret resolvió sus dudas al respecto, diciendo que Newell dio un comunicado del percance de la alumna Massey y que se rogaba que nadie acudiera a verla a la enfermería por su propia privacidad y salud.

«¿Por qué coño tiene que hacerlo público?», pensó el chico para sus adentros.

Victoria gimoteó en la camilla, empezaba a despertarse y el terrible dolor de frente y escozor de nariz era muy notable. Sus ojos se fruncieron y se llevó una mano a la frente, tocándose la herida tapada con un parche. La claridad de la habitación y la bombilla blanca del techo alumbrándola hicieron que su visión fallara hasta que logró recuperarla. Se intentó incorporar de la cama con la ayuda de la enfermera.

Al momento se dio cuenta de la ausencia de su corbata negra. Tragó saliva

con dureza cuando recordó cómo la agredieron en la cocina con aquel fuerte golpe contundente tras ella. Le dolía todo. No quiso mostrar su desasosiego frente a dos personas, estudiando su actitud. Nunca le gustó dar pena ni que nadie sintiera compasión. No necesitaba las palabras consoladoras de Margaret, solo quería irse de allí y descansar en su colchón.

Victoria se encontró con la mirada de Caym de inmediato y se paralizó un poco. Tardó varios segundos en articular una palabra.

—Me golpearon en la cocina cuando traté de agarrar mi cuchillo de carne — le confesó—. Te llamé.

«¿Ya tiene ganas de reprochar recién despertada de su letargo?», pensó.

—Hablamos luego, Victoria. Aún no sabes ni que estás consciente.

—¿Quieres saber lo consciente que estoy? —ella le golpeó la rodilla de una patada.

El chico se inclinó tocándose la zona golpeada.

—¡Te he salvado!

Ella lo ignoró saliendo de allí, Margaret insistió en que pasara el día en la habitación, pero la muchacha rehusó.

Siguió andando, aún mareada de todo lo sucedido. Escuchó la voz de su demonio tras de sí conforme caminaba siguiendo sus pasos. Empezaba a irritarla y se tapó los oídos como una niña de cinco años con un berrinche infantil. Él la agarró con fuerza del antebrazo impidiendo que siguiera caminando.

—¿Qué quieres que te diga, Victoria? Sí, acudí tarde, pero te he salvado como tantas veces he hecho. Deja de actuar de ese modo.

—Déjame en paz —espetó ella. Quiso ignorarlo, pero él volvió a girarla agarrando sus hombros. Acto seguido, la presionó contra su cuerpo y le dedicó un cálido abrazo. Caym apretó su mandíbula ante lo que diría a continuación.

—No estuve ahí, fue mi error y lo admito.

Lo dijo para hacerla escuchar lo que quería oír. Para no tener que aguantar una situación así, Caym optó por acabar cuanto antes para que la mortal

estuviese contenta, sin reprochar nada más durante un buen rato. No le resultaba agradable reconocer sus errores. No obstante, a ella no le importaba, oyó lo que quería escuchar y eso fue muy exquisito viniendo de su persona.

Ella sonrió con malicia, escondiendo su rostro en el pecho del chico, fingiendo estar afligida. Supo que confesar aquello no era fácil para alguien venido del mismísimo infierno. ¿Había algo más satisfactorio para ella que oír aquella confesión de un ser maligno?

Se separó de su abrazo. Buscó en los bolsillos de su chaqueta la llave del bosque que Margaret le había obsequiado. Respiró aliviada cuando la encontró. Nadie se la robó mientras estuvo inconsciente.

De pronto, empezó a caminar extrañando al chico por su rapidez. Indagó adónde iba, y ella respondió:

—A por las armas que se me obsequiaron en la cabaña. No quiere verme armada, teme que alguien pueda ser más fuerte que ese bastardo. Si no quiere verme armada, se va a hartar cuando me vea aparecer con mis juguetes — agarró de la mano a su demonio y lo miró a los ojos—. Y tú vendrás conmigo.

Caym sonrió con suficiencia y juntos partieron al destino.

Capítulo 46: ¡Dispara!

Caym estaba muy orgulloso de la valentía que poseía su compañera Victoria. Nada más llegar a Fennoith la juzgó de malcriada, una chica con pocos modales, mezquina y repelente. Sin embargo, poco a poco le fue demostrando que tenía las suficientes agallas para enfrentarse a todo enemigo que le impedía dar un paso en grande, más que su simple apariencia de muchacha adinerada. Tenía muy claras sus metas y hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Se había comido a todos aquellos leones que quisieron verla por los suelos, indefensa y acongojada. No hay cosa más irritante para tus enemigos que verte con valor para enfrentarte a todo tipo de problemas y adversidades.

Recientemente había recibido un fuerte golpe en la cabeza y, aun con su malestar, estaba dispuesta a combatir con el individuo que la había agredido en la cocina.

Su entereza era digna de maravillarse. Tenía un deseo tan fuerte de descubrir y desenmascarar al susodicho que prefería partir a por sus armas antes de que fuera demasiado tarde para intentarlo. Sabía que era ahora o nunca.

Agarraba su llave entre los dedos, deseosa de llegar de una vez a la cabaña y agarrar todos sus juguetes. Aniquilaría a todo aquel que se interpusiera en su camino si hacía falta, pero debía de tener autocontrol. Las cosas rápidas nunca salen bien, había que estudiarlo y planificarlo. Ya tenía muy claro que las cosas apresuradas solían ser fallidas, sobre todo con el intento de envenenamiento con matarratas a su odiado padrastro y las dichas cámaras de vigilancia.

Una vez allí, se apresuró a insertar la llave en la ranura y entró con vigor. Examinó la situación; todo parecía en su debido orden, nadie había tocado nada. Estaba igual que la última vez que estuvo allí con Margaret. Cuando abrió la puerta del pequeño armario de madera, sus ojos se dilataron al encontrarse con el machete y la escopeta de caza. Estaba dudosa de cuál escoger. Por un lado, tenía una escopeta, rápida y concisa en el acto, y, por otro, estaba el machete, que tenía que hincar en la carne y mancharse las manos para verlo agonizando. Observó a ambas tratando escoger.

—Escoge la que más se amolde a tu personalidad, mi querida Victoria — murmuró su demonio, disfrutando del bello momento.

—Si entro con la escopeta al internado, es probable que se opondan y traten de quitármela. Llama demasiado la atención.

—Entonces agarra el machete.

—El machete me dificultaría mucho defenderme a distancia. Sería un cuerpo a cuerpo.

—No tenemos todo el día. Elige de una vez.

—¿Vamos a salir de Fennoith hoy mismo? —indagó ella.

—Es posible, si descubres quién asesinó a Kimmie Bonheur. Todo esto se habrá terminado en cuanto aspire su alma negra. Después iremos a tu hogar, como te prometí que haríamos.

Ella guardó silencio durante algunos segundos. No sabía si sentirse triste o entusiasmada de poder salir del internado después de tanto tiempo allí encerrada. ¿Cómo estaría su casa? ¿Se habrían marchado Bernadette y Benjamín de allí con toda su fortuna?

El lado triste era abandonar a sus amistades. Siempre había sido una chica solitaria y allí dentro encontró a los amigos que un día deseó. Un tanto irónico viniendo de un lugar que albergaba tanta malicia y locura. Pero tenía que escoger entre su misión principal o quedarse anclada por aquellos sentimientos confusos. Tuvo claro desde un principio que, una vez cumplidas las órdenes de su demonio y haber jugado bien a su macabro juego, saldría de allí despavorida para reunirse con Benjamín y acabar lo que un día empezó.

Ella alzó su mano y escogió la escopeta de caza. Sabía que un arma como aquella era más aterradora que un simple machete. Lo que no tenía muy claro era cómo iba a meterla en Fennoith sin ser descubierta. Era del director Newell, que probablemente en vacaciones se dedicaba a la caza animal – cosa de la que Victoria estaba en contra – .

De pronto, la joven recordó quién la había agredido en la cocina y exhaló con fuerza. Antes de sucumbir al sueño, escuchó su respiración jadeante. Esa persona ya la había agredido en varias ocasiones. Jamás olvidó la horrible violencia con la que actuó ni su ira.

«¡Cómo no he sospechado antes de ella! — pensó con frustración — . Incluso estuvo presente en la quema del diario de Kimmie».

No había nada más que hacer en la cabaña, así que salieron de allí con rapidez para llegar a Fennoith.

*

Mientras tanto, en el internado, Elliot iba a acudir a clase cuando observó a Beatriz, la cocinera, buscando a alguien con la mirada en la clase de alumnos tras el pequeño cristal de la puerta. Siempre le había resultado curiosa su poca feminidad, con ese cuerpo corpulento y rechoncho. En ocasiones solían apreciarse pelos en su barbilla, pero esta se los quitaba antes de que hicieran comentarios al respecto. No sabía muy bien cómo definir a esa señora, pues era una mezcla entre hombre y mujer, descuidada y desaliñada. Si no fuera por su voz aguda, podría pensarse que bajo ese cuerpo regordete se encontraba un varón.

Su cabello canoso siempre solía estar recogido en una cinta de cocina, para impedir que algunos de estos cayeran a la comida.

Algo negro sobresalía de uno de los bolsillos de su bata blanca. Cuando el muchacho quiso pasar, la mujer giró sobre su eje, chocando con la persona que se encontraba tras ella. Quiso ignorarlo, pero el chico la llamó deteniendo su paso.

—Se le ha caído esto —mostró el joven, tendiéndolo al aire.

Era una corbata negra de un alumno. Elliot frunció el ceño y la juzgó con la mirada. ¿Qué hacía ella con una corbata de alumno? Beatriz la agarró con brusquedad y se la volvió a guardar en su bolsillo. Ambos se miraron desafiantes.

Elliot no podía comprender qué hacía con aquella corbata y por qué la guardaba con tanto empeño. Estaba seguro de que había apreciado a algún compañero sin ella, pero no recordaba muy bien a quién. Trataba de hacer memoria, era un hecho importante y no podía dejarlo pasar.

Cuando Victoria salió de la enfermería, Elliot se adentró a ese mismo pasillo para ver cómo se encontraba la muchacha tras el inesperado suceso, ya que Newell había dado el comunicado. Él se detuvo al escuchar que la joven estaba mosqueada con su amigo Caym y que ambos estaban discutiendo. Al

estudiar su uniforme, observó que este carecía de corbata y que la camisa blanca que llevaba estaba manchada de tierra y suciedad. Su mocasín también estaba descuidado. No quiso intervenir entre ambos, así que con desdén se marchó de allí.

¡Ahora lo recordaba! Ella no llevaba puesta la corbata que tanto caracterizaba al uniforme. Aquella cocinera poseía la pequeña tela que pertenecía a Victoria.

Cuando Elliot quiso articular palabra, Beatriz forcejeó con el joven, tapándole la boca para llevárselo de allí.

Beatriz, de alguna forma, siempre estuvo acechando al grupo de cinco en cada cena, almuerzo y cada comida. ¿Quién iba a sospechar de una cocinera, cuando las pistas apuntaban a otra persona? Se las ingenió demasiado bien para evadir cualquier sospecha de sí misma y que la joven no indagara en un principio en aquella macabra cocinera.

Más de una vez le había advertido con un ultimátum que jamás se le ocurriera hurtar sus preciados cuchillos o rajaría su cuello sin remordimientos. Cuando Caym robó el arma para obsequiársela a su compañera, días después desapareció de su habitación, pues la mujer supo que faltaba uno de sus queridos y tenía muy claro que la sangre nueva estaba tocando lo que no le pertenecía.

Se regocijaba al pensar que nadie sospechó de ella ni un segundo. Que incluso con aquel horrible carácter con problemas de ira ninguno se percatara de que escondía un terrible secreto. Había jugado demasiado bien al despiste. Iba a impedir que aquellos bastardos adolescentes se salieran con la suya y revelaran su identidad. No le quedaba más remedio que deshacerse de Elliot, que la había descubierto.

«Ahora descansarás con tu querida novia», pensó con malicia.

Sin embargo, Beatriz no escondía solo aquel asesinato, también se hacía pasar por una persona que no era; porque ella no era una mujer, bajo todo ese cuerpo obeso se encontraba la figura de un hombre con un oscuro y siniestro pasado.

Desde muy joven se habían burlado y mofado de su llamativa voz aguda, haciendo que en más de una ocasión lo confundieran con una mujer. Incluso

sus rasgos y sus facciones eran un tanto finas. Tiempo después descubrió que su característica voz no era tan mala como le parecía, ya que, gracias a eso, pudo cambiarse la identidad para eliminar sus antecedentes de abuso sexual e intento de asesinato. Su verdadero nombre era Andrés Espino.

Kimmie Bonheur fue la primera chica en percatarse de su secreto cuando lo espío en más de una ocasión y apreció que bajo esa ropa no había un aparato reproductor femenino. También Andrés se dedicaba a atisbar a las chicas en las duchas cuando nadie miraba y las grababa con su teléfono para poder satisfacer sus deseos internos. Bonheur quiso impedir que ese depravado se saliera con la suya. Con buen coraje, se enfrentó y lo amenazó con contar su pequeño secreto al director Newell. No obstante, Kimmie fue vencida y Andrés se salió con la suya. Ninguna chica rebelde tenía el derecho de amenazarlo como ella hizo. Aquello hizo emanar su rabia y la secuestró en el bosque para abusar de ella un par de días antes de asesinarla. Creyó que tras el abuso ella se mantendría callada, pero cuando se percató de que planeaba contarle, la asesinó robando unos de los medicamentos de Margaret y le inyectó una gran dosis hasta verla morir.

Todos pensarían que fue un suicidio. Bastó con pagar una suma de dinero a uno de los investigadores del caso para que este afirmara que Kimmie Bonheur se quitó la vida tras estar metida en una gran depresión.

«Cómo es el ser humano con el dinero. Un par de enormes billetes y ya soy un hombre libre en la sociedad», se dijo para sí mismo.

Al cabo de unos minutos, Victoria llegó a Fennoith con cautela. Eran las once de la mañana y estaban todos en clase. El silencio era notable, solo podían oírse las explicaciones del profesor Dwayne argumentando el libro de estudio a sus alumnos.

Ella tenía pensado encerrar a todos sus compañeros en clase, ya que, así, ninguno de ellos podía alarmarse o interrumpirla en su misión principal. Había estudiado en su mente todo el proceso por el que pasaría para llegar hasta el asesino.

Anduvieron por los pasillos, queriendo llegar hasta el despacho del director Newell y coger el manojito de llaves que él poseía. Agarraba la escopeta sobre su abdomen con cuidado de no disparar.

Antes de entrar al despacho, tendió el arma a su demonio para que la

custodiara mientras ella robaba las llaves. Caym se quedó en los pasillos, esperando con diversión a que ella hiciera todo lo planeado. Al entrar en la habitación, Victoria fingió tener un problema de cual hablar con su director. El hombre estaba sentado en la silla de su escritorio y dejó de prestar atención a lo que estaba haciendo para atenderla. La muchacha observó las llaves encima de la mesa. Se sentó en la silla vacía frente a él y lo miró a la cara.

—¿En qué puedo ayudarte, alumna Massey?

Sin previo aviso, agarró el manojito de llaves y antes de que Newell la siguiera para impedirlo, la joven lo encerró dentro. El hombre aporreó la puerta, llamándola por su apellido y exigiendo que abriera de inmediato si no quería ser castigada. Ella lo ignoró y siguió su camino.

Hizo lo mismo con la clase de sus compañeros y la consulta de Jenkins. Los alumnos se sorprendieron ante la encerrona que la joven les había provocado. El profesor Dwayne giró el pomo tratando de abrirla sin resultado alguno.

Laura Jenkins también exhaló sin poderse creer quién la había encerrado.

Miró por todas las habitaciones restantes, buscando al parásito para eliminarlo de una vez por todas. Por fin acabaría con él y con toda su malicia.

La joven fue sorprendida al girar uno de los corredores, encontrándose a varios metros a la falsa cocinera, que tenía de rehén a Elliot.

«Clásica situación para alguien que ha sido desenmascarada», pensó.

—Un paso más y la sangre brotará de su cuello —amenazó.

Victoria le apuntó con la escopeta. Sabía que tenía miedo, el tembleque de la mano con la que sujetaba el cuchillo carnicero era muy pronunciado. Verla con la escopeta en comparación con el arma que él poseía era ridículo. Ella nunca había disparado, pero sí había jugado con las pistolas de balines en las ferias para ganar los clásicos peluches que exponían. Supo que la situación no era similar, y que había la posibilidad de que disparase a Elliot. Debía concentrarse y que su pulso no flaqueara ni temblase.

—Piensa que es un juguete al que tienes que disparar para ganarlo —susurró Caym, mostrando su sonrisa burlesca.

—¿Por qué asesinaste a Kimmie Bonheur? —inquirió la muchacha.

—Esa mocosa de chica quería delatar mi identidad. Si se hubiera mantenido

callada, no le habría pasado nada.

La enfermera Margaret se presentó allí estupefacta ante lo ocurrido. Al oír la confesión, no pudo evitar llevarse una mano a la boca reprimiendo un grito. ¡Su niña había sido asesinada por ese bastardo!

Andrés volvió a amenazar a Elliot tras ver a la mujer acercarse. Victoria gritó que no se moviera y, acto seguido, la enfermera obedeció.

—Déjame marchar de este internado y nadie saldrá herido —dijo frunciendo el ceño.

«No dejes que huya. Un monstruo de esa calaña no merece caminar por la sociedad», le comentó Caym con severidad.

—¿Quién eres en realidad?

—Déjame ir y nadie saldrá herido —insistió. Colocó el cuchillo más pegado al cuello del joven.

Victoria alzó la escopeta y apuntó con concentración. Inspiró y expiró por su boca, calmándose para apretar el gatillo. Al ver aquello, el parásito se alarmó y quiso rajar a su rehén. Aquel humano no merecía estar vivo sabiendo las atrocidades que había cometido. Ni siquiera se arrepentía de lo que hizo ni mostró remordimientos. La madre de Kimmie estaba allí y la miraba con el mismo asco con el que la miró su hija cuando estuvo viva. Era pura malicia, la maldad personificada. No podía permitir que fuera libre.

—Tres, dos, uno... —contó Caym con diversión.

Victoria apretó el gatillo. Margaret soltó un enorme alarido y los alumnos que yacían encerrados vociferaron al respecto alarmándose del enorme ruido que había sonado en todo Fennoith.

Andrés y Elliot cayeron al piso de inmediato. La bala había travesado el cráneo del parásito, haciendo brotar la sangre sin control en el suelo. Algunas gotas habían salpicado el rostro del muchacho, que temblaba como pura gelatina. Respiraba entrecortadamente sin poderse creer en la situación en la que se había visto y, sobre todo, que una chica de tan solo dieciséis años hubiera matado al asesino de su amada.

Ella bajó el arma y la arrojó a un lado. Su pulso empezó a aumentar y sus dedos temblaban sobremanera. Se había puesto nerviosa de todo el drama.

Tanto Margaret como Elliot la miraban con asombro.

Caym, sin importarle los presentes que había a su alrededor, se acercó al parásito, se inclinó y le abrió la boca para aspirar la enorme masa negra que emanó de su interior. Su podrida y putrefacta alma, que ahora ardería en el infierno para el resto de su eternidad.

El alma de Margaret también era importante, pues había cometido varios crímenes y eso convertía su alma en infectada. No obstante, el varón sabía que, una vez muerta, se cobraría su alma para así llevarla a su destino. No tenía la necesidad de matarla en aquel entonces, sino sería suficiente esperar a que muriera por causas naturales para venir a por ella.

Cuando terminó de absorber la masa negra, dijo:

—Tenemos que irnos, Victoria.

El corazón le dio un vuelco al oír aquello. Por fin vería el rostro de Benjamín. Ahora le tocaba a ella terminar su venganza de una vez por todas.

Antes de marcharse de Fennoith, Caym abrió todas las puertas tras las que las personas estaban encerradas. La psicóloga Jenkins salió apresurada de allí y se adentró en clase para proteger a Lucas y Melissa. La rubia se abalanzó a sus brazos de inmediato. Oír aquel disparo la había consternado, y la mujer se preocupó por ella. Le tenía tanto cariño que la quiso proteger como si de una buena madre se tratara.

Victoria sonrió ante aquello y se marchó dispuesta a seguir su destino con su demonio, pero Melissa la interrumpió. Había salido de clase para poder despedirse y decir unas palabras. Sabía a dónde se iba su amiga y eso la entristeció, pero debía dejarla marchar. Siempre añoró terminar lo que un día empezó, y Melissa no era nadie para impedir su paso. Debía dejarla libre, que se hiciera más fuerte de lo que ya era. Mantuvo la pequeña esperanza de que algún día se volviera a encontrar con la única compañera de cuarto que hizo sus noches y sus días más llevaderos. Su única amiga del alma.

—¿Volveremos a encontrarnos algún día? —preguntó la rubia con lágrimas en sus ojos.

—Lo prometo —dijo ella, dedicándole una sonrisa.

Caym agarró de la mano a su compañera y juntos corrieron de Fennoith.

«Benjamín, prepárate para adentrarte en mi infierno».

Capítulo 47: Dúo

No supo cuánto tiempo llevaban caminando para llegar a su destino. Las piernas empezaban a cansarse y la fatiga estaba muy presente. El hecho de que Fennoith se hallara fuera del bullicio de toda una población le hacía preguntarse cuánto tardarían en llegar a casa. La vieja estructura del internado poco a poco se fue escondiendo en la distancia. La joven echó una última vista atrás y no pudo evitar sentir tristeza. Puede que allí dentro no hubiera pasado los mejores momentos de su vida, pero sí encontró amigos, y eso Victoria lo llevaba muy dentro de su sádico corazón. Sin embargo, nunca diría *adiós* a personas con las que quería volver a reunirse en un futuro no muy lejano. No quiso dejar escapar una amiga tan inocente como Melissa, por eso le prometió volver a verla algún día.

La noche estaba oscura y sin estrellas. El viento gélido mecía las hojas de los árboles y la naturaleza se escuchaba más pronunciada en el silencio ensordecedor. Se abrazó a sí misma, tratando de esconder el temblor de sus brazos. Debió haber agarrado un abrigo antes de irse, pero tenía más ganas de salir de allí que de perder tiempo en el armario. También debía escapar del crimen que había cometido.

Pensaba en si el director Newell había llamado a la policía ante el evidente asesinato y fuga, o Margaret le había explicado toda la situación y por qué lo había hecho. Era un hombre chapado a la antigua y quizás no podía comprender el hecho de que una adolescente problemática anduviera suelta por ahí. Pero Victoria sabía que Newell tenía mucho que esconder y ocultar. No se arriesgaría de nuevo a que su querido internado sufriera mala fama, y ningún padre quisiera pagar por dejar a sus hijos allí encerrados. Como siempre, el dinero mueve a las personas a cometer actos que nadie haría.

Tras un largo rato caminando, pudieron ver la carretera desolada, con algunas farolas iluminando el asfalto.

—¿No hay otra forma de llegar antes? Estoy cansada y necesito fuerzas para asesinar al bastardo —murmuró la joven, observando a su demonio.

—Estaba esperando a que dijeras algo. No has hablado en todo el camino.

—¿Qué podemos hacer?

—Ven, agárrate a mí.

Le tendió la mano y ella, de inmediato, la agarró. En un abrir y cerrar de ojos ambos se habían trasladado a pocos metros del hogar de la muchacha. Aún se sorprendía de los magníficos poderes de él.

*

Caym sonrió con suficiencia al ver la estructura blanca y elegante de su casa. Una vivienda hermosa y de lo más sofisticada. Le resultaba irónica la belleza de algo tan blanco y puro en contraste con la personalidad de su compañera, tan macabra y siniestra. Pudo observar de soslayo el rostro de ella, que había dejado de abrazarse a sí misma a causa del frío para apretar sus puños y su mandíbula. Sus ojos verdes esmeralda se fruncieron con odio recordando los días insufribles que le hizo pasar Benjamín junto a su amante.

Las luces de la casa se podían ver encendidas. Aún no se habían dormido, pero aquello no era un inconveniente para ella. Matarlos mientras dormían sería demasiado fácil. Ella quería verlo agonizar, suplicar, temblar...

Al menos, agradeció para sí misma que no hubieran vaciado la casa y se hubieran marchado a cualquier lugar con su dinero. Era evidente que mientras la joven estuvo fuera se habían gastado una buena fortuna en objetos innecesarios, como un auto de gran coste. Patético. Ella anduvo con cautela hasta la parte trasera del patio para poder entrar por la cocina y agarrar el cuchillo más grande y afilado que encontrara. Su demonio la seguía en todo momento con una actitud divertida y relajada.

A través de la ventana discernió que en la cocina no se hallaba nadie, así que supuso que quizás estaban en el salón. Giró el pomo deseando que estuviera abierta y, por fortuna, lo estaba. Pobre Benjamín, nunca creyó que la joven saldría de Fennoith para vengar lo que un día no pudo. Cuando entró, abrió el cajón de los cuchillos y sus pupilas se dilataron con deseo, como cada vez que veía algo que le fascinaba. Acarició su arma y sonrió para sí misma, loca, bañada en demencia y malicia.

Caym fue el encargado de apagar las cámaras de seguridad, para que en un futuro ningún humano investigara la desaparición de Victoria ni por qué asesinó a los que un día vivieron con ella.

Cuando la joven llegó al salón con pasos silenciosos, pudo apreciar a ambos

viendo la televisión, algún programa por el que ella no sintió curiosidad.

—¡Feliz Navidad! —gritó la muchacha inundando la sala.

Benjamín y Bernadette se sobresaltaron de inmediato. Apreciaron a la joven con el cuchillo en mano, su uniforme manchado y la herida de su frente. La juzgaron etiquetándola de más loca de lo que se fue. La mujer quiso agarrar el teléfono para marcar el número de la policía, pero Victoria la amenazó con rabia haciendo que la señora se paralizara.

—Os presento a Caym, el ser que me ha estado ayudando en todo momento para salir del infierno en el que me metisteis.

El muchacho les hizo una reverencia, seguido de una peineta que mostró con su dedo corazón. Ella se mordió su labio divertida.

—Victoria, las cosas no tienen por qué salirse de control. Si lo que quieres es que nos marchemos...

—¡Cállate, hijo de puta! —interrumpió alzando su cuchillo. Bernadette empezó a sollozar—. ¿Lloras, perra? ¿Ahora lloras? Bien que te divertías viendo las bofetadas que me propinaba Benjamín.

—Lo siento, Victoria... ¡Lo sentimos!

—¡Mentira! Todo esto lo haces por el miedo a perder tu miserable vida. ¡No sentís una mierda! Vuestro perdón es lo más falso que podría oír en el día de hoy. Me dais risa.

Benjamín trató de acercarse, pero la joven lo amenazó apuntando con el cuchillo en su dirección. El hombre alzó sus manos con sorpresa. En su rostro se podía ver pavor, un miedo que antes nunca había tenido.

—¿Qué pasa, Benjamín? Solo tengo dieciséis años. ¿Te asusta una niña? ¿Una simple adolescente? —se mofó.

—Victoria, nunca estuviste bien de la cabeza. Te metí en Fennoith para que te trataran y fueras por buen camino.

—También lo hiciste para sacarme la fortuna con la que mi madre no te obsequió. Si vas a contar las cosas, añade también eso, no te guardes información importante. Por supuesto que no estoy bien de la cabeza. ¡Es evidente! Tú me hiciste perder la moralidad. Tus agresiones, tus continuas amenazas, las burlas hacia mi madre fallecida. ¿Quieres que te dé más

motivos para deshacerme de ti?

—Y los engaños que has causado a lo largo de tu vida a otras mujeres inocentes con tu falsa labia, aprovechando sus fortunas —añadió Caym.

Benjamín tragó saliva con dureza. No comprendió cómo ese simple muchacho había acertado lo que tan bien trataba de ocultar. No lo conocía de nada y le había hecho un resumen de lo que consideraba que era su trabajo: un cazafortunas.

—Puedo irme si quieres y nunca más sabrías de mí, Victoria —dijo con nerviosismo.

—¿Para qué? ¿Para que hagas lo mismo con otras familias? No, gracias.

—Te prometo que no volverá a pasar.

La joven pudo ver cómo el hombre trataba de moverse con sutileza para alcanzar el atizador de leña que estaba junto a la chimenea. Ella frunció el ceño. ¿De verdad se atrevía a luchar con ella? Estaba pensando en matarla y tirarla por ahí como si fuera un excremento. Las palabras que había soltado eran falsas, no tenía remordimientos. Era un hombre que haría cualquier cosa para mantener su lugar y el dinero.

No iba a dejar que otro parásito estuviera suelto por la sociedad, sacando billetes hasta límites extremos a otras mujeres inocentes.

Así que Victoria agarró impulso y lanzó con fuerza el cuchillo que de inmediato atravesó su pecho. Bernadette bramó horrorizada y echó a correr escaleras arriba para encerrarse en una de las habitaciones. El pánico la bloqueó tanto que, en vez de salir por la puerta principal, se encerró en algún cuarto. La joven no se percató de si se había llevado el teléfono, pero no le importó.

Benjamín se tambaleó con torpeza. Un hilo de sangre empezó a brotar de su boca. Le había perforado algo interno muy importante en el organismo. La chica se acercó y le sacó el cuchillo para que la hemorragia hiciera su trabajo. Lo miró a los ojos, clavándole su furia en él. El hombre ni siquiera podía alzar la vista tras echarse al piso sin fuerzas, convulsionando. Ella lo apuñaló en el estómago repetidas veces, haciendo grandes cortes en su carne y su ropa. Tal fue la furia que empleó que algunas tripas empezaban a asomarse del interior, cayendo a un lado. Un gran charco empezó a rodearla. Ni

siquiera le causó repulsión. Se reía histérica, como una maniática.

También con el propio cuchillo le escribió una gran V en su mejilla. Para que, incluso hecho trizas, tuviera su marca eterna. Su maldad.

«Una obra de arte», pensó.

La sangre salpicó su rostro y lo vio agonizar con lentitud. Disfrutando el momento, los segundos. Lo último que observó Benjamín fue el rostro de la joven, manchado con su fluido carmesí, sonriéndole con burla. Lo dejó ahí, pasando sus últimos segundos sufriendo sin escapatoria. Con la vida yéndose de su aliento.

Caym se acercó para absorber el alma negra del bastardo. Su boca se abrió y de inmediato emanó la masa negra dentro de él.

Cuando en el salón no había nada que hacer, la joven subió las escaleras y buscó en el laberinto de puertas al ama de llaves. Pronunciaba su nombre con diversión, como si buscara a un infante jugando al escondite. Una puerta de unos de los baños estaba echada con pestillo. La luz podía verse prendida bajo la pequeña abertura de esta. Ella tocó con dos suaves golpecitos y dijo:

—Abre la puerta, mujer. No hay nada que temer.

La escuchó sollozar.

Victoria dio fuertes patadas tratando de derribarla. Fueron varias hasta que Bernadette la abrió pillándola por sorpresa y le propinó un golpe con unos de los botes de champú de allí dentro. La chica cayó al suelo, pero, antes de que la mujer huyera, esta la agarró por los tobillos, dedicándole una torpe caída. Gateó por el suelo queriendo llegar hasta las escaleras para huir de allí despavorida. No obstante, Victoria empuñó su cuchillo y la apuñaló mientras la señora trataba de escapar con debilidad. Bernadette gimoteó, la sangre salía con fuerza manchando su caro y lujoso vestido.

La muchacha la agarró del cabello levantando su cabeza para rajar su cuello. La muerte vino en camino.

Su demonio repitió el mismo procedimiento para absorber su alma.

Todo había terminado. Respiró aliviada, descansado emocionalmente de aquellos parásitos chupasangres.

Ambos se miraron cómplices. Victoria esperó a que Caym absorbiera

también su alma y se la llevase de la mano camino al infierno. Su cuerpo irradiaba nerviosismo, pues no quería marcharse. Ni siquiera que su querido compañero de matanza la dejara abandonada en una casa tan inmensa. No tenía la necesidad de permanecer allí, pero tampoco quería arder tan joven en las llamas de abajo.

De pronto, él se acercó, le levantó el mentón y la chica cerró los ojos esperando lo peor.

—El infierno puede esperar. Sigamos divirtiéndonos un poco más, mi querida Victoria.

Sus ojos se iluminaron con sorpresa. Ella estaba asombrada. ¿Él estaba dispuesto a permanecer con ella, con una simple humana?

—¿Qué va a suceder conmigo entonces? —inquirió.

—Siempre he querido tener una compañera como tú. Posees la malicia y perversidad necesaria para caminar a mi lado. Seamos el mejor dúo que nunca antes haya existido.

—Tú eres yo —dijo ella.

—Yo soy tú —acabó él.

Ella mostró una sonrisa maquiavélica, ilusionada porque su demonio, su amado ser del infierno, optara por quedarse con ella. Supo que se había ganado su maléfico corazón con todo lo que le había demostrado en tanto tiempo. Era la elegida para ser su compañera de batallas, su hermosa mitad que le complementaría para siempre.

Ella lo besó con deseo y él se dejó corresponder.

Las sirenas de los coches de policía se oyeron a lo lejos. Victoria y Caym huyeron de su hogar, para adentrarse en un nuevo mundo que los llevaría a pelear contra todos aquellos parásitos que no eran dignos de estar en la sociedad.

Fin

